

JOSÉ LUIS CORRAL,

FULCANELLI

EL DUEÑO DEL SECRETO

Lectulandia

Asegura la leyenda que, en el siglo XIII, un obispo de París ocultó en Notre-Dame la piedra filosofa. Desde entonces, París y su catedral han dado pie a una cantidad de especulaciones sobre la existencia de sociedades ocultas que guardan secretos sólo accesibles a unos pocos iniciados. Una de ellas estaría formada por un grupo de alquimistas entre los que se encuentra el enigmático Fulcanelli, un personaje sobre el que se ha escrito mucho, pero cuya identidad continúa siendo un misterio.

Los dos protagonistas de esta novela, David Carter y Michelle Henry, profesores de Historia del Arte, se verán envueltos en una trama que les llevará al corazón de los misterios que encierran las catedrales góticas, las sociedades herméticas, la alquimia y la piedra filosofal.

Fulcanelli, el seudónimo no identificado, es sin duda uno de los enigmas más atractivos y sugerentes jamás planteados. En esta ocasión José Luis Corral, destacado historiador y maestro de la novela histórica española, despliega aquí sus notables conocimientos sobre la época medieval, sus símbolos y sus secretos, así como un atractivo viaje por los barrios de París.

Lectulandia

José Luis Corral

Fulcanelli, el dueño del secreto

ePub r1.0
FLeCos 22.03.16

Título original: *Fulcanelli, el dueño del secreto*

José Luis Corral, 2008

Diseño de cubierta: FLeCos

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I Una cita con París

Capítulo 1

NUEVA YORK, 11 de septiembre de 2001

Hacía media hora que lo había despertado el sonido metálico y estridente de un estrambótico despertador cuya repetitiva alarma sonaba mediante el golpeteo pendular de dos bolitas de metal sobre dos campanillas semiesféricas. Sostenía una humeante taza de café con la mano derecha; le gustaba denso y fuerte, al estilo italiano, un *ristretto*, nada parecido a ese café aguachinado y largo americano, poco más que agua caliente insípida manchada de color marrón.

El verano estaba siendo largo y cálido; a mediados de junio se había divorciado y había tenido que dejar el piso que había compartido con su ya ex esposa en Jersey City. Había alquilado un apartamento en Nueva York, en Manhattan sur, en la otra orilla del río Hudson. La separación de Virginia, con quien había estado casado tres años, fue sencilla porque no tenían ni hijos ni ninguna propiedad en común, pero el divorcio alteró por completo la vida tranquila y reposada de que hasta entonces había disfrutado.

Al lado de su mesa de trabajo, frente a una de las dos amplias ventanas del salón, estaba colocada la impresora, en la que había dispuesto unos cuantos folios para sacar una copia del texto de la conferencia que debía impartir esa misma tarde en el seminario que, en sus cursos de verano, la Universidad de Columbia había organizado sobre «Matemáticas, geometría y perspectiva en la pintura del Renacimiento italiano». El profesor John Brannagh, director del curso, le había encargado que hablara a los alumnos matriculados sobre el pintor italiano Jacobo de Barbari y su famoso cuadro *Retrato de un matemático*, que se conserva desde hace siglos en la Galería Nacional de Capodimonti, en Nápoles. En el cuadro, pintado hacia 1500, el geómetra franciscano Luca Paccioli, nacido en 1445 y fallecido en 1517, imparte una lección de geometría a un alumno. Paccioli, vestido con su humilde hábito gris y cubierto con la capucha, explica a su pupilo una figura plana con ayuda de una varita. Se trata de un diagrama del volumen XIII del libro de los *Elementos* de Euclides, el tratado más leído por todos los geómetras hasta el siglo XX.

En el cuadro aparecen dibujados dos poliedros. En el ángulo inferior derecho hay un dodecaedro, una figura regular de doce caras formadas por doce pentágonos regulares, de unos doce centímetros de altura, fabricado en un material que parece mármol blanco; este poliedro presenta en sus medidas el número «fi», es decir, la proporción numérica expresada por el número irracional 1,618..., en este caso derivado de tres medidas del dodecaedro: la arista, la diagonal de cara y la distancia entre aristas opuestas.

Suspendido en el aire, en el ángulo superior izquierda del cuadro, flota un poliedro de cristal, exactamente un rombicubooctaedro o, en otras palabras, una figura tridimensional de veintiséis caras, de las cuales dieciocho son cuadrados y

ocho triángulos equiláteros. Este poliedro transparente contiene un líquido incoloro, tal vez agua, que ocupa la mitad de la capacidad total.

Durante varias semanas David Lewis Carter, profesor de Historia del Arte de la Universidad de Nueva Jersey, había estado dándole vueltas a ese cuadro, al extraño poliedro que parecía flotar y al dibujo a tiza de un triángulo inscrito en una circunferencia que aparece en una tablilla escolar. Había repasado una y otra vez el severo rostro del geómetra, lejano y frío, como ausente del cuadro, y el de su alumno, de quien algunos colegas habían asegurado que se trataba del mismísimo Alberto Durero joven, por el evidente parecido con el autorretrato del famoso grabador alemán. Pero no, en 1500 Durero tenía veintinueve años, y el joven del cuadro parece de menor edad, entre veinte y veintidós años a lo sumo. De todas las posibles identificaciones atribuidas, Carter aceptó que el bello alumno debía de ser Guidubaldo de Montefeltro, quien fuera el discípulo preferido de Paccioli.

Había leído toda la obra de Euclides y el tratado de *De divina proportione*, editado en 1503 por Luca Paccioli e ilustrado por el gran Leonardo da Vinci, donde el franciscano defendía la aplicación de la geometría en la creación de obras de arte, justificando que la proporción y el equilibrio eran esenciales en cualquier obra que quisiera ser considerada como artística. Aquel libro de Paccioli se ajustaba estupendamente para explicar sus teorías sobre las técnicas de dibujo geométrico en la pintura de la Italia del siglo xv. Había acudido a algunos colegas del Departamento de Geometría de su universidad para pedirles opinión sobre el cuadro, pero nada había logrado averiguar más allá de lo obvio, o de lo que al menos lo parecía: una simple lección de geometría para explicar un teorema enunciado en el siglo III antes de Cristo por un maestro griego en una escuela de Alejandría e impartida de nuevo en el Renacimiento italiano, mil setecientos cincuenta años después. Pero ¿qué hacía allí ese poliedro flotando y medio lleno de agua?

Los folios acababan de salir de la impresora y cuando los cogió de la bandeja para ordenarlos todavía estaban calientes, casi tanto como su taza de café. El texto de la conferencia era brillante y estaba muy documentado, pero ese maldito poliedro de nombre enrevesado seguía ahí, suspendido en el aire como si levitara, y la lectura de toda la obra de Euclides no le había servido para nada. ¿Qué mensaje había querido transmitir Jacobo Barbari con el agua que contenía?

Se resignó. A falta de un buen final y de no poder aportar ninguna solución coherente al enigma, dejaría una pregunta en el aire, la misma que durante semanas se había hecho él: «¿Por qué está medio lleno de agua?». Sí, decidió que con esa pregunta acabaría su conferencia, estimando que de ese modo despertaría en los alumnos una cierta inquietud por averiguar más de lo que él había expuesto. Recordó que cuatro años atrás, en un congreso celebrado en Génova, uno de los ponentes había concluido su conferencia precisamente con una pregunta, provocando un extraordinario interés en el público asistente a aquella sesión.

Había planeado dedicar toda la mañana a repasar el texto y añadir algunas

correcciones de última hora antes de salir a almorzar con uno de sus mejores amigos, un bróker de Wall Street con el que lo hacía dos o tres veces al mes en Ecco, un restaurante en Chamber Street donde servían unos magníficos platos típicos del norte de Italia; tenían mesa reservada para las trece horas. A David le encantaba cómo preparaban en Ecco unos insuperables *tagliatelle* con trufa blanca del Piamonte, que maridaban a la perfección con un elegante pero potente barolo tinto del 98, de la bodega Aldo Coterno, y su suavísimo tiramisú de postre, que gustaba de acompañar con un licor de almendras.

Antes de dar el último sorbo al café se acercó hasta la ventana y, apoyado en el alfiz, contempló el perfil majestuoso de Nueva York, el famoso *skyline* de la Gran Manzana, que aquella mañana resaltaba rotundo, como recortado sobre el azul luminoso de septiembre. La vista desde el piso 18 de su apartamento en Greenwich Street era extraordinaria; a través de Murray Street podía contemplar el curso del río Hudson y la orilla oeste de Manhattan, y al sur las gigantescas Torres Gemelas del World Trade Center.

Sonó el teléfono. David Carter descolgó y tras un escueto «dígame» reconoció de inmediato la voz de su colega el profesor Brannagh.

—Buenos días, John.

—Hola, David. ¿Recuerdas qué día es hoy?

—No lo he olvidado: martes, 11 de septiembre, a las 17 horas, en el seminario...

De pronto, se produjo una pausa.

—¡David, David! ¿Estás ahí? —preguntó Brannagh inquieto.

Durante unos largos segundos el profesor Carter no respondió; por fin, ante la insistencia de su colega, lo hizo un tanto alterado.

—Sí, sí, aquí sigo..., perdona, pero acabo de oír una tremenda explosión; ha ocurrido algo extraño en el World Trade Center, como a dos tercios de su altura. Sale mucho humo de una de las torres. ¡Por todos los demonios, está ardiendo, veo enormes llamaradas! —Carter comprobó su reloj digital; marcaba las 8.47 AM.

—¿Está ardiendo? ¿Estás seguro?

—Hace un momento estaba contemplando las torres desde mi ventana y todo parecía normal, pero se ha producido como una explosión, tal vez gas...

—No hay de qué preocuparse, esos edificios están preparados para cualquier cosa que pueda ocurrir.

—Es probable, pero sale mucho humo; la gente que se encuentre ahora allá arriba lo estará pasando mal.

—Bueno, te dejo. Ya he comprobado que no has olvidado la cita de esta tarde.

—La tenía en rojo en mi agenda. ¡Ah!, y gracias de nuevo por invitarme al curso.

—No, gracias a ti. Y espero que no sea importante ese incendio del World Trade Center.

David Lewis Carter, profesor de Historia del Arte, colgó el teléfono y se acercó hasta la ventana; eran las 8 horas y 49 minutos del martes 11 de septiembre del año

2001. De la torre norte del World Trade Center surgía una densa y oscura humareda, como si se tratara de una colosal antorcha que un gigante hubiera apagado mal. Intrigado, decidió encender el televisor; buscó con el mando a distancia por todas las cadenas locales y en ninguna de ellas había ni imágenes ni noticias de aquel humo oscuro que escupía uno de los dos edificios más altos de Nueva York.

Fue un momento al baño, se dio una ducha rápida y se cepilló los dientes; cuando regresó al salón observó en la pantalla del televisor que una de las cadenas locales estaba emitiendo imágenes de la torre humeante. La voz en *off* de una aturdida presentadora comentaba, sobre las impactantes imágenes en directo del World Trade Center, que los datos de que se disponía eran escasos y confusos, pero que la policía y los bomberos de la ciudad creían que se trataba de un accidente provocado por una avioneta turística que se había estrellado entre los pisos 70 y 75, y que probablemente hubiera víctimas.

De pronto, una nueva explosión afectó a la otra torre, la sur; David volvió a mirar el reloj: las 9.03. David se alejó del televisor y se dirigió a la ventana. Una enorme bola de fuego ascendía de la torre sur mientras seguía humeando la norte.

—Esto no es ningún accidente —murmuró mientras acudía a por unos prismáticos que guardaba en un cajón.

Las dos colosales torres estaban ardiendo, y contempló horrorizado cómo desde las ventanas ubicadas por encima de los pisos donde se habían localizado los incendios decenas de personas se asomaban desesperadas agitando pañuelos y chaquetas, en un intento tan angustioso como vano por recibir ayuda. Un humo oscuro, denso y espeso empezaba a extenderse por todo el barrio sur de Manhattan.

«Dos aviones se han estrellado en el World Trade Center —oyó decir con voz nerviosa y asustada a la periodista—. Todavía no hay datos oficiales, pero es probable que se trate de un ataque criminal y terrorista a América.»

Quitó el sonido del televisor y conectó la radio. Habitualmente tenía programado el dial en el 88 de la FM, donde emitía su emisora local favorita, la WB40, especializada en música clásica, pero en ese momento no sonaban ni Schumann ni Albinoni; un locutor muy afectado y con voz entrecortada informaba de que en la zona alta de los dos edificios había atrapadas cientos, tal vez miles de personas, y que decenas de bomberos y de policías estaban intentando rescatarlas.

En ese preciso instante, la torre sur, la segunda en ser atacada, se derrumbó plegándose sobre sí misma.

«¡Dios mío, Dios mío! Cae, cae, se hunde como un castillo de naipes, entre humo y polvo. ¡Cuánta gente, Dios mío, cuántos muertos! Es espantoso, terrible, terrible», exclamó el locutor.

La torre sur se precipitó sobre su base y tras la caída se alzó una gigantesca columna de humo, cenizas y polvo, originando una pastosa nube grisácea que cubrió todo Manhattan sur y el cauce del río, como una densa niebla de horror y muerte. Minutos después se derrumbó la torre norte de modo similar.

Para entonces, el profesor Carter ya había olvidado que esa tarde tenía que hablar a los alumnos de la Universidad de Columbia sobre Jacobo de Barbari.

Capítulo 2

NUEVA YORK, diciembre de 2006

—Me marchó de aquí; no soporto más a ese cretino. Un tipo que ha dicho que este país fue blanco de un ataque terrorista porque somos «el faro más brillante de la libertad y la oportunidad en el mundo» no merece presidir los Estados Unidos de América. Se ha creído que es un *cowboy* justiciero y está dispuesto a imponer su ley y su criterio, si es que le queda alguno, a tiros, a todo el mundo y en todo el mundo. Invadió Afganistán, luego Iraq, amenaza a Corea del Norte, a Siria y a Irán, se inculcan todos los derechos humanos conocidos en nuestra base militar en Guantánamo..., y además este horrendo café.

David Lewis Carter estaba acabando de almorzar en un pequeño restaurante en la calle Ciento trece, frente al parque Morningside, a cinco minutos de la Universidad de Columbia, con su amigo el profesor John Brannagh. Ya se habían cumplido cinco años del ataque terrorista a las torres gemelas del World Trade Center y poco más de tres años desde que George Walker Bush revalidara su mandato para la presidencia de Estados Unidos, al vencer al demócrata John Forbes Kerry por más de tres millones y medio de votos.

—Tal vez ahora lo haga bien; sólo le quedan dos años en la Casa Blanca y no puede optar a una tercera reelección... —aventuró Brannagh.

—¿Bien?, ¿bien ese matón texano? Míralo —Carter señaló una foto de Bush en la primera página del periódico que Brannagh había dejado sobre la mesa del restaurante—; ¿crees que tras esa cara puede esconderse un buen presidente? Es un completo ignorante; si ni siquiera sabía dónde estaba México.

—La gente de este país volvió a votarle, y lo hizo a pesar de las campañas contra él de parte de la prensa.

—Este país está en guerra y nunca se ha cambiado de presidente durante una guerra. Los países decentes esperan a que acabe y, entonces sí, entonces es cuando echan al que los ha llevado a la guerra, aunque sea justa y victoriosa, como hicieron los británicos con Churchill, pero nunca antes de que termine la contienda. Y además, ese incauto de Kerry... Creía que con plantear en su programa una rebaja en el precio de los medicamentos sería suficiente para tumbar a Bush y a todo su monumental aparato de propaganda, todas esas televisiones, periódicos y revistas tan conservadores y manipuladores que a su lado Nixon parecería un querubín. ¿Acaso nadie le dijo a ese iluso candidato demócrata que la mayoría de los pobres, que son casi cincuenta millones en este país, no vota? Y si lo hubieran hecho, sus votos tampoco hubieran ido a parar a Kerry; los pocos pobres que lo hacen, siempre votan al poder. Además, el candidato demócrata votó en el Senado a favor de la guerra de

Iraq.

—Pero luego se excusó, alegando que lo hizo porque estaba convencido de que el presidente no se saltaría el consenso internacional.

—Lo que cuenta es que dio su voto a favor de una guerra injusta e ilegal, y para invadir un país que nada tenía que ver ni con los atentados del Martes Negro ni con el terrorismo de al-Qaeda.

»Aunque el verdadero culpable es Al Gore; si no hubiera tirado la toalla y no hubiera reconocido el triunfo de George Bush en las elecciones presidenciales del 2000, ahora no ocurriría esto.

—Gore no tenía más remedio que aceptar la derrota; en caso contrario, quién sabe lo que hubiera ocurrido en este país. Y Kerry acabó criticando la guerra.

—Tenemos un presidente que no ganó aquellas elecciones del 2000 de forma limpia. Lo de Florida fue una estafa, un fraude escandaloso, y Gore contribuyó con su renuncia a que no se aclarara la verdad y a que se perpetrara un atentado contra la esencia de nuestra democracia. Y mira lo que ha venido después: la invasión de Afganistán, la guerra de Iraq, los problemas en Palestina...

»No, no puedo continuar aquí.

—Entonces, ¿eso quiere decir que al fin te han aceptado en París? —preguntó Brannagh.

—Sí, hace tres días recibí la notificación. El contrato es por tres cursos. Me haré cargo de la asignatura de Arte Medieval Europeo y de un seminario permanente sobre pintura gótica en el segundo cuatrimestre de este mismo curso.

—Bueno, eres uno de los mayores especialistas del mundo en esa materia, pero un americano enseñándoles a los franceses el arte que ellos crearon suena raro, muy raro. ¿No te parece?

—En Francia, aunque a veces lo disimulan muy bien, estiman mucho todo lo que llega de América. Sin duda les ha parecido exótico que un profesor californiano afincado en Nueva York desembarque en París, y tal vez mis críticas públicas a Bush hayan contribuido a que me acepten.

—Por cierto, y hablando de tus ataques al presidente en ese periódico en el que publicas tus críticas de arte, ya sabes que la CIA ha preguntado por ti en tu universidad. Parece que en la Casa Blanca ha molestado y mucho la contundencia de tus denuncias, pero sobre todo el tono que has utilizado en ellas. No es que te vayan a perseguir por ello, pero ten cuidado.

—Sí, me informó el decano de mi facultad y también el director del diario, ese viejo cabezota... Fue por aquel artículo sobre la destrucción de los museos y los yacimientos arqueológicos de Iraq.

—Ése fue el que colmó la paciencia de los asesores presidenciales; y creo que, en ese caso concreto, te pasaste un poco.

—No, en absoluto; sólo constaté una realidad. Los talibanes demolieron los budas de Bamiyán con dinamita y aquí se les llamó bárbaros, con razón, pero nuestros

aviones han destruido decenas de restos artísticos y arqueológicos en Iraq y casi nadie ha dicho nada —asentó Carter.

—Bueno, lo denunciaste tú, y tu periódico lo publicó sin censurar una línea, imagino. Eso no hubiera sido posible en un país controlado por integristas islámicos. De haberlo hecho en un país gobernado por radicales islamistas, tú y tu director estaríais ahora en la cárcel, o muertos.

—Es posible, pero en cuestión de destrucción del patrimonio artístico nosotros estamos por delante, probablemente porque aquí, en América, somos más civilizados —ironizó Carter—. Los talibanes destruyen las obras de arte con dinamita ante los ojos de todo el mundo, y nosotros lo hacemos con láser y con explosivos de última generación. Ya ves la diferencia...

—¿No te irás a marchar por lo de la CIA? De momento sólo han preguntado por tus actividades políticas. Ya sabes que los «cerebros» de la Casa Blanca está obsesionados ahora con neutralizar cualquier cosa que suene a izquierdas.

—No, claro que no. Ya te dije que dos agentes se presentaron en la redacción y le soplaron al viejo cascarrabias que tal vez yo fuera un espía de al-Qaeda, uno de esos «durmientes» que «despiertan» al cabo de los años para perpetrar horribles atentados, y que mis artículos parecían justificar las acciones de los terroristas islamistas, pero a pesar de eso no creo que esos «talentos» del espionaje hubieran llegado mucho más allá. No dan más de sí.

—¿Y qué hizo tu director?

—Sacó a relucir la Constitución, la libertad de prensa, los padres de nuestra nación y al mismísimo George Washington; se puso serio y digno, arqueó la ceja derecha y los echó de su despacho.

—Bien por el viejo. Lástima que en la universidad no hayan respondido así.

—Luego, cuando me lo contó, se reía como un niño. ¡Ah!, le hubiera dado un beso allí mismo. Estuvo magnífico.

David apuró su copa de vino, un excelente Château Margaux del 98.

—Buena elección —dijo Brannagh señalando la botella medio acabada.

—Francés, claro, uno de los mejores *crus* de Burdeos, la única manera de preparar dignamente el estómago para digerir este café.

Capítulo 3

PARÍS, enero de 2007

El enorme boeing 747 de Air France rodó por la pista del John Fitzgerald Kennedy y levantó majestuoso el vuelo apuntando desafiante su morro cónico hacia el cielo. En unos minutos el profesor Carter sobrevolaba las aguas del Atlántico y dejaba atrás una ciudad cuyas primeras luces vespertinas comenzaban a encenderse. Desde la ventanilla, David miró hacia Manhattan y echó de menos el perfil del World Trade Center. Hacía ya más de cinco años que las dos torres gemelas habían caído abatidas por los terroristas de al-Qaeda, pero su imagen humeante continuaba siendo una atroz pesadilla en el recuerdo de los neoyorquinos.

El aterrizaje en el Charles de Gaulle fue suave; algunos pasajeros aplaudieron como si hubieran asistido al final apoteósico de un memorable concierto, sin duda para liberarse de la tensión que algunas personas acumulan tras un vuelo en avión.

En la salida de pasajeros aguardaba el profesor Jean Ricard, maestro de conferencias en La Sorbona y colaborador del Museo Nacional de Historia y Arte Medieval de Cluny, en París. Ricard, especialista en arte prerrománico y bizantino, era alto y muy delgado, de unos cuarenta años, aunque con arrugas demasiado marcadas para su edad. Vestía una gabardina negra y un sombrero de fieltro también negro. Al ver salir a su colega, se acercó y lo saludó:

—Profesor Carter, bienvenido a París.

—Gracias, profesor Ricard; agradecí mucho su llamada y su ofrecimiento para recogerme en el aeropuerto —dijo David, a la vez que tendía la mano para estrechar la de su colega francés, al que había conocido años atrás en un congreso en Spoleto.

—No tiene importancia. Acompañeme, por favor, tengo el coche en el aparcamiento. Permítame que le ayude con las maletas.

—No es necesario.

Carter había salido de Nueva York para instalarse en París por tres años al menos, pero sólo llevaba dos maletas, y no demasiado voluminosas.

—Viaja usted ligero de equipaje.

—Llevo conmigo lo imprescindible. He enviado el resto a través de una agencia de transportes a la dirección que me indicó; espero que no se extravíe nada. Por cierto, me dijo usted en su correo electrónico que me había alquilado un piso en la calle Rochechouart, ¿es así?

—En efecto, en el número 59.

—¿El 59?, ¿mi apartamento está en el número 59 de la calle Rochechouart? —preguntó Carter con los ojos como platos.

—Sí. ¿Conoce el sitio?

—No, pero, si no recuerdo mal, ésa es la casa donde murió Fulcanelli.

—No lo sé, profesor. Usted me indicó que le buscara un apartamento confortable y céntrico. Éste me lo recomendó la profesora Henry, a quien conocerá mañana; ella vive cerca de allí y me ayudó a encontrarlo; pero si no le gusta...

—No, no, está bien, lo que ocurre es que me extraña esa coincidencia. Yo también he escrito libros sobre arte gótico, como Fulcanelli.

—Sí, curiosa casualidad. Aquí tengo dos juegos de llaves para usted. Con la cantidad que me envió he pagado tres meses de alquiler por adelantado a la inmobiliaria; el resto está en este sobre con los recibos. Tiene todo en regla; los contratos de alquiler y de suministro de agua, luz y gas están en el apartamento. Le he buscado una asistenta, éste es su número de móvil, llámela en cuanto la necesite, es de plena confianza; su nombre es Amina y es magrebí, bereber, de un pueblo del Alto Atlas, IMLIL creo que se llama.

Carter se guardó las llaves en el bolsillo.

—Imlil, sí, al pie del monte Tubkal.

—¿Ha estado allí?

—Pues sí, en 1995. Está cerca de Marrakech, a donde viajé para fotografiar el alminar de la Kutubiya. *National Geographic* me encargó un artículo sobre el arte almohade; viajé desde Sevilla, en España, donde está su torre gemela, la Giralda.

Al mencionar «torre gemela», David recordó la destrucción del World Trade Center por los terroristas de al-Qaeda y le pareció una cruel paradoja de la historia que una secta de fanáticos musulmanes como los almohades, que construyeron un gran imperio en el Magreb y en al-Ándalus en el siglo XII, fueran conocidos en el mundo del arte precisamente por sus dos torres gemelas, la Giralda de Sevilla y la Kutubiya de Marrakech.

Ya en el aparcamiento, colocaron las maletas en el coche y el profesor Ricard arrancó su Peugeot rumbo a París. El periférico, la gran autopista de circunvalación que rodea la ciudad, estaba bastante despejado y la circulación era fluida. Entraron en París por la calle de la Chapelle y bajaron en dirección al Sena hasta la calle de Mauberge; torcieron a la derecha por Condorcet, enfilaron Rochechouart y pudieron aparcar unos metros más abajo del portal número 59.

El edificio de la calle Rochechouart estaba en la parte alta, cerca de la calle de Dunkerque, a unos minutos del corazón del viejo Montmartre. Era uno de esos típicos bloques parisinos de seis plantas de altura contruidos de tal manera que parece que sólo tienen cuatro. La fachada, de color ocre, era muy similar a las del entorno, en las que dominaba el blanco y el gris muy claro. Debía de datar de finales del siglo XIX o principios del XX, pero estaba ubicado junto a un inmueble mucho más moderno, de aspecto horrible, el del número 61, de ocho plantas de altura, retranqueado unos metros de la línea de la calle, que desentonaba por completo de la uniforme arquitectura del barrio y alteraba la alineación histórica de los demás inmuebles.

—La casa donde murió Fulcanelli... —susurró Carter mientras observaba de

abajo arriba toda la fachada desde la acera de enfrente, junto a una tienda de bebidas —. Es curioso, no hay ninguna placa que lo recuerde.

—Perdone, doctor, ¿decía...? —le preguntó Ricard.

—Que me extraña que nadie haya puesto una placa en la pared de este edificio señalando que aquí murió el gran alquimista Fulcanelli.

—Tal vez nadie lo sepa.

—Claro que sí; aparece en algunos libros, en las guías secretas... Las fachadas de las casas parisinas están bien surtidas de placas que indican que en ellas nació, vivió o murió algún personaje célebre. Recuerdo que en la isla de San Luis la mayoría de los edificios presenta en sus fachadas una de esas lápidas recordatorias, a veces dedicadas a la memoria de personajes menos populares e interesantes que Fulcanelli.

»Mire, allá arriba, en el ático, ahí se encontró su cadáver en 1932; o al menos eso dijeron sus amigos.

—Pues ésa es precisamente su nueva vivienda —comentó Ricard.

—¿Está usted seguro?

—Sí, claro, acompañé a la profesora Henry para inspeccionar el apartamento, ya le dije que fue ella quien lo encontró. ¿Me permite uno de los juegos de llaves que le entregué en el aeropuerto?

—Claro, claro —Jean abrió la puerta del patio y ambos entraron en el edificio; el ascensor los llevó hasta la última planta.

—Hay dos áticos —dijo David Carter.

—El suyo es de la derecha; es posible que Fulcanelli muriera en ese otro —supuso Ricard—. Aquí tampoco hay ninguna placa.

Jean abrió la puerta del apartamento, le devolvió la llave a David y le fue explicando dónde estaba cuanto necesitaba saber: los conmutadores de la luz, el gas, la calefacción...

—Bien, le dejo para que se instale. Si le apetece puedo pasar a recogerlo hacia las siete. No quisiera que cenara solo en su primera noche en París.

—No se preocupe, Jean. Tengo tarea por delante. Primero he de familiarizarme con el apartamento, deshacer las maletas; en fin, colocar cada cosa en su sitio. Habrá más ocasiones, ya le he causado demasiadas molestias por hoy. Además, creo que ni siquiera saldré a cenar, porque con el cambio horario ando un poco despistado —dijo Carter.

—Bueno, si le entra apetito más tarde le recomiendo L'Escargot; está aquí al lado, apenas a unos metros, en el número 39. El plato del día es excelente. Si le gusta la comida italiana encontrará una pizzería un poco más abajo y hay varios restaurantes asiáticos en la misma acera.

—Muchas gracias, tendré en cuenta su recomendación.

—Mañana pasaré a buscarlo a las nueve; el decano quiere saludarlo y darle la bienvenida personalmente.

—Claro, claro, y gracias de nuevo, me ha facilitado mucho las cosas.

—Entonces, hasta mañana. Le esperaré abajo, en doble fila; no crea que por aquí siempre es tan fácil aparcar como hemos hecho hoy.

Jean Ricard estrechó la mano de David L. Carter, se caló el sombrero y se despidió con suma cortesía.

El americano se quitó la chaqueta, aflojó el nudo de la corbata y estiró los brazos cuanto pudo. Se daría una buena ducha e intentaría dormir. El *jet lag* empezaba a hacer aparición a causa del desfase horario entre Nueva York y París.

* * *

—Bienvenido a París, doctor Carter —el decano de la Facultad de Artes de La Sorbona se levantó del cómodo sillón de su amplio despacho en la calle Víctor Cousin, en pleno barrio Latino de París, para saludar al profesor americano, a quien acompañaban Jean Ricard y Louise Lazard, la directora de la sección de Historia del Arte—. Para nuestra Facultad es un honor contar en su claustro de profesores con uno de los más destacados historiadores del Arte.

—Muchas gracias, señor decano, espero que mi estancia en París sea enriquecedora para los alumnos de esta universidad. Por mi parte, estoy encantado y con muchas ganas de comenzar.

—Le deseo mucho éxito. ¿Ya le han enseñado su despacho?

—No, todavía no —intervino la profesora Lazard—. No hemos tenido tiempo, pero lo haremos enseguida.

—Bien, bien. Le reitero la bienvenida y espero que se sienta como en casa.

—Gracias.

Carter volvió a estrechar la mano del decano y, con sus dos colegas, se dirigió a su nuevo despacho. La directora abrió la puerta con una llave que inmediatamente entregó a David.

—Aquí está. Espero que sea de su agrado.

El despacho era estrecho y alargado, pero disponía de una gran ventana que daba a una calle tranquila, y además estaba orientado hacia el sur, lo que en un clima tan lluvioso como el de París le vendría muy bien.

—Estupendo, estupendo; parece muy acogedor —supuso Carter.

—Acompañeme, por favor, le presentaré al resto de los miembros de la sección.

La directora fue presentándole uno a uno a todos los profesores y a los becarios. Una de las jóvenes profesoras le llamó la atención. Se llamaba Michelle Henry; tenía veintinueve años y estaba preparando su tesis de Estado sobre la construcción de las catedrales góticas del norte de Francia. Era muy hermosa, de ojos brillantes y labios risueños.

—He leído sus trabajos sobre la geometría y las matemáticas en la pintura italiana del Renacimiento; permítame, profesor Carter, que le diga que son espléndidos.

—Muchas gracias, profesora Henry. Y gracias también por su amabilidad al dedicar parte de su tiempo a buscarme alojamiento en París.

—No tiene ninguna importancia. Me pareció particularmente brillante el que dedicó al *Retrato de un matemático* de Barbari.

—Lo escribí durante el verano del año 2001; lo recuerdo muy bien porque la tarde del 11 de septiembre tenía que impartir una conferencia sobre ese cuadro en un seminario en Columbia. Y claro, ya no hubo lugar.

—¿Se refiere al atentado contra las torres gemelas?

—En Estados Unidos no existe desde entonces otro 11 de septiembre, el Martes Negro.

—Debió de ser horrible.

—Sí, fue muy duro. Yo vivía cerca del World Trade Center. Desde la ventana de mi salón pude contemplar el impacto de los aviones, y luego el fuego, el humo, el polvo, el caos... Más de 2600 personas murieron aquel día.

—Por aquí hay quien dice que se trató de una venganza por lo de las Cruzadas —intervino Henry.

—Ésa fue una de las excusas que utilizó al-Qaeda, pero no creo que sea una razón... digamos de peso. Además, los americanos no estuvimos allí, ¿recuerda? Colón nos descubrió algunos siglos después de que europeos y musulmanes se mataran ante los muros de Jerusalén.

—Los radicales islámicos no han olvidado la humillación a que los occidentales hemos sometido a sus países durante siglos.

—En eso tiene razón, pero la historia no puede utilizarse para justificar el asesinato y el terror.

—Seguiremos hablando de ello, profesor Carter.

—Por supuesto, profesora Henry. Y de nuevo, muchas gracias por el apartamento, es muy cómodo.

David se despidió de la joven profesora con un apretón de manos. Aquella mujer de metro setenta y cinco, pelo castaño claro ligeramente ondulado y ojos melados le produjo al americano un notable impacto. Parecía muy segura de sí, desenvuelta y vital, y era extraordinariamente atractiva, una de esas mujeres bellas que lo son de verdad en todo momento, sin necesidad de maquillaje especial ni de ropas llamativas. Una mujer interesante. París le parecía ahora todavía más fascinante.

Capítulo 4

PARÍS, febrero de 2007

Recién instalado en el apartamento del número 59 de la calle Rochechouart, llegaron varias cajas desde Estados Unidos: ropa, libros, discos, objetos personales... todas esas cosas de las que uno no se quiere desprender nunca aunque se mude de casa y se traslade a vivir a otro continente.

Llamó a Amina, su asistente marroquí, que se presentó poco después en su apartamento. Era una mujer de unos cuarenta años, morena y muy guapa todavía, de ojos negros, grandes y tristes, que tenían atrapado en su mirada el temor de siglos de miedos, supersticiones y miserias en su tierra natal de las montañas del Atlas.

D. L. Carter había vivido de su sueldo de profesor universitario en Nueva Jersey, aunque no le hubiera hecho falta, pues su familia era bastante rica. Poseía una considerable extensión de viñedos en el norte de California, con cuyas uvas elaboraba un excelente vino blanco y un nada despreciable tinto. El negocio familiar estaba dirigido por el padre de David, que además de afamado enólogo era un enamorado de la cultura francesa, y especialmente de sus vinos. Cada año solía viajar a Europa para visitar bodegas y participar en congresos de enología, y aprovechaba para comer bien en los más reputados restaurantes franceses. Desde que era un niño, David había viajado con sus padres a Francia, Italia y España, y allí había entrado en contacto con el arte y la cultura europeas.

La primera vez que viajó a Francia, a los siete años de edad, sus padres lo llevaron a visitar la catedral de Notre-Dame de París; el joven Carter se quedó absorto cuando contempló el tornasol de mágicos colores de sus luminosas vidrieras. Aquellos viajes y las visitas a museos y templos fueron sin duda decisivos para inclinarse por estudiar Historia del Arte, a pesar de que su padre había insistido, sin ningún éxito, en que se licenciara en Enología en la Universidad de California-Los Ángeles y aprendiera lo necesario para mantener el boyante negocio familiar de los prósperos viñedos del valle de Napa.

Carter medía metro ochenta y cinco y era moreno, con el pelo ondulado y unos ojos grises muy claros, los mismos que su padre. No había heredado en cambio su dedicación a la viticultura, pero sí su gusto por el buen vino. Era el único hijo del matrimonio Carter, pero no quería saber nada de cultivar uvas, vendimiarlas, prensarlas y elaborar vino; prefería beberlo.

Le atraía el arte, el arte medieval, y especialmente el gótico tardío y el renacentista. Tras licenciarse en Historia del Arte de la Edad Media en la Universidad de California-Los Ángeles, había realizado cursos de especialización en Poitiers y en París, en Francia, y en Spoleto y en Pisa, en Italia. Se doctoró en 1994 y consiguió

una plaza de profesor en una pequeña universidad pública del Estado de Colorado y después en la de Nueva Jersey, donde consiguió un gran prestigio como investigador y docente. En su época de estudiante en la universidad había militado en movimientos alternativos en contra de la política expansionista norteamericana, había escrito en periódicos y revistas estudiantiles contra la intervención militar en Vietnam, aunque para entonces esa guerra ya había acabado, y contra la cobertura de Washington al golpe de Estado de Pinochet contra el presidente Salvador Allende en Chile, se había manifestado en la calle por todo ello y había sido detenido en alguna ocasión. Desde entonces tenía una ficha abierta en la CIA y en el FBI, que se había ampliado con motivo del contenido de varios artículos publicados en un periódico de Nueva York, donde escribía una columna semanal, en los que arremetía contra la administración Bush con mucha vehemencia.

En las elecciones presidenciales del año 2000 había sentido una gran vergüenza cuando todo su país y medio mundo estuvieron varias semanas en vilo a causa de la chapuza electoral que se produjo en el Estado de Florida, cuyos veinticinco votos electorales fueron decisivos para decantar la elección presidencial hacia el republicano Bush en contra del demócrata Gore. Aquellas confusas «papeletas-mariposa», la manipulación realizada por las grandes cadenas de televisión y la postura de las grandes empresas del petróleo y del armamento a favor de lo que consideraba un fraude electoral acabaron por decantar su decisión de marcharse de Estados Unidos por un tiempo y proseguir sus investigaciones sobre pintura gótica en Europa.

Gracias a un convenio para un programa de intercambio de profesores entre el Gobierno Federal y la Unión Europea, había conseguido un contrato por tres cursos, durante los cuales tendría que impartir clases en la universidad de París y redactar un proyecto de investigación sobre «Proporciones, geometría y técnicas de perspectiva en la pintura francesa e italiana de la segunda mitad del siglo xv».

Empleó su primer fin de semana en París en organizar su apartamento de la calle Rochechouart y en ordenar notas y apuntes en su ordenador portátil porque pronto tenía que empezar a impartir las clases del segundo cuatrimestre que le habían sido asignadas: una historia del arte bajomedieval europeo, un seminario sobre pintura gótica y la dirección de dos trabajos de investigación.

El lunes se incorporó a su despacho. Hacía frío y lloviznaba. Colgó su gabardina de la percha y se puso a ordenar la mesa de trabajo y a colocar algunos libros en las estanterías de una librería, completamente vacías hasta entonces.

Mientras clasificaba una docena de volúmenes y algunas revistas pensaba en el cambio que en las últimas dos semanas había dado su vida. Atrás había dejado un empleo cómodo y bien remunerado, su país y todo cuanto hasta entonces había querido. Y ahora se encontraba en un país extranjero, aunque lo conocía bien por varios viajes y breves estancias anteriores. A sus treinta y nueve años, divorciado y sin una relación estable, lo que había hecho mucho más fácil su decisión de

abandonar Estados Unidos, pretendía iniciar una nueva vida.

Unos golpes en la puerta lo devolvieron a la realidad.

—Adelante —indicó.

—¿Puedo pasar?

Al otro lado de la puerta entreabierta apareció Michelle Henry. Su melena ondulada y castaña caía de manera cuidadosamente desordenada sobre sus hombros. Vestía una chaqueta y una falda negras, con unas finísimas rayas blancas, sobre una camisa gris de seda cruda. Estaba muy elegante y el ligero maquillaje resaltaba todavía más sus sensuales rasgos. Olía a perfume fresco pero refinado.

—Claro, profesora Henry. Pase y siéntese. Y perdone este desorden, pero estaba intentando organizar el despacho.

—No se preocupe. He venido a hablar, si tiene tiempo libre, unos minutos con usted.

—Por supuesto. Usted dirá...

—Como ya sabe, estoy preparando una tesis de Estado sobre la construcción de las catedrales góticas, y..., le seré franca, mi directora, la profesora Lazard, y yo no tenemos lo que pudiera denominarse «una buena sintonía». Además, el nuevo sistema de doctorado europeo obliga a que al menos un miembro del tribunal que ha de juzgar la tesis o el director no sea francés.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Me gustaría que aceptara ser el codirector de mi tesis.

—¡Eh!, sí, claro, aceptaría encantado, pero ¿sabe esto la profesora Lazard?

—Ya le he dicho que no estamos en la misma sintonía.

—Pero ella es la directora del área, y yo sólo soy un profesor contratado temporalmente.

—Usted es una de las máximas autoridades mundiales en arte gótico. Y además, creo que la profesora Lazard no pondrá ninguna objeción.

—¿Hablará con ella?

—Si usted acepta codirigir mi tesis, por supuesto —asentó Michelle.

—En ese caso, ¿podría ver su currículum?

—Se lo remitiré por correo electrónico esta misma mañana. ¿Ya tiene asignada una dirección?

—Sí, sí. Me la proporcionó el viernes un informático de la universidad. Aquí la tiene.

Carter copió en un papel su dirección electrónica y se lo acercó a Michelle.

—Gracias. Esta misma mañana lo recibirá en su ordenador.

»Por cierto, ¿qué me dice de su apartamento?

—Ya le dije que es perfecto, muchas gracias de nuevo.

—En realidad fue una amiga quien me informó de su existencia. Yo vivo muy cerca, a un par de calles de la suya, en la esquina de Bellefond con Poissonnière. Ya habrá comprobado que se trata de un barrio tranquilo, donde todavía puede respirarse

la esencia del viejo París. Y no es demasiado caro.

—No, no. Pago de alquiler mil trescientos euros al mes, y eso son unos... mil ochocientos dólares, pero tiene setenta metros cuadrados y dos dormitorios, y las vistas son fantásticas. Para mí solo no necesito tanto, pero me gusta mucho el sitio.

—Alquilaban otro en un edificio cercano; era más pequeño pero tenía terraza. Claro que aquí, en París, las terrazas no son demasiado útiles. ¿Sabe cuál es el secreto mejor guardado de esta ciudad?

—Pues..., no, no lo sé.

—El número de días de lluvia.

—No entiendo.

—Está muy claro. Aquí llueve más de doscientos días al año... Bueno, en realidad son alrededor de doscientos cincuenta, y lo hace en la mayoría de las ocasiones a primera hora de la tarde. Es decir, que de cada diez tardes, llueve en algo más de siete.

David lo sabía, pero prefirió dejar que Michelle se explicara; le gustaba su manera de hablar, de sonreír, cómo movía el pelo y las manos y cómo caminaba, con la sensación de estar plenamente segura de sí misma.

—No parece que eso importe demasiado a los parisinos —alegó David.

—Pues no. En cuanto deja de llover, nos encanta pasear por los bulevares o sentarnos en la terraza de un café y mirar cómo discurre la vida en la ciudad.

—O en la terraza de una casa...

—¡Vaya, parece que le gustan las terrazas! Si lo hubiera sabido le hubiera alquilado ese apartamento con terraza, para que pudiera salir al aire libre en cuanto fuera posible. Creo que usted es californiano, allí el clima es mediterráneo y estará acostumbrado al sol.

—Pero he vivido en Nueva York, y créame, quizá no sea tan lluvioso como París, pero en invierno hace mucho más frío y caen nevadas muy copiosas.

«Interesante, sí, muy interesante», pensó David mientras hablaba del tiempo parisino con Michelle.

Como le había anunciado, el currículum llegó apenas media hora después: «Michelle Henry, nacida en París en diciembre de 1977, licenciada con las máximas calificaciones en la Universidad de La Sorbona en 1999, becada por el Centro Nacional para la Investigación Científica, profesora ayudante...»; y seguían una docena de artículos, un libro y siete participaciones en congresos con comunicaciones y ponencias del más alto nivel, además de varios cursos de especialización en Italia, Inglaterra y Alemania.

«Interesante y muy impresionante», volvió a pensar tras repasar el currículum de la joven profesora Henry.

«De acuerdo con la codirección, siempre que lo apruebe la doctora Lazard. Y enhorabuena, tiene usted un historial académico envidiable», escribió David en un correo electrónico que remitió de inmediato a Michelle aceptando su propuesta de

codirigir su tesis.

* * *

—Está de acuerdo. La doctora Lazard no pone ninguna traba para que usted codirija mi tesis.

Michelle se lo anunció animada a David, con quien acababa de coincidir en la entrada de la Facultad.

—En ese caso, hablaré con ella. Será necesario aprobarlo en consejo del Departamento, ¿no es así?

—Por supuesto; ese trámite es obligado.

David se dirigió al despacho de Louise Lazard; tuvo que aguardar unos minutos, pues estaba atendiendo a un alumno. Cuando la directora acabó, lo invitó a pasar.

—Enhorabuena, profesor Carter. Ni siquiera lleva usted tres semanas aquí y ya ha conseguido ser director de una tesis.

Lazard parecía molesta, aunque intentaba disimular su enojo.

—La profesora Henry solicitó mi colaboración, y yo acepté siempre que usted no tuviera inconveniente...

—Y no lo tengo, doctor Carter, no tengo el menor inconveniente, pero antes me gustaría que supiera alguna cosa sobre lo que pretende hacer esa chica. Siéntese, por favor.

—Su currículum me ha parecido espléndido, pero usted dirá... —David se acomodó para escuchar a la directora.

—Michelle Henry es una prometedora investigadora, muy destacada como alumna, tal vez la más brillante de las últimas diez o doce promociones de esta Facultad, pero se ha empeñado en darle un enfoque extraño a su tesis.

—¿Extraño?, ¿qué quiere decir «extraño»?

—Pues que no sigue las normas académicas habituales. Ya me entiende: documentos, bibliografía, estado de la cuestión, análisis y síntesis. Quiere ir, según dice ella, más allá de los textos.

—¿Más allá?, sigo sin comprender.

—Ya sabe que su tesis trata sobre la construcción de catedrales góticas; pues bien, Michelle quiere introducir en el análisis científico una visión un tanto esotérica basada en la utilización de la alquimia y de otras disciplinas marginales para descifrar presuntos códigos ocultos en las catedrales. Eso significa utilizar métodos poco académicos, poco rigurosos. Hace unos dos meses tuvimos una discusión bastante seria. Se ha empeñado en analizar las teorías de Fulcanelli en su proceso de investigación y comprobar si son adecuadas, y como comprenderá, ésta es una Facultad prestigiosa que debe seguir manteniendo su fama académica y científica.

—*El misterio de las catedrales* es un libro muy sugerente.

—¿Conoce la obra de Fulcanelli? —le preguntó Lazard.

—Por supuesto, e imagino que usted también.

—Sí, ejem, claro, claro, ejem —carraspeó la directora—. Pero jamás lo he utilizado como fuente, ni siquiera como referente bibliográfico. Nunca he realizado en clase una cita donde apareciera el tal Fulcanelli.

—La perspectiva desde la que miraba Fulcanelli era otra visión de la imagen tradicional y académica que se explica de la catedral gótica. En mi opinión, en un estado de la cuestión no debería faltar.

—La profesora Henry no pretende eso; si fuera así, bueno, podríamos discutirlo, e incluso aceptaría alguna cita o referencia tangencial, pero lo que ella propone es realizar un análisis exhaustivo de las teorías de Fulcanelli sobre el significado simbólico de las catedrales góticas, y a partir de ahí construir su tesis. Comprenderá que no puedo aceptar semejante punto de partida, aunque ella está obstinada en seguir por ese camino.

—Y ante esa situación, ¿qué se puede hacer?

—Pues lo que ya ha hecho su nueva alumna: buscar un nuevo director o, en este caso, un codirector.

—Que yo sepa, todavía no he aceptado —adujo Carter.

—¿Va a negarse? Michelle me ha comunicado que usted está de acuerdo con su ofrecimiento.

—Le dije que la codirigiría siempre que usted diera su plácet.

—Y se lo doy.

—Entonces, sigo sin entender...

—Mire, profesor, nadie en Francia se arriesgaría a dirigir una tesis con planteamientos tan extraacadémicos como los que pretende desarrollar la profesora Henry. Pero con usted de por medio, tal vez los colegas la vieran con otros ojos. Al fin y al cabo es usted norteamericano, y ya sabe que por el Viejo Continente los consideramos un tanto frívolos.

—Los europeos tienen una visión o demasiado sesgada o muy estereotipada de nosotros.

—Probablemente, pero no me negará que algunos de sus más ilustres dirigentes colaboran entusiásticamente para que sea así.

—¿Lo dice por el presidente Bush?

—No pensaba precisamente en él, pero sí, también él, entre otros muchos americanos superficiales y vacuos.

—Mire qué bien. Es probable que, en consecuencia, usted sea una de quienes creen que los americanos pensamos que todos los franceses son unos borrachos compulsivos que no paran de beber vino tinto, comer *foie*, pan y queso y tararear canciones de absurdas letras al son de un acordeón.

—No he pretendido crear un conflicto diplomático, créame.

—No, claro, perdóneme usted, pero estoy cansado de que los europeos consideren

que todos los americanos somos estúpidos.

—Soy yo quien le pido disculpas, tal vez me he excedido...

—No importa.

—Entonces, ¿acepta codirigir la tesis de Michelle, con el riesgo que ello supone para su prestigio?

—Acepto, acepto, y espero no arrepentirme.

* * *

—Muchas gracias, profesor Carter; me acaba de comunicar la profesora Lazard que no tiene inconveniente en codirigir mi tesis.

Michelle se había presentado en el despacho de David para agradecerle su aceptación.

—No, no lo tengo, pero hágame un favor.

—Usted dirá.

—¿Por qué me buscó ese apartamento en el número 59 de la calle Rochechouart? Usted sabía que allí murió Fulcanelli, ¿qué significa todo esto?

—Nada, profesor, nada en absoluto. El apartamento estaba libre, Jean nos dijo a todos que si sabíamos de algún apartamento para alquilar se lo comunicáramos, y yo así se lo indiqué. Ya le dije que vivo en ese mismo barrio.

—Usted ha estudiado la obra de Fulcanelli, y según me ha dicho la profesora Lazard pretende hacer un análisis exhaustivo de ella en su tesis, ¿no es así?

—Sí, pero no veo ninguna relación...

—¿Ah, no? ¿No ve la relación entre su tesis sobre las catedrales góticas, Fulcanelli y un profesor de Historia del Arte norteamericano que, casualmente, llega a París y se instala tras una intervención suya en la misma casa donde murió el alquimista?

—Está bien, perdone. Fue un divertimento. Cuando me enteré de que usted venía a París y que buscaba un apartamento, vi el anuncio del alquiler en la calle Rochechouart, precisamente en el número 59, y me pareció una especie de premonición. No hay nada más, se lo prometo.

»¿No creerá usted en fantasmas, verdad?

—No, por supuesto que no, pero todo esto empieza a ser muy extraño. ¿Sabía usted que tuve problemas en Estados Unidos con la CIA a causa de mis antecedentes políticos y por mis recientes críticas a la política de Bush?

—No tenía la menor idea. Yo sólo conozco sus obras científicas, ya se lo dije.

—¿Y sabía usted que la CIA y el FBI estuvieron investigando durante muchos años a Fulcanelli y a su círculo?

—Sí, claro, pero nunca llegué a imaginar que todo esto pudiera relacionarse con usted.

—Yo tampoco, se lo aseguro. Pero si no me equivoco, la CIA seguirá mis pasos en París. Discretamente, eso sí, pero en las tenebrosas esferas del espionaje americano trabaja algún maniático idiota que me considera un sujeto peligroso para la seguridad de la nación americana, y si se entera de que vivo en la misma casa en la que murió Fulcanelli..., no sé, tal vez se pregunte si hay algo más que una casualidad o que el divertimento de una joven profesora francesa de Historia del Arte.

—Le prometo que fue una casualidad; yo jamás pretendí causarle molestias. No sabía nada de sus problemas con espías. Deje el apartamento, por favor, le encontraremos otro. En esta época hay bastantes apartamentos en alquiler aquí en París.

—No se preocupe, el que ahora ocupo está bien. Además, bien pensado, hasta puede ser divertido. Parece usted asustada.

—Todo eso de la CIA..., ¿no será una broma suya?

—A pesar de que ya hace tiempo que pasó la «caza de brujas», en mi país todavía hay quien se empeña en que no se olviden los «buenos viejos tiempos», y desde la Casa Blanca se alienta a los «halcones» empeñados en considerar como «antiamericano» a quienquiera que critique cualquier decisión del presidente.

Al abrir la puerta de regreso a su casa, David se detuvo un instante. Allí mismo, precisamente en ese edificio, hacía casi setenta y seis años había muerto Jean Julien Champagne, más conocido como Fulcanelli, el gran alquimista, el último gran maestro de su oficio, el único que había conseguido transmutar dos veces el plomo en oro en presencia de testigos, uno de los personajes más misteriosos del siglo xx. Ya en su apartamento, recordó la lectura que hiciera años atrás de *El misterio de las catedrales*, y decidió que a la mañana siguiente iría a una de las librerías del barrio de la universidad para localizar alguna edición de esa obra.

II El misterio de las catedrales

Capítulo 5

PARÍS, abril de 2007

Michelle estaba muy hermosa aquella mañana de abril. El cielo de París comenzaba a perder el color plomizo que había sido habitual durante los últimos tres meses, y cuando las nubes lo permitían, cada vez con mayor frecuencia, un limpio azul celeste reflejaba esa luz tan especial de la primavera parisina.

Era la primera vez que Michelle y David habían quedado para cenar. Hacía tres meses que se conocían y dos y medio desde que se había aprobado la codirección de la tesis, pero hasta ese día no se habían visto ni un solo instante fuera de los muros de la Facultad.

La iniciativa había partido de David. Una tarde, poco antes de dejar la Facultad, el americano había visto pasar por delante de la puerta de su despacho a Michelle. La joven profesora vestía un elegante pantalón de fina pana azul marino y un suéter marrón claro de cuello de cisne, muy ajustado.

No pudo evitar aquel impulso. Apagó el ordenador, cogió su gabardina y salió al pasillo como si tuviera prisa. Hizo ruido al cerrar la puerta, el suficiente para que Michelle, que caminaba con unos folios en la mano varios pasos más allá, se girara ante el sonido y al ver a David le dirigiera una sonrisa desde su boca grande y de labios bien perfilados.

—Me marcho, ya es tarde.

—Hasta mañana —dijo Michelle.

Carter comprobó con dos rápidos golpes de vista que no había nadie en ese momento en el pasillo del área de Historia del Arte, y se atrevió al fin.

—¿Le apetece que cenemos alguna cosa?

Michelle estaba delante de la puerta de su despacho, con las llaves en la mano, a punto de abrir. Se volvió despacio hacia David y le preguntó:

—¿Hoy?

—¿Por qué no? La invito, si no le molesta y no tiene ningún compromiso, claro.

—Aguarde un instante.

Michelle entró en su despacho y tras unos momentos salió al fin con su gorra de cuero negro y su gabardina blanca.

—Entonces, ¿acepta?

—Sí, acepto.

—¿Le parece bien L'Escargot?; está en la calle donde vivo, muy cerca de su casa, también.

—No lo conozco.

—Le encantará.

A las ocho de la tarde los dos profesores estaban sentados en una de las mesas del restaurante de la calle Rochechouart. El camarero les había ofrecido la carta y les había recomendado un filete *chateaubriand*, pero David optó por unas cintas de pasta fresca con hongos y un *tournedos a la rossini*, con hígado de oca y trufas. Michelle prefirió una crema de zanahorias y un lenguado con salsa de naranja y almendras. Ambos sí aceptaron como postre el suflé que les recomendó el camarero.

—¿Le gusta el vino? —preguntó Carter.

—Prefiero un refresco de cola. No se extrañe, David —era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila—, pero no tomo ninguna bebida que contenga alcohol.

—Pues no sabe lo que se pierde. Una buena comida mejora mucho con un buen vino; si me lo permite, pediré un Laffitte del 99, y tal vez quiera acompañarme con una copa, aunque ello suponga quebrantar su costumbre de abstemia.

—No se preocupe, señor, puedo traerle media botella, si lo prefiere —intervino el camarero, que intentó disimular su contrariedad por tener que servir un lenguado con una bebida de cola.

—Está bien, media botella entonces, gracias.

David le entregó la carta al camarero, que se retiró tras un reverente saludo.

—Lo siento, pero ya le he dicho que no pruebo el alcohol —reiteró Michelle.

—De acuerdo, no insistiré. ¿Sabe?, hace casi cuatro meses que vivo en París y es la primera noche que voy a cenar acompañado.

—¡Oh!, perdone, ha sido una descortesía por nuestra parte; los profesores del área debimos...

—No, no, no tiene importancia. El decano me invitó a almorzar la primera semana, y he comido tanto con Ricard como con Lazard, que se han ofrecido a acompañarme en más de una ocasión a cenar. En realidad, la culpa ha sido mía; debí haberles invitado a todos ustedes a una pequeña fiesta en mi apartamento, es lo justo por su amabilidad.

En verdad que aquella mujer era hermosa. Su boca era grande y le confería un encanto extraordinario, sobre todo cuando se reía, lo que hacía a menudo de una forma tan natural que resultaba muy elegante. Sus ojos melados eran brillantes y su mirada desprendía tal nitidez que parecía emitir su propia luz.

—El sábado compré un ejemplar de *El misterio de las catedrales*, en una librería del barrio Latino; es una edición de 1989.

—¿Y ya lo ha releído?

—Sí. Le dediqué toda la tarde del domingo. Por la mañana estuve en el mercado de las Pulgas, y por la tarde..., bueno, no tengo televisor ni radio, y estaba lloviendo, de modo que me acomodé en el sofá, puse en mi reproductor de cedés los *Brandeburgo* de Bach y lo releí de un tirón.

—¿Y bien?

—Lo leí por primera vez hace unos años, al poco de licenciarme. Estaba preparando mi trabajo de doctorado sobre pintura gótica del Quattrocento italiano;

entonces cayó en mis manos un ejemplar de la biblioteca, la tercera edición, de 1963, creo. Me había llamado la atención su título; «misterio» y «catedrales» me parecieron una combinación fascinante.

—Del 64 —puntualizó Michelle—, y no creo que cayera en sus manos; los libros de las bibliotecas hay que pedirlos prestados, al menos aquí en Francia lo hacemos así.

—Vale, vale, me ha pillado; sí, lo solicité en préstamo a la biblioteca. Había leído alguna cosa sobre Fulcanelli y el profesor de la asignatura de Iconografía de último curso nos había hablado en cierta ocasión del misterioso alquimista francés que había ofrecido una interpretación diferente de las catedrales góticas, de lo que significaban esos edificios fabulosos, del mensaje extraordinario que se ofrecía en sus paredes, en sus esculturas y en sus vidrieras, y que estaba allí a la vista de quien supiera interpretarlo.

»No me convencieron sus argumentos, pero creo que gracias a esa lectura aprendí a contemplar la obra de arte con otros ojos, o al menos a observarla desde diferentes puntos de vista.

—Sí, eso se nota en sus trabajos. Precisamente fue esa otra mirada lo que me apasionó de sus investigaciones y el motivo principal que impulsó a pedirle que codirigiera mi tesis.

—¿Como el artículo sobre Jacobo de Barbari?

—Sí, especialmente ése.

El suflé era excelente, suave, cremoso pero ligero, perfectamente montado y con un toque de dulzor elegante y sutil.

—¡Vaya!, en verdad que está delicioso este suflé —aseguró Michelle mientras apuraba la tarrina de loza en la que se lo habían servido.

David la miró. Ella tenía un pequeño resto de crema en la comisura de los labios, y él sólo pensó en besarlos.

—¿Tomarán café? —preguntó el camarero.

—No, gracias —dijo Michelle.

—¿Y el señor?..., ¿señor?

—¡Oh!, perdone, sí, un café negro, muy corto, *espresso*.

—Estaba usted distraído —le dijo Michelle.

—La estaba mirando; es difícil no distraerse ante sus ojos —tras soltar esa frase, David pensó que había sido muy cursi.

Al salir del restaurante, Carter se ofreció a acompañar a Michelle.

—No se preocupe, ya sabe que vivo muy cerca.

—Insisto...

—De acuerdo.

Caminaron juntos unos minutos, sin apenas cruzar palabra. Los dorsos de sus manos se rozaron de vez en cuando.

—Hemos llegado. Muchas gracias, la cena ha sido estupenda. Hasta mañana,

David.

—Que descanse, Michelle.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla. Estaba bellísima con su melena castaña brotando de debajo de la gorra de cuero y cayéndole en desorden sobre los hombros.

Carter estuvo a punto de abrazarla y besarla, pero se contuvo. Se subió las solapas de su abrigo, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos hacia la calle Rochechouart.

—Aquí tiene, el primer capítulo de la tesis. Es el que provocó las reticencias de la doctora Lazard. Ya me dirá su opinión.

Michelle Henry dejó sobre la mesa de Carter medio centenar de folios impresos por ambas caras.

—Gracias. Lo leeré con gusto. Por cierto, anoche...

—¿Sí...?

—Gracias por aceptar mi invitación.

—No importa, le debo una.

Esa misma tarde David puso música barroca, una selección con las mejores composiciones de Albinoni, Boccherini, Pachelbel y Respighi, se sentó en una butaca de su apartamento y comenzó a leer el manuscrito de Michelle.

El comienzo era contundente y demoledor para algunos colegas:

Las investigaciones positivistas sobre arquitectura medieval adolecen de falta de esfuerzos interpretativos, y suelen estar realizados con una rigidez académica y formalista que los hace poco atractivos. Esta sensación es especialmente notable en los trabajos sobre arquitectura gótica. Una catedral no es sólo un edificio en el que se han resuelto una serie de problemas arquitectónicos para sustentar unas bóvedas y poder abrir grandes ventanales, sino un verdadero texto semiótico que contiene un mensaje simbólico que es necesario saber interpretar. Los estudios tradicionales no han sido capaces de ver más allá de lo obvio, de analizar con simpleza sistemas constructivos y programas decorativos, y eso ha supuesto un enorme empobrecimiento de nuestra disciplina...

«Vaya, esto promete», pensó Carter, y siguió leyendo el texto de Michelle mientras sonaba de fondo el *Concierto para tres violines y tres oboes* de Telemann.

* * *

—Hola. Ayer leí sus primeros folios; ¿está segura de que quiere continuar por ese camino? —le preguntó David a Michelle en el pasillo de la Facultad, antes de entrar en clase.

—Sí, muy segura. Usted tampoco aprueba mis presupuestos, ¿no es así?

—No es eso; estamos en un mundo muy rígido, en eso tiene usted razón. Si presenta su tesis en esos términos, me temo que un tribunal de profesores formalistas la rechazará. Necesita ese doctorado para optar a una plaza de profesora permanente y continuar consolidando su carrera, y con esos planteamientos dudo que le permitan avanzar.

—Supuse que me ayudaría...

—Y lo haré. Si usted decide continuar, lo haré, pero quiero prevenirla para que no se lamente después.

—Le seré franca. Me importan un bledo la anquilosada academia y sus rancios académicos. Mire, doctor Carter, mi anhelo es saber qué hay detrás de esas catedrales, qué mensaje encierran sus piedras y qué nos quisieron transmitir los que las construyeron. Fulcanelli abrió un camino diferente que no sé adonde conduce, pero yo quiero continuar por él para ver a qué lugar me lleva.

—Tal vez a ninguna parte.

—¿Usted cree? ¿Puede venir mañana a mi casa?

—Claro.

—Se sorprenderá.

* * *

—Pase, David, pase.

Carter entró en casa de Michelle; su apartamento era pequeño, poco más que la mitad del de David, pero estaba delicadamente decorado. De fondo sonaba una cantata medieval.

—Tiene usted una casa muy bonita.

—Gracias; la amueblé con la ayuda de una amiga que es decoradora. Compramos todos estos muebles en el mercado de las Pulgas; algunos los he restaurado yo misma.

—Pues son preciosos, como ese misterio que ha puesto en el lector de cedés, *La vida de Santa Inés*, en provenzal del siglo XIV. Tiene usted buen gusto para la música medieval.

Esa sintonía era la que sonaba de fondo.

—Gracias. ¿Sabe para qué le he invitado a venir?

—Para hablar de su tesis, imagino.

—Sí, pero también para enseñarle algo asombroso.

Michelle se acercó a un estante y cogió un archivador de plástico, lo abrió y extrajo una carpeta de cuero que estaba rodeada por una faja de goma negra gruesa y estriada. Con sumo cuidado, como si estuviera desenvolviendo un tesoro, desplegó la carpeta y extendió sobre la mesa unos folios; había medio centenar de páginas manuscritas, en francés, con muy buena caligrafía, en tinta sepia muy oscura sobre un

papel grueso verjurado de tonos amarillentos. Además, había varias láminas dobles con dibujos y grabados.

—¿Qué es esto? —preguntó Carter.

Michelle sonrió, desplegó una de las láminas y se la mostró.

—¿Lo reconoce?

—Por supuesto; es un plano de Notre-Dame de París.

»¿Se trata de un examen? —ironizó David.

—Es el plano que Fulcanelli realizó de la catedral de París, y estas láminas contienen más dibujos y grabados suyos, y los folios de texto son... el original de su última obra, la que nunca llegó a publicarse.

—Que yo sepa, Fulcanelli publicó *El misterio de las catedrales* en 1926, y luego *Las moradas filosofales* en 1930.

—Y escribió otro más: *Finis gloriae mundi*, «El fin de la gloria del mundo».

—Bueno, eso dicen algunos, pero ese libro jamás se publicó.

—No, porque el manuscrito original lo tengo yo; y es éste.

—¿Está segura?

—Puede comprobarlo usted mismo, David.

Carter cogió las hojas y las ordenó con cuidado. El papel era viejo, tal vez de mediados del siglo xx, y desde luego la escritura, realizada con pluma y tinta sepia oscura, parecía de la misma época.

—Sí, es auténtico, un auténtico manuscrito de hace cien años.

—Cincuenta, de hace cincuenta años.

—Entonces no es de Fulcanelli; ese alquimista murió en 1932, de eso hace casi tres cuartos de siglo.

—El manuscrito está fechado por el maestro... en 1953. Mire.

Michelle fue al último folio y señaló con el dedo una fecha y una firma. Con letra segura y elegante, desde luego trazada con la misma mano que el resto del manuscrito, aparecía una fecha, un lugar y un nombre:

«Sevilla, septiembre de 1953. Fulcanelli, hermano de los Hermanos de Heliópolis.» —¡Joder! ¿En verdad es auténtico?

—Claro.

—¿Cómo... cómo ha llegado a sus manos?

—Por correo ordinario.

—¿Perdone...?

—Sí, como lo oye, por correo ordinario. Hace doce meses, exactamente en abril del año pasado. Lo recibí en la Facultad. En un primer momento creí que se trataba de un envío del libro de algún colega, pero no tenía remite. Venía en un paquete muy bien embalado.

—¿Y no traía ninguna nota, ninguna pista?

—No. Sólo los sellos españoles y el matasellos de Sevilla.

»¡Ah!, y un plano de Sevilla, en España, con el nombre de uno de sus barrios en

medio de un círculo trazado con un rotulador rojo.

Michelle cogió el plano y lo desplegó.

—¡Heliópolis! ¿Un barrio de Sevilla se llama Heliópolis? —Carter estaba asombrado.

—Así es. Un barrio construido para una exposición internacional en 1929. Me dijo hace unas semanas que conocía Sevilla, que había estado allí para estudiar su alminar almohade, ¿no es así?

—Sí, sí, pero no recuerdo ese barrio.

—Pues ahí lo tiene: Heliópolis, como la sociedad secreta de alquimistas que fundó Fulcanelli. ¿Le parece ahora interesante mi tesis?

Carter estaba con la boca abierta.

—Asombroso.

—Todo empezó a las pocas semanas de elegir el tema para mi tesis doctoral. Recibí una tarjeta... —Michelle la buscó entre los papeles y se la enseñó a David—, en la que había una sencilla frase:

SIGA EL CAMINO DE FULCANELLI.

Carter la leyó en voz alta.

—¿También enviada desde Sevilla?

—No. Este sobre no tenía ni sellos ni matasellos. Lo dejaron en conserjería de la Facultad a mi nombre. En principio no le di mayor importancia, pero cuando llegó el manuscrito desde Sevilla supuse que aquello iba en serio.

—Imagino que todo esto tendrá alguna explicación —supuso Carter.

—No me cabe duda, pero no acierto a dar con ella. Tengo preparada la base para un *risotto* con verduras y *boletus*; si le apetece, puedo invitarlo a cenar, estará listo en veinte minutos. Entre tanto, puede ojear el manuscrito de Fulcanelli.

—Sí, claro, gracias.

—Lo que no tengo es vino, ya sabe que no bebo alcohol. Tal vez un refresco de cola.

—No, no, cola no, con agua será suficiente, mucha agua.

Capítulo 6

PARÍS, mayo de 2007

—Su manuscrito es falso; mejor dicho, fue falsificado. Fulcanelli murió en 1932, en un apartamento del número 59 de la calle Rochechouart, o sea, como bien sabe, exactamente aquí mismo.

Carter había invitado a su casa a Michelle Henry. Era sábado, a mediodía, y el profesor americano había pasado toda una semana trabajando sobre el manuscrito y sus dibujos y grabados. Ambos estaban sentados en torno a la mesa de trabajo de David.

—No lo creo —asentó tajante Michelle.

—He pasado una tarde en la biblioteca de la Facultad y tengo información suficiente para asegurarlo. Permita que se la resuma:

»Fulcanelli se llamaba en realidad Jean Julien Hubert Champagne. Nació en el pueblo de Villiers-le-Bel en 1877 y murió pobre aquí mismo el 29 de agosto de 1932. Su cuerpo está enterrado en el cementerio de Arnouille-les-Gouesse, pero no busque allí su lápida, ha desaparecido, aunque sabemos que había una inscripción que rezaba “Apóstol de la ciencia hermética”. Llegó a París en 1905 y entró en contacto con un grupo de alquimistas y herméticos que se reunían en la librería... —Carter revisó las numerosas notas que había tomado en un cuaderno de espiral con tapas negras— del Maravilloso, que estaba situada en el número 29 de la calle du Trèvisse, en el barrio de Montparnasse, aunque en otra parte he leído que estaba en la calle Rennes.

»Su Fulcanelli es falso.

—Vaya, veo que se ha aplicado estos días.

—Hay más —Carter pasó un par de hojas de su cuaderno—. Ese presunto libro inédito de Fulcanelli que usted tiene, *Finis gloriae mundi*, se publicó en 1999.

—Sí, tengo un ejemplar de esa pretendida edición de la tercera obra de Fulcanelli, pero no es auténtica, se trata de un montaje comercial de los muchos que se prepararon de cara al cambio de milenio, en aquella moda que anunciaba, otra vez, el inmediato fin del mundo. Parecía una buena operación comercial publicar un libro sobre el final de los tiempos en 1999 con el nombre de Fulcanelli como autor. Pero ese libro no es de Fulcanelli, y además pasó entre la indiferencia general. Veo que no lo ha leído.

—No, no lo he localizado.

—Puedo prestárselo, pero olvídalo, ya le he dicho que fue una operación fallida para vender una obra más sobre el pretendido fin del mundo en el año 2000 —asentó Michelle—. Y además está esta nota. —Michelle le entregó a David una cuartilla en la que escrita a mano se leía: «La clave está en el padre Lefèvre, en Notre-Dame».

—¿Qué significa esto? —preguntó David.

—Recibí esta nota unos pocos días después del paquete que contenía el manuscrito y los dibujos.

—¿También llegó desde Sevilla?

—No. La dejaron en la Facultad, como ocurrió con la primera nota.

—¿Y quién es Lefèvbre?

—Un sacerdote del arzobispado; es uno de los principales responsables del patrimonio de Notre-Dame. Tiene acceso a todo el templo. Diríamos que en cierto modo es el guardián de las llaves de la catedral. Cuando recibí esta nota, lo localicé en el arzobispado y enseguida se puso a mi disposición. Me ha ayudado mucho.

La joven profesora se quitó la chaqueta y la dejó sobre el sofá. La primavera parisina estaba avanzada y comenzaba a hacer buen tiempo. Llevaba una camisa blanca muy fina y ajustada que dejaba entrever el perfil de su sujetador y las curvas rotundas de unos pechos espléndidos.

Carter no pudo evitar fijar en ellos su mirada; Michelle se dio cuenta enseguida y le gustó.

—He reservado una mesa para almorzar en L'Escargot, a las 13,30. Lo siento, me hubiera gustado obsequiarla con algo preparado por mí, pero me temo que, salvo alguna ensalada y unos huevos revueltos, poco más puedo hacer. Además, a las dos de la tarde viene Amina, mi asistente, para hacer la limpieza.

—Pensaba que era usted un experto gastrónomo —dijo Michelle.

—No. Conozco el mundo del vino porque mis padres poseen una bodega en California y suelo frecuentar buenos restaurantes, pero nunca he cocinado platos sofisticados.

Tras el almuerzo, durante el cual los ojos de Carter fueron una y otra vez a los pechos de Michelle, regresaron al apartamento. Amina se cruzó con ellos en el portal, pues ya había acabado de limpiarlo.

—Imagino que tendrá que marcharse pronto, su novio la estará esperando —supuso David.

—¿Qué le hace suponer que tengo novio?

—Bueno, es usted joven, hermosa, vital...

—No, no tengo novio, ahora. Salí con un profesor... pero lo dejamos hace varios meses. ¿Y usted?

—Estuve casado con Virginia. Nuestro matrimonio apenas duró tres años. Nos divorciamos hace seis años; en América es habitual.

—¿Tiene hijos?

—No. Virginia trabajaba en publicidad, en una importante agencia que absorbía todo su tiempo. No había lugar ni momento para hijos en ese matrimonio.

—¿Seguimos con Fulcanelli? —preguntó Michelle.

—De acuerdo. Pero perdone, antes debo ir al baño.

Michelle Henry le atraía mucho y además hacía varios meses, desde que vivía en

París, que David no había hecho el amor. Se refrescó la cara y la nuca con agua fría y se lavó los dientes.

De regreso al salón, preguntó a Michelle si quería lavárselos ella también.

—No he traído mi cepillo.

—No se preocupe, tengo alguno sin usar. Puede quedárselo.

—En ese caso...

* * *

—Su Fulcanelli es el que tiene más posibilidades de serlo, pero hay otro candidato a ocupar la verdadera identidad del misterioso alquimista. Se trata de Jules Louis Gabriel Viollé, que nació en la ciudad de Sangres el 16 de noviembre de 1841. Fue un notable físico y publicó varios trabajos sobre la radiación solar y dio nombre a su medida de intensidad, el violle —dijo Michelle.

—Siga.

—Su obsesión era descubrir la fuente de procedencia del calor y de la luz. Algunos lo consideran discípulo del famoso alquimista Nicolás Flamel, que vivió en París entre los siglos XIV y XV. Se asegura que Viollé descubrió la piedra filosofal, y, curiosamente, desapareció en 1932. ¿Sabe?, se dice que el FBI anduvo buscando sus restos y rastreando su pista, pues se supone que Viollé poseía un manuscrito del filósofo inglés Roger Bacon que contenía dos fórmulas extraordinarias, la de la fusión y la de la fisión nuclear.

—Eso parece ciencia ficción, Michelle.

—No, David, no. Es probable que Viollé descubriera el proceso para desarrollar la fusión nuclear y que desapareciera por ello. En 1932, el mismo año de la desaparición de Viollé...

—... y de la muerte de Champagne —añadió Carter.

—... y de la muerte de Champagne —continuó Michelle—, el británico James Chadwick descubrió el neutrón; publicó su hallazgo en un artículo titulado «La existencia del neutrón». Al año siguiente Hitler se hizo con el poder en Alemania y comenzó una alocada carrera para conseguir la fusión nuclear, es decir, el arma atómica, con la cual dominaría el mundo. ¿Se imagina que Hitler hubiera poseído la bomba atómica antes del final de la Segunda Guerra Mundial? La historia del siglo XX sería muy diferente.

»Entre 1940 y 1941, en plena guerra, Chadwick entregó cinco sobres sellados a la Academia Británica de Ciencias. Nunca se supo qué contenían... hasta esta semana.

Michelle sacó de su portafolios una carpeta con varios recortes de periódico.

Carter leyó uno de ellos:

—«Ayer jueves 31 de mayo de 2007, se abrieron los cinco sobres lacrados que el profesor Chadwick depositó en la Academia de Ciencias de Londres durante la

Segunda Guerra Mundial. Contienen unas cartas en las que se documentan los experimentos que llevaron a cabo los físicos franceses Hans von Halban y Lew Kowarski en los laboratorios Cavendish de Londres. Ambos científicos estaban investigando sobre cómo usar los neutrones para conseguir la fisión nuclear y la energía atómica. Estos documentos se ocultaron durante la contienda para evitar que cayeran en manos de los nazis, pues podían ser utilizados para construir un reactor nuclear. Los documentos de Chadwick describen el proceso de fabricación del plutonio a partir del uranio, y diversos experimentos con hierro, aluminio, azufre, grafito y agua pesada para estabilizar las reacciones nucleares en cadena y generar así energía atómica de forma constante.» Bien, hasta aquí la noticia, y ¿qué tiene que ver todo esto con Fulcanelli... y sobre todo con su tesis? —demandó Carter.

—Alquimia, química, física, religión y arquitectura van unidas. ¿No lo ve? Durante milenios los seres humanos han buscado la piedra filosofal.

—Convertir el plomo en oro...

—No, ésa es la excusa para tontos.

—Gracias —David intentó poner cara de tonto, lo que provocó la sonrisa de Michelle, que cogió su cara entre las manos y le dio un suave beso en los labios.

—No me refería...

David no pudo más. Abrazó a Michelle con delicadeza y la besó intensamente. Fue un beso largo, larguísimo, ligero y lento, como si estuviera degustando el mejor de los *crus* de Burdeos. Los labios de Michelle eran firmes y suaves y su lengua parecía como recubierta de terciopelo húmedo y cálido. Su saliva todavía tenía un regusto a menta fresca.

—Hace varias semanas, bueno, varios meses, que no me acuesto con nadie —dijo Michelle.

—Creo que en eso te llevo ventaja. Yo no lo he hecho desde antes de Navidad.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—¿Estás segura?

—Sí. Fulcanelli puede esperar.

Michelle volvió a besar a David, ahora con enorme pasión, como si le fuera la vida en ello. La camisa blanca de la joven profesora de La Sorbona dejó al descubierto un fino sujetador también blanco, juvenil pero sofisticado. David intentó desabrocharlo pero se enredó en ello. Michelle le ayudó y se lo soltó con una sola mano. David observó los espléndidos pechos de la joven, redondos y tersos, y los besó con deleite, recreándose en los pezones, finísimos, rodeados de una delicada aureola rosácea. Después, sin cesar de besar sus labios y sus pechos, se quitó su camisa y los torsos de ambos se fundieron en un abrazo cálido y vital.

David estaba muy excitado, pero no se atrevía a seguir adelante; no estaba seguro de si tenía algún reparo o si lo que quería era prolongar al máximo aquella sensación de placer creciente que antecede al éxtasis.

Michelle tomó entonces la iniciativa. Cogió a David de la mano, ambos se

levantaron de las sillas y se dirigieron hacia el sofá. Allí desabrochó el pantalón de David y se sumergió entre sus piernas, primero besando su vientre y sus muslos y luego su miembro viril. El americano se recostó dejándose hacer mientras acariciaba la melena castaña y ondulada de Michelle; cuando inspiraba, por las aletas de su nariz inhalaba el aroma del perfume sutil y elegante que siempre usaba la profesora Henry.

Al cabo de un rato Michelle se incorporó y miró a los ojos de David.

—Hola —le dijo sonriente.

—Hola, eres...

—Ssss —Michelle le mandó callar colocando su dedo índice en los labios de Carter.

El profesor le besó la mano y luego se incorporó, colocándose encima de Michelle, a la que muy despacio, y ahora con acierto, le desabrochó los pantalones vaqueros y se los fue bajando lentamente. La joven profesora llevaba un tanga blanco, muy pequeño, casi transparente. Estaba completamente depilada. Carter acarició sus muslos y sus nalgas y besó su vientre, deslizando sus labios hasta el sexo de Michelle, que se abrió ansioso esperando la ávida boca de su amante.

—Algo así debe ser la piedra filosofal —bromeó Carter después de hacer el amor.

—Sí, ha estado muy bien —confirmó Michelle.

—Podemos seguir, si te parece...

—¿Otra vez?

—Bueno, me refería a Fulcanelli, pero... —La mano de Carter buscó el muslo de Michelle.

—Lo repetimos más tarde; esta noche puedo quedarme a dormir aquí, si no te importa. Además, dispongo de mi propio cepillo de dientes —bromeó Michelle.

—Estaré encantado si te quedas.

—Mañana es domingo. Podemos ir a Notre-Dame; si no tienes nada mejor que hacer, claro —propuso Michelle.

—No soy creyente —bromeó David.

—Yo tampoco, me refería a ver la catedral, así podríamos seguir hablando de Fulcanelli y de su teoría sobre las catedrales góticas, al fin y al cabo eres mi director de tesis, y pese a que llevas aquí varios meses todavía no la hemos visitado juntos.

—De acuerdo; iremos mañana... si nos levantamos.

Aquella noche hicieron el amor un par de veces, despacio y con suavidad, y la noche de París los atrapó en un abrazo infinito.

* * *

—Notre-Dame, la obsesión Fulcanelli —suspiró Michelle ante la fachada de la catedral de París.

—¿Sabes?, vista contigo parece todavía más radiante, aunque parte de ella sea un

invento de Viollet-le-Duc. Por cierto, he traído mi ejemplar de *El misterio de las catedrales*, así podremos leer algunos párrafos y comparar sobre el terreno.

La fachada de Notre-Dame lucía espléndida tras varios años de trabajos de limpieza y de restauración. Había sido construida a fines del siglo XII y principios del XIII, y sus fundadores habían pretendido que fuera la mayor de las catedrales del reino de Francia. Pronto fue superada en tamaño por otras, como Reims, Amiens o Chartres, pero ninguna lo hizo en sentido del equilibrio y armonía.

—Es hermosa; hace años que la contemplo y jamás me canso de mirarla —dijo Michelle.

—No me extraña que Fulcanelli quedara impresionado ante ella, y más si, como él mismo dice, la imaginó alzada sobre siete escalones de piedra.

—El alquimista confiesa en el primer párrafo de su libro que quedó fascinado cuando a la edad de siete años entró por primera vez en una catedral gótica. Eso significa que nació en un lugar donde no había una catedral.

—La misma edad que tenía yo cuando mis padres me trajeron a París a ver este templo.

—Tenías siete años cuando visitaste Notre-Dame y vives en el 59 de la calle de Rochechouart, ¿no serás Fulcanelli reencarnado? —bromeó Michelle.

—Si Fulcanelli fue Champagne, como supongo, debió de visitar esa catedral en 1884. Para entonces Notre-Dame de París ya había sido restaurada por Viollet-le-Duc. Si hubiera sido Jules Viollé, lo hubiera hecho en 1848, y entonces París estaba sumida en plena revuelta popular; a un niño, Notre-Dame sin vidrieras no le hubiera impresionando tanto.

—¿Y por qué supones que fue la de París la catedral que visitó Fulcanelli? Pudo ser la de Beauvais o la de Reims o la de Amiens, cualquiera de ellas.

—Lo supongo porque queda claro que Champagne fue con sus padres a ver Notre-Dame después de que se restaurara.

—Lo que le impresionó fueron las obras de restauración que realizó Viollet-le-Duc —dijo Michelle.

—Parece que le tienes mucho aprecio a ese arquitecto.

—Ha sido muy criticado, pero gracias a él Francia conserva sus catedrales góticas.

—Querrás decir las catedrales que Viollet se inventó.

—Vamos no exageres, David.

—Tú eres la experta en arquitectura —Carter besó a Michelle en los labios.

Los dos profesores se colocaron frente a la fachada principal, justo entre las dos torres de 69 metros de altura. Desde lo alto, las gárgolas fantásticas y los demonios grotescos esculpidos por orden de Viollet-le-Duc a mediados del siglo XIX parecían vigilar o acechar, quién sabe, la ciudad de París.

—Esta fachada se diseñó para explicar la historia sagrada, que entonces era considerada la historia del mundo, en imágenes. Observa el friso de los reyes:

veintiocho figuras talladas por los mejores escultores parisinos del siglo XIX copiando los originales, o lo poco que quedó de ellos tras el paso de la Revolución.

»El friso original de los reyes esculpidos en el siglo XIII representaba a los reyes de Israel y de Judá; ahí estaban los más conocidos, como Saúl, David y Salomón, y otros casi inéditos, como Selum, que sólo reinó un mes, o baceta.

—Conoces bien la Biblia —se sorprendió David.

—Es obligado. Nadie se licencia en Historia del Arte en La Sorbona sin conocer la Historia Sagrada.

—Entonces ¿por qué hay veintiocho estatuas de reyes en ese friso, cuando los reyes de Israel más los de Judá fueron no menos de cuarenta?

—Porque ya te he dicho que esos no son los reyes del Antiguo Testamento, sino los de Francia. Viollet se tomó esa licencia; sustituyó a los reyes de Israel y de Judá por los de aquí. Y ya ves, desde el siglo XIX son veintiocho.

—Y están mal distribuidos. Fíjate; hay cuatro en las cuatro bandas verticales de los contrafuertes, sobre la puerta de la izquierda hay ocho, nueve sobre la central y siete sobre la de la derecha. Grave desequilibrio para una catedral tan armónica. Lo lógico sería cuatro, ocho, ocho y ocho o bien cuatro, siete, diez y siete. Seguro que semejante disposición encierra algún mensaje secreto.

Michelle contó con cuidado las figuras, y en efecto, la distribución era tal como había dicho Carter.

—¡Vaya!, tienes razón, no me había dado cuenta.

Se volvieron a besar.

—Bueno, los americanos solemos estar más pendientes de los números que los europeos; hace años que allí lo cuantificamos todo.

—Todas las esculturas de esta fachada principal son del siglo XIX. Los turistas vienen aquí, fotografían la fachada, los detalles de cada portada, las gárgolas... y se creen que están contemplando arte medieval. Los pocos restos que quedan de las esculturas originales se conservan en el Museo Nacional de la Edad Media, también llamado de Cluny, en las antiguas termas romanas. Allí se muestran veintiuna cabezas de los reyes de Judea, en la sala VIII; se encontraron en las excavaciones llevadas a cabo hace treinta años delante de Notre-Dame.

—El Evangelio de San Mateo comienza con la ascendencia de Jesús, que se remonta al rey David y antes al profeta Abraham. En esa genealogía Mateo cita quince reyes de Judá, el reino del sur de los judíos con capital en Jerusalén, el linaje de Cristo. El último es Jeconías, al que en el libro de los Reyes se le llama Joacaz; falta Eliacim o Joaquín y Sedecías, los cuales, como el primero, Saúl, no eran ascendientes de Cristo. Con ellos, los reyes de Judá son dieciocho; y al menos hubo otros tantos en el reino de Israel, en su capital, Samaria. O no estaban todos o se equivocaron al contarlos —concluyó Carter.

—No. Lo que hizo Viollet-le-Duc fue desdeñar la disposición original de los reyes del Antiguo Testamento y distribuir las nuevas esculturas de los reyes de

Francia en el friso. De ahí las diferencias numéricas entre ambos.

—Entonces, si no sabía muy bien qué hubo antes de la destrucción de las esculturas de la fachada durante la Revolución, también pudo alterar o inventarse el resto de las figuras de los programas iconográficos. Vamos a verlos.

Los dos profesores se acercaron al portal izquierdo.

—Ahí está el primero. La iconografía es clara: en el tímpano central, dividido en tres pisos, se representa la coronación de la Virgen en el superior, en el central la dormición, rodeada de Cristo y los doce apóstoles, y en el inferior hay tres reyes y tres profetas leyendo sendos extensos pergaminos. En el pilar central la Virgen sostiene al niño y en las jambas hay ocho figuras de santos y franceses. Mira, ése de la izquierda es San Denis, ya sabes, murió martirizado mediante decapitación en el año 286 en Montmartre, «la montaña de los mártires», y fue caminando hasta Saint-Denis, a diez kilómetros de distancia, con la cabeza en la mano.

—La escena central está clara. Cristo en majestad, con su madre y san Juan, asiste al pesaje de las almas. Es el Juicio Final, y mira, los malos van directamente al infierno acompañados por demonios. Y abajo la resurrección de los muertos. Pero lo más interesante está en la parte inferior derecha del tímpano, en la cornisa debajo de los muertos resucitando y saliendo de los ataúdes. Hay una leyenda.

Carter ajustó la mirada y entrecerró los ojos.

—No la veo.

—Pues está ahí, en letra neogótica mayúscula y en latín:

AN° DI M°D°CCC°LIII°
AD TOUSSAINT SCP RESTT

—«Anno Domini MDCCCLIII. AD Toussant SCP restauravi»; es decir, «Año del Señor de 1853. AD Todosanto SCP lo restauró» —tradujo Carter—. ¿Quién es «AD Todosanto» y qué significa «SCP»?

—Un seudónimo, o tal vez una clave. Aquí nadie se llama «Todosanto»; en cuanto a «AD», no lo sé, tal vez sea un nombre propio, «Adalberto» o «Adalberón», o una expresión latina como «Agnus Dei». Y por lo que respecta a «SCP», sólo se me ocurre la expresión latina «scripsit», «lo escribí»; es decir, lo grabó y restauró.

—También podría ser «scripsi», «lo escribí», o «escriptus», escriba, o incluso «scriptor», autor; o el mismísimo Scopas.

—¿¡Qué!?

—Sí, Escopas, uno de los tres grandes escultores de la Grecia del siglo IV antes de Cristo junto a Praxiteles y Lisipo. ¿Recuerdas?; era natural de la isla de Paros y trabajó en las esculturas del mausoleo de Halicarnaso y en el templo de Artemisa en Éfeso, dos de las maravillas del mundo, curiosamente ambas desaparecidas —bromeó Carter.

—No te burles; pero vayamos a la tercera portada. Está claro: son escenas de la infancia de Jesús: la anunciación de la Virgen, el nacimiento de Cristo, la Epifanía... Y en el parteluz la figura de un obispo. Es Mauricio de Sully, el prelado fundador de Notre-Dame.

—Estupendo, pero ¿dónde está tu Fulcanelli?

—En cada una de las fachadas. Según Fulcanelli, como ya has leído en *El misterio de las catedrales*, en las portadas de esta iglesia se esculpió todo un tratado de alquimia, pero la destrucción llevada a cabo durante la Revolución lo desvirtuó por completo.

—Y tanto, porque, con este libro en la mano, leo lo que dijo el alquimista y no veo casi nada de cuanto asegura. Esa dama sentada con cetro y dos libros, uno abierto y otro cerrado que dice que representa la alquimia, puede tener cualquier otra identificación. Aquí dice Fulcanelli que se encuentra en el pilar central de la fachada principal, y ahora ahí se ve a Dios, de pie, erguido, ninguna mujer sentada sobre nueve gradas. Claro que Fulcanelli también identificó la alquimia con la figura de una mujer que toca con la frente una especie de nubes.

—En efecto, desaparecieron en la restauración —aseguró Michelle.

—¿Y cómo lo supo Fulcanelli, cómo podía saber lo que había antes de la restauración de mediados del siglo XIX? —inquirió Carter.

Michelle hizo una mueca divertida y sonrió.

—Adivínalo tú solito.

—¿Tu manuscrito?

Michelle asintió con la cabeza.

—Te obcecaste con el texto y pasaste por alto los dibujos. En una de las láminas están dibujados los relieves y esculturas originales de la catedral antes de las vandálicas destrucciones del siglo XVIII, porque, ¿sabes?, no todo lo derruyeron los revolucionarios. En pleno neoclasicismo, cuando se supone que reinaba la luz de la razón, un arquitecto llamado Jacques Germain Soufflot, protegido de Luis XVI, derribó la portada central para que pudieran pasar las enormes carrozas procesionales de la Semana Santa. Y por si fuera poco, construyó el Panteón, ese horrible edificio...

—¿Esos dibujos son de Soufflot?

—Creo que sí.

—Todo esto no lo admitirán los colegas académicos, ya te lo dije.

—No me importa, allá ellos con sus rígidos corsés estereotipados.

—Eres incorregible.

Volvieron a besarse, otra vez.

—¿Qué puede hacerse una tarde de un domingo de primavera en París? —preguntó Michelle poniendo cara de inocencia.

—Primero almorzar; me muero de hambre, y luego... ¿Esos dibujos siguen en tu apartamento?

—Sí, allí continúan. ¿Quieres verlos de nuevo?

—Claro.

Almorzaron el plato del día, unos chipirones en salsa con arroz y ensalada, en una *brasserie* junto al centro cultural Georges Pompidou, en una terraza soleada al aire libre; tras un café *espresso* y un refresco de cola, decidieron ir a casa de Michelle paseando por el bulevar de Sebastopol hasta los nuevos bulevares, donde desemboca la calle de Poissonnière. A paso normal había media hora de camino, pero tardaron casi una en recorrer ese trayecto; cada media docena de pasos se detenían para besarse.

* * *

Ya en el apartamento de Michelle se dieron una ducha juntos e hicieron el amor. El cuerpo de la profesora Henry olía a esencia de albaricoque y su cabello, húmedo y suave, era como una cascada de finísimas hebras de terciopelo.

Atardecía lentamente sobre París; a mediados de junio los días son muy largos y el sol no se pone hasta muy tarde.

—Mañana tengo que acudir a un examen. La profesora Hazard examina a los de último curso y me ha pedido que la ayude. Ha convocado a los alumnos a las 8 de la mañana.

—Es la mejor hora. Por estas fechas, a mediodía ya hace calor y por la tarde incluso bochorno.

—Quédate a dormir. Mañana lunes no tienes que ir a la Facultad. Puedes estar en la cama hasta que lo desees —le pidió Michelle.

—No me es posible. He citado a un alumno a las 9 de la mañana. Tengo que ir a mi apartamento; ya sabes, la ropa limpia, el cepillo de dientes... esas cosas.

—De acuerdo, te echaré de menos esta noche.

—Yo también, pero todavía tenemos tiempo.

—¿Y Fulcanelli?

—Puede esperar; no creo que se marche.

Michelle se desabrochó la bata corta y ligera con la que se había cubierto. Sus fabulosos pechos sobresalieron de pronto entre las solapas ribeteadas con delicadas flores estampadas. David los besó una y otra vez, mientras la bata resbalaba por los hombros de la joven hasta caer al suelo dejándola completamente desnuda. Carter se quitó los pantalones y, sentado sobre una silla, sujetó a Michelle por debajo de los muslos y la colocó casi a pulso sobre sus caderas. Utilizando sus dos manos, y mientras no dejaba de besarla, sus dedos recorrieron con delicadeza la húmeda hendidura rosada de su amante, que gemía entre convulsiones de inmenso placer.

—Ahora, ahora... —le susurró al oído Michelle.

Y entonces David entró en ella con toda pasión, colocando sus brazos por debajo de las rodillas y alzándole las piernas hasta la altura de los hombros. Así, el sexo de

Michelle, con las piernas en alto y completamente abiertas, se ofreció entero al de David, que la penetró profundamente.

Tras un orgasmo casi simultáneo, permanecieron sentados y en silencio, ella sobre él, un buen rato, abrazados; el miembro de David se mantenía firme tras varios minutos dentro de la joven.

—Eres increíble. Dicen que tras una eyaculación apenas se puede mantener la erección más allá de veinte o treinta segundos. Y ya ves... —David se señaló el pene, todavía firme.

Ella lo acarició, y volvieron a besarse.

—Entra en mí, pero no te muevas, sólo entra en mí, y quédate, quédate, quédate... —susurró Michelle.

Y eso hizo David; y así estuvieron abrazados y en silencio, besándose dulcemente mientras el sol caía muy despacio más allá del Arco del Triunfo.

Capítulo 7

PARÍS, junio de 2007

—¡Fulcanelli está vivo y vive en Sevilla!

Michelle entró como un ciclón en el despacho de Carter, que estaba corrigiendo los exámenes de junio.

—¿Qué dices?

—Mira, una mujer lo asegura en una entrevista.

La profesora Henry tendió un folio impreso con una noticia de una página de Internet.

—Esto suena a broma.

—No lo creo. Una andaluza natural de Sevilla que dice llamarse Casimira Virto afirma que Fulcanelli vive en esa ciudad de España. Recoge y vámonos a mi casa, tengo mucho que contarte.

—¿Cómo te has enterado de esa noticia?

—Me han enviado el folio impreso dentro de un sobre, sin remite, pero adivina de dónde eran los sellos y el matasellos.

—De Sevilla —respondió David.

—Acertaste.

Salieron de la Facultad y tomaron un taxi hasta el apartamento de Michelle.

—Tengo todos los datos. Escucha.

»Fulcanelli desapareció de París en 1932, pero no murió. Creo que en uno de sus experimentos en busca de la piedra filosofal encontró el método para conseguir la fisión del átomo. En 1930 vino a La Sorbona; se presentó ante Jacques Bergier, ayudante de André Helbronner, el físico más importante de Francia en esos momentos, y le contó sus experimentos. Bergier, tras escucharlo, le dijo que no iba por buen camino en la búsqueda de la fisión del átomo, y Fulcanelli se marchó. Poco antes de la entrada de los nazis en París, y eso fue en 1940, Fulcanelli volvió a visitar a Bergier. En esta segunda visita le advirtió que era urgente sacar de un laboratorio de París unas pruebas relacionadas con la fabricación de agua pesada, para evitar que cayeran en manos de Hitler y que los nazis pudieran fabricar bombas de gran potencia. Entonces Bergier creyó a Fulcanelli y, con ayuda de varios físicos, pusieron a salvo la fórmula del agua pesada y Hitler se quedó sin su bomba atómica.

»Fue entonces cuando desapareció definitivamente de París. Aquí tengo un recorte de una entrevista en la que años después de aquel encuentro el propio Bergier reconoció que quien lo visitó en 1940 dijo ser Fulcanelli.

»Fulcanelli no era Champagne.

—Entonces, ¿quién murió en mi apartamento?

—Champagne, claro. ¿No lo entiendes?, todo fue un montaje. Fulcanelli había descubierto los pasos para elaborar agua pesada y la fabricación de una bomba atómica; no era un simple alquimista, era un físico nuclear.

—En ese caso, Jacques Bergier lo hubiera reconocido; habrían sido colegas — supuso Carter.

—A menos que Bergier quisiera ocultar la verdadera identidad de Fulcanelli y en su relato modificara la historia. Así todo tiene sentido. La guerra acabó con la derrota de Alemania y con la rendición incondicional del Japón cuando los americanos arrasaron con dos bombas atómicas las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. Hitler fue derrotado porque sus científicos no lograron desarrollar a tiempo la bomba atómica. Si hubieran conseguido en París en 1940 el agua pesada y la fórmula de la fisión del átomo, la historia hubiera sido distinta. Una bomba atómica sobre Londres hubiera acabado con la resistencia de Inglaterra y las palabras de Churchill «No nos rendiremos jamás» se habrían convertido en papel mojado.

—Los americanos nos adelantamos.

—Sí, y probablemente gracias a Fulcanelli. Creo que fue él quien les dio la fórmula para desarrollarla, y se hizo en el máximo secreto, para evitar que los nazis lo descubrieran. Todo fue un gran montaje.

—No lo veo demasiado claro.

—¿Ah, no?, ¿entonces por qué el FBI y otros servicios secretos de Estados Unidos y de Inglaterra buscaron a Fulcanelli en 1946? Sabes bien que fue así, tú mismo me lo dijiste.

—No tengo la menor idea.

—Pues porque conocía el secreto de la fabricación de la bomba atómica y los soviéticos lo querían; hubieran pagado todo el oro del Kremlin para conseguirla. Los servicios secretos estadounidenses y británicos filtraron que buscaban a Fulcanelli, pero era una estratagema, porque ya lo habían colocado a buen recaudo.

—¿Dónde? —preguntó Carter, cada vez más atónito.

—En España. ¿Dónde mejor? Era un país cuyo dictador odiaba a los soviéticos y donde no había libertad. Y Fulcanelli conocía España, donde ya estuvo antes de 1929.

—¿Cómo sabes que Fulcanelli vivió en Sevilla?

—Porque allí lo vio Canseliet en 1953 y porque el manuscrito que me enviaron por correo está datado por Fulcanelli en esa ciudad y ese mismo año.

—¿Canseliet?, ¿el Eugène Canseliet que firma los prólogos a las ediciones de *El misterio de las catedrales*?

—Claro, ¿quién si no? Nació en 1899 y murió en Savignies el 17 de abril de 1982; ¡ochenta y tres años de vida! Fue uno de los jóvenes discípulos del físico y alquimista y el heredero de su legado. Fulcanelli trabajaba como investigador en la fábrica de gas de Sarcelles, a diez kilómetros al norte de París, propiedad de la firma Georgi; necesariamente tenía que ser un físico, como también lo era Viollé. Canseliet había entrado a trabajar como empleado en esa fábrica en 1920, y le concedieron un

pequeño rincón para que pudiera participar en los experimentos alquímicos y físicos de Fulcanelli.

»Fue ahí y en 1922 cuando Fulcanelli transmutó por primera vez el plomo en oro. Canseliet fue testigo de ello. El maestro sacó de un matraz tres pequeños fragmentos de un material desconocido de color rojo y se los entregó a Canseliet indicándole que los envolviera en cera y los echara en un crisol donde había plomo fundido. Y se obró el prodigio: el plomo se convirtió en oro.

—Eso es asombroso. Supongo que ese material rojo era la piedra filosofal —intervino Carter.

—Claro. Fulcanelli lo había logrado; el sueño de tantos alquimistas se había conseguido, pero la piedra filosofal no la descubrió Fulcanelli. La tenía, pero no la logró descubrir él, sino un obispo parisino en el siglo XIII; simplemente, la utilizó en su experimento.

—¿Qué fue de Canseliet?

—Aquí viene lo mejor. Canseliet creyó, como tantos otros, que Fulcanelli había desaparecido en 1932, pero en 1953 se llevó la mayor sorpresa de su vida, incluso más grande que cuando en 1922 vio mudar el plomo en oro. Tenía cincuenta y tres años y vivía en su casa de la localidad de Savignies; allí se presentó un conductor al volante de un magnífico y antiguo Hispano-Suiza. El chófer le dijo que lo enviaba Fulcanelli y que quería verlo... en Sevilla. Canseliet no receló ante la asombrosa proposición del visitante; eso significa que el chófer le dio alguna clave secreta, pues en ningún momento dudó de la veracidad de todo aquello.

—¿Dónde está Savignies? —preguntó Carter.

—Cerca de Beauvais; es una pequeña localidad que no creo que llegue a los mil habitantes.

—Y entonces Canseliet viajó a Sevilla...

—Por supuesto, pero lo hizo de manera muy extraña. Se puso en marcha a principios de mayo, pero no fue directamente a Sevilla, porque el 4 de mayo se encontraba en Salamanca.

—¿Salamanca? Conozco allí a un colega, un medievalista con el que he coincidido en un par de congresos en Italia, pero ¿qué hacía Canseliet en Salamanca?

—No he logrado averiguarlo. Tal vez visitara la biblioteca de la universidad; lo cierto es que permaneció en esa ciudad española una semana, y luego fue a Madrid. Se ha conservado una carta que Canseliet mandó desde Madrid a un amigo llamado Philéas Leberque; está fechada el 14 de mayo de 1953 en Madrid y le anuncia que va a salir de inmediato en viaje hacia Córdoba y Sevilla antes de regresar a Francia.

—¿Cómo has conseguido esa carta?

—No la he conseguido yo; está incluida entre la documentación de la tesis doctoral de Francois Beauvy sobre la correspondencia de Leberque; se editó en el año 2004. Ahí la tienes —Michelle señaló un libro en una de las estanterías.

—¿Y Canseliet se fue a Sevilla entonces?

—Sí, y tal vez pasara antes por Córdoba. Llegó a Sevilla a mediados de mayo de 1953. Sabía dónde tenía que ir, porque se dirigió a un castillo, o un convento o un palacio tal vez, cerca de Sevilla, en una montaña.

—Cerca de Sevilla no hay montañas —alegó David.

—Quizá no fuera tan cerca. Lo cierto es que alguien le dijo que allí se encontraría con Fulcanelli, su maestro. Cuando se presentó en el palacio o castillo, fue conducido a una habitación cuyas ventanas asomaban a un patio grande y rectangular. A Canseliet le pareció que en aquel lugar vivía una especie de secta de iniciados, una sociedad secreta. Mientras esperaba miró por la ventana y vio a unos niños jugando en el patio; lo extraordinario es que iban vestidos como en el siglo XVI. En una de las estancias que daban al patio reconoció las instalaciones de un laboratorio alquímico. En aquella sala aparecieron de pronto tres mujeres vestidas también como en el siglo XVI, una de ellas sonrió a Canseliet, y en su rostro creyó ver el de Fulcanelli. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, las tres mujeres se marcharon y Canseliet abandonó el palacio sin que nadie le diera ninguna explicación a lo que había visto.

—¿Y regresó a Francia sin más?, ¿sin hacer preguntas, sin tratar de averiguar qué significaba todo aquello?, ¿sin que nadie le diera una explicación? No es creíble.

—Pues así fue.

—¿Y no te parece muy extraño todo eso? —La mano de David avanzaba despacio hacia la entrepierna de Michelle, que ese día se había puesto una falda corta de amplio vuelo.

—Sí, pero Fulcanelli puede volver a esperar.

Los dedos de David habían alcanzado su húmedo y delicioso destino, y la joven comenzaba a jadear a la vez que mordisqueaba el lóbulo de la oreja del americano. No tardaron demasiado en hacer el amor.

—Tenemos que ir a Sevilla —asentó Michelle mientras se colocaba de nuevo la falda.

—¿Ahora? Está a punto de empezar el verano y en Sevilla estarán a más de cuarenta grados a la sombra.

—¿Dónde has pensado pasar las vacaciones? No me has dicho nada. ¿Volverás a Estados Unidos?

—Iré unos días en agosto a California; hace meses que no veo a mis padres. Pero antes tengo que acudir a Roma y Florencia. En la universidad de La Sapienza me han invitado a dar un par de conferencias sobre pintura del XV en uno de los cursos de verano a mediados de julio, y luego he de intervenir en un seminario en Florencia. ¿Y tú?

—Bueno, me encanta la playa. Había pensado ir a una isla, una semana a las costas del sur de Córcega, con mi amiga la decoradora.

—Si te parece, podríamos visitar alguna playa de Andalucía; apenas a una hora de Sevilla las hay extraordinarias.

—Entonces, ¿vamos?

—Soportaré el calor con paciencia.

—Ardo en deseos de ver el cuadro que inspiró la última obra de Fulcanelli —dijo Michelle.

—*Finis glorie mundi* —dijo David.

—*El fin de la gloria del mundo*, de Juan de Valdés Leal. Fulcanelli lo vio y le inspiró este manuscrito, al que tituló con la misma frase que aparece pintada en ese cuadro —Michelle señaló la carpeta de cuero que un anónimo le enviara hacía un año por correo—. No me cabe ninguna duda.

III Los Hermanos de Heliópolis

Capítulo 8

SEVILLA, junio de 2007

Los motores del Airbus A321 de Air France rugieron como bestias desbocadas cuando el piloto les exigió la potencia necesaria para elevar al aeroplano por encima de la pista del aeropuerto de Orly, al sur de París; en poco más de hora y media aterrizaría en Madrid, donde se anunciaba una temperatura de 30 grados.

Nada más llegar al aeropuerto de Madrid, Michelle y David tomaron un taxi para la estación del sur; el ferrocarril de Alta Velocidad recorrió los más de cuatrocientos kilómetros entre Madrid y Sevilla en sólo dos horas y media.

—Como en 1995. Este tren es más rápido que los americanos —dijo Carter al llegar a la estación sevillana de Santa Justa.

—Tecnología francesa, querido —sonrió Michelle.

—No está mal, aunque creo que los japoneses son mucho más rápidos y puntuales —replicó David.

En la estación los esperaba María Luisa Barrero, profesora de Historia del Arte en la Universidad de Sevilla, a la que Carter había llamado unos días antes anunciándole su visita. La conocía desde hacía algunos años, cuando estuvo en Sevilla preparando el artículo sobre las torres almohades.

A punto de iniciarse el verano, en Sevilla hacía calor, pero no tanto como Carter había supuesto.

—Hola, Marisa —Carter le dio dos besos—. Me alegro mucho de volver a verte, y gracias por tu amabilidad al venir a recibirnos —Carter le habló en francés.

—No es ninguna molestia —respondió también en francés la profesora Barrero.

—Por cierto, quiero presentarte a la profesora Michelle Henry, de la universidad de París. Le estoy codirigiendo una tesis sobre catedrales góticas, y aquí en Sevilla tenéis una magnífica.

Las dos mujeres se saludaron distantes dándose la mano.

—Me dijiste que estáis instalados en ese hotel moderno del barrio de Heliópolis.

—Sí. Lo localicé por Internet. Aquí tengo la reserva —Carter sacó del bolsillo interior de su chaqueta de lino crudo un papel—. Está en una bocacalle del paseo de la Palmera, en el barrio de Heliópolis.

—Lo conozco; de vez en cuando llevamos allí a colegas que vienen a la universidad a tribunales de tesis o a impartir algún seminario. Por cierto, ¿habéis comido?

—Nos han ofrecido una de esas bandejas en el tren, suficiente para no pasar hambre.

—Si os apetece podemos pasar por algún bar y tapeamos; no son horas, pero algo

nos prepararán.

—Preferimos ir directamente al hotel, si no te importa.

—En absoluto. Por cierto, aunque sé que tienes muchos compromisos, no desestimes participar en alguno de nuestros cursos. Ya sabes que la universidad paga poco, pero para nosotros sería estupendo contar en alguna ocasión con el doctor David Carter; ahora, desde París, tienes más fácil venir a Sevilla.

—Bueno, hazme una propuesta y tal vez pueda acudir la próxima primavera. Estoy desarrollando una investigación sobre los pintores florentinos de fines del xv, quizás os interese.

El Opel Astra de la doctora Barrero atravesó Sevilla bordeando el casco histórico y embocó la avenida de la Palmera. En apenas diez minutos estaban en el hotel.

—Muchas gracias, Marisa. Si no tienes ningún compromiso, te invitamos a cenar esta noche —le propuso David.

—No, no, gracias, no es necesario.

—Insisto. Y elige tú misma el restaurante.

—Bueno, en ese caso... Si os parece, puedo pasar a recogeros sobre las nueve. Todavía hay luz a esa hora.

—De acuerdo, a las nueve.

Michelle y David se inscribieron en recepción y subieron a la habitación. En cuanto el botones cerró la puerta, el americano abrazó por la espalda a Michelle, la besó en el cuello y le acarició los pechos. Sus manos buscaron enseguida los botones de la blusa.

Eran las cuatro y media de la tarde y el sol caía con fuerza sobre el asfalto sevillano, pero el aire acondicionado mantenía la habitación a una temperatura muy agradable.

—¿Qué tal una ducha antes de...? —propuso Michelle.

—Claro, pero de prisa, hace horas que no pienso en otra cosa que en quedarme a solas contigo en esta habitación que hasta este momento desconocía.

Carter contempló el cuerpo desnudo de Michelle como si se tratara de la escultura de una diosa antigua. Mientras el agua resbalaba por la piel de la profesora Henry, el americano la imaginaba como una modelo posando para un escultor griego o para un pintor del Renacimiento italiano. En verdad que era hermosa.

Hicieron el amor toda la tarde. Sevilla, como Fulcanelli, también podía esperar.

La cena con la profesora Barrero fue agradable; hablaron de arte, por supuesto, y de la invitación para que Carter interviniera en un seminario de doctorado en abril del año siguiente; «La primera semana de abril, después de la Semana Santa y antes de la Feria», apuntó la sevillana tras consultar una pequeña agenda.

* * *

A la mañana siguiente, tras un suculento desayuno al estilo andaluz, con tostadas, jamón curado en la serranía, aceite de oliva y café, se dirigieron al hospital de la Santa Caridad, un enorme edificio de la segunda mitad del siglo XVII en cuya iglesia, consagrada a san Jorge, se guardaban dos cuadros que según Michelle habían sido contemplados en ese mismo lugar por Fulcanelli.

Entraron en la iglesia de una sola nave y enseguida localizaron las dos pinturas sobre lienzo en las dos paredes laterales bajo el coro del templo. Juan de Valdés Leal, pintor sevillano del siglo XVII, las había ideado como una profunda meditación sobre la muerte, y sobre cómo se pasa de la gloria a la podredumbre en un instante, el que dura el último soplo de vida. Los dos lienzos fueron pintados en 1671 y 1672, pocos años después de la gran epidemia de peste que asoló Sevilla en 1649. Hasta entonces la ciudad vivía en una cierta opulencia gracias al comercio con América; cada año desembarcaban dos flotas de galeones cargados de todo tipo de mercancías que dejaban una gran riqueza. Pero esa epidemia fue una de las más espantosas que asolara ciudad alguna en la Europa moderna. Unas sesenta mil personas, más de la mitad de la población sevillana, murieron durante los varios meses que duró la terrible plaga. El efecto de tantas muertes fue demoledor sobre la población, y no sólo para la economía y la demografía, sino sobre todo para la mentalidad colectiva de los sevillanos. La ciudad tardó siglos en recuperarse del macabro golpe, en tanto los ciudadanos que sobrevivieron no lo hicieron jamás; durante toda la segunda mitad del siglo XVII no hubo nada más presente en la vida de Sevilla que la muerte y su tétrico recuerdo.

Los dos cuadros de Valdés Leal eran un claro reflejo del contundente impacto que la peste había tenido en la ciudad y en todas sus manifestaciones artísticas.

Primero observaron el titulado *In ictu oculi*, ubicado en el lado izquierdo. Un esqueleto que representa la muerte, armado con su amenazadora guadaña, apaga una vela, la luz de la vida que se acaba, sobre la que aparece la leyenda *In ictu oculi*. La muerte de hueso sujeta un ataúd de madera bajo el brazo; a sus pies se extienden los iconos y emblemas del poder y la riqueza terrenales: la tiara papal, la corona imperial, el cetro, la espada, libros, dibujos de edificios lujosos... En el centro, medio cubierto por algunas telas, asoma un pedestal, sin duda el símbolo de que allí hubo alguna vez una estatua que el tiempo ha derribado, la imagen de la fama olvidada y derrotada por el transcurso del tiempo.

—*In ictu oculi*, «En un abrir y cerrar de ojos» —tradujo Carter—, la imagen macabra y efímera de lo endeble que es la vida, todas las vidas.

—O «En un golpe de ojo» —puntualizó Michelle.

—Está claro. Juan de Valdés quiso mostrar la futilidad de la vida. Ahí están los emblemas del papa y del emperador, la riqueza y el poder, la cultura y el arte, la tierra... y todo puede perderse en un instante, en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, Fulcanelli también vio este lienzo; pero el que de verdad le impactó, el que me interesa, es ése —señaló Michelle hacia el cuadro de la derecha.

En el muro de la derecha, el segundo lienzo, del mismo tamaño que el anterior, representa el interior de una cripta funeraria, con restos de cadáveres amontonados al fondo. En primer plano, en la zona inferior del cuadro, dos ataúdes abiertos muestran su tétrico contenido: los cuerpos corruptos y macabros de un obispo, cubierto con su mitra y aferrado a su báculo, y un caballero de la Orden de Calatrava, vestido con su hábito blanco marcado con la típica cruz roja de la Orden. Insectos que parecen cucarachas recorren los dos cuerpos consumiendo los últimos jirones de carne putrefacta. En el centro y en lo alto, la mano de Cristo, claramente reconocible por el estigma de los clavos de la Pasión, surge de un foco de luz entre nubes y sostiene una balanza, con sus dos platillos en equilibrio; en el de la izquierda hay un perro, una cabeza de cabra, un sapo, un pavo real y una cabeza de cerdo o de jabalí. Y en el de la derecha un libro, la Biblia, una cruz, un rosario, un pan y el Corazón de Jesús con el anagrama de Cristo, JHS. La inscripción *NIMAS NIMENOS*, «ni más ni menos», se dibuja en cada una de sus dos partes bajo cada uno de los dos platillos.

—Ahí está: el Juicio Final. Los pecados capitales se representan con animales. El perro es la bestia que guía al alma al mundo de las sombras, en una imagen muy pagana, por cierto; la cabra significa la lujuria, como en el *Aquelarre* de Goya, el símbolo del demonio; el jabalí o el cerdo, da igual, representan la gula, aunque en el Renacimiento también lo identificaron con la lujuria; el sapo también es la lujuria y el veneno; y el pavo real encarna la vanidad y la brevedad de la hermosura. Y mira el platillo de la derecha; ahí están las virtudes: la Biblia es la palabra de Dios, la guía para la salvación; el Corazón de Jesús, que ya aparece en pinturas de fines del siglo XVI y cuya devoción creció de manera extraordinaria en la segunda mitad del siglo XVII gracias a unas revelaciones de santa Margarita María de Alacoque, una beata francesa, por cierto, representa el camino para vencer al pecado; la cruz también es el símbolo que vence al mal, al diablo y al pecado, es una imagen del esfuerzo continuo que es preciso realizar para salvarse; el rosario, cuyo rezo conlleva el perdón del pecado; y el pan representa el símbolo de la eucaristía, la carne de Cristo que nos libra de todo mal con la comunión —Carter le hablaba a Michelle, pero media docena de curiosos se arremolinó ante las explicaciones del americano.

—*Finis gloriae mundi*, «El fin de la gloria del mundo» —leyó Michelle, y tradujo la inscripción situada en una banda en la parte inferior del cuadro.

—La epidemia de peste de 1649 provocó un impacto de veras tremendo en la gente de esta ciudad —confirmó David.

—Fulcanelli tuvo que estar aquí, o al menos conocer este cuadro. Su obra inédita de 1953 y esta pintura de fines del siglo XVII se llaman igual. Y mira esa lechuza —Michelle señaló la pequeña rapaz nocturna pintada a la izquierda del lienzo, que desde un segundo plano parece mirar fijamente al espectador—. Es el ave de Atenea, la diosa griega de la sabiduría y de la inteligencia, del trabajo intelectual, racional y

constante; es la señora de la noche, del conocimiento esotérico, de los valores de los alquimistas: constancia, paciencia, saber oculto...; representa todo cuanto significa Fulcanelli.

—Así era en la Antigüedad. Pero fíjate bien, la lechuza está en el lado izquierdo, junto al platillo de la balanza donde se agrupan los animales que simbolizan los vicios y los pecados. En las culturas americanas precolombinas la lechuza era el animal de la tempestad, la noche y las fuerzas ocultas, y por extensión, de la misma muerte. En Europa en el siglo XVI creían que anunciaba malos augurios, y hubo pueblos en los que se la persiguió para darle muerte; suponían que su presencia era un mal presagio y que traía calamidades. Incluso el Bosco la utilizó en sus cuadros para simbolizar la estulticia —aclaró David.

—Sí, pero creo que en este cuadro hay una mezcla de elementos paganos y cristianos; se trata de símbolos que no se podían representar de manera directa en esa época, pues la muy católica Iglesia española no lo hubiera consentido. Los pintores españoles del Barroco tuvieron que idear un simbolismo nuevo, equívoco y ambivalente, para que sus obras no fueran objeto de sospecha y de condena por la Inquisición.

—Las autoridades españolas eran muy católicas, o al menos pretendían parecerlo, y estas pinturas fueron un encargo de esta iglesia al mejor pintor del momento en Sevilla. No veo en ello ninguna otra motivación.

—Lo dudo —dijo Michelle—; los pintores españoles del Barroco eran muy cultos y sabes que conocían bien la mitología pagana, cuyos mitos y símbolos supieron disimular con gran destreza en sus obras, haciendo que parecieran escenas inspiradas en la Biblia cuando en realidad están reflejando escenas paganas. ¿Recuerdas a Velázquez? Pintó una fragua del siglo XVII pero estaba pintando al dios Vulcano, colocó a una dama ante un espejo pero estaba rindiendo culto a la belleza de la diosa Venus, pintó a Cristo crucificado pero estaba indicando las proporciones paganas del cuerpo del hombre... ¿Y qué me dices de *Las hilanderas*? Parecen unas mujeres hilando en un taller de tapices, pero es el mito de Atenea y Aracne, el que cuenta Ovidio en *Las metamorfosis*. Estoy segura de que lo recuerdas. La joven mortal Aracne compitió con la diosa Atenea para dirimir cuál de las dos era capaz de tejer el más precioso tapiz. Atenea se metamorfoseó en una anciana, pero Velázquez le hace enseñar una pierna hermosa y tersa. El final es bien conocido: Atenea, furiosa ante la habilidad de Aracne, la convirtió en una araña y la condenó a seguir tejiendo por toda la eternidad.

»Velázquez conocía la obra de Ovidio, y eso demuestra que la mitología clásica no era extraña a los artistas españoles del Siglo de Oro.

—Sabes mucho de mitología clásica —dijo Carter.

—Nadie aprueba Historia del Arte en La Sorbona sin conocerla.

—Como con las Sagradas Escrituras.

—Exactamente.

—Tienes razón, el Barroco español admite muchas lecturas. Recuerdo ahora un libro de Francisco de Quevedo, *Los sueños*—, se trata de una colección de relatos entre los que me llamó la atención el titulado *Las zahúrdas de Platón*. Está escrito en 1608 y en ese cuento aparecen alquimistas y astrólogos que trabajan afanosamente en medio de una barahúnda de hornos, crisoles, alambiques, minerales, escorias, cuernos de animales, estiércol, sangre humana y polvos diversos. Quevedo menciona la piedra filosofal, pero envía al infierno a los alquimistas, mezclando, como en la imagen que describe del taller, la alquimia y la brujería. Condena a los alquimistas a arder en el infierno junto a los astrólogos y pone en boca de uno de los demonios una frase condenatoria en la que proclama que los seres más viles son los alquimistas, que merecen ser quemados en el infierno —David acarició el rostro de Michelle y le dio un delicado beso.

—Estamos en una iglesia.

—No creo que Dios se ofenda por un beso.

—Dios tal vez no, pero ese cura nos ha visto y viene directo hacia nosotros con cara de pocos amigos —dijo Michelle, indicando con un movimiento de cabeza a un sacerdote vestido con sotana que se dirigía hacia ellos.

Carter dibujó una mueca como de estar asustado y cogió de la mano a la joven.

—Pues huyamos de la Inquisición —y tirando de su mano salieron del templo sonriendo.

La luz de Sevilla casi los dejó sin visión. Ya fuera de la iglesia, giraron a la izquierda y se dirigieron hacia la catedral, situada a unas pocas decenas de metros del hospital de la Santa Caridad.

En un quiosco de prensa compraron un plano de Sevilla y se sentaron en la terraza de un bar, a la sombra de unos naranjos en flor que perfumaban de aroma a azahar una recoleta placita.

—Busca Heliópolis —le dijo Michelle.

—Nos persiguen —ironizó David ocultando su rostro tras el mapa.

—Tonto; vamos, despliega ese mapa, quiero ver cómo es el barrio de Heliópolis. El plano que venía con el manuscrito de Fulcanelli no era muy preciso.

—Mira, aquí está; nada raro. Parece un barrio normal.

—No lo es —aseguró tajante Michelle.

—¿No?

—No. ¿No te extraña que en Sevilla haya un barrio dedicado al dios griego del Sol?

—Pues no demasiado. Los dioses grecorromanos son muy populares en todo el mundo: hay teatros dedicados a Apolo, cabarés que llevan el nombre de Venus, cafés que evocan a Saturno, jardines que tienen el nombre de la diosa Diana..., lo normal.

—Heliópolis, la ciudad del Sol. Si Fulcanelli hubiera fundado una ciudad, o un barrio de una nueva ciudad, le hubiera dado ese nombre. Vamos al ayuntamiento; está aquí mismo —indicó Michelle señalando con su dedo un punto en el plano.

—¿Al ayuntamiento?

—Claro, allí nos informarán sobre el barrio de Heliópolis.

Un camarero se presentó en ese momento.

—¿Qué van a tomar? —les preguntó.

—Nada, nada, gracias, tenemos prisa —contestó Michelle en un correcto español con marcado acento francés.

Salieron a la avenida de la Constitución y caminaron un par de centenares de metros hasta llegar a la plaza donde se alzaba el edificio del Concejo. Sin dudarlo, Michelle entró tirando de la mano de David.

—¿Qué desean? —les preguntó un conserje.

—Buenos días, somos profesores de la universidad de París; estamos realizando una investigación histórica sobre Sevilla y necesitamos datos sobre el barrio de Heliópolis.

—Para eso deberán ir al Archivo Municipal; no está lejos, en la esquina de la calle Almirante Apodaca con la calle Alhóndiga —el conserje se lo señaló en el plano.

—Gracias. Vamos —dijo Michelle.

—A la orden. Por cierto, creía que el director de la tesis era yo.

* * *

—¿Heliópolis?, claro, claro. Es un barrio nuevo, del siglo xx. Tendrán que consultar en la sección de urbanismo. ¿Me permiten el carné de investigador?

Los dos mostraron al archivero las tarjetas que los identificaban como profesores de La Sorbona.

—Oiga, una pregunta, si no le molesta, ¿por qué se llama así el barrio de «Heliópolis»? —demandó Michelle.

—Por el nombre antiguo de Sevilla. Esta ciudad fue fundada por los romanos con el nombre de Híspalis, y de ahí viene Heliópolis —dijo el archivero mientras tomaba nota de las credenciales de David y de Michelle—. Aquí tienen sus carnés. Pueden consultar el catálogo de fondos en el fichero o en el ordenador.

—Si no le importa, preferimos el fichero.

—Como deseen. Si necesitan algún documento concreto, no duden en pedírmelo.

Los dos profesores comenzaron a revisar las fichas del archivo. Tras media hora de consulta, pidieron algunos documentos y encargaron unas copias.

* * *

Sobre la cama de la habitación de su hotel, Michelle desplegó el plano de Sevilla y

varias copias de los documentos y planos obtenidos en el archivo.

—Heliópolis no deriva de Híspalis; en absoluto. No tiene nada que ver. Además, no hemos encontrado ninguna referencia a Heliópolis en Sevilla antes del siglo xx. El nombre de este barrio se debe a la presencia aquí de Fulcanelli.

»Heliópolis es la ciudad del Sol. Hubo una Heliópolis en el Egipto de los faraones; estaba dedicada al dios Ra, el gran dios solar. Era un importante centro astronómico que ya existía dos mil años antes de Cristo. Sus ruinas fueron tragadas por el crecimiento del moderno El Cairo. Allí hubo un templo enorme dedicado al Sol donde residían más de diez mil personas, además de otros templos de grandes faraones como Amenhotep III, Seti I, Ramsés II y Mernenptah.

—También sabes mucho de eso —dijo Carter mientras acariciaba los muslos de Michelle.

—Y hay más. Todas las personas que tuvieron alguna relación en París con Fulcanelli se unieron en un grupo llamado la confraternidad de los Hermanos de Heliópolis, también conocidos como «los sopladores de humo», es decir, los alquimistas. Canseliet, Dujols, Boucher, Sauvage y el propio Champagne formaban parte de ese colectivo.

»Y eso no es todo. ¿Sabes quiénes pertenecieron al precedente de esa hermandad a fines del siglo xix?

—No, pero seguro que me lo cuentas tú —la mano de Carter seguía avanzando por los muslos de Michelle.

—Fernando de Lesseps, el constructor del canal de Suez, y Pierre Curie, el premio Nobel de física y profesor de La Sorbona. ¿Qué te parece?

—Estupendo, claro —las yemas de los dedos de David ya habían llegado a su destino y acariciaban el sexo de Michelle, que estaba comenzando a humedecerse.

—De acuerdo. Dejemos a Fulcanelli para más tarde.

La joven despejó la cama de planos y fotocopias, sujetó a David por los hombros y lo besó muy despacio. Él se dejó ir cuando Michelle hundió la cabeza entre sus piernas para conducirlo directamente al éxtasis.

* * *

—Heliópolis, el lugar donde renace el Ave Fénix, la ciudad donde se rinde culto al sol amarillo, naciente y triunfante, el sol que sale por oriente y vence a la oscuridad de la noche, el que da la vida —asentó Michelle.

Acababan de hacer el amor y habían vuelto a colocar planos y fotocopias sobre la cama. Michelle sólo llevaba puesto un pequeñísimo tanga negro ribeteado en rojo y David unos pantalones tejanos.

—La ciudad del Sol, el lugar de donde surgió la luz para derrotar a las tinieblas.

—¿Conoces el mito egipcio? —preguntó Michelle.

—Prefiero oírlo de tus labios.

—En los tiempos oscuros no existían ni el mundo ni la luz. —Michelle puso voz de narrador épico. Estaba preciosa, casi desnuda, de rodillas sobre la cama—. El universo era un caos de tinieblas y negrura, un magma amorfo en el cual sólo vivía Atum, la divinidad que se creó a sí misma. Tenía dos ojos, el Sol y la Luna, y cuando los abrió se hizo la luz. Al principio sólo existían el dios Atum y Nun, la gran masa de aguas celestes. Durante milenios Atum vivió solo, pero con la extraordinaria fuerza de su mente creó el cielo y la tierra, a los demás dioses, a los seres humanos y a los animales. Nun y Atum, el agua que da la vida y la luz que ilumina el mundo. Las aguas de Nun eran la morada de Atum, de donde emergía el Sol. Los egipcios creían que el Sol navegaba con una barca sobre las aguas del océano cósmico de Nun. Atum estaba solo y se autofecundó, tal vez lo hizo con su sombra, para engendrar a Ra, que emergió tras una colina como el sol naciente y triunfante.

—Pero si Atum era la propia luz, ¿cómo pudo tener sombra? —preguntó divertido David.

—No intentes explicar los mitos con la razón, sólo el mito puede ser una cosa y su contraria; ¿no te enseñaron eso en tu universidad? —El pelo mojado de Michelle caía en delicadas ondas sobre sus hombros y sus hermosos pechos desnudos—. Ra fue el primero de los dioses creados por Atum; aunque en realidad es él mismo, rejuvenecido, el sol naciente y triunfante; luego surgieron Osiris, el sol en el ocaso, y su esposa Isis, y Horus, el hijo de ambos, el sol naciente que renace a la vida cada mañana.

—Todos esos mitos los idearon los sacerdotes egipcios para atemorizar a la población; y son contradictorios: Atum, y su ojo solar, el sol Ra, Osiris también el sol, Horus otro sol más joven; todo eso es incongruente —dijo David.

—En el mito nada lo es. Pero lo mejor de todo es que los sacerdotes egipcios crearon esos mitos precisamente en Heliópolis, hace cuatro mil años. Y desde el siglo xx hay una nueva Heliópolis en Sevilla. Creo que aquí está la respuesta a uno de los misterios de la desaparición de Fulcanelli.

—Espera. ¿Conoces la obra de Francisco Piria? —preguntó Carter de pronto.

—Sé que era un alquimista argentino...

—... uruguayo... —la corrigió Carter.

—... pues uruguayo, pero poco más.

—Nació en 1847 y murió en 1933. Vivió parte de su infancia en Italia, pero regresó a su país y acumuló una gran fortuna vendiendo tierras. Se hizo socialista y masón, pero lo abandonó todo para fundar en 1890 una ciudad, Piriópolis. Hoy es un destino de vacaciones con balnearios, casinos y hoteles a cien kilómetros de Montevideo, cerca de Punta del Este. Piria le dio su propio nombre a su ciudad, pero en un principio pensó llamarla Heliópolis. Piria era un alquimista, el más famoso de toda Sudamérica, y por eso su ciudad está llena de símbolos alquímicos. Hay quien asegura que si se unen con una línea los principales referentes urbanos de esa urbe se

dibuja la constelación de Acuario.

—¿En qué fecha nació Piria?

—Creo que el 21 de agosto.

—Entonces su signo zodiacal era Leo, y no Acuario. Acuario cae en enero y febrero. ¿Por qué esas líneas dibujan el signo de Acuario y no el de Leo, el del propio Piria?

—Porque no marcan el signo del nacimiento del fundador de la ciudad, sino el de la misma ciudad.

Michelle miró asombrada a su amante.

—Entonces, si sabes todo eso de Piria, ¿crees que la relación de Sevilla y Fulcanelli puede ser cierta? No era rico como Piria y no pudo construir por el mismo una ciudad, pero sí influir de algún modo para edificar un barrio en una ciudad española y que lo llamaran Heliópolis.

—Yo no he dicho eso; me limito a contarte algo que he leído.

—Estoy segura de que entre 1880 y 1940 existió una fraternidad universal de grandes alquimistas que quisieron construir un mundo mejor; la confraternidad de los Hermanos de Heliópolis era su sociedad, París su centro y Heliópolis, en Sevilla, uno de sus proyectos. Y ese Piria seguro que era uno de ellos; has dicho que vivió en Europa.

»¿Te has fijado en esta zona del plano de Sevilla? —Michelle señaló con el dedo la zona del hotel donde estaban alojados.

—¿Qué tiene de particular?

—Parece la planta de una catedral medieval.

Carter cogió el plano y le dio varias vueltas.

—No consigo verlo.

—Sí, aquí. Entre este hotel, que es el ábside, y estas calles, Iguazú, Paraná, Cauca y Orinoco, que son las naves. No me digas que no lo ves.

—Puede ser, pero parece una casualidad.

—Vamos, David, esta zona de la ciudad es completamente llana; quien diseñó este barrio quiso representar el trazado del plano de una catedral.

»Mira estos documentos: este barrio se construyó a partir de 1929, con motivo de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

—Pero ese proyecto era más antiguo. Ya ves, hay edificios planeados en 1911.

—Claro, la época dorada de los alquimistas. Todo coincide. Y mira aquí, la plaza de España, un semicírculo perfecto, es decir, la Luna. Y no me digas que no es una coincidencia que la Exposición Iberoamericana de Sevilla se celebrara en 1929 y la Universal de la misma ciudad en 1992, las mismas cifras: 1, 9, 9 y 2.

—Vamos, Michelle, lo de 1992 se debió a las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento de América. ¿O acaso esa coincidencia en cifras también se debe a Fulcanelli, o la cábala hebrea?

—No te burles.

—Nunca lo haría, cariño.

Michelle estaba arrodillada sobre la cama; sus pezones sonrosados destacaban rotundos en sus pechos brillantes y firmes. David los tomó entre sus manos y los besó, recreándose en cada uno de ellos.

—Si sigues así... —le susurró la joven al oído.

Capítulo 9

HABÍAN quedado en el Departamento de Historia del Arte con la profesora Barrero; la recogerían poco después de mediodía para ir a comer juntos a un restaurante de la calle de las Sierpes, un local típico donde servían unas deliciosas setas con jamón, pero antes habían pensado pasar por la catedral.

—Vosotros los franceses inventasteis el gótico, pero aquí tienen la catedral gótica más grande del mundo —dijo David con tono burlón mientras bajaban en el ascensor hacia el vestíbulo del hotel.

Al llegar ante la recepción, el empleado que la atendía les hizo una pregunta:

—¿La señorita Henry Michelle?

—Sí, soy yo.

—Buenos días; han dejado este sobre para usted.

Michelle miró a David extrañada y abrió el sobre. En su interior había un tarjetón en el cual habían escrito a mano la siguiente frase:

SIGA BUSCANDO, Y TENGA PACIENCIA. FULCANELLI

El rostro de Michelle se descompuso como si hubiera visto al mismísimo demonio.

—¿Qué ocurre? —le preguntó David.

Michelle le mostró la nota.

—¿Qué opinas ahora?

—Si se trata de una broma, de una maldita broma... ¿Quién ha dejado esta nota? —preguntó David al empleado de recepción.

—El señor Fulcanelli.

—¿Y cuándo ha sido, cómo era ese señor?

—Pues la entregó sobre las ocho de esta mañana. Era un hombre de unos cincuenta años, con gafas, alto y delgado, pelo blanco, elegante... No recuerdo más y no dejó ninguna razón.

Tal como habían previsto, tomaron un taxi y se dirigieron a la catedral.

—¿Qué significa todo esto, y por qué me pasa a mí? —se lamentó Michelle.

—Creo que Jean Ricard está detrás de este embrollo.

—¿Jean?

—Sí, Jean, nuestro colega en París. Creo que está enamorado de ti. Observo cómo te mira, cómo te trata...

—No, Jean no ha sido, me hubiera dado cuenta.

—La descripción del individuo que dejó el sobre responde a la de Jean con un poco de maquillaje y tinte. ¿Sabe que estamos en Sevilla?

—Sí, se lo dije en el Departamento hace unos días. No quería que este viaje se

interpretara como relación clandestina.

—Si sabe que estamos en Sevilla, creo que nos ha seguido hasta aquí.

—No, Jean no es.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Créeme, Jean Ricard no ha sido.

Entraron en la catedral, el tercer templo más grande de la cristiandad europea después de San Pedro de Roma y de San Pablo de Londres, un grandioso edificio gótico de ciento treinta metros de largo por ochenta de ancho, con cinco naves.

—Es la más grande, sí, pero no tiene tanto mérito, es del siglo xv —alegó Michelle, todavía confusa por la nota que le habían entregado en el hotel.

—Me preocupa lo que está pasando; creo que deberíamos ir a la policía.

—¿A la francesa o a la española?

—A ambas, tal vez. Este asunto de Fulcanelli se está complicando demasiado —dijo David.

—¿Y qué denunciaremos? ¿El envío de un manuscrito, una nota inocente...?

—Tienes razón, no hay ningún motivo para que la policía española admita una denuncia.

Recorrieron la catedral y glosaron la arquitectura del edificio y la magnitud de la obra; y, ya en el exterior, David le comentó a Michelle la torre de la Giralda, sobre la cual había trabajado años atrás para un artículo en *National Geographic*. Sobre la una de la tarde se dirigieron a la universidad.

La profesora Barrero los estaba esperando en su despacho. Sobre la mesa había dos bolsas con el anagrama de la universidad que contenían varios libros.

—Son para vosotros; las últimas publicaciones de nuestro Departamento.

—Gracias —respondieron al unísono los dos profesores de París.

—¿Qué tal la visita a la catedral?

—Estupendo. Además, el guía nos ha contado una leyenda asombrosa: que durante las obras de restauración, por la noche se deshacía de manera misteriosa lo que se construía el día anterior —ironizó Carter.

—No es nada misterioso; se trata de puro pillaje. En este país hay gente dispuesta a destruir lo que construye para seguir teniendo trabajo. Por ejemplo, cada verano suelen atrapar a algún miembro de las brigadas contra incendios porque ha provocado la quema de un bosque.

—Claro, claro, esas cosas también ocurren en Estados Unidos.

—¿Y aparte de esa «leyenda»?

—Estaban preparando una exposición sobre Cristóbal Colón y había muchos trabajadores por allí —dijo David.

—Sí, se inaugura el próximo martes.

—Y el precio; siete euros por entrar parece demasiado —intervino Michelle.

—Bueno, en eso también nos hemos europeizado. Lo aprendimos precisamente de los franceses —respondió Marisa Barrero con cierta sorna.

—Por cierto —se interpuso Carter entre las dos mujeres—, ¿qué puedes contarnos de Heliópolis?

—Que es el barrio más caro de Sevilla; tranquilo, burgués, allí están las mejores y más caras fincas urbanas de la ciudad. Bueno, ya lo conocéis, vuestro hotel está en él.

—Sí, pero me refería a su historia, y a la de su topónimo. Heliópolis en Sevilla suena un poco raro.

—Pues aquí suena muy normal.

—¿Desde cuándo se llama así?

—Desde que se urbanizó. Hasta 1929 era una zona de campos, huertas y humedales. Una zona insalubre que fue planificada para ubicar un nuevo barrio en la época de la Exposición Internacional Iberoamericana de 1929. Tras siglos de abandono y desidia, Sevilla se desarrolló mucho en esos años y se hizo necesario construir dos nuevos barrios para albergar a la creciente población, el de Heliópolis, para gente más pudiente, y el del Porvenir, más popular. Por fortuna no se cumplieron todos los planes iniciales del ayuntamiento, porque estaba previsto derribar todo el barrio de Santa Cruz; bueno, lo que dejaron en pie los soldados franceses del mariscal Soult, pues en 1810 destruyeron la iglesia de este barrio —la profesora Barrero pronunció la última frase mirando con cierto aire de reproche a Michelle.

»El barrio se diseñó en 1929, aunque no se construyó de verdad hasta varios años después.

—Pero ¿y su nombre? Parece muy raro un barrio llamado Heliópolis en Sevilla —insistió Michelle.

—Aquí se dice que se debe al nombre romano de la ciudad, Híspalis, pero esa atribución etimológica no parece muy afortunada.

—¿Y usted qué piensa?

—Que fue un capricho de algún alcalde o de algún concejal de esa época. No sé, nunca le he dado mayor importancia. Pero ahora que usted lo dice, profesora Henry, sí parece extraño.

—¿Hay algún castillo en Sevilla? —preguntó de nuevo Michelle.

—Hay uno, y maravilloso, en el mismo centro de la ciudad: los Reales Alcázares.

—Me refería a un castillo habitado, tal vez en los alrededores.

—Hum... no, habitado en Sevilla, no, aunque por los pueblos de la campiña abundan.

—Tal vez por alguna comunidad religiosa, o por una secta... —insistió Michelle.

—¡Ah, claro!, se refiere usted a la iglesia del Palmar de Troya. Bueno, el Vaticano considera una secta a la organización que la administra, ha sido declarada herética y sus seguidores están excomulgados.

—¿Cómo dices? —Se sorprendió Carter.

—¿No la conoces?

—No —dijo Carter, que miró a una Michelle incrédula; la joven profesora también negó con la cabeza.

—Se trata de una historia delirante. Aquí cerca, a unos treinta kilómetros de Sevilla, existe una pedanía del municipio de Utrera llamada El Palmar de Troya. En su término se ha construido un templo asombroso. Todo tiene su origen en unas presuntas apariciones de la Virgen al visionario sevillano Fernando Domínguez Gómez, quien aseguró que la Virgen se le manifestó en 1968 para desvelarle el tercer secreto de Fátima. Después se sucedieron presuntos milagros, Domínguez tuvo un accidente de coche en el que perdió los dos ojos, denunció a Juan Pablo II como masón, hizo santos a José Antonio Primo de Rivera, a Luis Carrero Blanco y a Francisco Franco... bueno, toda una sarta de despropósitos.

—¿Santos? —se extrañó Carter.

—Sí, elevó a los altares al fundador de la Falange, al jefe de Gobierno de Franco, al propio Caudillo y al mismísimo Cristóbal Colón, ni más ni menos —añadió Marisa.

—Como Juan de Valdés Leal —añadió Michelle.

—¿Eh?

—Ayer estuvimos en la iglesia del convento de la Caridad, y esa frase, «Ni más ni menos», está escrita en uno de los cuadros de Valdés Leal —aclaró David.

—Pues de allí también se llevaron los franceses algunos cuadros de Murillo —dijo Marisa con retintín.

—Sigue, por favor.

—Los del Palmar se enfrentaron con el Vaticano y se proclamaron la Iglesia verdadera. Consiguieron cuantiosas donaciones, lograron que se uniera a ellos un arzobispo vietnamita resentido con el Vaticano, el cual ordenó sacerdotes y luego obispos, fundaron la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz y Fernando Domingo, cambió su nombre por el de Clemente y se coronó como nuevo papa con el nombre de Gregorio XVII.

—El actual papa de Roma es Benedicto XVI —dijo Carter.

—Tiene su lógica —asentó la profesora Barrero—. Benedicto XV fue el papa durante cuyo pontificado tuvo lugar el milagro de Fátima, en 1917. Lo que ya no sé es si el cardenal Ratzinger lo hizo por conmemorar a su predecesor por el milagro de Fátima, en cuyo aniversario tuvo lugar el atentado de la plaza de San Pedro.

Los dos amantes se quedaron con la boca abierta.

—Es asombroso.

—Sevilla es una tierra muy especial. ¿Sabéis que el año pasado fueron investidos como caballeros de la Orden del Temple varios individuos?

—¿Aquí?

—Sí, en Sevilla, en la parroquia de San Bernardo. Se celebró un ritual medieval durante todo un día y por la tarde el arcipreste de esa iglesia invistió a unos cuantos señores como caballeros templarios.

—¿Lo permitió la Iglesia?

—Bueno, al menos no lo prohibió. Y por lo que sé, el párroco de ese templo sigue

siendo el mismo que llevó a cabo el ritual.

—¡La primera investidura de caballeros del Temple desde 1307! Eso debió de ser todo un acontecimiento —supuso Carter.

—No creas, nos estamos acostumbrando a este tipo de cosas.

—Aquí todo es muy raro —comentó Michelle.

—La iglesia del Palmar está rodeada de muros imponentes vigilados con guardias armados, pero no es mucho más raro que el santuario de Lourdes, o que las visiones de Juana de Arco. El falso papa Gregorio XVII murió hace dos años, pero la iglesia del Palmar y la congregación que fundó siguen funcionando. No es muy diferente de lo que los franceses han montado en Lourdes y los portugueses en Fátima, salvo que allí la Iglesia sí reconoce que ocurrieron milagros y a los de aquí los han excomulgado.

—¿Y Fulcanelli? —preguntó Michelle.

—¿Fulcanelli? ¿Se refiere usted al autor de *El misterio de las catedrales*?

—Sí. ¿Tiene alguna relación con Heliópolis?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué habría de tenerla?

—Se dice que Fulcanelli vivió en Sevilla y hay quien afirma que todavía sigue vivo por aquí.

—No tengo ni idea de eso, profesora Henry —confesó Marisa Barrero.

—Pues la hermandad a la que pertenecía Fulcanelli se llama igual que ese barrio.

—Será una casualidad; la vida está llena de ellas.

—Bien, vayamos a almorzar; me muero de hambre —terció David ante la animadversión que parecía crecer por momentos entre las dos mujeres.

Capítulo 10

—NUNCA encontraremos ese castillo en el que dices que vivió Fulcanelli y que visitó Canseliet en 1953. En este continente no hay otra cosa que chiflados y visionarios que creen en apariciones de vírgenes y en aguas milagrosas: Fátima, Lourdes, El Palmar... los europeos estáis alucinados —ironizó Carter ya en el hotel, una vez que se habían despedido de la profesora Barrero.

—¿No me digas? ¿Y tu presidente?; asegura que habla con el mismísimo Dios todas las noches, y eso que ahora no bebe alcohol —le espetó Michelle.

—Bueno, Bush es... otro visionario, un peligroso orate. Ya sabes que no lo soporto, pero la mayoría de los americanos no somos así.

—Tampoco los europeos somos como ese Gregorio XVII del Palmar, ni vamos por ahí viendo apariciones de la Virgen o de Satanás al volver una esquina. Has sido injusto; yo no creo que todos los norteamericanos seáis unos fanáticos seguidores de los telepredicadores o viváis anclados en el siglo XIX como los cuáqueros, o tengáis dos esposas como los mormones, o creáis que tras el Juicio Final sólo se salvarán 144 000 elegidos como aseguran los testigos de Jehová... ¿Quieres que siga?

—Los cuáqueros fueron fundados en el siglo XVII precisamente aquí en Europa, concretamente en Inglaterra, por George Fox, y en cuanto a los demás, sí, son de origen americano, pero eso se debe a la libertad de América, que incluye la religiosa. Quienes no podían practicar libremente sus creencias en Europa sí podían hacerlo en Estados Unidos.

—Vuestra pretendida libertad se ha construido sobre la miseria de muchos pueblos.

—Vamos, no te enfades. ¿Llevas ese tanga...?

—Sí, pero tal como me estás mirando no creo que me dure puesto demasiado.

* * *

En un quiosco cercano al hotel compraron un mapa de carreteras y cotejaron los nombres de los pueblos más cercanos a Sevilla para ver si podían encontrar alguna pista sobre el enigmático castillo donde Canseliet aseguró haber visto a Fulcanelli en la primavera de 1953. Una localidad a unos veinte kilómetros al sureste se llamaba Alcalá de Guadaira, es decir, «el castillo» en árabe; tenía una imponente fortaleza, pero era de propiedad municipal y no tenía uso concreto; Alcalá del Río no tenía un castillo que hubiera estado habitado; había otros topónimos, como Torreblanca de los Caños, Torre de la Reina, Castilleja del Campo, Castilleja de la Cuesta, y además un enorme número de villas, pueblos y alquerías distribuidos por toda la campiña. A

unos cincuenta kilómetros al sur localizaron la pedanía del Palmar de Troya, en cuyos alrededores había varios topónimos que indicaban posibles restos de castillos y fortificaciones.

—Es imposible. No tenemos ni una sola pista de ese castillo que menciona Canseliet, ni un solo dato, ningún nombre concreto. Es como buscar una aguja en un pajar pero con los ojos cerrados. Sin disponer de algún indicio más preciso no podemos hacer nada —se rindió Carter.

—Tienes razón, pero mi manuscrito está fechado en Sevilla, y Canseliet habla siempre de un castillo en Sevilla. Y esta nota... Dice que siga buscando, me imagino que se refiere a la búsqueda de ese castillo; no sé, estoy confusa.

—Marisa Barrero nos dijo que en la capital sólo están los Reales Alcázares, y ahí no ha vivido nunca ninguna comunidad; es patrimonio del Estado español. Vamos, convéncete, si no tenemos una pista segura jamás daremos con ese castillo, si es que alguna vez existió...

—Por supuesto que existió; Canseliet lo visitó en 1953, y creyó ver a Fulcanelli disfrazado de mujer.

—Tal vez fuera así, pero en ese caso... ¿por qué no lo confesó en ninguno de los dos prólogos que escribió para las reediciones de 1957 y 1964? Se publicaron años después de su visita a Sevilla; si hubiera recibido esa llamada y hubiera visto a Fulcanelli, lo habría contado, ¿no crees? Hubiera sido la mejor manera de acrecentar la leyenda de su maestro.

—No; no podía revelarlo. ¿No lo entiendes? En 1953 estaba en pleno auge la carrera armamentística y los soviéticos y los norteamericanos estaban pugnando por fabricar armas más y más destructivas. Oficialmente, Fulcanelli estaba siendo buscado por el FBI, aunque ya sabes que, según mi teoría, lo que hicieron fue ocultarlo en Sevilla, sin duda porque una vez derrotados los nazis, los soviéticos también pretendían conseguir los conocimientos del gran alquimista. Imagino que los servicios secretos del KGB hubieran dado una buena cantidad de dinero por localizarlo. Su nombre estaba relacionado con los grandes físicos franceses que habían investigado los materiales radiactivos entre 1920 y 1939. Canseliet no podía revelar nada de su encuentro con Fulcanelli en Sevilla. Si se hubiera ido de la lengua, los agentes rusos del KGB habrían caído sobre Sevilla como perros de presa y hubieran rastreado palmo a palmo la ciudad y su región hasta dar con él.

»Puede que la estancia de Canseliet en Salamanca antes de ir a Sevilla fuera tan solo una maniobra de distracción —supuso Michelle.

—En ese caso, ¿cómo explicas que le comunicara por carta, dejando por tanto una prueba por escrito, a su amigo Philèas Leberque que había visto a Fulcanelli?

—Un momento, ¿quién ha dicho que Canseliet revelara a Leberque que había visto a Fulcanelli? La carta en cuestión está fechada en Madrid y en ella Canseliet sólo dice que va a ir a Córdoba y a Sevilla. En esa carta no pudo decir que había visto a Fulcanelli porque cuando la escribió todavía no había llegado a Sevilla. Canseliet

reveló su encuentro fugaz con Fulcanelli mucho más tarde, cuando ya había pasado el peligro de que los rusos lo buscaran.

—Serías una estupenda guionista de películas de espías —asentó David.

—Esto no es una película. Fulcanelli y su grupo sabían mucho más de lo que publicaron, pero no lo contaron.

—¿Y cómo lo sabes?

—Por los indicios, y por... llámalo si quieres intuición femenina. En este barrio de Heliópolis hay algo que no llego a comprender, pero lo siento. Nadie que no fuera un iniciado hubiera dado a esta barriada un nombre así.

—Si tu teoría es cierta, este barrio debe su nombre a la sociedad secreta de los Hermanos de Heliópolis, y eso significaría que su influencia en el Ayuntamiento de Sevilla era muy notable, tanto como para condicionar el nombre de un barrio y su diseño urbano, ya que consideras que sus calles son un verdadero texto alquímico, ¿me equivoco?

—Ni en lo más mínimo —aseguró Michelle.

—Pero dijiste que este barrio se construyó con motivo de una exposición internacional, la de 1929, y Fulcanelli, al menos el Fulcanelli que identificamos con Jean Julien Champagne o con Viollé, murió, o desapareció, en 1932. No cuadran las fechas.

—Sí cuadran. De Champagne o de Viollé apenas se sabe nada entre 1926 y 1930.

—¿Estás segura?

—Claro. Creo que Fulcanelli, fuera quien fuera, vino a Sevilla en esas fechas y participó de alguna manera en los preparativos de la Exposición Internacional de 1929. Era un notable pintor de carteles, tal vez incluso dibujó algunos de ellos; si te fijas bien en esas copias que sacamos del Archivo Municipal, verás que en algunos parece esconderse un mensaje alquímico. Sí, Fulcanelli estuvo en Sevilla durante ese evento internacional y logró influir para que el nuevo barrio que se construyó junto a los terrenos de la exposición se llamara Heliópolis. Pero una vez acabada la exposición, los chalés quedaron abandonados. Mira este documento del Ayuntamiento, es de 1941, y aquí se dice que los sevillanos llamaban a este barrio «los hotelitos del Guadalquivir», es decir, una zona residencial. Nadie lo llamaba Heliópolis porque era un nombre absolutamente extraño para los sevillanos en 1929; luego estalló la guerra civil de España, y nada más acabar ésta, la Segunda Guerra Mundial. Pero ¡qué curioso!, a partir de 1940 vuelve a surgir con fuerza el nombre de Heliópolis y se recupera el barrio, a donde acuden a vivir nuevos pobladores; incluso los padres claretianos pusieron en marcha en 1947 una fundación con ese nombre, según este documento. El mismo Fleming visitó Sevilla en 1945. Y para eso sólo cabe una explicación: Fulcanelli había regresado a Sevilla. —Michelle tenía sus manos llenas de fotocopias del Archivo Municipal.

—No me cuadra nada. Champagne murió en mi apartamento de París, o en el de al lado, en 1932. No pudo estar en Sevilla en 1940. ¡Llevaba ocho años muerto!

—Champagne o Viollé tal vez, pero Fulcanelli nunca muere. La tarjeta que dejaron en la recepción del hotel es una prueba evidente.

—¿Qué?!

—Que alguien eterno no puede morir —insistió Michelle.

—No te entiendo. ¿Quieres decir que Fulcanelli es inmortal, que murió en 1932 en París, en mi casa, pero que no murió del todo?

—No, por supuesto que no. Lo que quiero decir es que he llegado a la conclusión de que Fulcanelli no parece una única persona, una sola persona al menos. Sólo así se explica que trabajara con Viollet-le-Duc en Notre-Dame a mediados del siglo XIX, estuviera en París en los años veinte del siglo pasado, muriera en tu casa en 1932, paseara por Sevilla en 1953 y siga vivo en el año 2007; o que alguien se haga pasar por él en la recepción de nuestro hotel. Fulcanelli pudo ser Champagne, pero también, como ya te dije, el físico Louis Gabriel Viollé, que desapareció, curiosamente, en 1932, el año de la muerte de Champagne; o incluso el mismo Canseliet, o todos ellos a la vez.

—¡Ya!

—No hemos podido encontrar el castillo que visitó Canseliet en 1953, pero podemos buscar a Casimira Virto. Y lo haremos mañana, después del desayuno. Esta noche tenemos mejores cosas de las que ocuparnos.

* * *

—¿Quién es Casimira Virto? —preguntó David mientras los dos profesores desayunaban en su hotel sevillano.

—¿No lo recuerdas? Se trata de esa sevillana que afirmaba en una entrevista que leí en Internet que Fulcanelli sigue vivo en Sevilla. Pero hay más; un poeta también asegura en una entrevista publicada en una revista literaria que Fulcanelli continúa viviendo en esta ciudad.

—¡Ah, claro!, pero esas cosas me parecen bromas cáusticas.

—Tal vez no. Espera.

Michelle se levantó y regresó al minuto con una gruesa guía de teléfonos bajo el brazo.

—¿Qué pretendes? —se extrañó David.

—Localizar a Casimira Virto. Tal vez venga en esta guía; no conozco otra forma más rápida.

Michelle buscó en las páginas de la guía de teléfonos de Sevilla pero no encontró a nadie con ese nombre.

—Prueba en el censo —dijo David.

—Seguro que se trata de un seudónimo.

—O de una broma.

—No. Estoy segura de que en alguna parte de esta ciudad o de sus alrededores hay un castillo, o un monasterio, o un cortijo, en el que vive una comunidad de seguidores de Fulcanelli que mantienen allí vivo el secreto del maestro.

—Tal vez sean esos iluminados del Palmar de los que nos habló ayer Marisa Barrero; eso explicaría muchas cosas: las apariciones, los donativos, la construcción de la basílica y su recinto...

—No, no tiene nada que ver. Fulcanelli jamás hubiera consentido semejante engendro.

—Perdona, estaba hablando en broma.

—Por aquí cerca está presente el espíritu de Fulcanelli. Y esa mujer lo sabe, pero nunca lo encontraremos; los iniciados jamás revelan el secreto, es una de las características de las sociedades herméticas. Pero esa nota... Maldita sea, no hay ninguna pista, ningún dato, sólo una recomendación y una firma. ¿Qué podemos hacer?

—Regresemos a París, aunque antes nos esperan las playas de Huelva.

Tras informarse en la recepción del hotel sevillano, alquilaron un coche por cuatro días y viajaron hasta la playa de Matalascañas, a quince kilómetros de la aldea de El Rocío, donde se celebra la más importante romería de Andalucía. Había que caminar un buen trecho desde el hotel hasta la playa, pero merecía la pena. El lugar parecía copiado del mismísimo Paraíso; más de cuatro kilómetros de playa virgen, junto al parque natural de Doñana, sólo interrumpidos por las ruinas de una vieja torre de vigilancia costera, cuyos cimientos surgían de la misma arena como una turgencia pétrea emanada de las entrañas de la tierra. Durante esos cuatro días hicieron el amor, pasearon por playas solitarias, presenciaron atardeceres luminosos y no hablaron ni una sola vez de Fulcanelli.

IV La cifra y la luz

Capítulo 11

PARÍS, junio de 2007

—Siento que no pudieras encontrar a Fulcanelli en Sevilla —dijo Carter.

—No importa. Los misterios que se descubren dejan de serlo. Además, mereció la pena visitar España contigo, y me traje la convicción de que este libro es auténtico.

Michelle tenía en sus manos el manuscrito firmado por Fulcanelli en Sevilla en 1953. El título era el mismo que el que Juan de Valdés Leal había dibujado en su tenebroso lienzo del convento de la Santa Caridad: *Finis glorie mundi*.

—Debes volver a tu tesis; recuerda que te comprometiste a presentarla a finales del próximo curso, y ya estamos comenzando el verano.

—Sí, estoy en ello. Ayer estuve redactando algunas páginas del capítulo de las medidas de las catedrales; aquí las tienes, «director».

Michelle le entregó una carpeta con varios folios.

—¿Tiene copia la profesora Lazard?

—Sí; se la he entregado esta mañana. Me dijo que la leería en tres o cuatro días, aunque no sé si tendrá tiempo, se marcha de fin de semana a Bretaña con Jean.

—¿Jean? ¿Jean Ricard?

—Claro, qué otro Jean conocemos ambos.

—¿No me digas que Louise Lazard y Jean Ricard están... liados?

—¿No te habías dado cuenta? ¡Cómo sois los sabios americanos! Intentan mantenerlo en secreto, pero lo sabe toda la Facultad. Ellos procuran disimularlo, y los demás nos hacemos los despistados. Así funciona esto. Son amantes desde hace meses, creo que desde un mes antes de que llegaras a París —dijo Michelle.

—¿Entonces... lo nuestro...? ¿Tú le dijiste a Jean que nos íbamos juntos a Sevilla?

—También se sabe, o ¿qué esperabas?

—Bueno, no sé, nadie nos ha visto... supongo.

—No hace falta que nos vean. Hay cosas que son... digamos inevitables, y que se huelen enseguida.

—Espera. ¿Tú y Jean, también...?

—Sí. Estuvimos juntos durante ocho meses, de eso hace ya más de un año.

—¡Vaya con Jean Ricard! Y por eso me dijiste en Sevilla que estabas segura de que él no había sido el autor de aquella nota. Ahora lo entiendo; tú lo dejaste y él sigue enamorado de ti. Pretende recuperarte enviándote mensajes secretos anónimos con Fulcanelli como pretexto e intentando darte celos saliendo con Louise Lazard.

—No, fue un acuerdo mutuo. Entre nosotros sólo había sexo, nada más.

—¿Y conmigo?

—Más despacio; apenas llevamos tres meses juntos. Si dentro de ocho meses seguimos así, entonces ya te diré.

Michelle dibujó en sus labios una enigmática sonrisa y besó a David. Aquella mujer le fascinaba. Era bellísima, elegante y joven. Amaba la libertad y tenía un carácter fuerte e indomable. Independiente y segura de sí misma, siempre ponía sus convicciones por delante y no le importaba renunciar a lo fácil y lo cómodo si creía que caminaba por una senda equivocada. No se amilanaba ante las dificultades, y estaba dispuesta a mantener sus posiciones aunque por ello se jugara su futuro profesional.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —preguntó David.

—Depende. Me gustaría redactar algunas páginas y si me queda tiempo ir a Chartres; tal vez el domingo por la mañana. Tengo que comprobar sobre el terreno algunos datos para la tesis.

—¿Chartres?, buena idea. ¡Un momento! —Carter cogió un calendario.

—Mañana es 21 de junio, el solsticio de verano, el día más largo, cuando el sol está en lo más alto aquí, en el hemisferio norte. Es el día perfecto para visitar la catedral de Chartres. ¿Vamos mañana? Si el día es soleado veremos un espectáculo extraordinario.

—De acuerdo. Será un placer visitar esa catedral con el doctor David Lewis Carter. Iremos en autobús.

—No te preocupes. Alquilaré un coche; es más cómodo y podemos regresar cuando queramos.

—Por cierto, los folios que te he dejado se refieren precisamente a esa catedral.

—En ese caso los leeré antes de mañana.

* * *

Chartres, 21 de junio de 2007

Michelle y David pasaron la noche juntos en el apartamento de la calle Rochechouart. A las ocho de la mañana el servicio de alquiler de vehículos sin conductor del Automóvil Club de Francia les entregaba un Peugeot 306 en la puerta de su casa, donde lo volverían a recoger a última hora de la tarde.

David firmó el contrato con los datos del alquiler y los dos profesores subieron al coche.

—Hace meses que no conduzco; espero que no se me haya olvidado —comentó David.

—No me mires así, yo ni siquiera tengo carné de conducir.

—Vaya, en América lo tiene todo el mundo; hay más carnés de conducir que de la Seguridad Social.

—Nunca me ha hecho falta, y además no me gusta el vehículo privado; contamina demasiado y provoca enormes atascos.

—Pero es cómodo.

—No estoy tan segura.

—Aquí hay un mapa de carreteras, ¿me puedes indicar...?

—No es necesario. He ido a allí en coche varias veces.

—¿Con Jean?

—Sí.

—Bueno, pues tú dirás.

De la calle Rochechouart salieron rumbo norte, hacia la puerta de Clignancourt; allí tomaron el periférico, la gran autopista que circunda París, y lo recorrieron hacia el oeste y luego hacia el sur, hasta la puerta de Saint Cloud, cerca del río Sena, donde cogieron la autopista A10 y luego la A11, que los llevó directamente a Chartres hora y media más tarde.

* * *

Las agujas de la catedral aparecieron a lo lejos tras las suavísimas y onduladas colinas del valle del río Eure, cubiertas de trigos dorados a punto de la cosecha. Hacía calor, el cielo era azul, aunque no tanto como en Sevilla, y lucía un sol amarillo y cristalino.

—Chartres, la catedral más hermosa del mundo —dijo Michelle a la vista de la mole de piedra y cristal.

—Creía que preferías Notre-Dame de París.

—Es más armónica, más equilibrada, más elegante, pero sólo queda la estructura arquitectónica original, todo lo demás lo diseñó Viollet-le-Duc: las esculturas, las gárgolas... En cambio Chartres es genuina, auténtica, está llena de misterios y de sorpresas, y mírala ahí arriba, en lo alto de la única colina relevante en toda esta campiña, orgullosa, desafiante al tiempo.

—Lástima de esos cables y esos plásticos.

Carter había aparcado en la parte baja de la colina sobre cuya cima se ubica la catedral, un lugar sagrado desde la prehistoria del que se decía que había sido un centro de reunión de los druidas del norte de la Galia. Al salir del coche señaló unos cables del tendido eléctrico que cruzaban justo por delante de la perspectiva del templo. Además, la portada sur, la más luminosa, estaba cubierta por andamios a causa de una restauración.

—¡Maldita sea! —clamó Carter—, todavía no han enterrado todos esos cables, y el rosetón sur está tapado por esos plásticos. No vamos a ver completo el efecto de la luz a través de las vidrieras cuando el sol está en lo más alto del cielo, precisamente hoy, el día más largo del año.

—No importa —dijo Michelle—, hay más vidrieras y más efectos de luz.

—Pero yo quería ver contigo ése, precisamente ése.

—Volveremos el año que viene. Ahora vayamos allá arriba.

Subieron la colina por las calles empedradas con pavimento de adoquines negros, entre casas de dos y tres plantas, tejados de pizarra negra y cerámica roja, fachadas grises y ventanas de madera pintada de blanco. En el siglo XII Chartres era una pequeña pero próspera ciudad en cuya catedral románica se custodiaba la túnica que la Virgen María llevaba puesta el día que dio a luz a Jesús. Por ello se había construido una enorme catedral románica que en 1194 fue destruida por un pavoroso incendio que arrasó además buena parte de la ciudad. Sólo se salvaron los pórticos y las torres de la fachada principal. Cuando se apagó el fuego, los ciudadanos de Chartres entraron en las ruinas humeantes del templo y observaron pasmados que la túnica, que se custodiaba en la cripta, se había conservado intacta. Consideraron aquello como un milagro del cielo y decidieron construir una nueva catedral en honor de Santa María en el nuevo estilo gótico surgido en París. La gran catedral se construyó entre 1195 y 1260, y se hizo cumpliendo dos preceptos: tenía que ser un símbolo del saber humanístico que se enseñaba en la famosa escuela de la ciudad y alcanzar la grandiosidad que aquel milagro requería.

Llegaron ante la catedral por unas callejuelas estrechas y sombrías y salieron justo enfrente de la portada sur. Los plásticos no eran tales, sino una red muy tupida que cubría toda la fachada sur y el rosetón principal de la catedral.

—¡Vaya!, tenía que ser precisamente la fachada sur la que estuviera cubierta, y además hoy, 21 de junio, el día más importante para la luz —se lamentó David.

—No te preocupes; seguirá aquí el año que viene.

—Sí, pero tal vez no haga este sol, o no podamos venir, o continúen las obras de restauración...

—Consuélate con la portada; fíjate qué maravilla. ¿Te la imaginas pintada de colores como en el siglo XIII? En la de Amiens han recreado los colores originales con un programa informático.

—Sí, lo vi en la revista de historia de *National Geographic*; el resultado era realmente espectacular.

—Tenemos que ir a verlo en persona.

—Ahí está toda la sociedad medieval: todo en lo que esa gente creía, todo cuanto temía, cuanto adoraba, cuanto esperaba de la vida, los santos a los que reverenciaba, los demonios que la sobrecogían... —comentó David.

—Y los mensajes que los constructores quisieron transmitir a los iniciados.

—¿Otra vez Fulcanelli?

—Claro. Delante de nuestros ojos hay un edificio construido hace ocho siglos; hemos logrado apreciar su belleza, la armonía de sus formas, los avances arquitectónicos... pero seguimos sin entender todos sus mensajes —elijo Michelle.

—Y, según tu opinión, Fulcanelli sí los entendió.

—Fulcanelli era un iniciado, un iluminado, es decir, el que ha recibido la luz. Y esta catedral es el templo de la luz y de los números.

—La geometría...

—Sí, y tú sabes mucho de eso. Tu artículo sobre el cuadro de Jacobo de Barbari es todo un tratado de geometría del Renacimiento.

—Estudí a Euclides y sus trabajos sobre figuras geométricas y a fray Luca Paccioli, y resultó muy interesante para el estudio de las proporciones en la pintura del Renacimiento que aplicaron Jacobo de Barbari y Leonardo da Vinci, pero no pude resolver el enigma del poliedro medio lleno de agua. Estuve todo el verano del 2001 dándole vueltas, pero no encontré ninguna respuesta a ese agua.

—El volumen —dijo Michelle con rotundidad.

—¿Qué?

—Barbari dibujó agua hasta la mitad del rombicubooctaedro para transmitir sensación de volumen. La perspectiva por sí sola no es suficiente. Sí confiere aspecto de profundidad, pero no de volumen, de tridimensionalidad; el pintor necesitaba que esa obra pareciera un cuadro en tres dimensiones y por ello dibujó el agua dentro de ese poliedro, y al dejarlo medio lleno provocó una sensación de tridimensionalidad extraordinaria. —Michelle sonrió e hizo una mueca inocente.

—Excelente. Has resuelto en un momento un problema sobre el que estuve meses discutiendo.

—Se me ocurrió tras leer tu artículo. La pintura necesita de ilusiones ópticas, pero la arquitectura es proporción, y las proporciones son números. Esta catedral está llena de medidas y de números. Jamás se hubiera podido construir sin sólidos conocimientos de matemáticas y de geometría. Lo entendí gracias a tus trabajos.

»Entremos —propuso Michelle cogiendo a David de la mano.

La pareja subió las escaleras del pórtico sur y contempló las esculturas: reyes, caballeros, obispos, clérigos, campesinos... Sí, allí estaba toda la sociedad medieval, como había dicho Carter, que se fijó en un relieve, en uno de los capiteles, que mostraba a un hombre con el torso desnudo atado a una rueda de tormento mientras era torturado por dos verdugos.

En el interior la luz solar se tamizaba en un tornasol de colores, en los que predominaban el rojo y el azul. Aquel jueves no había demasiada gente dentro de la catedral, de modo que pudieron pasear cómodamente entre las naves.

—¿Sabes?, el escritor católico Paul Claudel visitó esta catedral a principios del siglo XX y la definió como «el Paraíso recobrado».

—Y no se equivocaba. Esta catedral fue concebida para ser la imagen del Paraíso en la tierra. Bernardo de Chartres, director de la escuela episcopal de esta ciudad en el siglo XII, dijo que «No somos sino enanos a hombros de gigantes», en referencia a lo mucho que los contemporáneos debían a los sabios de la Antigüedad. Y así fue. Esta catedral no se hubiera podido construir sin conocer los fundamentos de la geometría que enunció Euclides y que los árabes transmitieron a la Edad Media. La geometría lo

explica todo —sentenció David.

—Es fundamental, pero creo que hay algo más. Ven.

Los dos amantes se acercaron hasta el centro de la nave y se colocaron junto al llamado laberinto de Chartres, un gran círculo de casi trece metros de diámetro y once anillos concéntricos trazado en el suelo de la catedral, alternando losas de piedra caliza de color ocre claro con otras de color negro. Ubicado entre los tramos tercero y cuarto desde la entrada principal, su centro geométrico está alineado con las dos columnas que sostienen las bóvedas de esos dos tramos.

—El laberinto —dijo David.

—No es un laberinto. No sé por qué os empeñáis en llamarlo así. Es un camino que lleva de la entrada, aquí —Michelle se colocó en la embocadura del círculo, enfrente del altar mayor—, hasta el centro. Doce metros y ochenta y cinco centímetros de diámetro, doscientos sesenta y dos metros de recorrido, treinta y cinco giros, y un perfecto diseño geométrico; y aquí, en el centro... nada.

El centro del laberinto era un círculo de más de un metro de diámetro, en piedra de color ocre.

—Aquí falta algo —dijo David.

—Claro que falta, ya lo sabes; falta la clave para entender el camino.

—He leído que había una especie de mosaico donde se representaba al Minotauro y a Teseo.

—Eso es lo que escribió un erudito de Chartres en el siglo xvii, pero yo no lo creo así, salvo que la placa original se quitara en el siglo xvi y se colocara la del Minotauro en su lugar. El Minotauro sí vivía en un laberinto en la isla de Creta, y un laberinto es un espacio creado para confundir y despistar a los intrusos. Aquí no hay confusión posible; sólo existe un único camino desde la entrada hasta el centro, sin posibilidad de desvíos o equívocos, sólo una dirección que seguir sin ninguna alternativa, sólo un sentido, sólo un destino.

—Tienes razón, pero a la vista parece un laberinto.

—Es un camino, «el camino». Creo que los peregrinos que venían a Chartres lo recorrían hasta el centro, probablemente avanzando de rodillas. Tenían que transitar los doscientos sesenta y dos metros realizando los treinta y cinco giros hasta llegar al centro, a la recompensa.

—¿Y en qué consistía el premio?

—En que sus mentes quedaban listas para recibir la iluminación: las matemáticas y la geometría puestas al servicio de Dios.

—Si en la Edad Media no estaba el mosaico con el Minotauro en el centro, ¿qué supones que había ahí?

—La luz —respondió Michelle.

—¿La luz? —Carter la miró sorprendido.

—Sí, la luz. Cuando en 1140 el abad Suger le encargó a su anónimo arquitecto que construyera la cabecera de su nueva iglesia con amplios vanos para que dejaran

pasar torrentes de luz, ese maestro experimentó soluciones arquitectónicas que permitieron abrir los pesados y macizos muros de las iglesias románicas para ubicar cada vez mayores y más amplios ventanales. La nueva arquitectura gótica se presentaba como el reflejo monumental de la emergente monarquía francesa, una obra política perfecta, como Juan de Salisbury, que además fue obispo de Chartres hacia 1180, describiera en su obra *Polycraticus*. Suger, fiel seguidor del neoplatonismo triunfante en las escuelas catedralicias del siglo XII, defendía la idea platónica de que la luz estaba en relación con la divinidad, y en consecuencia la casa de Dios, el templo cristiano, tenía que ser el templo de la luz y a la vez la representación en la tierra de la Jerusalén celestial. El arco ojival o apuntado, los contrafuertes y los arbotantes permitían descargar los pesados muros de piedra y abrir casi por completo las paredes para que la luz inundara el interior de los templos.

»Las catedrales góticas actúan como unos acumuladores de luz, y ésta de Chartres tiene una magia especial debido a que conserva casi todas sus vidrieras originales. Observa esos cristales rojos y azules, y mira su tono y su brillo; ningún vidriero moderno ha podido imitarlos. Los amarillos que pintó Van Gogh en 1880 ya habían perdido toda su intensidad cincuenta años después, y ahora sólo contemplamos un pálido reflejo de la luminosidad que ofrecieron en origen, pero los colores de estas vidrieras siguen inalterados siete siglos y medio después de su fabricación. Tenga la intensidad que tenga fuera, la luz que pasa dentro siempre es la misma. Aquí, en este mismo punto —Michelle se había situado en el centro del laberinto—, los iniciados recibían toda la fuerza de la luz y de la energía de la Tierra. Este lugar fue concebido para convertirse en el *ónfalos* de Occidente, el ombligo del mundo cristiano. Hemos venido el 21 junio, pero deberíamos haberlo hecho el 22 de agosto; ese día, el de la Asunción de la Virgen, que corresponde en el ciclo solar al 15 de agosto en el siglo XIII, pues ya sabes que en el siglo XVI se eliminaron veinte días del calendario gregoriano para adecuarlo al ciclo solar, la figura de María en el rosetón occidental se proyecta en el centro de este camino que os empeñáis en llamar laberinto; el círculo de esa vidriera coincidía con el círculo central. El cielo se reflejaba en la tierra, y así, la Virgen, mediadora desde las alturas entre Dios y los hombres, salvaba al mundo del triunfo de las tinieblas.

—Entonces, aquí, en este lugar, piensas que en el siglo XIII habría algo parecido a un espejo —supuso David.

—Así es; una placa de metal, tal vez cobre o bronce bruñido, que reflejaba la luz de las vidrieras de la fachada sur; cada vidriera emitía una luz y una figura distinta según el día y la hora del año.

—Se trataba de una especie de gran reloj solar...

—No exactamente; era un acumulador de energía solar, y por tanto divina —dijo Michelle.

—Pero el suelo de esta catedral se colocó unos veinte años antes que el rosetón oeste.

—Ciertamente; por eso cuando se construyó ese rosetón se tuvo en cuenta lo que debía ocurrir con su luz. El diámetro del rosetón de la fachada principal es exactamente igual de tamaño que el del laberinto, ¡vaya!, hasta yo misma empiezo a llamarlo así, y es probable que también existiera algún juego de luces al ponerse el sol; quizás el último rayo incidiera en el centro señalando el final del día, la muerte de la luz.

—Pero no lo has documentado, no existen documentos del siglo XIII que señalen nada sobre esto y Fulcanelli tampoco dice nada al respecto, ¿o sí?

—Sí, pero no de forma explícita. Lo leíste hace unas semanas. Recuerda que Fulcanelli asegura en su libro que los enfermos acudían a las catedrales y que pasaban allí varios días encerrados hasta que sanaban.

—¿Y cómo se curaban? —preguntó David.

—Con la energía positiva de la luz, una energía emocional. Es probable que esos vidrios del siglo XIII, que jamás se han vuelto a fabricar de forma semejante, filtren de un modo especial los dañinos rayos ultravioletas y los tornen beneficiosos para la salud. Al menos en ello confiaban aquellas gentes, que creían que la luz de las vidrieras curaba enfermedades como la esquizofrenia. Fulcanelli alcanzó la iluminación contemplando las vidrieras de las catedrales góticas; estaba convencido de que las vidrieras convertían los rayos malignos del sol, los que queman y destruyen, esos que hoy llamamos ultravioletas, en energía benéfica y positiva. Porque en la alquimia cada color tiene una interpretación y encarna un símbolo, una enfermedad o una virtud: el negro es el color del dios Saturno, el del caos y la muerte, el blanco es la pureza y la Luna, el rojo el del Sol y el fuego purificador, el azul es el de Venus y el amor, el verde significa el agua, el citrino es el de Marte e indica la guerra, y el gris es el de san Cristóbal, el portador de Cristo, es decir, el portador del oro. Cristo, el sol, el oro, tres conceptos, la misma identidad.

—Ahora que lo mencionas, recuerdo que Fulcanelli describe estas figuras inscritas en el suelo como laberintos, y menciona expresamente el de Chartres.

—Sí, y acepta que aquí se encontraba la representación del Minotauro y lo llama «la legua», porque una tradición asegura que se empleaba el mismo tiempo en recorrer el camino del laberinto a rodillas que una legua a pie. Bueno, también los maestros se equivocan a veces. Pero mira esa vidriera —Michelle señaló uno de los vitrales de la zona sur, justo frente al laberinto.

—Dios creador, Adán trabajando la tierra y Eva hilando, la tentación, el Árbol del Bien y del Mal, Caín asesinando a Abel, la expulsión del Paraíso de Adán y Eva... Son escenas del libro del Génesis.

—Fíjate en la escena inferior a la figura central.

—Dios expulsa a Adán y a Eva del Paraíso; se tapan con hojas de parra. Y como es frecuente en las representaciones del cuerpo humano desde el arte egipcio, Adán, el varón, tiene la piel más oscura que Eva, la mujer.

—Sí, pero observa la cabeza de Dios; está realizada con un cristal brillantísimo,

incolore, de un fulgor extraordinario. Sólo hay otro igual en todas las vidrieras de la catedral; se trata de una lupa a través de la cual pasa la luz que se reflejaba en el espejo que había en el centro. La alegoría está clara: es Dios quien ilumina el mundo, y su luz, la única que es capaz de vencer a las tinieblas.

Carter comprobó que el cristal de la cabeza de Dios emitía un brillo muy destacado y que, en efecto, no tenía ningún color.

—Brilla como el sol —dijo Carter.

—Es que es el Sol —sentenció Michelle—. Quienes construyeron esta catedral conocían bien los textos herméticos.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. El Hermes de los griegos es el dios Tot de los antiguos egipcios, divinidad del tiempo, el destino y la escritura. La salvaguarda de las técnicas de construcción fue una de las razones de ser de las sociedades secretas; los sacerdotes egipcios eran los encargados de custodiar el secreto de la geometría plana y de los poliedros simples que hizo posible la construcción de templos y pirámides. En el siglo II antes de Cristo se tradujeron los textos griegos al egipcio y se custodiaron en la biblioteca de Alejandría. Los árabes los conocieron y conservaron, y a través de ellos llegaron a la Europa cristiana a fines del siglo X y comienzos del siglo XI, sin duda desde al-Ándalus. El papa Silvestre II, llamado Gerberto de Aurillac, estuvo en Córdoba, en la gran biblioteca del califa Al-Hakam II; allí pudo leer y aprender en los miles de libros que contenía. Su pontificado sólo duró cuatro años, del 999 al 1003, pero fueron suficientes para introducir en la Iglesia una nueva percepción de la ciencia que llegaba de Oriente. Gracias a él se conoció en Europa el concepto del cero y se pudieron hacer nuevos y más complicados cálculos aritméticos, pero lo más importante es que entraron nuevas ideas sobre la luz y su comprensión filosófica.

»Según los textos herméticos, que Silvestre II sin duda conoció, la luz es el mismo pensamiento de Dios. “Centra tu atención en la luz y accede al conocimiento”, proclamaban los seguidores de Hermes Trimegisto, y eso mismo enseñaron los sufíes musulmanes de Córdoba; esa doctrina fue la que aprendió Gerberto de Aurillac y la que transmitió a la Iglesia cuando se convirtió en papa. Pero antes fue arzobispo de Reims. ¡Reims, David!, una de las cunas del arte gótico, la gran catedral, la más perfecta. Y además uno de sus discípulos preferidos fue Fulberto de Chartres, el que llegaría a ser obispo de esta ciudad. Silvestre poseía un anillo mágico con el que fue enterrado; cuenta una leyenda que cuando abrieron su tumba, escapó de ella una llama infernal que redujo todo a cenizas. ¿Era un efecto de la piedra filosofal?

»El papa Silvestre había aprendido de sus maestros musulmanes cordobeses que en el principio sólo las tinieblas moraban en el abismo insondable y caótico, sobre el que fue proyectada una sagrada luz. En ese preciso instante el Universo quedó dividido por la acción del fuego creador; y el origen de ese fuego no era otro que el Sol, Dios mismo.

»El Universo fue creado en ese momento a partir de siete círculos, los que

aparentemente trazan los siete astros visibles a simple vista desde la Tierra, es decir, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y el Sol. Y la imagen del cielo se proyecta sobre la Tierra.

—Según tu teoría, lo que hicieron los constructores de las catedrales góticas fue emular la luz del sol, recogerla en una especie de relicario de piedra y vidrio y hacerla accesible al hombre —intervino David.

—Exactamente eso es lo que hicieron. La visión del Bien era comparable a la de un rayo de sol, pero el ojo humano no está preparado para recibir directamente esa luz. Para quienes construyeron estos templos, la esencia divina se contenía en la sabiduría, el bien, la belleza, la virtud y la eternidad. Y una catedral gótica reúne todos esos valores. Desde el Sol se difunden las buenas energías y en la catedral se recogen y se ponen al servicio de todos los fieles cristianos. La catedral gótica es el templo de la luz y del color. Los enormes ventanales hicieron posible la ubicación de espectaculares vidrieras en las que el color tiene un papel esencial. Por primera vez en la historia de la humanidad, el ser humano podía jugar con el color y dominarlo, y hacer posible que la luz cambiara su color natural por el que se deseara, y ello era posible con tan sólo colocar una vidriera que tiñera la luz exterior en el color deseado al atravesar el vidrio.

»La luz y el color tienen en la catedral su propio código, un verdadero lenguaje semiótico. Los neoplatónicos sostenían que el color era una fracción de la luz, y que en consecuencia participaba de lo divino, pues Dios era la luz. Por tanto, ampliar el espacio del color en la catedral, es decir, el de las ventanas y las vidrieras por donde pasaba la luz, era ampliar el espacio de Dios y darle una mayor presencia en su morada.

—En cierta ocasión leí que los antiguos egipcios creían que debían proyectar en la tierra la imagen del cielo, pero no creo que ocurriera lo mismo en la Europa medieval —repuso David.

—No en todos los casos. Yo no creo en esas teorías que afirman que las catedrales góticas de la región del norte de Francia están colocadas de manera que dibujan la posición de las estrellas de la constelación de Virgo; tal vez salga una figura parecida si se seleccionan, como se ha hecho en alguna ocasión, las de Chartres, Reims, Bayeux, Evreux y Amiens, pero ahí faltan las de Beauvais, Sens o París. Según las que selecciones sale una figura u otra; basta colocarlas todas y comprobarlo. Pero sí creo que cuando fue posible se copió en la tierra la imagen del cielo. Un excelente profesor de la universidad de Roma, a donde irás invitado en unos días, demostró que los edificios del campo de la catedral de Pisa están colocados a propósito según la posición de las estrellas de la constelación de Aries.

—Pero eso es astronomía.

—Sí, pero la luz es alquimia y Fulcanelli era un alquimista. El creía que quien visitaba una catedral como ésta recibía toda la fuerza alquímica de la luz. Y así lo sintió cuando a los siete años entró por primera vez en una. ¿No sientes tú ahora esa

fuerza? —le preguntó Michelle.

—Sí, claro. Este espacio es fascinante. Las altas bóvedas, las vidrieras de colores, la luz... Y la proporción, no lo olvides.

—Mediodía solar —dijo Michelle señalando su reloj, que marcaba las 13 horas—. El sol está en el punto más alto del cielo de todo el año...

El exterior estaba inundado de luz, pero las mágicas vidrieras de Chartres la filtraban con aquellos vidrios rojos y azules inimitables. Las vidrieras del lado sur brillaban de una manera extraordinaria; los azules, rojos, verdes y amarillos parecían tener su luz propia, como si emitieran sus propios rayos en lugar de limitarse a dejar pasar y tamizar de color los del sol.

—Un espectáculo extraordinario: en la catedral de Chartres el 21 de junio, en el cenit solar, y junto a Michelle Henry. ¿Qué más se puede pedir?

Michelle miró su reloj de nuevo, condujo a David hasta el ala occidental del crucero sur y le señaló en el suelo una gran losa rectangular que estaba colocada de manera oblicua con respecto a las demás.

—No parece original. Alguien cambió ese pedazo de suelo —dijo Carter.

—Mira atentamente.

Justo a mediodía un rayo de sol entró, aunque debilitado por la red que cubría la fachada exterior, por un cristal incoloro de la vitrina de San Apolinar e iluminó directamente la losa oblicua. El efecto duró unos instantes, hasta que el sol, en su aparente caminar en el cielo, pasó a otra posición.

—Estupendo, ¿y...? —preguntó David.

—¿No te has dado cuenta? Justo a mediodía del día más largo del año, en el momento en el que el sol está en lo más alto del cielo en la latitud de Chartres, un rayo de sol que entra por el segundo cristal incoloro de toda la catedral incide en esta losa, que es evidente que alguien ha cambiado.

—¿Otro efecto lumínico, otro reflejo en una placa de bronce?

—Por supuesto. Los constructores del siglo XIII levantaron un edificio para atrapar la luz del sol, la luz divina redentora, y diseñaron un sistema de efectos que en los siglos siguientes se fueron eliminando.

»Tenían grandes conocimientos astronómicos. Vamos a ver el reloj zodiacal.

Se acercaron a uno de los muros interiores de la catedral donde dos figuras sostenían una especie de gran reloj con el círculo central dorado. Se trataba de un zodíaco con los doce signos perfectamente dibujados, con su nombre en letras mayúsculas y su símbolo correspondiente. En la parte superior estaba Tauro y en el sentido de las agujas del reloj continuaban el resto de los signos, con Aries, Piscis... Un segundo círculo con las estrellas, el sol y la luna en creciente bordeaba al zodíaco, y un tercero contenía las horas, dividido en dos semicírculos de doce horas, numerados ambos del I al XII, de modo que las tres en el reloj eran las VI, las seis las XII y las nueve las VI otra vez. Dentro del círculo dorado había un aro circular excéntrico que señalaba sin duda la trayectoria del sol en el hemisferio norte, pues

ocupaba todo el sector del signo de Cáncer y sólo un tercio del de Capricornio, y un segundo aro de color rojo con una saeta que señalaba el sol y un semicírculo en los signos de Cáncer, Géminis, Tauro, Aries y Piscis. Los sabios de Chartres sabían que Aristarco de Samos ya había demostrado en el siglo III antes de Cristo que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, como cuenta Arquímedes en su obra *Arenario*, pero no podían hacerlo explícito porque en ese caso sabían que serían condenados a muerte por herejía.

—Ese aro rojo es curioso —indicó Carter—. ¿Sabes qué significa?

Michelle lo miró y expresó un mohín como de enfado.

—Vamos, Carter, sabes bien que nadie ha averiguado su significado, pero yo puedo decirte por qué.

—¿Sí?

—Es el calendario de la luz solar incidiendo en las placas de bronce que han desaparecido; ese círculo señalaba los días en los que se producían los efectos lumínicos, pero desde que quitaron las placas de metal del suelo y las sustituyeron por losas de piedra, esos efectos ya no existen. Es probable que la Iglesia considerara que se trataba de una especie de culto secreto al Sol y decidieron acabar con sus símbolos.

—Eres sorprendente.

—Vayamos fuera; quiero comentar contigo el portal norte —propuso Michelle.

Fuera de la catedral el sol brillaba con fuerza; la luz de colores del interior dio paso a una luminosidad intensa y a un límpido cielo azul. Salieron por el portal sur y contemplaron la famosa figura del asno encabritado y bailando, que enseña sus testículos, la del cerdo tocando el laúd y el ángel mostrando el reloj de sol restaurado en 1528, cuya sombra marcaba exactamente el mediodía.

Pasaron por delante de la fachada principal, con sus dos torres diferentes, y se fijaron durante un buen rato en los relieves de las tres portadas, especialmente el tímpano de la central, con Cristo en majestad rodeado de los símbolos de los cuatro evangelistas. Allí, en las dovelas del tímpano del portal central, hay esculpidas varias figuras de reyes; uno de ellos sujeta una lira, interpretado por algunos como el rey Salomón, y otro parece portar un objeto similar al matriz de un alquimista.

Luego giraron a la derecha para visitar la portada norte. Contemplaron el famoso reloj de veinticuatro horas, con su saeta dorada que marcaba casi la una y media.

—Hay una hora de retraso entre los dos relojes. Aquí en Francia la hora oficial es una hora más que la solar, de manera que en vuestro horario de invierno, mediodía es la una de la tarde, las trece horas —señaló Michelle, que a continuación besó a David en los labios.

Subieron los escalones del pórtico norte, el que nunca recibe la luz directa del sol.

—Muchos dicen que este pórtico, al no recibir la luz del sol por estar orientado al norte, es el del Antiguo Testamento, y representa la época de la historia de la humanidad en la que Cristo todavía no se había mostrado, la edad de las tinieblas y de

la oscuridad. Pero no es cierto. Observa los tres tímpanos de las tres puertas: representan escenas del Nuevo Testamento, las tentaciones, la adoración de los magos, la coronación de la Virgen... —dijo David.

—Pero lo que me interesa está ahí —Michelle señaló los relieves de una pareja de columnas adosadas.

—El Arca de la Alianza —asentó Carter.

—Sí, claro, incluso está escrito debajo. ¿Ves?: *Archa cederis* —leyó Michelle señalando con su índice una inscripción latina en letra gótica mayúscula en la base de las esculturas.

—«Entregarás el Arca» —tradujo David.

—Puede ser, pero *archa* está en nominativo y también pudiera traducirse como «El Arca te tocó en suerte». Y mira esta otra inscripción: *Hic amititur archa*.

—«Aquí será enviada el Arca.» ¿Y bien, quieres decir que éste es el templo del Arca de la Alianza; mejor dicho, el nuevo templo? —preguntó David.

—Así es; ahí lo dice bien claro. Hay quien ha supuesto que en Chartres se encuentra una de las entradas al infierno y que la única manera de sellarla fue construyendo un templo como éste.

»¿Recuerdas la Biblia, en el libro del Éxodo? Tras el paso del mar Rojo, Dios firmó una alianza con los judíos, les entregó las tablas de la ley a través de Moisés y les ordenó que construyeran un arca. Tenía que ser de madera de acacia, de dos codos y medio de longitud, codo y medio de anchura y codo y medio de altura. Se cubriría con oro por dentro y por fuera, tendría cuatro anillas y dos varas para transportarla y una tapa con dos querubines enfrentados con las alas desplegadas cubriéndola. Allí dentro se colocaría el testimonio que Dios les iba a ofrecer. En ella deberían custodiar las tablas de la ley, pero Moisés las rompió al bajar del Sinaí cuando contempló colérico a su pueblo adorando a un becerro de oro.

—Tuvo remedio; Dios volvió a fabricar unas nuevas y los perdonó —ironizó Carter.

—Y se construyó el Arca para guardarlas, tal cual había indicado el Señor.

—Lo que construyeron fue un verdadero acumulador de energía; una enorme pila eléctrica —puntualizó David.

—Probablemente, pero lo cierto es que el Arca tenía poderes. Cuando la capturaron los filisteos y la pusieron junto a la imagen de su dios Dagon, el ídolo cayó al suelo y apareció con las manos cortadas al día siguiente; y hubo además una epidemia de ratones. No tuvieron más remedio que devolverla a los judíos. El Arca la depositó en Jerusalén el rey David, y luego en el templo que mandó construir su hijo Salomón, pero desapareció cuando Nabucodonosor lo destruyó en el siglo VI antes de Cristo. Desde entonces nunca más se supo de ella. Y si se hubiera conservado o los sacerdotes levitas la hubieran ocultado, el general Tito la hubiera tomado y llevado a Roma, como hizo con los tesoros del segundo templo en el año 70.

—¿Y si la hubieran encontrado los templarios?

—¿Crees que los templarios tuvieron algo que ver en esto? —se extrañó David—. No me digas que tú también crees en esos cuentos.

—No, pero no me negarás que unir templarios y catedrales góticas es muy atrayente.

—Tal vez, aunque...

—Ellos excavaron en el solar del templo a comienzos del siglo XII; quizás estuviera enterrada en alguna cueva o en una cripta, y a lo mejor se conservaban allí dentro pergaminos con secretos.

—Espera, espera —cortó David a Michelle—, ¿no crearás esas tonterías sobre la relación de los templarios con la arquitectura gótica? Los templarios no encontraron el Arca, y si lo hubieran hecho y hubieran obtenido en ella pergaminos del antiguo Egipto que explicaban el secreto de la construcción del gótico... bueno, ¿entonces por qué los faraones no construyeron templos góticos antes? Y aun en el caso de que hubieran encontrado pergaminos o papiros del tiempo de Moisés, esos que dicen algunos que los robó y por eso lo persiguió el faraón hasta el mar Rojo, ¿cómo hubieran podido interpretar los templarios lo que allí se decía? Estarían escritos en jeroglífico, y ese tipo de escritura no se pudo descifrar hasta el siglo XIX; lo hizo Champolion, un compatriota tuyo, ¿recuerdas?

—No, no creo que los templarios trajeran hasta Francia la técnica de construcción del gótico, pero considero que los constructores de arcos ojivales pretendían emular a los arquitectos de la Biblia. ¿Sabes que una tradición muy antigua asegura que las cuadrillas de albañiles que levantaron Chartres se hacían llamar «los niños de Salomón»? Y conoces bien la famosa miniatura de la Biblioteca Nacional en la que Salomón está dirigiendo la construcción de su templo desde un balcón, un templo que es, por cierto, una catedral gótica dorada.

—Bueno, no me cabe duda de que los maestros constructores conocían sobradamente la Biblia.

—¿Y qué me dices de esta puerta? Esta entrada se llama «Puerta de los iniciados»; y aquí tienes esculpida el Arca transportada sobre un carro de ruedas y trasladada hasta un lugar donde la recogen quienes parecen ser unos sacerdotes. Tal vez el Arca de la Alianza jamás llegara a Chartres, pero parece claro que esta catedral se construyó con la idea de que fuera como una segunda arca, el lugar donde conservar el nuevo contrato de Dios con los hombres. La catedral es la nueva arca de la nueva alianza, y a la vez el nuevo Templo de la nueva Jerusalén. ¿Te convence?

—Eres demoleadora, Michelle. Bueno, sí, tal vez tengas razón en la simbología, pero eso no explica por sí solo la construcción de la catedral.

—Claro que no. La construcción de este edificio la explican las rentas de los burgueses y campesinos, pero también los conocimientos geométricos y el empleo de las proporciones adecuadas, como en las pirámides egipcias —asentó Michelle.

—No irás a decirme ahora que las proporciones de Chartres o de Notre-Dame siguen los parámetros de la arquitectura de las pirámides —dijo Carter.

—No, mi querido «profesor» —respondió Michelle poniendo mucho énfasis en la palabra «profesor»—, en absoluto; lo que pretendo que entiendas es que la proporción numérica rige la arquitectura de las catedrales góticas como un símbolo.

—De acuerdo, pero son proporciones muy diferentes a las de las pirámides.

—En las pirámides rige el teorema de Pitágoras; ya sabes, la hipotenusa al cuadrado es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, independientemente de la relación entre ellos.

—¿Y las del templo de Salomón? —preguntó Carter.

—Esas proporciones se pueden leer en la Biblia. La longitud era el triple que la anchura, y el altar era el doble de ancho y de alto que de largo. El templo de Salomón tenía unas medidas con unas relaciones numéricas muy simples: se utilizaban el doble y triple de una medida, y nada más; muy primitivo.

—Pero las medidas del Arca parecen algo más complejas; se utilizan números fraccionarios.

—Lo parece, pero siguen siendo muy simples. Las proporciones del Arca eran de dos tercios y medio de largo por uno y medio de ancho; pues bien, se trata de jugar con el número cinco y el tres; tres veces dos y medio es igual que cinco veces uno y medio; sencillo y fácil de asimilar —Michelle dibujó una sonrisa de satisfacción.

David la tomó por la cintura; la joven se dejó llevar y apoyó su espalda bajo el relieve del Arca mientras los labios de David la besaban dulcemente.

—Me encanta besarte —dijo David.

—Nunca me habían besado en la «Puerta de los Iniciados» —añadió Michelle.

—Pues aguarda, que esto es sólo el principio del camino.

—Se trata de un excelente comienzo.

Durante media hora siguieron observando y estudiando las figuras del pórtico norte de la catedral de Chartres y tomando algunas fotografías; diseccionaron despacio todas las figuras, y se detuvieron en las del filósofo, con su leyenda en latín, y en la de un cuerpo sin rostro que portaba una escuadra en la mano izquierda y una especie de esfera o algo similar, porque había perdido un buen trozo, en la derecha.

—Ese es el arquitecto de Chartres. El artista anónimo que construyó esta catedral. Ahí lo tienes, con su escuadra y su plomada —aseveró Michelle.

—La escuadra está clara, pero ¿seguro que es una plomada lo que lleva en la mano derecha?

—Por supuesto; son los dos instrumentos del arquitecto constructor de catedrales. La escuadra representa la armonía, la igualdad, la línea recta, la proporción, y la plomada la jerarquía, el equilibrio, la ecuanimidad, la justicia.

»Los que levantaron estos edificios eran expertos geómetras, conocían los números y las relaciones entre ellos.

—El famoso número «fi» —añadió Carter.

—Pues sí; la proporción ideal, la medida divina, el número áureo. Debes saberlo bien, has escrito sobre ello.

—Sí, claro, en un artículo sobre pintura florentina de mediados del siglo xv.

—Lo he leído; es muy bueno —aseveró Michelle.

—Gracias.

»El número áureo o sección áurea fue llamado así por el matemático Mark Barr en el siglo xix, pero ya se conocía en Italia en el siglo xvi con el nombre de proporción divina. Se trata de un número irracional que se obtiene de la relación constante existente entre la longitud total de una recta y un segmento determinado de la misma. Esa relación se expresa con el número 1,61803398887... y así hasta el infinito, que también puede expresarse con la fórmula 1 más raíz de 5/2; o en geometría con la constante proporción entre la longitud total de una línea recta y un segmento de esa misma recta.

—Un número mágico...

—Que fascinó a pintores y arquitectos, y que lo sigue haciendo —dijo Carter.

—Un número medieval.

—Tal vez. Desde luego, la proporción áurea no se utilizó en la arquitectura de los antiguos egipcios, ni en los templos de la Antigüedad; no está ni en las pirámides ni en el Partenón... Es decir, que tampoco en las relaciones geométricas tienen nada que ver los antiguos egipcios con los constructores de catedrales góticas —aseguró Carter.

»El número “fi” fue descubierto por el matemático Leonardo de Pisa, hijo de un comerciante de esa ciudad, nacido en 1175 y fallecido en 1240, más conocido como Fibonacci, que escribió en 1202 el *Libro del ábaco*, un tratado matemático en el que estableció su famosa secuencia numérica, creada al desarrollar una serie de números a partir de la unidad mediante la suma de los dos anteriores; es decir, la serie 1,1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89... es la serie Fibonacci.

»De la aplicación de esta proporción resulta que cualquier serie de rectángulos que tengan las medidas de sus lados según la relación de Fibonacci encaja perfectamente en un cuadrado.

—En tu artículo asegurabas que lo usó Leonardo da Vinci —dijo Michelle.

—El sabio Leonardo se sirvió también de otras relaciones. Pero creo que el número «fi» no le gustaba demasiado, tal vez porque no había sido él quien descubrió esta secuencia. ¿Sabes?, los sentidos se deleitan con las cosas proporcionadas. El placer en la contemplación del arte gótico aumenta a causa del uso de proporciones equilibradas.

—Eso es lo que le ocurrió a Fulcanelli cuando entró por primera vez en una catedral gótica: quedó impresionado por las proporciones racionales de estos templos.

—Tal vez, pero paradójicamente el número «fi» es un número irracional, relacionado además con el número «pi», el famoso 3,1416, otro número irracional. Su relación se expresa con una fórmula: «pi» es igual a «fi» más 1 multiplicado por 10 y por 12 y partido por 100.

—¿Y eso es relevante? —inquirió Michelle.

—No lo sé, pero a los matemáticos les gusta mucho este tipo de juegos numéricos y encontrar las relaciones entre diversas cantidades, sobre todo si se expresan con números irracionales. Por cierto, ¿sabes que nadie ha podido descubrir un número perfecto impar?

—No, no lo sabía, pero mira este plano —Michelle sacó de su bolso un plano de la catedral de Chartres—. La longitud dividida por la anchura del crucero es igual a... 1,666. No el número áureo, ese 1,618, sino el número de Dios, el que señala las medidas del Arca de la Alianza, el que Dios entregó a los hombres para construir la caja donde iban a guardarse sus leyes, una caja de madera de acacia recubierta de oro, como la catedral pintada en la miniatura de la Biblioteca Nacional.

»Pero esa medida ya no la encuentro en ningún otro lugar del plano. —Michelle pareció un tanto descorazonada.

—Claro que sí; lo importante es la proporción principal: la catedral se inscribe en un enorme rectángulo con esa proporción, y en consecuencia el resto de las medidas van a estar necesariamente relacionadas con ella.

»¡Las dos de la tarde! —exclamó Carter al mirar su reloj—; deberíamos buscar un sitio donde comer algo. Tengo hambre.

—Conozco un pequeño restaurante aquí mismo; te gustará.

—Estuviste con Jean, ¿no? —preguntó David.

—Sí, hace algún tiempo, pero por favor, no me recuerdes eso a cada momento. Mi relación con él se terminó.

—Perdona. Bien, vayamos a ese sitio; espero que tengan buen vino.

—Tienes que conducir de regreso.

—¡Ah!, sólo tomaré dos copas.

Capítulo 12

PARÍS, fines de junio de 2007

—«Número perfecto: el que es igual a la suma de sus divisores enteros mayores o iguales que uno pero menores que él mismo»; claro, imposible que nadie haya encontrado hasta la fecha un número perfecto impar; sencillamente, no existen — Michelle llevaba una nota manuscrita que le leyó a David mientras tomaban un café y un refresco de cola en el *bistrot* del Teatro, en la esquina del bulevar de San Martín con la calle de René Boulanger, cerca de la plaza de la República. Acababan de compartir en el almuerzo una generosa ensalada *nigoise* y un aceptable *steak tartare*. David había vuelto a recriminar a Michelle que acompañara la carne cruda aderezada con especias y huevo con una cola, mientras él degustaba un sedoso borgoña del 2003.

—¿Has consultado alguna enciclopedia?

—Claro; no recordaba cuáles eran los números perfectos; hace ya tiempo que estudié esas cosas en el liceo.

—Podías habérmelo preguntado en Chartres.

—Eso es lo que esperabas, ya lo sé, pero no quería darte el gusto, señor sabelotodo.

Carter se acercó a Michelle y la besó. Le seguía atrayendo su boca grande y sensual y sus labios firmes y delicados. Y su sonrisa, aquella luminosa sonrisa que le había impactado el primer día que la vio y que jamás desaparecía de su rostro.

—Eres una mujer feliz.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No es una pregunta, es una afirmación. Tienes una sonrisa permanente en los labios; tus ojos denotan un brillo especial, como si estuvieran dotados de luz propia. Si fuera un romántico, te diría que brillan como el cristal transparente de la vidriera de la expulsión del Paraíso de la catedral de Chartres. —¿No estarás enamorándote de mí?— le preguntó Michelle.

—Ya estuve enamorado en una ocasión, y cuando se acabó, la experiencia fue terrible.

—¿Tu esposa?

—Sí. Estuve muy enamorado de ella. La ruptura con Virginia casi me rompió el corazón; no sé si resistiría una experiencia similar.

—De eso hace tiempo; imagino que luego habrá habido otras mujeres.

—Algunas relaciones en Nueva York, pero ninguna ha sido importante.

—Parece que soy una más en la lista de conquistas del famoso casanova David Lewis Carter.

—¡Oh!, perdona, no he querido decir eso. Tú sí eres importante, eres muy importante para mí.

—Vamos a casa —propuso Michelle a la vez que cogía la mano de David y la acariciaba.

—¿A la tuya o a la mía?

—La mía está un poco más cerca, y me muero de ganas por llegar enseguida.

Aunque se besaron varias veces por el camino, apenas tardaron quince minutos en recorrer el kilómetro que separaba el *bistrot* del Teatro del apartamento de Michelle. En cuanto estuvieron dentro y cerraron la puerta, se besaron como si fuera la primera vez, o la última. David sentía su pulso enormemente acelerado, como si acabara de correr una milla a toda velocidad. Besó a Michelle en el cuello y en la boca, le quitó el sujetador y le sorbió los pezones rosados y firmes, a la vez que le acariciaba las nalgas. El cuerpo de aquella joven lo volvía loco; ardía en deseos de penetrarla enseguida pero a la vez quería que aquellos minutos previos duraran para siempre. Besarla, acariciarla, sentir su cuerpo joven y vibrante junto al suyo, la calidez de su piel delicada y tersa, firme y sedosa a un tiempo, constituía una sensación tan placentera como jamás había experimentado, ni siquiera cuando hacía el amor con Virginia. Estar con Michelle lo rejuvenecía; los diez años de diferencia de edad entre ambos parecían esfumarse cuando la abrazaba desnuda entre sus brazos y le susurraba al oído palabras de amor, le recitaba poemas eróticos de trovadores aquitanos o le tarareaba canciones de músicos provenzales medievales. Michelle era una mujer espléndida, de caderas rotundas pero delicadas, de senos perfectos, como dos semiesferas trazadas con un compás, vientre liso pero no musculado y unas piernas largas y bien compuestas; tenía los pies grandes, pero eran finos y los dedos rectos como velas, de un erotismo casi fetichista. Amarla constituía un deleite infinito.

* * *

El manuscrito inédito de Fulcanelli auguraba el fin del mundo.

—Los seres humanos han vivido desde el inicio de la civilización obsesionados con su final, que se ha anunciado en numerosas ocasiones pero que no acaba de acontecer. Todas las culturas avisan sobre el fin del mundo. El calendario que utilizaban los sacerdotes mayas, conocido como *Ah Kin*, es de una precisión asombrosa; comienza a contar el tiempo desde el 15 de agosto del año 3114 antes de Cristo y se interrumpe de manera brusca el 23 de diciembre de 2012. El mismo Newton predijo el fin del mundo para el año 2060, basándose para ello en cálculos matemáticos a partir del *Libro de Daniel* del Antiguo Testamento. Lo escribió en una carta que redactó en 1704 y que se expuso en la universidad hebrea de Israel. Por cierto, esa carta se subastó en 1936 en Londres —dijo David mientras repasaba el

texto del manuscrito fechado en Sevilla en 1953 y que poseía Michelle desde hacía poco más de un año.

—Aquí se dice que el final está cerca, que... —Michelle cogió el manuscrito de las manos de David, buscó una página y leyó—: «El hemisferio boreal arderá y el otro será inundado». Hay quien supone que el cambio climático puede producir ese mismo efecto: la fusión del hielo polar y el fin del planeta, pero Fulcanelli no da ninguna fecha concreta para el Apocalipsis. Habla del último papa de Roma, de la guerra atómica, de la destrucción total... pero no precisa fechas. Lo he leído al menos veinte veces. Todos adelantan fechas: los mormones, los testigos de Jehová, las profecías de san Malaquías, Nostradamus... todos menos Fulcanelli.

—Puede ser que esté en clave; a los alquimistas les gusta mucho todo cuanto sea o parezca secreto.

—Ya he intentado dar con ella, pero si existe, no he sido capaz de encontrarla —dijo Michelle.

—*Finis gloriae mundi*. Suena a premonición apocalíptica, a un final pleno de fatalismo.

—Como el cuadro de Valdés Leal en Sevilla. Cada vez estoy más convencida de que la similitud del título no es ninguna coincidencia.

—Tal vez tengas razón, pero en nuestro viaje a esa ciudad española no pudimos averiguar nada. Sí, hay un barrio que se llama Heliópolis, como la sociedad de alquimistas y hermetistas a la que pertenecía Fulcanelli, y una leyenda asegura que en 1953 el alquimista vivía allí, y existe ese cuadro del siglo XVII con el mismo título que su obra inédita, y algunos bromistas afirman en entrevistas en Internet que sigue vivo en Sevilla... pero nada más.

—Está la nota que me dejaron en el hotel; la firmaba Fulcanelli. ¿Te parece poco?

—Eres una historiadora del Arte; no puedes dar por válida una hipótesis sólo con un par de indicios...

—Son más que indicios. ¿Quién sería capaz de hacerse pasar por Fulcanelli y montar todo este embrollo?

—Un enamorado desencantado.

—Sigues pensando que Jean está detrás de todo esto, ¿verdad?

—Ahora que sé que estuvisteis juntos una temporada, creo que sí. Es la típica reacción de alguien que ha perdido a la mujer que amaba. Eres una persona extraordinaria, y haces el amor como jamás nadie hubiera podido imaginar. Es imposible olvidarte. Sí, creo que todo esto es idea de Jean.

—No, créeme, no es Jean. Estoy convencida de ello.

—En ese caso, habrá que seguir investigando. Soy tu codirector de tesis...

—... y mi amante...

—... y tu amante, y quiero ayudarte, pero no debes afirmar nada que no estés en disposición de demostrar; la ciencia funciona así.

—La Historia del Arte es una ciencia humana, aquí no valen fórmulas químicas ni

matemáticas.

—El otro día en Chartres no opinabas así; ¿recuerdas la geometría de las catedrales, las cifras, el número «fi»?

—Eso es distinto; una cosa es construir una catedral y otra dotarla de un significado. Las catedrales lo tienen, y se lo dieron sus constructores.

—¿Los alquimistas?

—Ellos se llamaban *macones*, lo sabes perfectamente, y en francés «albañil» y «masón» es la misma palabra. Se reunían en sociedades secretas para que nadie ajeno a ellos aprendiera sus técnicas.

—Vamos, sabes bien que la masonería no existía en la Edad Media.

—¿Tú crees? Las catedrales góticas se construyeron como nuevos templos de Salomón; en ellas se encerraba todo el saber medieval, tú mismo lo dijiste en Chartres.

—No, Michelle, dije que allí estaba representada toda la «sociedad medieval», no todo el saber del Medievo.

—Me refería al saber oculto, aquel que está reservado sólo a los iniciados.

—El origen de la arquitectura gótica está muy claro, Michelle. El abad Suger quería construir un templo en su abadía de Saint-Denis en el que triunfara la luz, y le encargó a su arquitecto que lo hiciera. Ese tipo desconocido era un genio, inventó el arco apuntado y con ello resolvió técnicamente la manera de poder elevar las bóvedas de los edificios y rasgar los muros con ventanales para dotarlos de mucha más luz.

—No me convences, David. La cúpula de Santa Sofía de Estambul tiene 53 metros de altura y otros tantos de anchura, más que cualquier catedral gótica, y es del siglo VI; las bóvedas de Beauvais, las más altas de todas las construidas en Francia, se quedan cinco metros por debajo. Y existen templos románicos de un tamaño similar al de los góticos. La misma catedral románica de Chartres que levantó el obispo Fulberto era de dimensiones semejantes a la gótica iniciada en el mismo solar ochenta años después, y es probable que la desaparecida gran iglesia románica de la abadía de Cluny fuera todavía mayor. Y si buscaban la luz, ¿por qué la tamizaron con vidrieras de colores? Si sólo fuera cuestión de luz, hubieran colocado en los ventanales vidrios transparentes, o en todo caso blancos; pero no, construyeron vidrieras de colores, de muchos colores. No buscaban la luz por la luz, sino para dominarla, para hacerla propia. Querían convertir la luz del sol, una luz divina, en una luz humana, de colores.

—Sobre las catedrales góticas se han dicho muchas supercherías; y también sobre sus lugares de culto y sus vírgenes negras identificadas con diosas de la Antigüedad. Y aquí, en París, es donde se ha alcanzado el paroxismo.

—¿Lo dices por la identificación de París como la ciudad de la diosa egipcia Isis?
—preguntó Michelle.

—Entre otras cosas.

—¿Sabes que en 1905, cuando se estaban realizando las obras de una de las líneas

del metro, apareció una estatua de esa diosa egipcia, aquí, en París? ¿Cómo lo explicas?

—Los cultos a los dioses orientales estaban muy extendidos por todo el Imperio romano, y la diosa Isis era bastante popular. La traerían algunos soldados legionarios devotos a su culto.

—París, «Par-Isis», la barca de la diosa Isis. La isla de la Cité tiene forma de una embarcación que estuviera surcando las aguas del Sena; ¿no te parece lógica la identificación?

—Si no recuerdo mal, París se llamaba Lutecia en la época romana.

—Precisamente; por eso algo debió de ocurrir para que le cambiaran el nombre, y el culto a Isis puede ser una explicación —supuso Michelle.

—Y claro, de ahí a identificar el culto a Isis con el culto a la Virgen María, y las pirámides egipcias con las catedrales góticas sólo hay un paso.

—Tú mismo acabas de mencionar a las vírgenes negras.

—¿Te refieres a esas que se han oscurecido tras permanecer expuestas siglos y siglos al humo de las velas de las iglesias? Por supuesto que he oído hablar de ellas, y también he visto cómo se restauraban algunas de esas presuntas «vírgenes negras», que al quitarles las capas de hollín secular se convertían en nuevas «vírgenes blancas».

—Eres un descreído. Isis y el Antiguo Egipto siguen presentes aquí; ¿no has visto la pirámide del Louvre?

—Sí, claro, muchas veces. Cuando se levantó ese artefacto yo era estudiante, pero si hubiera podido me hubiera gustado encabezar una protesta para que no se construyera. Me parece un espanto —dijo Carter.

—Sí, ya te oí decir eso mismo hace tres años —replicó Michelle.

—¿Tres años? ¿Estuviste en esa conferencia? No lo habías mencionado hasta ahora.

—Era becaria de cuarto año; la doctora Lazard nos recomendó a todos los miembros del Departamento que acudiéramos, pero en cambio a cenar contigo no nos dieron opción a los becarios; sólo lo hicieron los profesores. Esta universidad sigue siendo muy clasista.

—Sí, recuerdo bien aquella conferencia; fue muy controvertida.

—También dijiste que la torre Eiffel es «una herrumbre espantosa» y que debería haber sido demolida tras la Exposición Universal de 1889, y que el Arco del Triunfo «es un horror», y que Notre-Dame sólo tiene una vidriera original y apenas un puñado de esculturas genuinas, y que la aguja que se colocó sobre el crucero en el siglo XIX no pega nada con el resto de la catedral... Sí, aquella intervención tuya fue muy sonada. Lo que no entiendo es cómo sólo dos años y pico después de aquello te admitieron en esta universidad.

—La gente olvida enseguida, incluso los agravios a los iconos de su ciudad. No obstante, también dije que París es la ciudad más hermosa del mundo. Y contigo aquí

me parece el mismísimo Paraíso o la ciudad de Dios, si fuera creyente.

—Lo hiciste para compensar. ¿Sabes?, en los días siguientes a aquella conferencia en la sección de Historia del Arte te apodamos «el americano jacobino».

—¿Ah sí?

—Algunos te veíamos como el ángel exterminador enviado por la diosa Razón para acabar con los atentados al buen gusto, pero otros decían que eras un americano idiota, superfluo y engreído, uno de esos yanquis con aire de suficiencia y complejo de superioridad que aconseja a todo el mundo lo que tiene que hacer sin tener idea de casi nada.

—¿Como Bush? —ironizó David.

—Exactamente, como ese *cowboy* inane al que votasteis para presidente.

—Bueno, vosotros los franceses tampoco os habéis esmerado precisamente con el vuestro.

V El lugar de la piedra

Capítulo 13

PARÍS, 29 de junio de 2007

David estaba ultimando en su despacho el listado de notas de los exámenes del segundo cuatrimestre de su asignatura Arte Medieval Europeo. El curso había sido un éxito y el aula había estado llena en todas las clases; no sólo habían acudido los alumnos matriculados, sino incluso los de otras especialidades que querían escuchar al profesor Carter, cuya erudición y capacidad de comunicación era muy apreciada entre el alumnado. Eran las once de la mañana del último viernes de junio y quería exponer las notas a mediodía para que los alumnos pudieran consultarlas antes del fin de semana. Esa mañana tenía la puerta de su despacho cerrada; unos golpes suaves sonaron y, antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió despacio.

—¿Tiene unos minutos, doctor Carter?

La profesora Louise Lazard, directora del Departamento, entró en el despacho y se sentó frente a David.

—Estaba a punto de sacar las notas de los exámenes de junio —se excusó el americano.

—Perdone, si lo prefiere vuelvo más tarde.

—No, por favor, ya he acabado. Si me permite unos segundos...

Carter firmó la lista de notas, salió al pasillo y la colgó en el tablón de avisos junto a su despacho. Entró de nuevo y se sentó junto a la profesora Lazare, en el mismo lado de la mesa.

—¿Puede cerrar la puerta? —le pidió Lazard.

—Claro. Bien, usted dirá.

—Se trata de la tesis de la profesora Henry. Supongo que ya ha leído las últimas páginas que nos ha entregado.

—Lo hice anoche.

—¿Y qué le parecen?

—Brillantes y novedosas.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto. El análisis comparativo que hace entre los cultos paganos y los ritos cristianos y su aplicación a la iconografía de las portadas de las catedrales góticas me parece muy sugerente.

—¿Y la identificación de las agrupaciones de los *magons* como sociedades teosóficas?

—¡Ah!, ese aspecto lo considero un hallazgo extraordinario. Es una tesis brillante que desarrollará en el próximo capítulo. Personalmente, creo que tiene razón.

—La teosofía es la doctrina de las sectas que pretenden estar iluminadas por la

divinidad y relacionadas con ella —dijo sorprendida Lazard.

—En efecto, y eso eran precisamente las agrupaciones de constructores de catedrales, y por eso guardaban en secreto sus conocimientos. No se trataba de ocultar una técnica, pues estaba a la vista y cualquiera la podía imitar, sino de conservar un profundo arcano. Ser un *magon* significaba conocer el arte de la construcción de los templos de Dios, saber convertir la piedra y el vidrio en el templo de la luz, pero sobre todo comprender por qué se hacía.

—No sé... —Lazard dudó ante la contundencia de los argumentos de Carter; el profesor americano era uno de los especialistas en arte gótico más reputados del mundo—; lo que pretendo es que Michelle supere su tesis con la máxima calificación, y tal vez nuestros colegas no sean tan, digamos... receptivos con sus teorías como lo es usted.

—Permítame que le sea franco.

—Se lo ruego.

—Tiene miedo a lo que otros colegas digan de usted como directora de una tesis que rompe los moldes académicos, ¿no es así?

—La universidad europea no es como la estadounidense; aquí somos más clásicos. A una tesis se le pide que sea formalista.

—Eso no es ningún argumento, doctora Lazard. Creo que el problema no está en la tesis, sino en la profesora Henry: es mujer, joven, bella e inteligente, y para algunos colegas suyos todo eso junto tal vez les parezca demasiado.

—Cuidado, David, me está ofendiendo; yo también soy mujer —Lazard lo llamó por primera vez por su nombre de pila.

—No era mi intención, Louise. Vamos, usted sabe que el que está elaborando Michelle Henry es un excelente trabajo, y muy novedoso. Cuando yo presenté mi tesis afirmé que los pintores italianos del Cuatrocientos pintaban las figuras humanas como ellos creían que debían de ser, no como las veían en realidad. ¿Recuerda *El nacimiento de Cristo*, de Piero della Francesca? Estoy convencido de que el individuo que le sirvió de modelo no era así; fue el propio Piero quien lo imaginó como lo pintó. Los escultores de las portadas góticas hicieron lo mismo; jamás vieron a ningún diablo, ni a ningún ángel, ni a uno de esos seres fantásticos y monstruosos, ni a ninguno de esos santos beatíficos, ni se les apareció ninguna virgen; simplemente, los imaginaron así a partir de modelos reales encarnados en seres humanos corrientes. Usted es una gran profesional y sabe muy bien que nuestra disciplina sólo avanzará con investigadores generosos que se arriesguen a proponer nuevas ideas, aunque no nos gusten, aunque rompan los estereotipados moldes académicos tradicionales. ¿O prefiere continuar como estamos? ¿No se da cuenta de que por este camino no vamos a ninguna parte que no sea la mera erudición por la erudición? Henry supone aportación de savia joven, ideas frescas e ilusión por proponer algo nuevo y diferente para nuestra disciplina. Déjela hacer, déjela que se arriesgue, permita que, en cualquier caso, se equivoque.

—De acuerdo, pero no me hago responsable de lo que digan en el tribunal nuestros colegas, ni de que la perjudiquen.

—Pues, en ese caso, organice un tribunal lo más abierto posible, con profesores capaces de ir más allá de lo rutinario. De los nombres que me comentó hace unas semanas para formar parte del tribunal, elimine a ese carcamal de la Universidad de Besangon, lo último que publicó data de 1994 y no es sino mera reiteración de insustanciales trabajos anteriores; bastante deficientes, por cierto. Y al engreído burlón de Poitiers, que sólo conoce lo más básico de escultura románica y además es absolutamente irrelevante; jamás le he visto intervenir sin llevar todo escrito, hasta los «buenos días», y es incapaz de salirse del guión. ¿Imagina cómo serán sus clases? Y en cuanto al profesor de Caen..., es un historiador absolutamente prescindible que jamás ha aportado nada sugerente y que ha labrado su carrera académica a base de halagar a cuantos podían ayudarle a medrar.

—Es usted muy duro con los colegas.

—No menos que ellos cuando juzgan injustamente a doctorandos que saben más y están mucho mejor preparados.

—¿Y qué hacemos? —demandó la doctora Lazard.

—Propongamos un tribunal con profesores que de verdad deseen que nuestra disciplina avance. Podríamos contar con Margaret Tours, una mujer joven, brillante e independiente; no debe su plaza a ninguna componenda y es, de lejos, quien tiene las ideas más claras sobre la arquitectura del siglo XIII. Con Pierre Dubois, que me parece un hombre justo y ecuánime, sin complejos extraños ni fobias preconcebidas. Y podríamos traer de Londres a Steve Curray, es uno de los que más sabe de Notre-Dame de París; lo conozco bien, estaría encantado y sería perfecto para cumplir con el cupo necesario para otorgar el doctorado europeo.

—Tal vez tenga razón —asintió Lazard ante la contundencia de Carter.

* * *

Henry y Carter cenaban en la terraza de un pequeño restaurante en una esquina de la calle Saint-Martin, muy cerca del centro cultural Georges Pompidou, a donde esa misma tarde habían acudido a una exposición.

—Esta mañana he estado hablando con Lazard; está de acuerdo en cambiar a los miembros del tribunal de tu tesis.

—Sí, lo sé. Me ha llamado al móvil a primera hora de esta tarde.

—No me lo habías dicho.

—Esperaba a que me lo contaras tú.

—Aguardaba este momento para hacerlo. ¿Y qué te parece?

—Me es indiferente quién forme parte del tribunal; no pienso modificar mis ideas para contentar a un grupo de fatuos colegas.

—¿Ni aunque te lo aconsejen tus directores?

—Si me aportan argumentos contundentes, tal vez; pero entre tanto creo que estoy en el camino correcto. He utilizado toda la bibliografía científica y todas las fuentes disponibles, he leído cuántos libros de geometría antigua y medieval me has aconsejado, he leído decenas de artículos y libros inútiles y reiterativos de engolados profesores que no aportan nada y que dormirían a una vaca si le leyeran un par de sus páginas y ésta fuera capaz de aguantarlas sin antes salir huyendo y he cotejado centenares de fotos y planos. Además, conozco de memoria todos los teoremas de los *Elementos* de Euclides de Alejandría, de modo que puedo demostrar que las catedrales góticas son producto de la aplicación de la geometría, de la fuerza de la teosofía y de la utilización de las rentas feudales cobradas por la Iglesia. Un cóctel de esos tres elementos y ¡zas!: Notre-Dame de París.

—Estás guapísima —suspiró Carter.

—Me sienta bien el verano.

La mano de Michelle avanzó por debajo de la mesa y ascendió por el muslo de David hasta su entrepierna.

—Cuidado, nos está viendo medio París —advirtió el americano.

—Y a quién le importa. No estamos en una iglesia de Sevilla; ésta es la ciudad del amor, aquí nadie se escandaliza por estas cosas. En Estados Unidos sois demasiado remilgados.

Una hora después hacían el amor en el apartamento de la calle Rochechouart; la ventana estaba abierta y a su través brillaban en la noche estival las bombillas de la Ciudad de la Luz.

Capítulo 14

PARÍS, principios de julio de 2007

Cargados con dos cámaras digitales de fotografía, unos prismáticos, una linterna, unos cuadernos y una cinta métrica electrónica, Michelle y David se dirigieron a primera hora del día a Notre-Dame. La catedral no se abría al público hasta las nueve de la mañana, de manera que todavía no había turistas. Sobre la plaza Parvis de Notre-Dame, frente a la límpida fachada de la catedral, leyeron una vez más los nombres inscritos en las placas colocadas sobre el suelo que identificaban los edificios que Haussmann, ministro de Napoleón III, ordenó derribar entre 1860 y 1880 para despejar un gran espacio que permitiera contemplar en su plenitud la catedral recién restaurada por el arquitecto Viollet-le-Duc. En aquel solar se habían agolpado antaño iglesias, palacios, casas y tiendas, todo ello sacrificado para que la fachada principal de Notre-Dame y todo el lateral sur ofrecieran una perspectiva como ninguna otra catedral de Europa podía mostrar.

Habían quedado a las ocho de la mañana con el padre Lefèvbre, el clérigo responsable de patrimonio del templo, aquel a quien el que había escrito la nota anónima le había indicado a Michelle que se dirigiera para continuar con su proceso de investigación sobre el manuscrito de Fulcanelli.

El padre Lefèvbre era de baja estatura y complexión fuerte; aparentaba unos sesenta años de edad, pero pese a su robustez se movía con soltura y caminaba tan deprisa como se lo permitían sus cortas piernas y su estrecha sotana, que parecía confeccionada para un hombre bastante más delgado que él. Hacía dos semanas que habían solicitado permiso al cabildo de la catedral para dicha visita con motivo de la investigación para la tesis de Estado de Michelle, a quien Lefèvbre ya conocía de las varias visitas que había realizado a la catedral durante su trabajo.

En realidad, Michelle pretendía fotografiar la placa que se colocó con motivo de la construcción de la flecha del crucero, a mediados del siglo XIX. El sacerdote los saludó amable y los tres subieron a lo alto de las bóvedas por la escalera de la torre norte. A través de una puerta vedada a los turistas recorrieron un corto tramo, estrecho y angosto, hasta llegar a las bóvedas de la catedral, justo debajo del tejado. Caminaron sobre pasarelas de madera colocadas por encima de la plementería de piedra y alcanzaron el centro del crucero, treinta y cinco metros por encima del pavimento.

Michelle se dirigió hacia una zona concreta y señaló una placa.

—Ahí está.

Ayudado de la linterna, Carter leyó una inscripción escrita en francés: «Esta flecha fue construida en el año 1859. M. Viollet-le-Duc era arquitecto de la catedral.

Ballu era maestro carpintero. George era amasador de los compañeros de Deber de Libertad».

—¿«Deber de Libertad»? ¿Qué significa esto? —preguntó el americano.

—¿Tú qué crees? —repuso Michelle.

—Parece la lápida conmemorativa del final de la construcción de la aguja del siglo XIX. Notre Dame tuvo una aguja en la Edad Media, construida entre 1220 y 1230, pero no la imagino tan espectacular. Ésta se la inventó Viollet-le-Duc, que la construyó en 1859, y que se eleva hasta noventa metros, veinte más que las torres.

—Eso ya lo sabía, pero lo interesante de ella es cuanto rodea a su construcción. En la lápida se menciona a un tal George; pues bien, se trata de Henri George, conocido como el Angevino, un afamado artesano que también trabajó en la aguja de la abadía del Mont Saint-Michel. Era miembro de una sociedad secreta de artesanos llamada «Deber de Libertad».

—*Devoir de Liberté* —dijo David—; los de la placa.

—En efecto, pero si te fijas en la placa, debajo de la inscripción hay una marca característica.

—Un compás y una escuadra enlazados, el símbolo de los masones. ¿Quieres decir que esa sociedad llamada *Devoir de Liberté* era una logia masónica?

—No. Creo que eran los verdaderos depositarios de la sabiduría de los constructores de las catedrales góticas, los auténticos herederos contemporáneos de los gremios medievales que levantaron estos edificios —explicó Michelle.

—¿En qué te basas?

—Esta aguja está rematada por un gallo, el animal totémico de los franceses. Pesa ochenta kilos, y cuando hubo que colocarlo al acabar la flecha tuvo que subirlo sobre sus hombros un joven trabajador llamado Remy, natural de la localidad de Charentes. Lo cargó a sus espaldas y trepó por la aguja con un peso similar al suyo; no había otra manera de colocarlo allá arriba. Cuando alcanzó la cima estaba agotado, perdió las fuerzas y cayó sobre el tejado de la catedral; murió en el acto. Dos días después quinientas personas se reunieron para formar un círculo dándose la mano alrededor de Notre-Dame. Eran sus compañeros, quienes aparentemente le ofrecían este homenaje: un círculo de seres humanos rodeando por completo el templo. Pero no sólo estaban homenajeando al muerto, también realizaban un acto ritual de purificación.

El padre Lefèvbre, que no había dejado solos en ningún momento a los dos profesores, se mostró interesado en la conversación.

—Señorita Henry, ésa es una leyenda más de las muchas que se cuentan sobre esta catedral.

—Las leyendas, padre Lefèvbre, siempre se construyen sobre hechos reales.

—¿No creerá que el diablo fuese el causante de esa desgracia?, caso de que en realidad se hubiera producido, claro.

—Yo no creo nada, padre; me limito a estudiar este edificio. Pero en cambio,

otros sí lo deben de creer; ¿por qué si no se esculpieron tantas figuras de diablos en esta catedral? Imagino que se ha fijado: gárgolas diabólicas, figuras diabólicas, seres diabólicos; están por todas partes, en cornisas, tejados, portadas, hornacinas...

—El diablo existe, jovencita, y este templo se levantó para espantarlo; ya se lo he explicado en alguna otra ocasión. Este lugar estuvo ocupado por templos paganos antes de que París y los parisinos se convirtieran al cristianismo; aquí mismo se encontraron estatuas de los dioses Júpiter y Vulcano. Cuando se construyó el primer templo católico en este mismo lugar, los sacerdotes tuvieron que realizar el rito de la purificación, como es preceptivo por la Iglesia cuando se levanta un templo católico.

—¿Cómo sabe usted eso? Yo no lo he visto documentado en ninguna parte —dijo Michelle.

—Hasta que se construyó este templo, ésta era la ciudad del diablo —asentó tajante y enigmático el padre Lefèvre.

—¿Cómo?! —exclamó Michelle sorprendida mientras Carter mantenía una expresión entre burlona y divertida.

—¿Han acabado ya aquí arriba?

—Sí, bueno, un par de fotografías más y ya está —dijo Michelle.

—Pues ahora vengan conmigo —ordenó Lefèvre.

Descendieron de lo alto de la catedral y ya a nivel del suelo se dirigieron hacia el altar mayor. La imagen de *La Piedad*, la gran escultura que inspirara el rey borbón Luis XIII, rematada por una rotunda cruz de mármol blanco, presidía el presbiterio, justo en el centro de la cabecera.

—Ahí está el altar mayor de la catedral; todo normal, como pueden observar, pero debajo del grupo de *La Piedad* se encuentra oculto un gran misterio, el secreto mejor guardado de París —aseguró Lefèvre, mientras miraba a los lados escudriñando por si había alguien cerca que pudiera escucharlo.

—¿Y de qué se trata? —demandó Carter.

—Les ruego que no cuenten esto a nadie; sólo lo conocemos un grupo muy reducido de personas. ¿Tengo su palabra? —les preguntó Lefèvre.

—La tiene, por supuesto —respondió Michelle.

El sacerdote miró a Carter.

—Por supuesto, por supuesto —se ratificó el americano.

—Bajo *La Piedad* se halla oculta una arqueta de plomo que contiene una cajita de cristal de roca en cuyo interior se conserva... la piedra filosofal.

—¿Cómo dice?

Carter estaba atónito y Michelle parecía aún más sorprendida.

—Escuchen atentos, dispongo de poco tiempo, en unos minutos se llenará el templo de turistas y no podré continuar hablando.

—Pues hágalo rápido, padre —le animó Michelle.

—Ocurrió a principios de 1940. Un grupo de parisinos, discípulos algunos de ellos de Pierre y de Marie Curie, conservaban una piedra roja que tenía una propiedad

extraordinaria: era capaz de transmutar la materia. Esta sustancia había sido buscada durante siglos por todos los alquimistas del mundo, pero nadie había logrado dar con ella hasta que lo hizo Guillermo, obispo de París en la primera mitad del siglo XIII. Después se seguiría intentando, y quien más cerca estuvo de ello fue un alquimista parisino del que habrán oído hablar, el famoso Nicolás Flamel, que murió a comienzos del siglo XV. Fue el primer gran maestro de la escuela de alquimistas de París, que desde entonces no ha dejado de existir. En el siglo XIX esta escuela se reactivó y a ella se incorporaron nuevos seguidores, todos ellos reunidos bajo el magisterio de Fulcanelli, quien además de alquimista era físico.

—Perdone, padre, ¿sabe usted quién era en realidad Fulcanelli? —preguntó Michelle.

—Nadie.

—¿Nadie?

—Nadie y todos. Fulcanelli no era una sola persona, sino una cadena de personas. Fulcanelli no es un hombre, es un título. Pero permitan que prosiga, disponemos de poco tiempo. Como les decía, la piedra filosofal del obispo Guillermo se trasladó a la catedral de Chartres para evitar que se perdiera durante la Revolución de 1879. Los alquimistas parisinos intentaron descubrirla de nuevo, y fue Fulcanelli quien casi lo consiguió en 1922. Lo siguieron intentando, pero el mundo se sumió en 1939 en un grave conflicto. Hitler había invadido Polonia y desencadenado la Segunda Guerra Mundial, y París estaba amenazada. Los agentes secretos nazis habían conseguido averiguar que los Hermanos de Heliópolis, el grupo de alquimistas seguidores de Fulcanelli, guardaban la piedra filosofal, y Hitler dio la orden de conseguirla a toda costa, y además de capturar a todos los científicos que estaban trabajando sobre la fusión del átomo. El Führer sabía que, si conseguía hacerse con la piedra filosofal y con la fórmula para controlar la fusión del átomo, Alemania estaría en condiciones de fabricar un arma de tal potencia que le garantizaría el dominio absoluto e incondicional del mundo. ¿Se imaginan ustedes que lo hubiera logrado? Si la primera bomba atómica hubiera caído sobre Londres o sobre Liverpool, en 1942 o 1943 toda Europa, tal vez todo el mundo, se hubiera convertido en una colonia de los nazis. Los científicos que trabajaban en ello lo sabían y por eso huyeron a Estados Unidos, como hizo Enrico Fermi, el premio Nobel de física italiano que trabajó con los americanos hasta conseguir ser el primero que logró, el 2 de diciembre de 1942, la fusión calculada y controlada del átomo, y que luego se convertiría en uno de los padres de la bomba atómica.

—Sabe usted mucho de física, padre Lefèvbre —comentó David.

—Soy licenciado en Ciencias Físicas por la Universidad de La Sorbona, profesor Carter.

Michelle y David volvieron a mirarse sorprendidos; aquel cura de aspecto preconiliar no dejaba de asombrarlos.

—Continúe, padre, por favor, le estamos interrumpiendo demasiado —intervino

Michelle.

—Los nazis ya sabían en 1939 que era posible aislar el átomo de radio o de uranio, pero nadie era capaz de controlar la reacción en cadena que se desencadenaba, y eso impedía su manipulación y el uso de la formidable energía que se desarrollaba. La alternativa más inmediata era la piedra filosofal, lograda a partir de la fisión en frío, que aseguraban un poder similar y sin riesgos radiactivos.

—¿Fusión, fisión?, no entiendo la diferencia —dijo Michelle.

—Es simple. La fusión consiste en la unión de dos núcleos ligeros para formar uno mucho más pesado; eso provoca una enorme cantidad de energía y la liberación de enormes cantidades de radiación. La fisión supone la escisión del núcleo del átomo mediante su bombardeo con neutrones, lo que genera una energía igualmente formidable pero provoca una reacción en cadena que, si no se controla, causa una destrucción devastadora, como ocurrió en Hiroshima y Nagasaki, o en la central nuclear rusa de Chernobil. En ambos casos, y aunque se canalice la energía que se desprende, el gran problema es la mortífera radiación que se emite, que provoca alteraciones terribles en los seres vivos y permanece activa durante miles de años.

—Entonces, ¿la piedra filosofal es una alternativa a la energía nuclear? —preguntó Carter.

—Los nazis creían que sí, y por eso la buscaron con ahínco. Ya les he contado que sus servicios secretos suponían que se guardaba en París, de modo que cuando el frente norte francés se vino abajo a comienzos de 1940 y los alemanes avanzaron hacia esta ciudad, los guardianes de la piedra filosofal decidieron buscar un lugar seguro para esconderla. La sacaron de Chartres y de nuevo la trajeron a Notre-Dame de París. Aquí estuvo desde el siglo XVIII hasta el XVIII, cuando fue llevada para evitar el saqueo de los revolucionarios, hasta que de nuevo se devolvió a aquí —el padre Lefèvre señaló la base del altar.

—¿Está seguro de lo que dice, padre? —preguntó Michelle.

—El 3 de junio de 1940 cayeron las primeras bombas de la Luftwaffe sobre esta ciudad y el día 10 el general Héring, gobernador militar de París, la declaró ciudad abierta para que los alemanes no la destruyeran. La Wehrmacht entró en París el 14 de junio, pero la piedra filosofal ya estaba escondida en un lugar que ni siquiera los nazis se atreverían a profanar.

—¿Y continúa ahí debajo? —preguntó Michelle con aire de inocencia.

—Y ahí seguirá hasta que la humanidad esté en condiciones de saber utilizar su energía, porque esa piedra encierra toda la sabiduría que Dios ha dado al hombre.

Las puertas de Notre-Dame se abrieron y los turistas comenzaron a entrar en el templo.

—Se acabó la tranquilidad —comentó Michelle.

—Lo siento, pero hemos de dejarlo —añadió Lefèvre.

—Ha sido un privilegio recorrer con usted este templo; muchas gracias —dijo Carter.

—Pueden volver cuando lo deseen. Esta iglesia guarda más secretos, y la mejor garantía para su salvaguarda son, paradójicamente, los millones de turistas que la visitan.

—Gracias de nuevo, padre —reiteró Michelle.

* * *

Los dos profesores salieron de la catedral por la portada oeste, topándose con las primeras filas de turistas que comenzaban a aglomerarse ante la fachada principal, y se dirigieron hacia la orilla derecha del Sena cruzando el puente de Arcóle.

—No hemos desayunado todavía. Vamos a tomar algo; hay una cafetería muy agradable aquí al lado, junto al Ayuntamiento —propuso Michelle.

Pidieron zumo de naranja, cruasanes, mantequilla y café con leche.

—Asombroso ese padre Lefèvbre. No me habías dicho que fuera un tipo tan peculiar —comentó David.

—Es que hasta hoy no había hablado así. Lo conozco desde hace un año y medio, cuando me dirigí a él tras recibir la nota manuscrita que me lo recomendaba, y siempre se había portado de manera cordial y amable, pero jamás me había hablado de la piedra filosofal ni de cualquier otro secreto de Notre-Dame. Se comportaba como un guía eficaz, pero sólo eso. Eloy me ha sorprendido; tal vez se ha comportado así porque estabas tú. Desde luego, no esperaba semejantes confesiones.

—No lo creo. Ese hombre tenía ganas de hablar, de contar esas cosas a otras personas, como si necesitara compartir con alguien su secreto, o lo que él cree que es un secreto.

—Tú crees que está chiflado, ¿verdad? —preguntó Michelle.

—Es la primera vez que hablo con él, pero sí; si te soy sincero, la impresión que me ha causado es que está como una regadera. Un sacerdote licenciado en ciencias físicas, que cree que los alquimistas enterraron bajo el altar de Notre-Dame la piedra filosofal descubierta por un obispo medieval para que no cayera en manos de los nazis..., sí, me parece que está bastante chalado.

—Ponte en su lugar y en sus creencias. El padre Lefèvbre es un ferviente católico que cree en el diablo y en sus manifestaciones. Ya lo has oído, ha dicho que esta ciudad era la urbe del demonio y que fue preciso construir Notre-Dame para salvarla del Maligno. Según sus creencias religiosas, los templos de la cristiandad son la casa de Dios, el remedio más eficaz contra Satanás, los talismanes que impiden que el mal se extienda por el mundo. O como Chartres, la catedral que cierra unas misteriosas puertas que impiden que salgan por ellas los demonios.

—Tienes razón, pero...

—Volvamos a Notre-Dame —propuso Michelle.

—¿Qué?

—Ese sacerdote tenía muchas ganas de seguir hablando y de desvelar más secretos; estaba dispuesto a contar cuanto conoce o se imagina, y la entrada de los turistas lo ha interrumpido. Quién sabe si volverá a estar en alguna otra ocasión en disposición de confiar sus «secretos».

—¿Tienes su teléfono?

—Sí.

Michelle buscó en la agenda de su móvil el número del padre Lefèvbre. Tras sonar varios tonos de llamada, el sacerdote descolgó.

—Dígame, profesora Henry.

—Hola, padre, ¿esperaba mi llamada?

—Así es.

—Le importaría que volviéramos a vernos... ahora.

—Les espero en la catedral, dentro de quince minutos, delante de la puerta Roja.

—Allí estaremos, y gracias de nuevo —Michelle cerró su móvil—. Es asombroso, estaba esperando mi llamada. ¿Cómo sabía...?

—Bueno, no hace falta ser un avisado detective para ello. Vamos allá.

Dieron el último sorbo al café con leche, pagaron la cuenta y regresaron sobre sus pasos hacia Notre-Dame. Eran las once menos cuarto de la mañana y el sol comenzaba a calentar de lo lindo.

Capítulo 15

El padre Lefèvbre ya estaba aguardando a los dos profesores de La Sorbona en el exterior de la puerta Roja. Se trata de una pequeña portada labrada por el maestro Pierre de Montreuil en 1260, que en la actualidad da a la calle que bordea el lateral norte de la catedral pero que en la Edad Media era utilizada por los canónigos que vivían junto al claustro para acceder al interior del templo a la hora del rezo de maitines. El tímpano de la puerta es muy sencillo y contiene una sola escena, dedicada a la coronación de la Virgen, en cuya cabeza está siendo colocada la corona por manos de un ángel, mientras Cristo la bendice en presencia del rey san Luis de Francia y de su esposa Margarita de Provenza. En la única arquivolta hay esculpidas seis escenas protagonizadas por el obispo san Marcelo.

El sacerdote parecía relajado y confiado, como si recibiera a unos amigos de toda la vida.

—Buenos días de nuevo, padre —lo saludó Michelle con amabilidad, mientras David ladeaba la cabeza y levantaba la mano a modo de saludo.

—Hola, amigos. Imagino que estarán un tanto sorprendidos por lo que les he contado esta mañana —dijo Lefèvbre.

—Pues sí. No esperábamos semejante confesión, si me permite emplear este término —respondió Carter.

—Vean esta puerta. Imagino que la conocen bien, pero fíjense en las escenas de la vida de san Marcelo, ¿la recuerdan?

—Por supuesto. San Marcelo fue obispo de París en la segunda mitad del siglo IV y presidió el gran concilio de los obispos de la Galia que se celebró en esta ciudad en el año 360 o 361, donde los obispos galos proclamaron su fe en el credo del concilio de Nicea del año 325, ¿no?, el que sentó el dogma de la Trinidad y el de la divinidad de Jesucristo.

—Excelente, profesora Henry, ¿y recuerda quién escribió su vida?

—San Venancio.

—En efecto. En la biografía que dedicó a san Marcelo, san Venancio lo describe como un hombre piadoso que visitaba a los enfermos y que enseñaba a los incultos. Fíjense ahora en la arquivolta, en la segunda escena del lado derecho: es san Marcelo peleando con el dragón, el símbolo del mal, el demonio mismo —explicó Lefèvbre.

—Se trata de uno de los episodios legendarios que narra san Venancio —intervino Carter.

—Fíjense bien. A la derecha del santo aparece la figura de una mujer cubierta con un velo.

—¿La Virgen? —preguntó Michelle.

—No. La Iglesia.

—O la esposa del obispo Marcelo —añadió Carter.

—¿Cómo dice? —se extrañó el sacerdote.

—Como bien sabe, padre, los clérigos solían estar casados en esa época. Lo frecuente era que los obispos de los primeros siglos del cristianismo tuvieran esposa e hijos. Yo creo que esa figura femenina es la esposa de san Marcelo, por eso está en un segundo plano. Si representara a la Iglesia o la Virgen, su presencia sería mucho más destacada. Ya ve, en la escena de la coronación del tímpano, san Luis, que además de santo era un rey, está a un lado y a mitad de tamaño que la Virgen.

—Muy suspicaz, profesor Carter, muy suspicaz, pero lo que me interesa es que entiendan lo que comenzó en el siglo IV aquí mismo, una lucha secular entre el Bien y el Mal. San Marcelo fue el primero que se enfrentó al diablo y lo venció, y gracias a ello se sentaron las bases de lo que será esta ciudad: la avanzada de la Iglesia contra el demonio, contra el Mal que encarna y que puede mostrarse disfrazado de múltiples formas. El diablo está presente en toda la catedral, porque desde hace siglos en esta ciudad tiene lugar la mayor batalla jamás librada, una lucha secular entre el Bien y el Mal, entre los demonios y los defensores de la humanidad.

Lefèvre les hizo una indicación y los tres caminaron unos pasos por la acera hacia la portada norte, labrada por Juan de Celles en 1250. En el parteluz la figura de la Virgen, la única gran escultura exenta de María en Notre-Dame que sobrevivió a las iras revolucionarias de los siglos XVIII y XIX, tiene la cabeza ligeramente ladeada hacia arriba y girada hacia su izquierda. El tímpano, rodeado por tres arquivoltas con figuras de santos, santas y ángeles, está dividido en tres pisos. En el inferior, a modo de un friso historiado con viñetas, se narra la infancia de Cristo, con el episodio de la Epifanía, la presentación en el templo, la matanza de los inocentes y la huida de la Sagrada Familia a Egipto.

En el segundo se narra un relato que el dominico Jacobo de la Vorágine, arzobispo de Génova, escribiera a mediados del siglo XIII en su famosa obra *La leyenda dorada*, de consulta imprescindible para todos los historiadores del arte medieval, pues recoge casi dos centenares de vidas de santos y mártires de la Iglesia. Esta historia cuenta lo sucedido con el vicario Teófilo, un diácono de la región de Cilicia, en Asia Menor, que en el siglo VI vendió su alma al diablo porque no fue nombrado obispo, cargo al que aspiraba y para el que se consideraba el mejor preparado. Ante su fracaso, renegó de Dios y firmó con el diablo la entrega de su alma en un pergamino a modo de contrato. En esa segunda banda del tímpano se presenta la historia de Teófilo en cuatro escenas: la firma del pacto con el demonio, el acuerdo entre ambos, la oración de Teófilo arrepintiéndose del pacto y la Virgen castigando al demonio y salvando a su protegido.

Y en la tercera, en el vértice superior del tímpano, Teófilo, convertido al fin en obispo, enseña a su fieles el pergamino del pacto con el diablo que la Virgen recuperó y le colocó sobre el pecho mientras dormía.

—¿Se dan cuenta, queridos amigos?, el diablo está presente en toda la catedral: lo está en las escasas esculturas que quedan de la Edad Media, pero también en las que se añadieron en la restauración de Viollet-le-Duc en el siglo XIX. La Virgen y Satán, Satán y la Virgen..., el Bien y el Mal, la concepción dualista de la vida, la eterna lucha que no cesará hasta el Juicio Final.

—Perdone, padre Lefèvre, pero imagino que es consciente de que esto que nos está contando parece propio de otros tiempos —intervino Carter con prudencia.

—Esta catedral fue comenzada en 1163 por decisión del obispo Mauricio de Sully, que pretendía mostrarle al pueblo de la ciudad de París la palabra de Dios en imágenes, y esa palabra, doctor Carter, es a veces terrible. La idea del obispo era muy clara: explicar la Biblia en escenas a la gente que no sabía leer. Aquella sociedad que ustedes conocen bien estaba integrada por una inmensa mayoría de analfabetos, personas sin ninguna formación, incultos y sin preparación intelectual ni criterio político. Por eso, el obispo que promovió la construcción de esta catedral gótica pretendió hacer de París una nueva Atenas en lo intelectual y una nueva Jerusalén en cuanto al simbolismo religioso. Pero frente al obispo Sully, buena parte de la sociedad parisina pretendía convertir esta ciudad en una segunda Babilonia, un centro de placer, latrocinio y pecado. El demonio había decidido que París sería el punto desde el cual comenzaría a corromper el mundo para que triunfara una nueva edad de las tinieblas.

»Lucifer, “el ángel de luz”, ¡qué paradoja!, convirtió a los goliardos, los burlones estudiantes que vivían en las tabernas y en los burdeles parisinos, en sus principales agentes. La música, el vino, la lujuria y la gula fueron las armas que Satán utilizó para atraerlos a su regazo; y lo consiguió. Decenas, tal vez centenares de jóvenes estudiantes ociosos y dispuestos a disfrutar de lo fácil de la vida siguieron al Maligno y le entregaron su alma, convirtiéndose en sus esclavos; se corrompieron sus almas, se ennegrecieron sus corazones, se abotargaron sus cabezas y se torcieron sus pensamientos. La maldad se extendió por toda la ciudad y se apoderó de cada rincón de cada casa; tan sólo unos pocos lucharon contra la perversidad que amenazaba con corromperlo todo.

Michelle y David escuchaban al padre Lefèvre con la boca abierta.

—¿Por qué el diablo quiso hacerse presente precisamente en el siglo XII? —demandó Michelle.

—El diablo siempre está presente, profesora Henry, siempre. Ahora mismo nos está observando. ¿No siente su presencia? Está ahí —Lefèvre señaló hacia lo alto, a una extraña e inquietante figura de piedra que sobresalía completamente en lo alto del lado derecho de la portada norte, colgada como si estuviera pegada a la pared, como asida a la piedra por unas invisibles ventosas en las patas traseras.

—Se trata de una escultura grotesca, sí, diabólica incluso, pero...

—Es el demonio mismo. Observe sus ojos, nos está mirando. Lleva ahí siglos, intentando engañar a cuantos pasan por aquí, observando nuestros movimientos.

Siempre está al acecho, siempre.

»¿Conocen la historia del joven cantero que buscó la ayuda del diablo para tallar esta portada? —les preguntó Lefèvbre.

—Por supuesto, padre, es una leyenda muy...

—No —cortó tajante el sacerdote a Michelle—, no se trata de ninguna leyenda. Fue un episodio cierto. Y ocurrió aquí mismo, en este preciso punto donde nos encontramos, justo donde se proyecta la vista de ese demonio. Ocurrió en 1233. Un joven escultor quería labrar la más hermosa portada de todas las catedrales de Francia, pero su estilo no era el mejor; otros escultores que estaban trabajando en Amiens y en Reims lo superaban en arte y en técnica. El joven era orgulloso y no estaba dispuesto a que sus colegas crearan una obra más perfecta que la suya, de manera que, como no podía superarlos con sus propias habilidades, invocó al diablo.

»Satán se le apareció enseguida. Entonces, el joven escultor requirió su ayuda para tallar la más hermosa portada de cuantas hasta entonces se habían esculpido y le pidió hacerlo en menos de un año. El diablo le concedió ese deseo, pero a cambio le propuso que se cobraría como precio su alma tras su muerte. El joven aceptó el trato, y ambos firmaron el pacto con su propia sangre.

»Y ocurrió que, en apenas unos meses, el escultor labró toda la portada norte. Cuando su obra, una vez acabada, se descubrió para que todo el mundo la admirara, los parisinos quedaron asombrados: aquéllas eran las más bellas esculturas jamás talladas, tan hermosas y delicadas que parecían tener vida propia. El joven escultor fue alabado y vitoreado por una entusiasmada multitud, que lo ensalzó como el mayor artista de su tiempo. Pero entonces el demonio exigió cobrar su parte del trato. Se presentó ante el escultor y le reclamó la propiedad de su alma, tal como se había estipulado en el contrato firmado con sangre.

—Pero el escultor no quiso entregársela —terció Michelle.

—Así fue; y entonces el diablo entró en su habitación mientras el joven estaba durmiendo, se lo llevó a lo alto de esta portada y desde allá arriba lo arrojó sobre el pavimento. A la mañana siguiente, los trabajadores de la obra de la catedral lo encontraron muerto delante de la que había sido su gran proeza. Su cuerpo estaba horriblemente torturado, su piel hecha jirones, como si la hubieran desgarrado con unas enormes uñas, su cabello y su piel socarrados y le habían arrancado el corazón del pecho.

—Esta... historia —Michelle estuvo a punto de decir leyenda pero no quería contrariar al clérigo—, es una alteración de la de Teófilo que está representada ahí. —La profesora señaló el tímpano de la portada sur.

—Ese tipo de narraciones con el diablo como protagonista tentando a humanos y llevándose las almas de los más incautos al infierno son muy frecuentes en el siglo XIII. Recuerdo ahora una colección de ellas que un clérigo hispano llamado Gonzalo de Berceo recopiló en esa misma centuria bajo el título de *Milagros de Nuestra Señora* —intervino David.

—Así es, doctor Carter, así es, para eso precisamente se inventó el arte gótico. Los demonios huyen de la luz, porque la luz emana de Dios. En el libro del *Génesis* se dice que el Señor ordenó que se hiciera la luz, y la luz se hizo. Nuestro Señor acabó con las tinieblas que envolvían el universo, y el demonio no pretende otra cosa que acabar con esa luz que redime a los hombres del pecado.

—¿Y cómo explica esas gárgolas, padre? Algunas son el mismo demonio, otras perros o leones, los animales del diablo —David estaba empezando a cansarse del alocado discurso del sacerdote, que parecía enfebreecer por momentos.

—Fíjese bien, doctor Carter. Las gárgolas miran hacia el exterior de la catedral, dan la espalda al templo de Dios. Los constructores medievales las colocaron ahí para proteger al templo y Viollet-le-Duc repitió lo mismo en la intervención global que realizó a mediados del siglo XIX.

—¿Diablos protegiendo un templo cristiano? Suena bastante extraño.

—¿Recuerda el *Génesis*, el episodio de la tentación? —preguntó Lefèvbre.

—Sí, pero...

—Era el mismo demonio quien cuidaba del Árbol del Bien y del Mal en el Paraíso, y tentó a Eva para que comiera sus manzanas prometiéndole que con ello sería como Dios. El diablo actúa de esta manera —sentenció Lefèvbre.

—Perdone, padre, pero creo que el Génesis habla de una serpiente, no del diablo, y en ningún momento dice que fuera una manzana, sino un fruto indeterminado —señaló Carter, que parecía cada vez más dispuesto a polemizar con aquel clérigo.

Michelle le hizo una señal con la cabeza a su amante para que no siguiera por ahí.

—Usted es un descreído, doctor Carter, como todos sus compatriotas.

—Sólo me remito a la literalidad de la Biblia.

—¿Qué sabrá usted de la Biblia?

—La he leído varias veces.

—Sólo con los ojos, sólo con los ojos; la Biblia hay que leerla con el corazón, doctor Carter. Hágalo así la próxima vez y se abrirán ante usted nuevos caminos, y tal vez entonces comprenda, entienda y crea.

David decidió callar. Sentía unas enormes ganas de debatir con aquel cura al que había calificado ya como un clérigo retrógrado y fanático, pero no quería perjudicar a Michelle. Lefèvbre tenía en sus manos el acceso a los archivos y a zonas de la catedral donde no podían llegar los turistas.

—Tendré en cuenta sus consejos —cedió al fin el americano.

—En ello confío. Y ahora, si me lo permiten, hoy tengo mucho trabajo —Lefèvbre se despidió ofreciéndoles la mano, dio media vuelta y se alejó por la acera en dirección hacia la cabecera de la catedral.

—Casi lo estropeas todo —repuso Michelle resoplando aliviada.

—Vaya, pensaba que no te importaba lo que opinaran los demás.

—El padre Lefèvbre no es «los demás». Me costó casi un año convencerlo para que me permitiera el acceso a todos los rincones de Notre-Dame —replicó Michelle.

—Y para ello has renunciado a tus ideas y permites que te avasalle con esa sarta de sermones del más rancio integrista católico.

—Lefèvbre es amigo personal y consejero de monseñor Lustiger, el cardenal de París. Es un hombre muy influyente.

—Pero Lustiger ya no es arzobispo de París, ¿no? —dijo David.

—Dimitió en febrero del año 2005, pero no ha perdido su condición de cardenal. En algún momento se rumoreó que era el principal candidato a sustituir a Juan Pablo II, si no hubiera caído enfermo, claro.

—Lustiger es judío —sentenció David.

—Nació judío. Su madre, una inmigrante judía polaca, le puso el nombre de Aaron, como el de su abuelo, pero en 1940, cuando tenía catorce años, se convirtió al catolicismo. Para evitar que cayera en manos de los nazis, fue ocultado en Orleáns con una familia católica. Fue una premonición acertada, porque su madre fue apresada y encerrada en el campo de concentración de Auschwitz, donde murió poco después.

—¡Claro!, Lustiger, Jean Marie Lustiger, ¡el cardenal de la profecía!

—¿Qué profecía? —Michelle se quedó muy sorprendida.

—¿Has oído hablar de la profecía de san Malaquías?

—Sí, pero no le he dado mayor importancia.

—Pues para la historia de la Iglesia la tiene, y ahora todavía más. Vámonos de aquí, tengo que contarte algo.

Los dos profesores de Historia del Arte tomaron un taxi y se dirigieron al apartamento de David en la calle Rochechouart.

* * *

—Hace unos años leí el libro de las profecías de san Malaquías. Se trata de un santo irlandés del siglo XII que murió en 1148 en la abadía francesa de Claraval; había sido obispo en la región irlandesa del Ulster. Visitó Roma, donde fue muy bien recibido por el papa Inocencio II. Se le atribuye el libro profético de los papas. Este libro está integrado por 112 divisas correspondientes a 112 papas. Comienza con Celestino II, el sucesor de Inocencio II, y contemporáneo de san Malaquías, y acaba con quien será el último papa, a quien llama Pedro el Romano, con cuyo pontificado profetiza que acabará el mundo —dijo David, mientras Michelle se sentaba en el sofá del salón del apartamento.

—¿Y por qué número de papa vamos, según la lista de esa profecía?

—El cardenal Ratzinger, Benedicto XVI, hace el número 111.

—¿El penúltimo? Ratzinger ya es muy mayor; eso quiere decir que, según la profecía de san Malaquías, sólo queda uno más y que por tanto estamos cerca del fin del mundo... otra vez.

—Entre los candidatos a suceder a Juan Pablo II se barajó el nombre de Jean Marie Lustiger, el cardenal de París, pero su grave enfermedad le hizo perder todas las posibilidades.

—No sé si el Colegio Cardenalicio hubiera elegido a un judío como papa —dudó Michelle.

—Un judío de madre polaca, la nacionalidad de Karol Wojtyla. Imagínate la tensión que hubiera habido en el último cónclave con los dos pesos pesados de la Iglesia aspirando al papado. Si Ratzinger, un alemán de pasado filonazi, y Lustiger, un francés de origen judío y polaco, se hubieran enfrentado para el puesto, el cónclave hubiera echado chispas y el Espíritu Santo lo hubiera tenido muy difícil.

»Ese amigo tuyo, el padre Lefèvre, llamó en una ocasión “el Führer” a Hitler, y parecía que en sus palabras había un cierto tono de admiración. ¿No será pronazi?

—No lo sé; jamás hemos hablado una sola palabra de política, pero ahora que lo dices...

—¿Qué?

—En una ocasión habló de modo un tanto despectivo de los judíos... Pero, espera, ante el altar mayor de Notre-Dame Lefèvre defendió que se ocultara la piedra filosofal de los nazis. Él mismo parecía estar satisfecho de ser uno de los custodios de esa piedra y de que no hubiera caído en manos de Hitler —alegó Michelle.

—Tienes razón, parece todo confuso, contradictorio...

Bien, hay conservadores que sin ser pronazis odian a los judíos, y creo que Lefèvre puede ser uno de ellos.

—No. Ya te dije que Lefèvre es amigo y consejero del cardenal Lustiger.

—Entonces, no entiendo nada —confesó Carter.

—Vosotros los norteamericanos no podéis comprender cómo funciona la Iglesia católica. Dentro de su seno hay multitud de grupos y de intereses, en no pocas ocasiones enfrentados visceralmente, pero cuando se trata de unirse contra un enemigo exterior, entonces no presenta una sola fisura, funciona como un bloque monolítico y compacto. A los disidentes, simplemente se les expulsa mediante la excomunión, como viene ocurriendo desde hace casi dos milenios. Y por lo visto, no le ha ido mal.

—Dijiste que Lustiger dimitió.

—Sí; alegó para ello su enfermedad y el haber cumplido ya los setenta y cinco años. El papa Juan Pablo II admitió su renuncia y nombró a André Vingt-Trois como nuevo arzobispo de París; eso fue poco antes de la Navidad del año 2005.

—¿Vingt-Trois?, ¿el apellido del actual arzobispo de París es «Veintitrés»? —preguntó David.

—Sí. ¿Qué tiene de extraño?

—Ese apellido parece algo cabalístico, o incluso una premonición.

—¿El siguiente papa?, ¿Pedro el Romano acaso?

—Alguien que quisiera verlo así podría sacarle mucho jugo a este apellido.

VI El camino de la alquimia

Capítulo 16

ROMA, mediados de julio de 2007

David Lewis Carter había acabado su intervención en el seminario internacional sobre pintura gótica al que había sido invitado por la Universidad de La Sapienza de Roma. Dos centenares de profesores y alumnos habían asistido a su esperada conferencia, que había tratado sobre «Perspectiva y volumen en la pintura del Renacimiento italiano».

Había sido muy aplaudido y varios alumnos se habían acercado para felicitarle por su intervención y para hacerle algunas preguntas. Finalizado el seminario, el profesor Enrico Micara, director del curso, había citado a los ponentes para convidarlos a una cena en un popular restaurante del barrio del Trastévere.

Michelle había acompañado a Roma a David, y aunque se sintió algo molesta porque se consideraba una intrusa y era evidente que se trataba de la pareja del profesor americano, aceptó acudir a la cena.

—Si no te encuentras a gusto nos retiraremos en cuanto acabe la cena —le prometió David mientras se vestían en la habitación del hotel para asistir al convite preparado por Micara.

—No sé, me siento incómoda. Imagino que todos me miran como la amante del brillante profesor Carter. No debí acompañarte —dijo Michelle.

—¿Sabes?, cada día estoy más a gusto contigo; creo que me costaría mucho separarme de ti.

—Eso se debe a que te estás acostumbrando a mi presencia —repuso Michelle.

—O a que me estoy enamorando de ti...

Michelle lo besó con dulzura.

—Perdona; estoy contenta de estar contigo en Roma, pero ya sabes que me disgusta que me vean como una buscona que se ha ligado al célebre historiador David Carter para medrar en esta profesión.

—Creía que esos convencionalismos no te importaban. Además, piensa que puede ser al revés; habrá quien crea que tú eres mi conquista. Observa y compruébalo tú misma.

David cogió a Michelle por los hombros y la puso de frente al gran espejo que ocupaba dos amplias puertas del armario empotrado de la habitación. Michelle llevaba puesto un sujetador negro, calado, con finos ribetes dorados, y un tanga a juego, con la zona que cubría el pubis también calada, casi transparente. Estaba recién duchada y su cabello húmedo, ella nunca lo secaba con secador, caía sobre sus firmes hombros hasta la parte superior de sus espléndidos senos. Olía a su perfume de siempre, delicado, elegante y fresco a la vez.

David estaba completamente desnudo. Pese a que apenas hacía ejercicio, todavía mantenía el cuerpo musculoso y conservaba un ligero tono moreno debido a que su piel se había acostumbrado de niño al intenso sol californiano.

Se colocó detrás de Michelle, como escondiéndose ante la mirada del espejo, y la abrazó por la cintura.

—Puedes asomarte. Estás muy bien —le propuso Michelle.

El americano dio un paso lateral y se puso al lado de la joven. Su pene estaba completamente erecto.

—¿Quién crees que se volvería loco antes por el otro? —le preguntó David.

—Por el momento parece que tú.

—Vamos. Habrá que darse prisa, o ese *risotto* con cigalas que nos ha prometido Micara puede pasarse.

Michelle cogió el miembro de David con la mano y lo acarició. Estaba duro como una roca granítica pero a la vez palpitaba como un corazón latente. Se colocó de rodillas delante de David y comenzó a besarle y lamerlo con una lentitud maravillosa. Tras unos minutos en esa posición, David, que se sentía a punto de explotar, tomó a Michelle por los hombros, la incorporó y la llevó hasta la cama. Recostada sobre el lecho, David le dobló delicadamente las piernas y se las separó; el tanga y el sujetador desaparecieron en un instante y la boca de David recorrió ansiosa los pechos y el vientre de Michelle hasta alcanzar su sexo húmedo y cálido. Cuando Michelle comenzó a convulsionarse, David la puso de rodillas sobre la cama y de espaldas y la penetró con vigor pero con ternura.

—Dentro, dentro, córrete dentro —le susurró Michelle entre gemidos de placer.

El enorme espejo reflejaba la imagen de los dos amantes perfectamente acoplados, la espalda de Michelle contra el pecho de David, su trasero contra su pubis. El americano contempló sus cuerpos en el espejo y sintió que Michelle temblaba como sacudida por espasmos incontrolables.

—No hemos utilizado preservativo —dijo David—, ¿estás segura?

—No te preocupes, mañana me tiene que venir la regla. Córrete dentro, por favor, dentro.

David la besó, y estuvo a punto de decirle «te quiero», pero se contuvo. Poco después se derramó en el interior de Michelle y su cuerpo se convulsionó como si lo hubiera sacudido un intenso terremoto.

* * *

Enrico Micara era un relevante profesor de historia del Arte de la universidad romana de La Sapienza, especialista en arte musulmán oriental. Solía viajar mucho a Irán, Iraq y Siria, y aun a pesar del peligro que entrañaba la guerra de Iraq había visitado ese país en dos ocasiones tras la invasión decretada por el presidente Bush. Había

conocido a David Carter en Italia, hacía ya tiempo, cuando el americano era un brillante alumno de la Universidad de California que asistía durante el verano a cursos de Historia del Arte en Italia, y se había solidarizado con los artículos que el profesor Carter había publicado en un periódico de Nueva York denunciando la destrucción del patrimonio histórico iraquí a causa de los bombardeos y saqueos de las tropas de la coalición anti Sadam Hussein y de los oportunistas de turno.

Micara era uno de esos refinados burgueses romanos elegantes y cultos; vivía en una espléndida casa en el barrio de Villa Borghese, herencia de su padre, un rico comerciante que poseía en la ciudad varias tiendas de zapatos de lujo que Enrico había heredado y que le proporcionaban sustanciales rentas, gracias a las cuales podía mantener un ritmo de vida muy superior al que le hubiera permitido su sueldo de profesor universitario.

Cuando Michelle y David llegaron al restaurante, en una callecita al lado de la basílica de Santa María del Trastévere, pasaban diez minutos de la hora fijada por el anfitrión; fueron los últimos.

—Perdona, Enrico —se disculpó David—, pero el taxista, el tráfico en Roma...

—No te preocupes, con una mujer así al lado cualquiera hubiera llegado con retraso —le susurro a la vez que dibujaba una picara sonrisa, una de esas que sólo los romanos más genuinos son capaces de perfilar.

Hacía mucho calor aquella noche del verano romano. Michelle se había puesto una sencilla camiseta negra de tirantes con un escote muy generoso, una chaqueta de lino crudo y una ajustada falda a juego. En el interior del restaurante la temperatura rondaba los veinticinco grados, y Enrico invitó a la docena de comensales a quitarse las chaquetas «para estar más cómodos», dijo.

Cuando Michelle Henry se despojó de la chaqueta y sus pechos lucieron rotundos bajo la ajustada camiseta, todas las miradas confluyeron en ella, y el profesor Carter fue entonces más envidiado que nunca por sus colegas masculinos.

Acabada la cena —Micara tenía razón cuando dijo que el arroz con cigalas era extraordinario—, el profesor romano propuso a sus colegas continuar la velada en su casa de Villa Borghese.

—Nos aguardan unos taxis. Hay preparados cócteles: daiquiri, mojito, margarita, *bloodymary*... Y si lo prefieren dispongo de varias botellas de un espléndido armañac, D'Artigalongue reserva de 1987.

David, recordando su promesa de marcharse enseguida, miró a Michelle pidiéndole opinión, y la joven profesora, a quien los maduros profesores habían tratado durante la cena como a una colega más, aceptó acompañarles.

* * *

—El doctor Carter me ha comentado que está usted trabajando en arquitectura gótica

sobre catedrales francesas. —Micara hablaba con Michelle en los jardines de su casa romana. El profesor le había servido un té frío y él tomaba un armañac.

—Sí. Quiero presentarla en el plazo de un año, es la única manera de consolidar la plaza de profesora ayudante que ahora ocupo en La Sorbona.

—Yo comencé estudiando la arquitectura gótica del norte de Italia, pero mi maestro, el profesor Luigi Costa, me encargó un trabajo sobre arquitectura en el Yemen del Sur; eso fue antes de la unidad política de los dos Estados yemeníes; el gobierno italiano subvencionó varias campañas científicas que el doctor Costa dirigió en ese país y, tras colaborar con él en varios artículos y un libro, decidí abandonar la arquitectura gótica y dedicarme a la islámica. Desde entonces no he dejado de trabajar en ello, pero he de reconocer que las catedrales góticas mantienen un atractivo especial para mí.

—Es por la luz. La manera de interpretar la luz es lo que las hace especiales.

—¿Ésa es la idea central de su tesis? —le preguntó Micara.

—En realidad, pretendo ir más allá de lo evidente. Estoy cotejando qué hay de cierto en las teorías de aquéllos que sostienen que las catedrales góticas encierran un mensaje alquímico y hermético, y confrontarlo con las teorías tradicionales de la historiografía académica. Me gustaría superar los tópicos de que la arquitectura gótica es tan sólo el descubrimiento del arco ojival, el arbotante y la bóveda de crucería.

—Es usted muy valiente al hacer eso; ya sabe que este mundo académico es, digamos, un tanto rígido, y no suele admitir innovaciones de ese calibre.

—Bueno, tengo la suerte de contar con la doctora Lazard y el doctor Carter como directores.

—En el caso de Carter, creo que sin duda la suerte es para él. Pero permítame que le exponga mi opinión; alquimia es una palabra árabe que significa «química», y creo que en las catedrales góticas sí hay algo, o mucho, de química, toda catedral gótica se ha concebido como una obra alquímica en realidad, y no sólo en las vidrieras, para cuya fabricación hay que tener conocimientos precisos de cómo se transforma la materia para convertir la arena en vidrio. Un artista es un creador, y en toda obra de creación hay un algo de esencia divina. El artista ordena la materia, la separa y la transforma, es un verdadero alquimista. El arquitecto gótico es capaz de construir un mundo ordenado y hermoso con piedra y vidrio, ayudándose de madera y metal; el pintor crea escenas, figuras y paisajes con pigmentos, barnices y clara de huevo, ayudándose de espátulas y pinceles; y el escultor modela imágenes que imitan la realidad alterando la forma de la piedra, la madera, el barro o el metal con su escoplo, su martillo o su horno de fundición. Como ve, profesora Henry, en toda manifestación artística hay algo de alquimia. Un artista elimina lo superfluo para dejar sólo lo luminoso, como procuran hacer los alquimistas en su búsqueda de la esencia de la piedra filosofal.

—Me conforta su opinión, doctor Micara.

—Lámeme Enrico, por favor...

—... Enrico, porque la inmensa mayoría de nuestros colegas no piensa así.

—¡Ah!, Michelle, ya le he dicho que esa gente no suele admitir innovaciones, pero olvídense de ese tipo de colegas, con posturas como éstas el conocimiento no ha avanzado jamás. Ahora disfrute de la vista de esta ciudad.

Desde la terraza del jardín de la casa de Micara se contemplaba un espléndido panorama nocturno de Roma, con la cúpula del Vaticano iluminada sobresaliendo sobre todos los edificios, más allá del curso del Tiber.

—Una perspectiva magnífica —comentó Michelle.

—Observe la cúpula de San Pedro, el mayor templo de la Cristiandad. La gran cúpula que diseñó Miguel Ángel tiene 42 metros y medio de diámetro y 132 de altura, y hay inscrita una leyenda que reza así: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia». Ya lo ve, está bien claro, Pedro es la «piedra» fundacional del cristianismo, pero también es una especie de piedra filosofal. Porque ¿quién puede creer que San Pedro del Vaticano sea sólo un edificio? Los diferentes papas que promovieron su construcción quisieron convertirlo en el centro del mundo. Cuando Julio II lo inició en 1506, el diseño original era de planta de cruz griega, pero luego se modificó para adoptar la forma de cruz latina y así alcanzar los doscientos metros de longitud, el templo cristiano más grande del mundo, el centro de la Cristiandad. En el año 1589 el papa Sixto V colocó en el centro de la plaza de San Pedro el obelisco que el emperador Calígula había traído de la ciudad egipcia de Heliópolis, y lo remató con una cruz.

—¿Heliópolis?, ¿ese obelisco estaba en Heliópolis? —preguntó Michelle.

—De allí lo ordenó traer Calígula en el siglo I.

—Heliópolis es la ciudad del Sol, y también el nombre de la hermandad que fundó Fulcanelli, el gran alquimista francés.

—Puede que exista alguna relación, no en vano Fulcanelli ha sido el gran alquimista del siglo XX, pero no olvide que en el Vaticano como en Notre-Dame de París que usted estudia, hay una constante mezcla de mitos de la Antigüedad, de cultos paganos y ocultismo con las más patentes manifestaciones del rito cristiano. ¿Qué fue Cristo en realidad sino un alquimista? Recuerde que transmutó el pan y el vino de la Última Cena en su propia sangre y en su misma carne, y eso lo realizó en un maravilloso crisol, en el Santo Grial. La Iglesia llama a ese acto la Transustanciación, pero en realidad se trató de un acto alquímico, aunque no se mutara la materia en sí, sino la esencia de la misma. Algunos incluso consideran que la Pasión de Cristo no fue otra cosa que un acto de pura alquimia; una alquimia espiritual por la que Cristo, un hombre, se convirtió en Dios.

Micara dio el último sorbo a su armañac.

—Eso suena a herético, Enrico.

—Lo es Michelle, lo es, como todo aquello que suele ser más interesante en la historia de la Iglesia. Porque lo verdaderamente excitante es la trasgresión, romper

con el estereotipo, ir más allá de lo permitido, incluso en el amor; sobre todo en el amor.

—Una velada estupenda, Enrico —David Carter apareció de repente entre Michelle Henry y Enrico Micara—, pero mañana debemos levantarnos temprano; nuestro avión a París despegará a mediodía, y con estos rígidos controles de seguridad tenemos que estar dos horas y media antes en el aeropuerto.

—Es una pena, porque la profesora Henry y yo estábamos en medio de una interesantísima conversación sobre transmutaciones alquímicas —se lamentó Micara.

—Bueno, yo no hablo por Michelle, claro está, pero por lo que a mí respecta, he bebido demasiado; ese armañac del 87 es realmente soberbio.

Carter parecía confuso y no sabía cómo salir de aquella situación sin que se le notara una cierta inquietud; no quería parecer celoso, pero era evidente que lo estaba.

—No, no, yo también tengo que madrugar; viajamos a París en el mismo avión, ¿recuerdas? —intervino Michelle.

—He dispuesto un coche para que os lleve al hotel, y mañana os recogerá a la hora que indiquéis al chófer para dejaros en el aeropuerto. Ha sido una suerte tenerte en el seminario, David, muchas gracias por venir. Y ha sido un placer contar con su presencia, Michelle. En cuanto sea doctora, me gustaría invitarla a alguno de nuestros cursos, como ponente. Nos agradaría escuchar sus tesis sobre las manifestaciones alquímicas en las catedrales góticas.

Micara estrechó la mano de David y besó la de Michelle con la elegancia propia de un aristócrata italiano.

* * *

—¿Lo has pasado bien esta noche? —preguntó David a Michelle mientras se desnudaban, ya en la habitación del hotel.

—Sí, claro. La cena ha sido estupenda.

—Me refería con Micara; parecíais muy entusiasmados con vuestra conversación.

—¿Estás celoso? —preguntó Michelle dibujando una amplia sonrisa.

—No, no. ¿Por qué iba a estarlo?

—Sí, sí lo estás, y eso me gusta.

Michelle amplió su sonrisa; sus ojos brillaban en su propia luz.

—No lo estoy.

—Vamos, confiésalo, estás celoso.

—Ese Micara siempre ha sido un seductor. Había que ver cómo te observaba... Sólo estaba pendiente de ti; a los demás invitados no les ha hecho el menor caso en toda la noche.

—Hemos hablado de alquimia, del Vaticano, de arte y de Fulcanelli. ¿Sabías que el obelisco de la plaza de San Pedro procede de Heliópolis?

—Sí, lo sabía.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No le di mayor importancia.

Michelle besó a David y sus cuerpos se fundieron en uno solo; y todo lo demás dejó de tener entonces la menor importancia.

Capítulo 17

PARÍS, 3 de agosto de 2007

Después del viaje a Roma, Michelle pasó unos días en las playas del sur de Córcega, con su amiga decoradora, en tanto David tuvo que impartir un curso de verano en Florencia. Habían quedado en encontrarse en París el día 3 de agosto y desde allí salir juntos para Estados Unidos. Los padres de David no habían podido viajar ese verano a Europa, como acostumbraban, y le habían pedido a su hijo que pasara unos días con ellos en su finca de California; David le había insistido a Michelle para que lo acompañara y la joven había aceptado, a pesar de que aquello pudiera parecer la presentación en familia de un noviazgo formal.

En cuanto a David, desde que Enrico Micara alardeara de su casa de Villa Borghese, sólo pensaba en llevar a Michelle a sus viñedos en California, y contrarrestar así el impacto que creía que el profesor romano había causado en la joven profesora. Todavía no la conocía bien.

David había llegado a París tres días antes que Michelle, y ardía en deseos de volver a verla. Habían hablado por teléfono todos los días, y el americano a punto estuvo de presentarse en Córcega, pero no quería abrumarla con su presencia, no quería que pareciera que estaba obsesionado con ella. Pretendía que ella creyera que quería seguir manteniendo una relación amorosa, pero nada que los pudiera comprometer. En realidad, cada día sin Michelle resultaba larguísimo; las horas pasaban lentas y su cabeza no imaginaba otra cosa que no fuera Michelle. David llegó a pensar que aquella mujer se había anclado en su vida como una obsesión casi enfermiza. Dudaba si tan intensa atracción era amor o dependencia, como una droga letal que se hubiera instalado en su corazón y que se hubiera convertido en imprescindible para vivir. En aquellos tres días que pasó sin Michelle, llegó a despertarse de madrugada, a veces a causa de un sueño erótico en el que ella se le acercaba, le sonreía y se esfumaba en un mundo de nieblas, mientras él la perseguía sin poder alcanzarla; y ella siempre lo miraba con su sonrisa amplia y fresca.

David acudió a recoger a Michelle al aeropuerto. Cuando la vio salir por la puerta de las llegadas nacionales y observó su rostro, un poco más moreno a causa del sol de Córcega, y contempló sus ojos y su sonrisa, supo que ella también lo había echado de menos. Se dieron un beso largo y profundo, olvidándose de cuanta gente había a su alrededor.

—¡Oh!, perdón. Mi amiga Monique —presentó Michelle a la decoradora.

—Hola, David, Michelle me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

—Oh, sí, muy bien.

—Encantado de conocerte, Monique. Michelle también me ha hablado mucho de ti. Hicisteis un buen trabajo en la decoración del apartamento.

Monique Dufourq era amiga de Michelle desde la infancia. Era una joven atractiva, pelirroja, delgada y con algunas pecas. Un poco más alta que Michelle, su cuerpo podía pasar por el de una *top model*. David imaginó a aquellas dos bellezas parisinas solas en una playa corsa y a decenas de ligones italianos revoloteando a su alrededor, y sintió de nuevo una sensación de celos, semejante a la que por primera vez había notado cuando contempló a Michelle y a Enrico Micara conversar animadamente en la terraza del palacete de Villa Borghese.

* * *

—Divertida, esa amiga tuya, Monique; ¿lo habéis pasado bien?

Michelle y David habían llegado al apartamento de la profesora Henry tras dejar en su casa a Monique.

—Sí, es muy alegre. Nos conocemos desde el instituto; ella siempre me quitaba a los chicos que me gustaban.

—Es guapa y tiene un buen cuerpo, sí, pero...

—A los dieciséis años ya era impresionante. Casi uno ochenta de estatura, pelirroja, labios gruesos y sensuales...; volvía locos a los chicos. Y sigue haciéndolo. En Córcega no le quitaban la vista de encima, y en la discoteca era la reina.

—Veo que os habéis divertido.

—Hemos tomado el sol, comido más de la cuenta, bailado como locas y dormido mucho, diez horas diarias por lo menos, unas verdaderas vacaciones.

»¿Y tú?, ¿qué tal por Florencia?

—El seminario ha estado muy bien. Me sorprendió una profesora española, de Barcelona, que impartió una conferencia magnífica sobre mujeres pintoras en la Cataluña medieval. Por cierto, ya tengo los billetes para nuestro vuelo a Estados Unidos. Sale el martes a las 10 de la mañana. Volamos en Air France; es el viaje más rápido que he encontrado, va directo de París a San Francisco y aun así son once horas de trayecto. Con otras compañías duraba hasta dieciséis horas porque hacían escala en Londres o en Dallas.

—Aprovecharé estos días para ordenar mis cosas y retomar la tesis. Entre el viaje a Roma y las vacaciones en Córcega, llevo quince días sin escribir una sola línea. Y si ahora vamos a pasar otros quince días en tu país...

—Todo eso suma un mes. Son las vacaciones que tenéis los europeos, ¿no?

—Como en Estados Unidos, supongo.

—Allí es diferente, hay menos vacaciones, se trabaja más. Pero dejemos eso y salgamos a comer algo, imagino que tendrás hambre.

—En Córcega hemos comido como lobas, tal vez debería controlarme un poco.

- No he notado que hayas engordado nada.
—Pues me siento un poco más pesada.
—Te he echado de menos, más de lo que podía imaginar.
—Yo también. Espera, me doy una ducha rápida y...

* * *

París, 5 de agosto de 2007

Aquel domingo amaneció fresco y lluvioso. Michelle y David habían pasado la noche juntos en casa de la joven profesora; habían dedicado todo el sábado a trabajar en la tesis. Michelle se había levantado un poco antes y estaba preparando el desayuno, unas tostadas con mantequilla, huevos revueltos con beicon y café para David y leche desnatada para ella. Tenía la radio puesta cuando la emisión se interrumpió; una locutora dio la noticia de que monseñor Jean Marie Lustiger, que fuera hasta 2005 arzobispo de París, había fallecido en un hospital de la capital.

—Ha muerto el cardenal Lustiger —le comunicó Michelle a David cuando éste salió al salón al olor del beicon frito.

—Vaya, una gran pérdida para la Iglesia.

—Tenemos que ver a Lefèvre.

—¿A ese orate? Vamos, estará muy ocupado con el asunto de la muerte del cardenal.

—Voy a llamarle —decidió Michelle.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —aseveró rotunda.

Cuando Michelle tomaba una decisión firme era difícil persuadirla de desistir.

La joven profesora cogió su móvil y marcó el número del clérigo de Notre-Dame.

—No creo que se ponga —supuso David.

Michelle sonrió.

—¿Padre Lefèvre?... —Michelle volvió a sonreír a David con un gesto de triunfo—. Sí, sí, he oído la noticia en la radio... ¿Está usted en el hospital, entonces? ... Sí, sí, me gustaría que nos viéramos... ¿Mañana?, ¿en Notre-Dame?... Sí, a las diez, allí estaremos... De su parte. Hasta mañana.

—¿Has quedado con Lefèvre?

—Ya lo has oído, mañana a las diez en la catedral. Ha supuesto que también vendrías tú y te envía un saludo; ni siquiera he tenido que comentárselo.

* * *

París, 6 de agosto de 2007

Lefèvbre los recibió en su despacho de las oficinas del arzobispado de París, junto a la catedral. Parecía muy afectado y su aspecto era el de un hombre que hubiera envejecido diez años en diez días.

—Buenos días, profesora Henry, doctor Carter... —los saludó con amarga tristeza.

—Sentimos mucho la muerte del cardenal, padre, imaginamos que usted estará profundamente afectado, y por eso le agradecemos más si cabe su atención en este día —le dijo Michelle.

—Es una pérdida irreparable para la Iglesia. Monseñor Lustiger debería haber sido papa, estaba preparado para ello, era el favorito de la Iglesia, pero Dios en su sabiduría infinita no lo ha querido así. Ahora ya se encuentra en su seno disfrutando de su divina presencia para toda la eternidad.

—Habrá un gran funeral, supongo.

—Monseñor lo merece. Se celebrará el próximo viernes, aquí en Notre-Dame. Ayer mismo anunció su asistencia el presidente de la República. Está de vacaciones pero las interrumpirá para acudir a despedir a nuestro cardenal.

»Supongo que no querían verme sólo para darme el pésame por la muerte del cardenal.

—Le seré franca —dijo Michelle—. Hace algunos años hubo quienes plantearon la posibilidad de que monseñor Lustiger fuera el sucesor de Juan Pablo II al frente de la Iglesia, y... creemos que hay un grupo de presión dentro de la Iglesia que pretende un acercamiento a los judíos. Eso pudiera tener alguna relación con la custodia de la piedra filosofal. ¿Estamos en lo cierto?

David miró a Michelle y no pudo disimular un gesto de asombro.

—Monseñor Lustiger nació judío, sí, pero actuó toda su vida como un fiel devoto católico. Por ello el funeral del próximo viernes va a ser especial; se leerá la *kaddish*, una oración judía por los muertos, y sobre su tumba, en la cripta de los arzobispos de la catedral, se colocará esta placa.

Lefèvbre descubrió una placa que tenía sobre la mesa. En ella se leía la siguiente inscripción: «Nací judío. Recibí el nombre de mi abuelo paterno Aaron. Cristiano de fe y bautismo, seguí siendo judío, como los apóstoles».

—¡Ese texto va a figurar en una catedral católica! —se extrañó Carter.

—Ésa fue la última voluntad del cardenal. Yo mismo la encargué hace unas semanas para que monseñor le diera su visto bueno antes de morir.

—En una carta que monseñor Lustiger dirigió a todos los sacerdotes de la diócesis de París el año pasado se despedía con una enigmática frase: «No me volveréis a ver». Esa despedida es la de un hermetista. Era Lustiger el principal guardián del secreto del que nos habló ante el altar de Notre-Dame, ¿verdad?

—Mire, profesora Henry, el cardenal estaba enfermo de cáncer desde el año 2005, un cáncer incurable. A su pesar, tuvo que dimitir como arzobispo de París y retirarse

para sufrir en silencio su enfermedad. Fue hospitalizado en abril de este año, y ya no se recuperó. Dios lo reclamaba a su lado.

—Buena parte de la Iglesia quería que fuera papa, y Ratzinger lo impidió —dijo Michelle.

—Profesora Henry, le ruego que hable con más respeto del Santo Padre —replicó Lefèvre—; la elección de un papa no es asunto de los hombres, sino de Dios mismo.

—Los cardenales Joseph Ratzinger y Jean Marie Lustiger eran los dos más firmes candidatos para suceder a Juan Pablo II. Pero ambos tenían un grave inconveniente: Lustiger era judío y Ratzinger había militado en el ejército nazi —insistió Michelle.

—Ambos han sido dos grandes príncipes de la Iglesia. Sus corazones no admiten el rencor. No siga por ese camino, señorita Henry.

—Ratzinger tenía setenta y ocho años cuando fue elegido papa; sólo le quedaban dos para poder actuar como cardenal elector. Dos años más y sus deseos de retirarse a escribir a una aldea bávara se hubieran cumplido. Pero pese a sus deseos contrarios a su designación como sumo pontífice, el Espíritu Santo inspiró a los cardenales para que lo votaran como nuevo papa.

—Como verá por las fechas, cuando en abril de 2005 fue elegido Benedicto XVI, el cardenal Lustiger ya no tenía opción en el cónclave, pues hacía dos meses que había dimitido como arzobispo de París y todos los componentes del Colegio Cardenalicio sabían que estaba muy enfermo —dijo Lefèvre.

—Claro que la tenía. Jean Marie Lustiger todavía no había cumplido los ochenta años en abril del 2005. Lo que ocurre es que el cardenal Ratzinger era el prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe, la Santa Inquisición, y desde su cargo controlaba el Colegio Cardenalicio y tenía atada la elección. Y además, el cardenal de París propiciaba un acercamiento a las demás religiones, sobre todo a los judíos, que la mayoría de la Iglesia no acepta.

—En eso se equivoca, señorita Henry. Benedicto XVI ha hecho mucho en dos años por el acercamiento de las religiones.

—Si no recuerdo mal, en septiembre del año pasado el Papa provocó un grave conflicto con el Islam al citar unas palabras del emperador bizantino Manuel II Paleólogo; aquel emperador bizantino de principios del siglo xv dijo que Mahoma sólo había traído al mundo maldades, y esa cita la reiteró Benedicto XVI. No parece la manera más adecuada de acercar las distintas religiones —alegó Michelle.

—Sí, es verdad que esa cita del Papa provocó protestas en algunas comunidades musulmanas, pero Benedicto XVI se apresuró a aclarar que se habían malentendido sus palabras, pidió disculpas y todo quedó arreglado.

—Perdone, padre, pero lo que realmente nos interesa es su opinión sobre el tema de investigación de la profesora Henry. Ahora estamos trabajando sobre la relación entre la alquimia y las catedrales. ¿Cree usted que transitamos por el camino equivocado? —intervino David, que hasta entonces había permanecido en un segundo término.

—Ya les dije en otra ocasión que esta catedral guarda la piedra filosofal bajo su altar mayor, pero no me pidan al respecto una declaración jurada porque no la haré.

—¿Conocía el cardenal Lustiger ese secreto? —preguntó David.

—No puedo contestar a esa pregunta.

—Víctor Hugo llegó a escribir que la catedral gótica es una enciclopedia de todos los conocimientos medievales, y como tal, «el compendio más cabal de la ciencia hermética» —añadió Michelle.

—Víctor Hugo escribía novelas y en una novela todo es posible —precisó Lefèvbre.

—En su novela *Nuestra Señora de París*, Víctor Hugo convierte al malvado canónigo Frollo en un alquimista, y ubica un laboratorio de alquimia en una de las torres de esta catedral.

—Esa obra es una novela, una obra de ficción —insistió Lefèvbre.

—Pero basada en conocimientos reales, padre —precisó Carter—. Víctor Hugo investigó sobre esta catedral y sobre el grupo de alquimistas parisinos, los que se reunían todos los sábados delante de Notre-Dame...

—El paralelismo de la luz no es correcto —dijo de pronto Lefèvbre.

—¿Cómo dice? —preguntó Michelle.

—La luz de los alquimistas no es la luz de Dios. Dios es pura luz, luz blanca, luz que envuelve al mundo. La luz de las catedrales góticas no es la luz de Dios, es la luz de los hombres. Las vidrieras filtran la luz blanca del sol, que es la luz de Dios, y la convierten en luz humana, de colores. Los alquimistas no pretendían imitar la luz de Dios, sino crear una nueva luz para el hombre, aprendiendo de las enseñanzas divinas. Por eso, la catedral medieval es el libro en el que los hombres plasmaron los misterios desvelados, y los expusieron ahí para quien quiera conocerlos.

»Sigán trabajando por ese camino y llegarán a la solución de los enigmas.

—¿Podemos ver la piedra filosofal? —preguntó Michelle.

—Ya les dije que la piedra filosofal sólo podrá contemplarse cuando la humanidad esté preparada para ello. Ustedes podrían hacerlo antes, pero deberán desvelar los enigmas —respondió Lefèvbre.

—¿Qué quiere decir con «desvelar los enigmas»? —inquirió Carter.

—En este asunto yo no puedo ayudarles, tendrán que averiguarlo por ustedes mismos. Y si me perdonan, tengo mucho trabajo; debo preparar las exequias del cardenal.

El padre Lefèvbre se levantó de su silla; Michelle y David no tuvieron otra opción que abandonar las estancias del arzobispado.

Capítulo 18

CALIFORNIA, agosto de 2007

El avión de Air France tomó tierra en el aeropuerto internacional de San Francisco tras poco más de once horas de vuelo directo desde París. Cansados y con la sensación de no haber dormido en una semana, Michelle y David descendieron del avión bajo el tórrido sol del verano californiano y se dispusieron a pasar el control de pasaportes. David llevaba su pasaporte estadounidense en la mano y lo mostró tranquilo al funcionario de aduanas.

—Un momento, señor Carter —le dijo éste.

—¿Algún problema? —preguntó David.

—Debo comprobar unos datos, disculpe.

El funcionario salió de su garita de cristal y regresó dos minutos después acompañado por dos policías del Departamento de Inmigración de Estados Unidos.

—Señor Carter, acompáñenos, por favor.

—¿De qué se trata, agente?

—Tiene que venir con nosotros, señor; una cuestión de trámite.

—Perdone, pero viajo acompañado de una señorita. Es francesa y no conoce el país.

—¿Quién es?

—Aquella joven, la del tejano y la camiseta azul celeste —Carter señaló a Michelle, que aguardaba paciente su turno unos pasos por detrás.

—Tráela —le dijo el agente que llevaba la voz cantante a su compañero.

—¿Qué ocurre, David? —le preguntó Michelle un tanto preocupada.

—No tengo ni idea, pero estos agentes tienen orden de que les acompañe.

—Por favor... —Los agentes les conminaron a seguirlos.

Los dos profesores fueron conducidos a una pequeña sala en las dependencias policiales del aeropuerto, donde sólo había una mesa de metal y seis sillas.

—Aguarden aquí, por favor.

Los dos policías cogieron los dos pasaportes, salieron y los dejaron solos.

—¿Estamos detenidos? —preguntó Michelle.

—Por el momento y legalmente, no; en caso contrario nos hubieran leído nuestros derechos. Al menos esto funcionaba antes así.

A los pocos minutos entró un agente vestido de paisano, acompañado de los dos policías de uniforme.

—Buenos días, señor Carter. Señorita Henry, bienvenida a América. Soy el inspector Mills, del servicio de aduanas de Estados Unidos.

—Buenos días, inspector. ¿A qué se debe esta detención?

—No está detenido, señor Carter; sólo queremos hacerle unas preguntas de rutina.

—Detener a un ciudadano americano sin razones no es una rutina.

—Insisto en que no está usted detenido.

—En tal caso, ¿puedo, podemos marcharnos?

—En cuanto conteste a nuestras preguntas y revisemos su equipaje.

—No tengo nada que declarar.

—El Departamento de Estado lo considera como susceptible de vigilancia, y así consta en su historial.

—¿A mí? —Se sorprendió Carter.

—Sí, a usted. Existe un informe en el que se le tacha de haber realizado acciones antiamericanas. Tenemos que comprobarlo; es cuestión de unos minutos.

—¿Existe alguna orden de detención contra mí?

—No, ninguna, pero es usted sospechoso de haber promovido actividades contra la nación.

En ese momento dos funcionarios entraron con un carro de equipajes donde iban las maletas de David y de Michelle, que colocaron encima de la mesa.

—Son nuestros equipajes.

—Tenemos orden de revisarlos en su presencia.

—El de la señorita no es necesario —dijo David.

—Si le acompaña, sí. ¿Pueden abrir sus maletas, por favor?

Obedecieron y los funcionarios se pusieron a revisar el contenido con sus manos enfundadas en guantes de látex.

—Sólo hay ropa, unos libros y regalos para mis padres. No encontrarán nada más, salvo que lo hayan colocado ustedes —dijo David.

—Tenga cuidado, señor Carter, podría acusarle de...

—Soy ciudadano americano y me han enseñado que el mío es un país libre. Me protegen la Constitución y nuestras leyes. Si no tiene ninguna orden de detención contra mí, le pediría que nos dejara salir de aquí enseguida. Ni siquiera me ha permitido llamar a un abogado.

—Le reitero que no está detenido.

—En ese caso, y si ya han acabado de inspeccionar nuestro equipaje, buenos días.

David cerró su maleta, que ya había sido revisada por los agentes, e hizo lo propio con la de Michelle.

—Perdone, no ha respondido todavía a mis preguntas.

Carter se encaró con el policía.

—No, no llevo armas, no soy terrorista, no pienso atentar contra la vida del presidente de Estados Unidos, no realizo acciones antiamericanas y no soy un traidor a mi país. ¿Es suficiente?, ¿alguna pregunta más? Y ahora, le rogaría que nos devolviera los pasaportes.

El policía, abrumado, le tendió los documentos a David.

—Ande con cuidado —le previno el agente.

David abrió la puerta de la sala e invitó a salir a Michelle. Nadie los retuvo.

—¿Qué pretendía ese tipo? —le preguntó la joven profesora.

—Amedrentarme. Hace casi un año escribí varios artículos en un periódico de Nueva York contra la política de Bush en Iraq. Unos agentes de la CIA se presentaron en el despacho del director del diario y le dijeron que yo podía ser un agente del terrorismo islamista, pero el viejo los echó de allí mentando la Constitución, los derechos civiles y la libertad de prensa; bueno, algo parecido a lo que acabo de hacer yo hace un instante. Cuando estaban revolviendo nuestras maletas me acordé de aquello y lo imité. Imagino que desde que escribí aquellos artículos me han incluido en el listado de antipatriotas. Ya lo sabes, te lo conté en París.

—Creí que era una broma.

—Pues ya has comprobado que no.

* * *

El padre de David le había dicho el día anterior que iría a recogerlos al aeropuerto, y lo hizo con una de las limusinas que la empresa familiar de los Carter utilizaba para trasladar a los turistas que realizaban una visita guiada a los viñedos y a la bodega.

Padre e hijo se abrazaron durante un buen rato.

—Ya tenía ganas de que llegaras, hijo; no te habíamos visto desde las vacaciones de Navidad, ¡ocho meses! Tu madre está muy nerviosa; nos espera en casa —el padre de David se fijó en Michelle—. Imagino que...

—Sí, papá, mi... —David dudó cómo denominarla—, mi amiga Michelle Henry. Michelle, mi padre, Aaron Carter.

El padre de David le dio dos besos.

—Bienvenida a América, Michelle. ¿Había estado antes en Estados Unidos?

—No, ésta es la primera vez.

—Procuraremos que su estancia sea lo más agradable posible. Y bien, subamos al coche, tenemos una hora de viaje hasta Calistoga. Habéis tardado demasiado en pasar el control de pasaportes.

—Había mucha gente esperando —mintió David.

—Calistoga es el pueblo donde tenemos los viñedos y la bodega, está en el valle de Napa —aclaró David.

La limusina era un enorme vehículo de color blanco, marca Cadillac. Estaba equipado con todo tipo de instrumentos electrónicos y con una nevera con capacidad para un par de botellas de vino y algunos refrescos. Un conductor de aspecto hispano, grande como un buey y con un bigote enorme, les abrió la puerta de la limusina y colocó las maletas en el portaequipajes. David le estrechó la mano y le saludó amablemente.

—Permítame, Michelle, que le dé la bienvenida con uno de nuestros mejores

vinos blancos. Se trata de un caldo elaborado con uva *chardonay* y *sauvignon blanc*, una mezcla al cincuenta por ciento elaborada por nuestro enólogo; sólo hemos producido cincuenta mil botellas —ya dentro de la limusina, Aaron Carter acababa de abrir una botella de vino y lo sirvió en tres copas.

—No, papá, Michelle... —David iba a decir que su «amiga» no bebía vino, pero, para su asombro, la joven cogió la copa, dio las gracias a Aarón y bebió un sorbo.

—¿Qué le parece?

—Estupendo, muy... profundo —dijo Michelle.

—Es un vino fresco y elegante; apropiado con su estilo, y entona muy bien con su perfume.

—Gracias.

Michelle se había aplicado un poco de su perfume en las dependencias del servicio de inmigración, aprovechando que estaban revisando el contenido de su maleta.

—No te extrañes, mi padre tiene una nariz prodigiosa. Es capaz de detectar cualquier aroma.

—Es mi trabajo. Un vinatero sin olfato está perdido. En el vino lo más importante es el aroma; incluso más que el sabor, es el olfato el sentido que domina en una cata de vino. Bueno, en realidad participan los cinco sentidos.

—¿También el oído? —preguntó Michelle.

—Claro. Escuche.

Aarón Carter volvió a servir otra copa dejando que el líquido amarillo dorado golpeará las paredes de la copa de cristal.

—El vino está vivo —intervino David—; o al menos eso dicen los expertos.

—¿Tienen ustedes muchas viñas? —preguntó Michelle.

—No estamos mal. La bodega Carter es propietaria de trescientas hectáreas en el valle de Napa, la mayoría, un ochenta por ciento, está dedicada a uvas *chardonay* y *sauvignon blanc*, que producen caldos blancos, pero ahora estamos ampliando para elaborar vino tinto con las variedades *zinfandel*, una uva genuina de esta zona que estamos mejorando a base de conseguir más calidad, y *pinot noir*, una variedad de uva que hemos importado de su país. El vino tinto es el que tiene más mercado en Europa, sobre todo en el sur, y queremos entrar en ese circuito con vinos tintos de gran calidad. Antes sólo vendíamos en Estados Unidos, pero desde hace tres años ya hemos colocado algunos centenares de cajas en restaurantes de lujo del Reino Unido y de Francia, y el próximo año estaremos en Italia y en España.

»El valle de Napa se extiende al norte de San Francisco a lo largo de unos cincuenta kilómetros; su tierras de origen volcánico y su clima de tipo mediterráneo húmedo son muy apropiados para el cultivo de la vid, especialmente la uva blanca, que además admite muchas variantes debido a los diversos microclimas que se presentan en apenas mil kilómetros cuadrados, en función de las laderas, su orientación, la composición del suelo, los vientos dominantes o el grado de insolación

—explicó Aarón.

Tras cuarenta y cinco minutos de viaje por la carretera 29, la limusina llegó al pueblo de Calistoga.

—Esto es Calistoga. Los de aquí comparamos el valle de Napa con una botella de vino y decimos que Calistoga es su corcho. Y ésta es la calle principal del pueblo; la llamamos, un poco pretenciosamente, avenida Lincoln. Ahí están las tiendas, el cine, y observe ese edificio, es la Cámara de Comercio. Este pueblo lo fundó Samuel Brannan en 1846, que se hizo rico explotando las minas de oro que por entonces se descubrieron por aquí. Además, levantó un hotel e hizo famoso el balneario de aguas termales y los baños de barro. ¡Ah!, y aquí pasó una temporada y su luna de miel Robert Louis Stevenson en 1880. Alguna vez me lo he imaginado paseando por los bosques de secuoyas ideando las aventuras que más tarde escribiría en *La isla del tesoro* o las tumultuosas vicisitudes de *El doctor Jekyll y mister Hyde*. El genial escritor escocés siempre estaba enfermo y es probable que sintiera cierto alivio con los baños de esta zona, aunque en realidad llegó hasta aquí siguiendo a su futura esposa, una divorciada de la que se había enamorado como un loco.

—Parece una ciudad muy tranquila —dijo Michelle, que no perdía detalle asomada por la ventanilla.

—Lo es; aquí vivimos algo más de cinco mil personas, pero en época de vendimia, que comienza dentro de tres semanas, la población se multiplica a causa de los trabajadores que vienen a recoger las uvas —señaló Aaron Carter—. ¡Ah!, y en el valle tenemos algunos de los mejores restaurantes del mundo.

—Mi padre exagera un poco. Papá, venimos de París, ¿recuerdas? —dijo David.

—Bueno, La Tour D'argent, L'Ambroisie o Ledoyen no están mal, pero todavía no he probado en ninguna parte del mundo una carne a la parrilla como la que sirven en el Calistoga Inn —se ratificó Aaron.

La limusina entró en una finca vallada atravesando las puertas abiertas de una gran reja de hierro, en cuyo remate había una gran «C» en forja dorada.

—Hemos llegado —anunció Aaron.

Cuando descendió de la limusina, Michelle se quedó asombrada; ante sus ojos se levantaba a escala reducida el castillo francés de Chambord, construido con piedra blanca de California y teja de pizarra gris oscuro.

—¡Es Chambord! —exclamó Michelle.

—Una modesta copia parcial a pequeña escala. Mi esposa Esther y yo nos enamoramos hace ya cuatro décadas de ese castillo francés y decidimos que, cuando pudiéramos, nos construiríamos una réplica en California. Ahora es nuestra casa, y la tuya, si me permites que te tutee, Michelle.

—Por supuesto, señor Carter, se lo agradezco.

—Pues a la recíproca.

—¡Hijo! —La madre de David acababa de salir del palacete y bajó las escaleras exteriores para abrazar a su hijo.

—Esta es Michelle, mamá.

—Querida, bienvenida a casa, David me habla mucho de ti. Pero vamos, vamos, pasad, imagino que estaréis hambrientos.

—Sobre todo cansados; han sido once horas de viaje.

—Sois jóvenes, podréis resistirlo. Tu padre y yo hemos hecho ese mismo viaje durante años; lo conozco bien.

En realidad el palacete de los Carter era una copia del cuerpo central del castillo de Chambord, en el valle del Loira, que Francisco I de Francia ordenara construir a comienzos del siglo XVI como pabellón de caza. El original es un enorme edificio con inmensos torreones, 440 habitaciones y 365 chimeneas. El palacete de los Carter tenía dos torreones y dos plantas. En el centro del edificio se había construido una réplica de la famosa escalera helicoidal doble de Chambord, que permite a la vez subir y bajar sin cruzarse, aunque la de los Carter era de doble sentido y más corta.

* * *

—Tu madre ha ordenado que preparen una habitación para Michelle, pero imagino que preferiréis estar juntos —le dijo Aaron Carter a David en un momento en el que padre e hijo se quedaron solos.

—Si no te importa...

—Vamos, tienes cuarenta años, y esa chica es deliciosa.

—Es estupenda, sí, una mujer extraordinaria. Posee un sólido carácter, pero es dulce, es una mujer libre y tiene un gran sentido de la responsabilidad. Y es independiente.

—¿Estás enamorado de ella?

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Sí, sí lo estoy.

—¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ella te corresponde?

—No se lo he preguntado.

—No la dejes escapar; yo no lo haría.

—Existe un inconveniente técnico: es mi alumna, codirijo su tesis doctoral.

—¿Y eso lo consideras un problema?

—Deontológicamente...

—Pamplinas. Si la quieres y es como dices, no la dejes escapar. Nacionalízate francés, si es preciso.

—Además está la diferencia de edad; tiene diez años y medio menos que yo.

—No parece que a ella le importe demasiado.

—Tal vez no, pero a veces me siento mayor a su lado, como si al estar conmigo ella estuviera perdiendo un tiempo precioso de su juventud que yo le estuviera robando.

* * *

Esa primera noche cenaron en casa de los Carter, en el magnífico jardín que se extendía a lo largo de tres hectáreas en la parte posterior del palacete. Michelle, para nuevo asombro de David, volvió a beber vino, esta vez un tinto *zinfandel* del 2004, el primer tinto reserva que se había elaborado en la bodega Carter.

La velada se alargó hasta pasada la medianoche, cuando el sueño producto del desfase horario entre Francia y California comenzó a hacer mella en Michelle y en David. Los dos profesores se despidieron a la vez y se retiraron a la habitación de David.

—¿Qué te han parecido mis padres? —le preguntó David, abrazado a Michelle en la cama.

—Tu padre es un hombre muy atento y tu madre es encantadora; tienes suerte. No les has contado el incidente del aeropuerto, ¿verdad?

—No, no saben nada; ni siquiera que la CIA me investiga. El es republicano; votó a Bush para presidente y a ese actor nacido en Austria que tenemos de gobernador en California. Mi familia es conservadora, como agricultores y propietarios temen a los liberales del Partido Demócrata; los consideran unos izquierdistas peligrosos.

—Tu padre se llama Aaron, como el cardenal Lustiger antes de su conversión al cristianismo, tu madre, Esther, y tú, David Lewis... ¿Sois judíos?

—Sí, genealógicamente lo somos, pero nunca hemos ejercido. Mis padres no me educaron en esa religión y, como bien sabes, yo no estoy circuncidado. Nuestros antepasados emigraron de Europa y se instalaron en América hace casi dos siglos. Nuestras raíces familiares son hebreas, pero no profesamos la religión de la Torá. Yo soy ateo y mis padres agnósticos, aunque a veces creo que tienen cierta añoranza de su origen; pero jamás hemos hablado de ello.

»Por cierto, tú nunca me has hablado de tus padres.

—Hace tiempo que se divorciaron. Mi padre vive en Singapur; es un alto ejecutivo de un importante banco francés. Cuando yo era niña, él siempre estaba viajando; sólo pasaba en casa las vacaciones de Navidad, algunos días en verano y algún que otro fin de semana. Me traía regalos asombrosos, pero apenas lo veía siete u ocho veces al año, y nunca más de una semana seguida. Mi madre se cansó de no compartir con él más allá de tres o cuatro semanas y se divorciaron cuando yo tenía diez años. Desde entonces viví con mi madre en París, hasta que conseguí el puesto

de profesora ayudante en La Sorbona y me independicé. Cuando se quedó sola, mi madre vendió su piso de París y se marchó a vivir a España; compró una casa en la playa, en un pueblo costero del sur de Andalucía, y allí reside. La última vez que la vi fue las Navidades pasadas, poco antes de que llegaras a París. Hablamos por teléfono una o dos veces al mes.

—De haberlo sabido, podríamos haber ido a visitarla cuando estuvimos en Sevilla y en las playas de Huelva.

—Ella tiene su propia vida, devora un amante tras otro, siempre mucho más jóvenes que ella, y apenas le interesa lo que hago.

—¿Y tu padre?

—Se volvió a casar hace cinco años, con una oriental, una rica heredera hija de un empresario de Taiwán. Me invitó a la boda pero no fui. Singapur está demasiado lejos y la nueva esposa de mi padre tiene un año menos que yo, de modo que decidí quedarme en París. Desde que se separó de mi madre sólo lo veo una o dos veces al año, apenas unos días, cuando viene a París por asuntos de trabajo. Tampoco le preocupo demasiado, aunque el apartamento en el que vivo lo pagó él y lo puso a mi nombre. Imagino que lo hizo para lavar su conciencia de padre ausente.

—Es curioso, tus padres se han buscado parejas mucho más jóvenes que ellos y en cambio tú has optado por un carcamal antediluviano.

No lo dijo, pero también pensó en la relación amorosa de Michelle con Jean Ricard, del cual también lo separaban unos diez años, y por un momento le pareció que Michelle buscaba relaciones con hombres mayores que ella para cubrir el hueco dejado por la ausencia del padre durante la infancia.

David besó a Michelle y la envolvió en un abrazo. Era maravilloso estar desnudo junto a ella, sentir cada centímetro de su piel tibia y suave pegada a la suya, el aroma delicado de su perfume y la sedosidad de sus cabellos, siempre limpios. Tenía ganas de hacerle el amor, la primera vez en suelo americano, pero dejó que se durmiera entre sus brazos, en el calor de aquella noche del estío californiano.

* * *

Esther Carter había preparado un desayuno copioso. En una gran mesa, colocada en el jardín junto a la piscina, había un surtido de embutidos de la zona, beicon frito, queso, huevos revueltos, frutas mediterráneas y tropicales, zumos, pasteles, mantequilla, mermelada de cerezas y arándanos, bollos de manteca, bizcochos de chocolate, leche y café; todo en cantidades considerables.

—¿Cuántos vamos a desayunar aquí? —preguntó Michelle, que bajó al jardín de la mano de David, con el cabello todavía recién mojado de la ducha.

—Nosotros cuatro. Mi madre es un tanto exagerada en cuanto a comidas.

—Querida, ¿has descansado bien? —le preguntó Esther Carter.

—Estupendamente, gracias. He dormido toda la noche de un tirón.

—Magnífico.

—Buenos días, Michelle; hijo...

Aaron Carter los saludó mientras servía zumo de mango en unas copas.

—Mi madre considera que un desayuno abundante y nutritivo es la base de una buena alimentación —explicó David.

—Por supuesto. Para comenzar bien la jornada es preciso ingerir al menos la tercera parte de las calorías diarias durante el desayuno. Aquí, en California, solemos desayunar así. Los europeos desayunan poco. Recuerdo un hotel, en Provenza, que era precioso, pero el desayuno consistía en un poco de pan con aceite de oliva, un café negro y denso y un par de pastas, una lástima —dijo Esther.

—Hoy le enseñaremos a Michelle la propiedad. Espero que no te aburras —propuso Aaron.

—Me encantará.

—Papá está orgulloso de sus viñas y de su bodega —intervino David.

—En ellas he empleado toda mi vida. Tres generaciones de los Carter se han dedicado a cultivar uvas y elaborar vinos, y al parecer, la mía será la última. Este hijo mío prefirió estudiar Historia del Arte a Enología. La culpa fue nuestra, por llevarlo a Europa y pasearlo por Francia, España e Italia, a ver sus monumentos y sus museos. Todavía recuerdo la cara de asombro que puso aquel verano en su primera visita a Notre-Dame de París. Tenía, seis, no, siete años, y permaneció con la boca abierta durante más de una hora, sin decir palabra. Ese día supe que había perdido a un enólogo.

—No exageres, papá.

—Ocurrió tal como lo ha contado tu padre —intervino Esther—. Estabas embobado, te parabas ante la luz de colores de cada vidriera y no querías salir de allí.

—Me pareció el mayor calidoscopio del mundo. Las Navidades anteriores me habíais regalado uno, y todos los días lo miraba en mi habitación. Las vidrieras de Notre-Dame me parecieron un maravilloso caleidoscopio gigante y su colorido me fascinó.

Tras el desayuno, visitaron los viñedos en un todoterreno. David conducía y a su lado iba su madre; desde los asientos posteriores, Aaron le explicaba a Michelle las características de las viñas, el tipo de uva que se cultivaba en cada parcela, la orientación de las laderas, las propiedades minerales de cada suelo y su composición edafológica.

—El trabajo de viticultor es apasionante, pero está lleno de sobresaltos. Observamos constantemente el cielo por si llueve poco, o si llueve demasiado, revisamos una y otra vez las cepas por si tienen parásitos, rezamos para que no se extiendan las plagas, y si hay una buena cosecha, esperamos a que el mosto tenga calidad suficiente y evolucione correctamente para elaborar un buen vino. Y a pesar de tantos cuidados, jamás se está seguro de lo que puede ocurrir. En junio del 2004

estuvimos a punto de perderlo todo. Una plaga de insectos infectó con una bacteria varias hectáreas de viñedos en el sur del valle, aparecieron brotes de piojos harinosos y murieron muchas plantas. Afortunadamente, pudimos frenar la expansión de la plaga y salvamos la mayoría de las cepas, pero hubo un momento crítico en el que pensé que se había acabado todo.

—Una situación así debe de ser terrible —dijo Michelle.

—Lo es. Imagínate la plaga avanzando desde el sur, infectando una tras otra miles de cepas, hasta que pudimos detenerla. Pasamos varios días sin dormir, combatiendo con todo tipo de productos a los insectos, defendiendo cada una de las plantas. Y al fin lo logramos. Pero siempre estamos expuestos a que situaciones como aquella puedan volver a repetirse. Además, el cambio climático está afectando mucho a las cosechas; imagino que dentro de unos años quienes quieran seguir cultivando uvas deberán hacerlo en latitudes más septentrionales; las epidemias serán cada vez más intensas, el desierto avanzará hacia el norte, el valle de Napa se convertirá en un secarral y habrá que cultivar viñedos en las ahora húmedas y frías costas del Estado de Washington. Quién sabe si algún día las laderas del monte Olimpo, cerca de Seattle, estarán cubiertas de cepas.

—Creo que las viñas de Europa sufrieron una gran epidemia en el siglo XIX —dijo Michelle.

—La filoxera. Ese hongo se originó en Inglaterra en 1863 y se extendió por toda la Europa vinícola. Francia, España, Alemania e Italia perdieron más de la mitad de sus cultivos, pero antes de que la ruina fuera total se injertaron esquejes de cepas americanas que salvaron la vid europea. Los europeos trajeron a América la vid y esas mismas vides salvaron los viñedos europeos. Ya ves, en realidad, la mayoría del vino que se elabora ahora en Europa es nieto de las cepas americanas.

Tras visitar los viñedos, David condujo el todoterreno hasta la bodega Carter. Los vinos se elaboraban en la misma propiedad, en un edificio construido a principios de los años noventa del siglo XX. La fachada simulaba un gran mural cubista, con las ventanas cubiertas con vidrieras de colores, como las de una futurista catedral gótica; varias naves guardaban las grandes cubas de acero donde fermentaba el caldo y donde se almacenaban los miles de cubas de madera de roble americano en los que los tintos crianzas, reservas y grandes reservas envejecían entre seis y veinticuatro meses.

En una zona independiente estaba la embotelladora y la etiquetadora; de allí salían las botellas listas para ser colocadas en las cajas y distribuir las a los mercados y restaurantes.

—Elaborar vino es toda una experiencia, casi un milagro —dijo Aaron.

—Un vinatero es como un alquimista —bromeó David.

—No lo dudes, hijo. Acertar con el vino perfecto es como encontrar la piedra filosofal.

—¿Nunca has conseguido un vino perfecto? —preguntó Michelle.

—No existe. Lo buscamos todos, conseguimos acercarnos a veces, pero nunca alcanzamos la perfección deseada —confesó Aaron—. Siempre falta algo; el vino está sujeto a cientos de variables. Desde que se emplean estas cubas de acero inoxidable hemos logrado controlar muchas de ellas, pero siempre quedan aspectos aleatorios imposibles de prever.

—Bien, queridos —intervino Esther—, imagino que estaréis hambrientos. Os recuerdo que tenemos mesa reservada en el Wappo Bar Bistró. Ya verás, Michelle, sirven especialidades de medio mundo y está en lo alto de una colina desde donde se contemplan las mejores vistas del valle de Napa. Te gustará.

—Vaya. Creía que iríamos a Calistoga Inn, a por una de sus insuperables barbacoas —protestó Aaron.

—Mañana, querido, mañana.

* * *

En los días siguientes David y Michelle recorrieron el Estado de California. Visitaron los grandes bosques de secuoyas del norte, las playas del sur, la ciudad de Los Ángeles e incluso hicieron una excursión en avioneta al Gran Cañón, en el vecino Estado de Colorado.

Una noche cenaron en el Pier, un restaurante de la localidad de Santa Bárbara desde donde se disfrutaban las más espectaculares vistas sobre el océano Pacífico.

El sol se estaba ocultando en el horizonte marino, como si el mar enorme y turquesa se lo estuviera tragando lentamente.

—Tu padre asegura que elaborar vino era alquimia —dijo Michelle mientras contemplaba cómo se ocultaba el último arco del sol.

—Y tiene razón. Con mosto, un producto pastoso, dulzón y humilde, se elabora un delicado, sedoso y elegante caldo. Y en todo ese proceso hay una verdadera transmutación de la materia. Mira —David señaló el sol rojo, que ya era sólo una fina línea en el horizonte—, en cierto modo lo que ocurre en la naturaleza también es alquimia. Algo así debe de ser la piedra filosofal.

—Cuando regresemos a París le diremos a Lefèvbre que nos la muestre —propuso Michelle.

—Recuerda que nos dijo que sólo nos la enseñaría cuando desvelásemos los enigmas, pero no nos dijo qué enigmas. ¿De veras crees que bajo el altar mayor de Notre-Dame está oculta la piedra filosofal?

—Lo que creo es que alguien escondió algo importante en ese lugar, y que probablemente allí sigue. No sé si se trata de la piedra filosofal o de cualquier otra cosa, pero creo que algo se guarda bajo ese altar.

—Tal vez sea una reliquia, huesos de algún santo, o en verdad una piedra preciosa. Podría ser un rubí, es la piedra que más se parece a la piedra filosofal. En

cualquier caso, será muy difícil averiguar qué se esconde allí, si es que es cierto lo que dice Lefèvbre.

—Tenemos que averiguarlo.

—¿Y cómo lo logramos? ¿Entramos en Notre-Dame una noche con un pico y una pala o pedimos un permiso oficial de excavaciones?

—La clave está en Lefèvbre. Él nos abrirá el camino.

—Entre tanto, comamos; esta langosta en salsa americana tiene un aspecto delicioso.

El sol se había puesto por completo, pero el cielo en el horizonte sobre el océano mantenía un color rojo como de fuego.

—Estoy pasando unos días estupendos. Gracias por traerme contigo —dijo Michelle.

—No, gracias a ti. Gracias por haber aceptado la invitación.

—Ha sido estupendo, y tus padres me han tratado como a una...

—¿Hija...?

—No quería decir eso. Nuestra relación no es...

—Mi padre me preguntó si estaba enamorado de ti.

—¿Y qué le respondiste?

—Que eres diez años más joven que yo.

—No es la respuesta adecuada a esa pregunta —asentó Michelle.

—Me recomendó que no te dejara escapar.

—No voy a huir.

David se acercó a Michelle y la besó.

—Haré cuanto pueda para que jamás tengas la tentación de hacerlo.

Aquella noche hicieron el amor sin cruzar una sola palabra, sólo se besaron, se acariciaron, estrecharon sus cuerpos uno junto al otro, como si quisieran fundirlos en uno solo; el amanecer los sorprendió abrazados como dos palmeras solitarias.

Poco antes de regresar a Europa pasaron dos días en San Francisco. La última tarde en la bahía asistieron a la ópera, a una representación de *Madame Butterfly* de Puccini, el compositor favorito de David.

Tras diez días en California volaron a Nueva York. Durante cinco días disfrutaron de la Gran Manzana, de sus teatros, sus museos y sus parques; en el Lincoln Center asistieron a una representación de la ópera de Puccini *Gianni Schicchi* en el Metropolitan Opera House.

David le presentó a Michelle a su colega y amigo John Brannagh y los tres compartieron una amena cena en un famoso restaurante japonés en la Sexta Avenida. El profesor Brannagh, aprovechando que Michelle los dejó solos unos momentos al final de la cena, también le recomendó a Carter que no la dejara escapar.

VII La fraternidad de los alquimistas

Capítulo 19

PARÍS, fines de agosto de 2007

La estancia en Nueva York se alargó más de lo previsto. En cierto modo, aquel viaje fue muy parecido a una luna de miel, tal como se concibe en Estados Unidos; sólo faltó una visita al parque de Yellowstone y otra a las cataratas del Niágara.

A finales de agosto regresaron a París. El tiempo era estupendo, pues el calor y la humedad no eran sofocantes y salvo una fina lluvia que descargaba algunos días a primera hora de la mañana o hacia el final de la tarde, la mayor parte de la jornada lucía un sol espléndido. La única incomodidad fue que la ciudad estaba llena de turistas aquellos días del verano.

Hacía ya más de medio mes que se habían celebrado los funerales por el cardenal Lustiger, y ni en la ciudad ni en la catedral de Notre-Dame se hablaba de aquel suceso que sólo unos días antes había conmocionado a todos los católicos parisinos.

La universidad permanecía cerrada por vacaciones, pero Michelle y David acudían todas las mañanas a sus despachos. Michelle quería recobrar el tiempo que en el último mes no había dedicado a la tesis y aprovechaba la calma y el vacío que aquellos días había en la Facultad para trabajar intensamente toda la jornada. David estaba redactando un libro que le había encargado una editorial italiana sobre la pintura florentina del Cuatrocientos, y además debatía con Michelle acerca de la redacción de su tesis. Solían acudir a la Facultad sobre las ocho de la mañana, para trabajar hasta mediodía; salían una hora a tomar una comida ligera en alguno de los *bistrots* o de las *brasseries* del bulevar de Saint-Germain o de la calle des Écoles, que durante los meses del curso académico suelen estar ocupados por estudiantes y profesores y en verano por los turistas, y retomaban el trabajo hasta media tarde.

Salían a cenar temprano y aprovechaban la calidez del estío para pasear por los bulevares, cenar en las terrazas del distrito de Chatelet o en las de los restaurantes de Montmartre, que a pesar de la multitud de turistas seguía siendo uno de los lugares favoritos de David en París.

Sobre las diez regresaban a uno de los apartamentos, a cualquiera de los dos, y pasaban la noche juntos, haciendo el amor hasta que el sueño los vencía y quedaban dormidos, abrazados como dos amantes que anhelan que nunca llegue el siguiente amanecer.

Michelle acababa de redactar el capítulo de la tesis en el cual analizaba los postulados de Fulcanelli con respecto a la alquimia y su reflejo en los programas iconográficos de las catedrales góticas. Aquella tarde llovía bastante, el cielo estaba gris y la ciudad oscura. Por ello, tras el almuerzo de mediodía decidieron ir al apartamento de Michelle y continuar trabajando allí.

—Fulcanelli asegura en *Las moradas filosóficas* que los mejores y más bellos tratados de alquimia fueron escritos en los últimos tres siglos de la Edad Media, la época en la que la cultura oriental ya era bien conocida en Occidente, y la que más importancia le dio al simbolismo y a la alegoría. En aquel tiempo París se convirtió en el gran centro alquímico de Europa, y los grandes maestros alquimistas tuvieron aquí sus talleres. En el siglo XII ya había notables alquimistas en la ciudad. El relevante filósofo inglés Roger Bacon estudió matemáticas en París a mediados del siglo XIII, cuando se estaba esculpiendo la parte esencial de las esculturas de las portadas de Notre-Dame, y aquí fue donde aprendió los fundamentos alquímicos que hicieron posible que escribiera su obra *Espejo de la alquimia*, tal vez siguiendo los pasos marcados por el obispo Guillermo, el único que logró la piedra filosofal, que guardó en Notre-Dame. Ese libro fue fundamental para el desarrollo de la ciencia alquímica y hermética en los siglos XIV y XV —aseguró Michelle.

—De acuerdo, pero Bacon condenó en otros de sus libros la magia, y en cierto modo, la alquimia era concebida en la Edad Media como muy próxima a esa práctica.

—Sobre Bacon se han dicho muchas cosas, incluso que creó una especie de androide que tenía la facultad de hablar. Era franciscano y, como bien sabes, los franciscanos estaban siempre en el filo de navaja de la herejía. Había obispos que los consideraban próximos a los herejes que defendían la pobreza como pauta esencial de comportamiento de la Iglesia. El papa Juan XXII condenó en 1323 a quienes defendían la pobreza y consideró herejes a los que la propugnaban.

—Bacon fue un adelantado a su tiempo, de acuerdo, aunque buena parte de los avances que se le atribuyen eran trucos sencillos que sabía aplicar gracias a sus conocimientos de física, como por ejemplo el uso de espejos, con los que provocaba efectos que parecían cosa de magia —dijo David.

—Pero predijo muchos descubrimientos científicos. En su *Tratado de las obras secretas de la naturaleza y el arte* ya anticipó que el hombre podría volar o que se desplazaría en vehículos empujados por una misteriosa energía. Fue capaz de anticipar en varios siglos progresos científicos que hoy son habituales. Por ello fue condenado a prisión por brujería y sobre él cayó la terrible acusación de actuar de parte del demonio. Estuvo catorce años preso hasta que lo liberó el papa Clemente IV, que no fue precisamente un pontífice condescendiente con los herejes.

—Clemente IV era francés, y cuando en 1265 se convirtió en el nuevo papa, los franceses estaban en guerra con el Imperio alemán a causa del dominio de Italia. Francia necesitaba toda la ayuda posible, y Bacon era inglés. Su liberación respondió a intereses políticos —apuntó David.

—Es probable, pero esa circunstancia política en nada cambia las cosas. Si Bacon sabía tanto de alquimia es porque lo había aprendido aquí, en París. Los alquimistas parisinos eran los más importantes, pero la Iglesia comenzó a perseguirlos a mediados del siglo XIII, tras la muerte del obispo Guillermo, y tuvieron que continuar practicándola en la clandestinidad. Pese a ello, la escuela de alquimistas de París no

se interrumpió con Bacon. En el siglo siguiente destacó Nicolás Flamel, de quien algunos aseguran que ha sido el más grande alquimista de todos los tiempos.

—Sí, he leído que fue capaz de fabricar oro y que buscó durante toda su vida la piedra filosofal. Algunos lo consideran como el que hizo posible la unión de las alquimias árabe, judía y cristiana.

—Su vida es un misterio —añadió Michelle—. No se conoce exactamente cuándo nació ni cuándo murió; pero, por lo que sé, debió de nacer alrededor de 1330 y murió hacia 1420.

—Una vida muy larga —dijo David.

—Como la de todos los alquimistas. Hay incluso quien asegura que vivió ciento dieciséis años. Su tumba ha desaparecido; es probable que estuviera en la iglesia de Santiago, que ya no existe, donde parece que había una lápida en su memoria, pero desapareció durante la época del Directorio, en la Revolución. Esa lápida estuvo durante mucho tiempo en poder de un anticuario, y ahora se puede ver en el museo de Cluny.

—¿Te lo dijo Jean Ricard? —preguntó David.

—Sí, ayer le consulté este dato. Flamel vivió en el número 51 de la calle de Montmorency, todavía existe en el tercer distrito; es una travesía entre la calle del Temple y el bulevar de Sebastopol. Jean me ha enviado un completo informe, pues como sabes es conservador del museo. Te lo resumo: Flamel declaró haber encontrado la piedra filosofal, aunque no era cierto. Había estudiado en Bolonia y había realizado la peregrinación a Santiago de Compostela. Fue en el Camino donde asegura que halló la piedra filosofal, que estaba en posesión de algún alquimista judío. De regreso se estableció en París, en un taller de la calle de Saint-Jacques. Es probable que durante ese viaje a Compostela adquiriera un tratado de alquimia, el libro perdido del rabino Abraham el Judío, titulado *Aesch Mezareph*, donde se explicaban las instrucciones precisas para conseguir la piedra filosofal. Siguiendo los pasos allí marcados, aseguró que en enero de 1382 logró transformar media libra de mercurio en plata y que en el mes de abril hizo lo propio con otra media libra de una piedra roja, imagino que sería cinabrio, a la que transformó ahora ya en oro.

—¿No creerás todo eso?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer, pero el rey Carlos VI le encargó que «fabricara» oro para sufragar los gastos del reino de Francia, y lo cierto es que L murió inmensamente rico; incluso pagó la construcción de varias iglesias y capillas en París, y se construyó a su costa el cementerio de los Inocentes. Eso son hechos.

—Tal vez su riqueza no se debiera a que lograra transmutar mercurio en plata o en oro, sino a que especuló con el oro; a fines del siglo XIV la Europa cristiana se vio obligada a importar oro de los países del norte de África; pudo ser Flamel uno de los comerciantes que intermediaba en ese tráfico y que con ello se hiciera rico. Además, fue notario de esta universidad; los notarios ganaban mucho dinero, conocían el mercado inmobiliario de las ciudades medievales mejor que nadie; también pudo

enriquecerse comprando y vendiendo el patrimonio inmobiliario de los judíos expulsados de Francia. Como ves, hay muchas alternativas para explicar su enriquecimiento —supuso David.

—Es probable que fuera así, pero en el 51 de la calle Montmorency hay una placa que dice: «Aquí vivió Nicolás Flamel, un rico burgués parisino, feligrés de Saint-Jacques de la Bocherie, al que una leyenda tenaz quiere convertir en alquimista en busca de la piedra filosofal y el modo de convertir el plomo en oro».

—Aquí todo el mundo tiene una placa, menos Fulcanelli. Pero vamos, Michelle, si existiera algún sistema químico o físico por el que se pudiera convertir el mercurio o el plomo en oro, ¿no crees que los científicos ya lo habrían descubierto hace tiempo? El oro es un material noble y sus cualidades son extraordinarias. Si se pudiera crear a partir de otro metal más abundante y barato, los cables de conducción de la electricidad serían de oro, las tuberías serían de oro, casi todos los objetos metálicos se fabricarían en ese metal.

—No es tan fácil, porque en la alquimia no se trabaja como en las ciencias experimentales. El proceso alquímico requiere de mucho tiempo, mucha paciencia y mucha, mucha dedicación. La ciencia moderna se desarrolla muy deprisa porque necesita resultados inmediatos y rentables, pero un alquimista puede emplear toda su vida en busca de la piedra filosofal porque para él el tiempo no importa. La búsqueda de la piedra filosofal no es una ciencia exacta, no es como la física tradicional, donde cada experimento reproducido en situaciones similares proporciona el mismo resultado; en el proceso alquímico no sólo intervienen los componentes materiales, sino también el espíritu del alquimista. En la alquimia, el alquimista es una parte más del camino y un instrumento esencial en el proceso.

—Y crees que Flamel y Fulcanelli lo consiguieron porque sus espíritus, o sus almas, o lo que fuera, estaban predispuestos a ello.

—Así es. Los alquimistas trabajan con matraces, hornos crisoles y retortas, y en su quehacer cotidiano utilizan sal, azufre, mercurio, plomo y otros metales y minerales, y lo hacen consultando libros que no están en las bibliotecas y empleando un lenguaje que tiene un significado simbólico que los no iniciados jamás entenderán.

—La ciencia hermética...

—En efecto. Un alquimista busca ante todo la piedra filosofal, que es un objeto material, pero a la vez una idea especulativa, la de la perfección y la pureza, de ahí que se plasme en el oro como ideal. Nicolás Flamel fue el primero de una serie de alquimistas que siguieron buscando la piedra filosofal. El alemán Corneille von Nettesheim Agrippa fue uno de ellos; en los primeros años del siglo XVI creó unos espejos mágicos capaces de reflejar escenas de otro tiempo en el pasado y lo que acontecería en el futuro. Se dice que en ellos se fijó el emperador Carlos V para dominar el mundo. Por cierto, ¿sabías que Agrippa dio clases en La Sorbona durante algún tiempo y que Ignacio de Loyola, el fundador de los jesuitas, fue alumno suyo?

—Vaya; siempre los mismos protagonistas y escenarios: París, La Sorbona, los

alquimistas, la Iglesia...

—La Iglesia siempre quiso controlar todo cuanto se movía en la Cristiandad. No podía permitir, al menos públicamente, las actividades de los alquimistas, pero dejó que siguieran buscando. Lo hizo el gran Paracelso, nacido en 1493 en el cantón suizo de Schwytz, trabajando con cinc. Paracelso afirmaba que el verdadero arte de los hombres era la alquimia y buscó a través de la alquimia el viejo sueño de muchos: la inmortalidad. Paracelso aprendió de maestros misteriosos en sus viajes a la isla de Rodas y a Moscú, y en Constantinopla, donde el maestro alquimista Salomón Trimosin, autor de un libro titulado *El esplendor del Sol*, le mostró el camino para encontrar la piedra filosofal.

—Yo creía que Paracelso fue médico.

—Sí, lo fue, pero comenzó trabajando en una mina, donde se encargaba de analizar los minerales. Su padre fue alquimista y él aprendió de su progenitor. Aplicó sus conocimientos en mineralogía a la cura de enfermedades, y utilizó el mercurio y el azufre para curar la sífilis y el bocio.

—Es decir, el precursor de la homeopatía —bromeó David.

—Así es. Paracelso aseguraba que «lo similar cura lo similar», y aceptó los cuatro temperamentos descritos por Galeno, que puso en relación con los cuatro sabores fundamentales; así, equiparó lo dulce a lo flemático, lo amargo a lo colérico, lo salado a lo sanguíneo y lo ácido a lo melancólico.

—Creo que Paracelso tuvo muchos enemigos.

—En efecto. Se le atribuyeron prácticas de magia y eso le acarreó numerosos problemas. Incluso hubo quienes lo acusaron de acordar un pacto con el demonio y de llevar oculto en el pomo de su espada un diablillo. Pero esta leyenda tal vez se deba a que el propio Paracelso afirmó que había sido capaz de crear un pequeño ser fruto de la putrefacción del esperma.

—Uno más de los alquimistas que crean monstruos o seres extraordinarios que hablan, se mueven y caminan como los seres humanos, como la cabeza parlante que ideó el papa Silvestre II basada en el sistema binario y que era capaz de responder «sí» o «no» a las preguntas que se le hacían, y que los ignorantes clérigos destruyeron a la muerte del papa en 1003, o el famoso golem que el rabino Low creó en el siglo XVI en Praga insuflándole vida al citar el nombre oculto de Dios.

—Algo así; aunque, a mí, Paracelso me parece un verdadero genio. Fue uno de los grandes hermetistas de todos los tiempos, y durante toda su vida se preocupó por buscar respuestas a las preguntas que se hacía su espíritu inquieto e innovador. Paracelso fue uno de los más importantes eslabones de la cadena de iniciados.

—Y Fulcanelli el último gran eslabón —supuso David.

—Fulcanelli recuperó los secretos de la alquimia y el hermetismo en una época en la que la ciencia parecía en condiciones de explicarlo todo. A fines del siglo XIX Gustave Eiffel demostró que era posible construir una torre de hierro de miles de toneladas de peso y de trescientos metros de altura.

—Ese montón de chatarra horroroso que hace unos años propuse que se derribara en honor al buen gusto —ironizó David.

—Y Ferdinand de Lesseps —continuó Michelle ignorando el comentario de Carter—, diseñó y ejecutó el canal de Suez a través de 163 kilómetros de desierto tras remover millones de metros cúbicos de arena y piedras. Hacia 1900 Francia estaba a la cabeza de la ingeniería mundial y todo parecía girar en torno a lo material y a lo físico. Fue entonces cuando apareció Fulcanelli y se revitalizaron los trabajos de los hermetistas. No es causal que Fulcanelli demostrara estar en posesión de los grandes secretos de los alquimistas y de los hermetistas, transmitidos de generación en generación, siglo tras siglo, al abrigo de las persecuciones de la Iglesia y de los Estados.

»Y creo que tengo la solución al dilema que parece atormentar la fe del padre Lefèvre: Cristo fue uno más de esa larga cadena de alquimistas y hermetistas. La Iglesia lo sabe, siempre lo ha sabido, y lo ha ocultado durante siglos porque su estructura de poder está basada en la herencia divina que Jesús transmitió a san Pedro. Notre-Dame de París es la cuna del secreto, y lo ha sido tal vez desde que Roger Bacon en el siglo XIII, Nicolás Flamel en el XV, Paracelso en el XVI y Fulcanelli en el XX continuaran la cadena de iniciados que comenzó hace varios milenios, probablemente con los constructores de las pirámides, y que pasó por Cristo. ¿Recuerdas que Cristo vivió su niñez y primera juventud en Egipto? ¿Qué aprendió allí?, ¿qué pudo conocer de la vieja cultura milenaria de los faraones? La Iglesia siempre ha estado al corriente de todo ello, y de vez en cuando ha habido quienes han intentado revelar lo que la doctrina oficial ocultaba. A mediados del siglo XII, en una Europa en crecimiento, sin grandes epidemias y con buenas cosechas, se abrió una nueva esperanza, el inicio de un siglo luminoso que hizo posible la construcción de las catedrales góticas y el triunfo de la razón y de la sabiduría. Algunos creyeron que al fin sería posible alcanzar la verdad de la Revelación divina y superar tantos siglos de mentiras y manipulaciones, pero ese tiempo apenas duró cien años; la Iglesia reaccionó y volvió a cerrar aquella rendija de luz abierta durante una centuria. Pero parte de esa luz quedó en las catedrales góticas y en sus mensajes iconográficos.

—Eso que estás diciendo es muy interesante, pero la comunidad científica no lo admitirá, y puede que le dé un ataque a Louise Lazard si le presentas así tu tesis —dijo David.

—Cada vez estoy más convencida de que las catedrales góticas encierran un mensaje lleno de misterios. Los alquimistas no podían transmitir toda su ciencia de manera abierta; en primer lugar, porque la Iglesia los hubiera condenado a la hoguera, y además porque su misma esencia impide que su conocimiento se extienda a todo el mundo.

—¿Por ser los elegidos? —preguntó David.

—No, por ser los únicos que podían entenderlo.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Anteayer estuve en la Biblioteca Nacional. ¿Recuerdas?; pasé por tu despacho a las nueve y media para decirte que iba a salir un par de horas en busca de unos datos a la biblioteca.

—Sí, claro, pero creí que ibas a la biblioteca de la Facultad; luego me llamaste sobre las doce para decirme que no comeríamos juntos, y que volverías más tarde. No olvido que tuve que almorzar solo.

—Recibí una llamada sobre las nueve de la mañana, al poco de llegar al despacho; era la voz de un hombre, de edad madura, de unos sesenta años. Me dijo que acudiera esa misma mañana, en cuanto me fuera posible, a la biblioteca nacional Francois Mitterrand y que pidiera un libro según una signatura concreta que me proporcionó. Me aseguró que allí encontraría la clave de lo que buscaba. Me dejó muy sorprendida.

—¿Por qué no me avisaste de ello?

—No quería distraerte de tu trabajo; estabas muy metido en tu libro sobre pintura florentina; apenas levantaste la vista del ordenador cuando te dije que iba a salir a la biblioteca.

—¿Y bien, qué ocurrió?

—Pues me dirigí a la Francois Mitterrand y solicité el libro con la signatura que me indicó esa voz anónima.

—¿De qué libro se trataba? —inquirió David.

—Era un manuscrito. En la primera página había una hoja suelta; se trataba de una carta de un escritor ruso llamado Vladimir Orlof, de quien apenas he encontrado datos, aunque sé que existió un pintor del mismo nombre autor de un cuadro al óleo titulado *Tártaros a caballo* en 1930. Pues bien, este escritor dice en esa nota que los alquimistas del siglo xx deben observar los estatutos de sus predecesores medievales, en donde se proclamaba que sólo los hombres de corazón puro e intenciones elevadas pueden dedicarse a la alquimia.

—¿Y dónde están esos estatutos?

—En el manuscrito que consulté anteayer.

—¿Nadie lo había visto hasta entonces?

—Pregunté en la biblioteca sobre las consultas precedentes de ese manuscrito y no pudieron darme noticias, pues muchos datos se perdieron o se destruyeron cuando se trasladaron los fondos a la nueva biblioteca hace ya unos años. Desde que disponían de datos de préstamos y consultas, de ese manuscrito sólo había una petición realizada en mayo de este mismo año.

—¿Quién la realizó?

—Fulcanelli —soltó Michelle.

—¿Qué?

—El nombre del lector que había consultado el manuscrito era Fulcanelli; no me dieron más datos porque el bibliotecario alegó que eran confidenciales.

—¿A nadie le extrañó que un lector se identificara como Fulcanelli? Imagino que

tendría un carné de identidad o alguna tarjeta de identificación para que le permitieran consultar ese manuscrito. No se trata de un libro cualquiera, hace falta una credencial de investigador para consultar el fondo de manuscritos.

—Tal vez lo había falsificado; no es difícil.

—Fulcanelli no es un nombre corriente; a cualquier bibliotecario le hubiera llamado la atención un lector con esa identidad.

—Pues nadie recordaba el menor rasgo del tal Fulcanelli. Su nombre estaba en la ficha de la biblioteca como único consultor del manuscrito antes que yo, nada más.

—¿Y el contenido del manuscrito?

—Es un tratado que compendia todo lo conocido sobre alquimia hasta el siglo xv, pero no consta su autor. Comienza diciendo que la alquimia y la religión van unidas y que ambas sólo alcanzan su máxima utilidad cuando sirven al hombre de manera individual. Define la alquimia como el camino para llegar a alcanzar la gracia de Dios mediante el esfuerzo ascético.

»Y al final viene la fórmula para lograr la piedra filosofal. Mira, aquí está, la he copiado palabra a palabra —Michelle le pasó un cuaderno de notas a David.

El americano lo leyó en voz alta:

—«Mezcla en un mortero de ágata un poco de piritas arseniosas, mineral de hierro con arsénico y antimonio. Una vez que hayas conseguido ligar la mezcla añade hierro, plomo, plata y mercurio, y después ácido orgánico tartárico o cítrico. Trabaja esta mezcla a mano todos los días durante seis meses. Cuando esté preparada la mezcla, caliéntala en un crisol aumentando la temperatura durante diez días más. Tras ese tiempo, disuelve la mezcla en un ácido, a la luz de la luna. Repite esta operación miles de veces durante muchos años, con paciencia sagrada. Cuando estés listo, colócala en un recipiente de cristal de roca cerrado de modo especial y caliéntala, enfríala y vuelve a calentarla durante meses o años. Ahí se formará un huevo alquímico de color negro-azulado, como los reflejos del ala del cuervo.» ¿Esto es todo?

—Acaba hablando de la orientación hacia la luz y de la necesidad de seguir buscando hasta lograr encontrar la luz fría, y señala que la ciudad de París es el crisol.

»Creo que a finales del siglo xix un grupo de grandes científicos e ingenieros se reunieron en París para hacer que la ciencia y el progreso avanzaran en beneficio del ser humano. Los nombres de este colectivo son bien conocidos: Ferdinand de Lesseps, Gustave Eiffel, Pierre y Marie Curie... Conforme fueron muriendo, otros menos brillantes tomaron su relevo a comienzos del siglo xx; eran alquimistas y hermetistas que seguían la senda de los iniciados por la que transitaban Bacon, Flamel y Paracelso en los siglos anteriores. Este grupo se llamó Los Vigilantes y estaba integrado por Pierre Loti, Pierre Benoit y Camille Flammarion, entre otros, pero se disolvieron en 1921 por problemas internos. Antes hicieron algunas cosas interesantes; recuperaron la casa de Balzac y allí fundaron un instituto de euritmia, donde debieron de debatir sobre el equilibrio en una obra de arte, y en concreto sobre

Notre-Dame, pero derivaron hacia tendencias antijudías y fascistas y eso les abocó a su disolución.

»Entonces se fundó otro grupo, el de los Hermanos de Heliópolis. Este nuevo grupo, donde estaban Champagne, Sauvage, Canseliet, Schwaller y Dujols, se identificó con el nombre clave de Fulcanelli, bajo el cual publicó dos libros: *El misterio de las catedrales* y *Las moradas filosóficas*. Por eso jamás se supo la identidad de Fulcanelli, porque no era un único hombre, sino varios.

»Los componentes del grupo conocían los libros secretos de los alquimistas medievales y gracias a ellos encontraron el camino para transformar el plomo en oro. Lo hicieron dos veces; primero en 1922 y de nuevo en 1925 —explicó Michelle.

—Espera —David se levantó a por el ejemplar de *El misterio de las catedrales*—. Canseliet dice en el prólogo, que firma en octubre de 1925, que el autor del libro, a quien llama «el maestro», ya no estaba con ellos desde hacía mucho tiempo, y que desapareció a la hora fatídica; cuando le llegó la señal, se despidió de sus amigos y se transmutó. Y en el prólogo a la edición de 1957, que firma en Savignies, asegura que el libro lo escribió Fulcanelli en 1922, cuando «todavía no había recibido el don de Dios», y aquí Canseliet mismo afirma que «El maestro manifestó su voluntad absoluta y sin apelación de que su identidad real permaneciera en la sombra»; pero nada dice del encuentro en Sevilla en 1957.

—Ya dejamos claro aquello y qué hubiera hecho el KGB si los servicios secretos soviéticos se hubieran enterado de que Fulcanelli vivía en Sevilla en esa época.

—Pero todavía está el prólogo a la tercera edición, de 1964.

—Ahí Canseliet se dedica tan sólo a demostrar que Fulcanelli tenía razón en la interpretación del pilar de san Marcelo, una de las esculturas de la fachada de Notre-Dame, nada más. Se trata de un alegato en defensa del rigor que empleaba el maestro en su análisis del simbolismo de las esculturas de las portadas góticas —adujo Michelle.

—Todo esto es un embrollo. Afirmas que Fulcanelli era un colectivo de alquimistas, pero Canseliet escribió que Fulcanelli desapareció antes de 1925, sus dos obras se publicaron en 1926 y en 1930, y él mismo apareció en La Sorbona en 1930; y según algunas leyendas, estaba en París hacia 1939, en Sevilla en 1953 y en 1957, y en esa ciudad española sigue en este mismo año 2007, si creemos a quienes eso aseguran en esas entrevistas que has consultado en Internet.

—En efecto, es un tremendo lío, por eso creo que es hora de volver a llamar al padre Lefèvre —dijo Michelle.

Salieron a comer algo ligero y tras la cena cada uno se marchó a su apartamento; hacía muchos días que no dormían separados.

* * *

Aquella misma noche David tuvo un sueño que lo perturbó. Estaba durmiendo en su apartamento de la calle Rochechouart y se despertó sobresaltado y nervioso; aunque no hacía calor, estaba sudoroso y había humedecido la almohada con el sudor de su nuca. Al despertarse recordó cada momento de su sueño como si hubiera ocurrido de verdad unos segundos antes. En su onírica ensoñación se encontraba haciendo el amor con Michelle en medio de un campo de hierba verde y mullida. Estaban los dos desnudos; él tumbado de espaldas y ella sentada sobre él, inclinada sobre su pecho. A un lado del campo había una especie de parterre o de seto tras el cual se ocultaba una persona que era él mismo. Michelle se movía sobre David, como si estuviera cabalgando un caballo perfectamente domado, sexo contra sexo. En un momento David Carter giró su cabeza y vio al otro David que contemplaba a los amantes oteando por encima del seto. Michelle también lo vio y dibujó en su rostro una expresión de lascivia cuando percibió al doble de su amante que los observaba y le hizo un gesto con la mano para que se acercase. Los dos David Carter, asombrosamente iguales, se miraron frente a frente, silenciosos, uno tumbado debajo de Michelle, sin dejar de penetrarla, y el otro en pie, contemplando cómo hacían el amor. Sin parar de moverse, doblando las rodillas para recibir en su interior una y otra vez el miembro de David, Michelle le hizo un gesto cargado de erotismo y muy explícito al otro David para que se uniera a ellos, y el doble así lo hizo. El otro David, que también estaba desnudo y masturbándose mientras contemplaba a los dos amantes, se puso a la espalda de Michelle, la tomó por las caderas, que seguía moviendo al compás de las caderas de David tumbado, y la penetró por detrás. Michelle, follada a la vez por David y por su doble, gemía de placer, moviéndose cada vez más deprisa, mientras era penetrada por David y su otro, el uno por delante y el otro por detrás. Uno tumbado en el suelo, otro a su espalda inclinado sobre la joven Henry; dos David Carter, exactamente iguales, estaban follando a la vez con desenfadada lujuria a Michelle, que estaba disfrutando enormemente de sus amantes dobles.

Eran las cuatro de la madrugada cuando David se despertó sobresaltado por aquel sueño. Tenía el pene erecto y una sensación inquietante y turbadora. Se acercó hasta la ventana y respiró el aire de la noche parisina, en una ciudad dormida y perezosa. Al recordar el sueño, su excitación fue en aumento. La imagen de Michelle desnuda y penetrada por dos Carter idénticos, uno por el ano y el otro por la vagina, estaba grabada en su memoria y no podía apartarla de su mente. Cogió su móvil, marcó los números del móvil de Michelle, pero antes de pulsar la tecla de confirmación de llamada los borró; reiteró esta operación varias veces, hasta que el deseo pudo más que la razón. Al otro lado de la línea inalámbrica Michelle respondió con la voz entrecortada por el sueño:

—¿David..., eres tú...? ¿Qué ocurre, son las cuatro y media de la madrugada?

¿Te encuentras bien?

—Hola, perdona que te despierte a estas horas, pero me muero de ganas de hacer el amor contigo —dijo David.

—¿Ahora?

—Si te parece, me visto en un momento y puedo estar en tu casa en quince minutos.

—Pero, David..., ¿has visto qué hora es?

—Te deseo tanto...

—De acuerdo, de acuerdo, te espero.

—Estoy en tu casa enseguida.

David se dio una ducha rápida, se colocó unas sandalias, unos tejanos, sin calzoncillos, y una camisa, cogió las llaves, la cartera y el móvil y salió hacia la calle Poissonnière. La noche era templada y algo húmeda, pero David no se hubiera enterado ni aunque hubiera estado descargando la mayor de las ventiscas.

David tenía una llave del apartamento de Michelle, pero llamó antes de entrar. Cuando se encontraron en la puerta, se apresuró a besarla y enseguida le quitó una ligera bata, bajo la cual sólo quedó uno de sus tangas, azul celestre, que también desapareció en un instante.

—¡Vaya!, estás muy excitado. ¿No puedes calmarte un poco? —le preguntó Michelle.

—He tenido un sueño contigo. Hacíamos el amor... —David no le contó nada más.

Se quitó los pantalones, cogió a Michelle por detrás de las rodillas, la izó en vilo, la apoyó sobre sus muslos, dobló ligeramente las rodillas y la penetró.

—Con cuidado, no vayamos a caernos. Y al menos cierra la puerta.

Estaban en el salón, muy cerca de la puerta del apartamento, que seguía abierta. David se acercó con su hermosa carga sobre sus muslos, caminando como un pato, y empujó la puerta hasta que se oyó el clic del pestillo ajustándose en la cerraja.

—He tenido un sueño contigo... —repitió David.

—No te has puesto un preservativo, ten cuidado, estoy en pleno período fértil —le avisó Michelle, pero David no la escuchaba.

—Un sueño, un sueño...

—Por favor, David, el preservativo —insistió Michelle.

Pero Carter no hacía caso y seguía penetrando a Michelle como si le fuera la vida en ello.

—Un sueño...

—David, David... ¡Basta, tranquilízate! Por favor.

Michelle bajó sus pies al suelo y cogió con sus manos el rostro de su amante, que se detuvo un tanto atribulado.

—Perdona, perdona. No sé qué me ha ocurrido, perdona. Estoy muy excitado.

—No importa. Estabas obcecado, me hacías el amor pero parecía sólo sexo.

—No sé qué me ha ocurrido; ese sueño, ese sueño...

—Ha debido de ser un sueño muy erótico.

—Ya te lo contaré en otra ocasión; ahora creo que es mejor que me marche.

—No. Quédate. No me importa. Y además, mira cómo estás tú —Michelle señaló el pene erecto de David—, y cómo me has dejado —el sexo de Michelle seguía húmedo y ardiente—. Vamos a la cama.

Ya más tranquilo, pero con la excitación a flor de piel todavía, hicieron el amor un par de veces, hasta que el sueño los venció con las primeras luces del alba.

Aquella mañana llegaron a La Sorbona poco antes del mediodía.

Capítulo 20

PARÍS, 3 de septiembre de 2007

Michelle y David pasaron el primer fin de semana de septiembre en Normandía. Fueron sólo dos días, y se dedicaron a pasear por las playas, a leer y a hacer el amor. Michelle estuvo a punto de pedirle a David que le contara aquel obsesivo sueño que lo había perturbado tanto aquella noche, pero optó por olvidarlo, al menos por el momento. A última hora de la tarde del domingo regresaron a París; a la mañana siguiente los esperaba el padre Lefèvbre.

Los fuertes hombros del cura de Notre-Dame parecían cansados, como si hubiera caído sobre ellos un peso extraordinario e inesperado. Sin duda la muerte del cardenal Lustiger había provocado un notable deterioro en el aspecto físico de Lefèvbre y había mellado su fortaleza anímica.

—Buenos días, padre —lo saludaron los dos profesores al llegar al despacho del arzobispado.

—Buenos días, queridos amigos.

—Imagino que sigue compungido por la muerte del cardenal —supuso Michelle.

—Por supuesto. Era un hombre extraordinario. Jamás podremos superar su óbito; se ha ido un ser excepcional y ha dejado un hueco que nadie podrá llenar jamás.

—Sentimos no haber podido acudir al funeral, pero teníamos previsto un viaje... —Intentó excusarse David.

—No se preocupen. Ustedes no lo conocían. Pero vayamos al motivo de su visita. Me dijo el jueves, cuando hablamos por teléfono, que ya tenía la respuesta. ¿Y bien? —Lefèvbre se dirigió a Michelle Henry.

—En el último año he recibido varias llamadas y algunas cartas misteriosas. Un comunicante anónimo me ha remitido ciertas notas que están en relación con lo que usted nos reveló este mismo verano. ¿Sabe algo de ello? —le preguntó Michelle.

—Tal vez. Si se explica con mayor precisión...

—El año pasado recibí un paquete en la Facultad con un manuscrito fechado en Sevilla en 1953; incluía además unos dibujos de la catedral de Notre-Dame, antes de la restauración de Viollet-le-Duc de mediados del siglo XIX, y un plano de Sevilla con el nombre de uno de sus barrios, Heliópolis, marcado con rotulador rojo. El manuscrito lo firma Fulcanelli y contiene un texto titulado *Finis gloriae mundi*.

—Se trata del tercer libro de Fulcanelli, el manuscrito perdido —puntualizó Lefèvbre.

—El manuscrito parece auténtico, de modo que Fulcanelli no pudo ser una sola persona, sino un colectivo, su colectivo, padre Lefèvbre —aventuró Michelle.

—Va usted muy deprisa, señorita Henry.

—¿Usted cree, padre? Mi hipótesis es que a mediados del siglo XIX un grupo de intelectuales y científicos reunidos en París intentaron encontrar lo que la humanidad ha estado buscando desde que el ser humano tiene conciencia de serlo.

—¿La felicidad? —intervino David entre divertido y asombrado.

—No. La vida eterna, o la eterna juventud, o al menos un método para alargar la vida.

—Esa facultad sólo está en manos de Dios —sentenció Lefèvbre.

—Ésa es la doctrina que la Iglesia ha defendido oficial y públicamente desde hace casi dos mil años, pero desde el mismo momento en el que se estableció que Cristo había resucitado, muchas personas dentro de la propia Iglesia buscaron cómo conseguir por ellos lo mismo que se atribuyó a Jesús.

—Cristo es hijo de Dios y a la vez Dios mismo. Lo que usted apunta, profesora Henry, suena a herejía.

—Vamos, padre, la Iglesia ha estado y está llena de herejes, unos condenados y otros consentidos, y usted lo sabe. Los alquimistas buscaban la piedra filosofal, pero en realidad lo que perseguían era el elixir de la eterna juventud. Unos lo han buscado a través de la transmutación, es decir, intentando conseguir que un sencillo metal se convierta en oro, que lo viejo rejuvenezca, o que no envejezca. Ese elixir ha constituido la obsesión de sabios y de conquistadores. Qin Shihuang, el emperador que en el siglo III antes de Cristo unificó los siete reinos de China en un solo imperio y construyó la primera Gran Muralla, murió mientras viajaba por sus dominios en busca de un elixir que le garantizara la inmortalidad. El mismísimo Gengis Kan, el emperador de los mongoles, hizo llamar hasta Samarcanda al monje taoísta Chang Chun para que le desvelara los secretos de la inmortalidad, pero el viejo monje sólo le pudo aconsejar que alargaría su vida practicando la religión del Tao. Cristo anunció claramente que traía la vida eterna. ¿No recuerda el Evangelio de san Juan, padre? Cristo resucitó a Lázaro y prometió a sus seguidores que no morirían jamás.

»Y los alquimistas han seguido por ese camino. El escritor Paul Lucas cuenta que un derviche turco de la ciudad de Brusa aseguró en el siglo XIX que Nicolás Flamel vivía en esa época en la India, ¡cuatro siglos y medio después de su muerte en París!

»¿Y qué me dice de Fulcanelli? Hay quien asegura que nació en 1839 y que sigue vivo en Sevilla a comienzos del siglo XXI, donde desde 1953 al menos dirige una especie de misteriosa comunidad que habita en un castillo en donde el tiempo no pasa por sus moradores, los cuales conocen la piedra filosofal y el elixir de la vida eterna. En un libro lleno de fantasías, su autor asegura que en 1953 se encontró en el café Procope, en el barrio de Saint-Germain des Prés, aquí en París, con un alquimista que tenía una educación clásica y conocimientos de química. El autor le preguntó por Fulcanelli y el alquimista le respondió que no había muerto; le confesó que se podía vivir eternamente y que se podía cambiar de aspecto; es decir, los dos principales efectos de la piedra filosofal: la vida eterna y la transmutación de la materia. Cuando describe al alquimista dice que aparentaba unos treinta y cinco años de edad, que

tenía el pelo blanco, rizado y pegado al cráneo, como si fuera una peluca, que su rostro estaba marcado por profundas y abundantes arrugas, pero el cutis era rosado y de aspecto joven, que sus movimientos eran pausados y mesurados, su sonrisa aguda y tranquila, y los ojos risueños pero inexpresivos, como de esfinge.

—Es probable que algunos, incluso fieles de la Iglesia, hayan intentando buscar el elixir de la inmortalidad, pero si lo han procurado, su intento ha sido vano, pues el hombre, por el hecho de nacer por la gracia de Dios, ya es inmortal... después de la muerte en esta vida provisional. El cuerpo muere, pero el alma jamás lo hace, porque ha sido creada inmortal —alegó Lefèvbre.

—Fulcanelli buscó la piedra filosofal; unos dicen que la encontró, pero otros afirman que no lo consiguió. Usted mismo, padre, nos confesó que bajo el altar de Notre-Dame se encuentra oculta la piedra filosofal que logró transmutar el obispo Guillermo en el siglo XIII.

—Fulcanelli se consideraba discípulo de Roger Bacon y de Nicolás Flamel, pero sobre todo del monje benedictino del siglo XV Basilio Valentín, probablemente porque encontró uno de sus manuscritos en los que el monje recogía obras secretas de Bacon y de Flamel, y de quien se ha llegado a decir que era un sabio musulmán llamado Zadhrit que se hizo pasar por monje cristiano. Pero no se engañen, el verdadero fin de la alquimia es elevar al propio alquimista a un estado de conciencia superior al del resto de los hombres, y ahí la Iglesia tiene mucho que decir; en cierto sentido, nuestros grandes místicos tenían en su corazón el mismo espíritu de los alquimistas.

—Entonces, la imagen de la Última Cena, con Cristo consagrando su sangre y su carne en el Grial, es en cierto modo un acto de alquimia.

—Algunos así lo consideran, pero no están en la Iglesia católica. Los católicos creemos que Cristo es Dios encarnado en cuerpo de hombre, y por tanto no podemos dudar de ese misterio sagrado. Pero en la historia de la Iglesia ha habido quienes han titubeado sobre la naturaleza divina de Cristo y sobre la existencia de la propia Trinidad, y sí, algunos han equiparado el Santo Grial de la Última Cena con un crisol de alquimista, y la sangre de Cristo con la piedra filosofal, que da la vida eterna. No puedo negar que ese simbolismo ha sido interpretado de esa manera por algunos, pero ésa no es la posición oficial de la Iglesia —dijo Lefèvbre.

—Pero usted cree en la existencia de la piedra filosofal, aunque no la ha visto jamás. Según nos confesó, esa piedra se depositó bajo el altar de Notre-Dame en 1940, y usted no había nacido todavía en esa fecha; luego, no ha podido verla... a menos que la hayan desenvuelto en alguna ocasión. ¿Lo han hecho, padre? —inquirió Carter.

—¿Cómo sabe usted que yo no había nacido en 1940?

—Estamos en el año 2007; usted aparenta unos sesenta años a lo sumo...

—Las apariencias engañan; yo sólo puedo decirle que la piedra filosofal está ahí y que debemos custodiarla.

—Usted nos dijo que era físico, ¿de qué especialidad? Supongo que físico nuclear, ¿me equivoco? —planteó Carter.

—No, no se equivoca.

—Un físico nuclear en Notre-Dame; es extraño, salvo que la Iglesia considere que lo que hay debajo de ese altar, si es que en verdad hay algo, emita radiaciones que haya que controlar periódicamente.

—Es usted muy agudo, profesor Carter, pero tiene demasiada imaginación.

—¿Emite radiaciones esa piedra o lo que quiera que sea?

—No, no hay peligro.

—Si es verdad que en 1940 algo se escondió en Notre-Dame, estoy seguro de que no era la piedra filosofal, o al menos tal como la entendemos hoy. Lo que ahí se ocultó fue el resultado de los experimentos de los físicos franceses en la década de los años treinta. Varios laboratorios trabajaban en París en busca de la energía atómica. André Helbronner montó un laboratorio de investigación nuclear en 1934 y aseguró haberse entrevistado con un alquimista; Helbronner fue asesinado por los nazis en Buchenwald en marzo de 1944. Jacques Bergier, el autor del libro que le he mencionado antes, que fue además ayudante de Helbronner, asegura que se entrevistó con Fulcanelli en junio de 1937 en un laboratorio de la sociedad de gas de París, pero Fulcanelli no era un hombre, era el colectivo de físicos y de alquimistas que trabajaron conjuntamente para encontrar una energía barata y eterna, y en torno a ello montaron toda una trama para confundir a los alemanes y a otras potencias extranjeras interesadas en el proyecto. El inicio de todo ello estuvo en los experimentos de Pierre y de Marie Curie; cuando descubrieron el radio se dieron cuenta de su capacidad destructiva, y a partir de ahí los científicos franceses, algunos disfrazados de alquimistas, se pusieron a trabajar en esa línea; de ahí que Fulcanelli fuera amigo de los Curie.

»Y fue así como se montó una gran mentira. Los alquimistas parisinos eran además físicos nucleares que buscaban la fórmula de la fusión y la fisión nuclear controladas. En 1939 estaban a punto de conseguirlo, por eso declararon la guerra a Alemania cuando los nazis invadieron Polonia, pero algo debió de salir mal. El arma atómica no estuvo lista a tiempo, y las divisiones acorazadas alemanas entraron en París antes de que pudiera ultimarse el proyecto atómico. Entonces se dieron cuenta del peligro que corrían si la fórmula nuclear caía en manos de los nazis, y la ocultaron.

»Bajo el altar de Notre-Dame no está la piedra filosofal, sino la fórmula de la fisión en frío, o tal vez el resultado del experimento en el que se logró.

—Muy imaginativo, profesor Carter.

—El FBI buscó a Fulcanelli durante y después de la Segunda Guerra Mundial, pero no había nadie que respondiera a ese nombre porque no era una persona concreta, sino todo el colectivo. Alguien filtró que Fulcanelli poseía la fórmula de la fusión y la fisión nucleares, que habría encontrado en un manuscrito secreto y

desconocido de Roger Bacon, quien a su vez lo había aprendido del obispo Guillermo. Parecía una locura pensar que un alquimista del siglo XIII hubiera llegado a descubrir fórmulas que no se consiguieron enunciar hasta mediado el siglo XX, pero algunos agentes del FBI no son precisamente un dechado de inteligencia. Los servicios secretos estadounidenses estaban dirigidos durante la Segunda Guerra Mundial por un grupo de visionarios que creían a pies juntillas en todas las maquinaciones esotéricas de la historia, como les ocurría a los jefes del Tercer Reich.

Michelle, que asistía encantada al alegato de su amante, intervino entonces.

—Jacques Bergier era físico, y cuenta que a comienzos de 1940, con los nazis a punto de ocupar París, recibió la visita de un personaje al que identificó como Fulcanelli. Le advirtió de la necesidad de sacar de unos laboratorios de París, probablemente en los que trabajaba Eugène Canseliet, el autoproclamado discípulo de Fulcanelli, la fórmula del agua pesada, la base para fabricar la bomba atómica, antes de que la requisaran los alemanes. Esa fórmula pasó a Estados Unidos, el único país que en esos momentos tenía capacidad industrial para desarrollar la fórmula antes de que por su cuenta lo consiguieran los nazis.

»Años después, Canseliet le confesó a este mismo físico que era posible lograr la fisión atómica a partir de un mineral abundante y barato, con la ayuda tan solo de una chimenea, un horno de fundición, unos mecheros Meeker y unas botellas de gas butano. Demasiado fácil, salvo que se tuvieran conocimientos seculares y una tradición muy antigua detrás.

—Señorita Henry, la piedra filosofal, y sobre todo su búsqueda, encierra un encuentro con la esencia más íntima y sagrada de la vida. No todas las personas son aptas para encontrarla, por eso su búsqueda se ha reservado desde hace milenios a los más preparados. Usted ha leído las dos únicas obras publicadas de Fulcanelli y posee la tercera, la inédita *Finis glorie mundi*; pues bien, habrá concluido que el Maestro —Michelle y David se miraron sorprendidos al oír esta denominación de Fulcanelli en boca de Lefèvre—, demuestra poseer una inusitada clarividencia sobre el simbolismo de la arquitectura medieval, y eso sólo pudo lograrlo alguien con profundos y atávicos conocimientos vedados a la mayoría de la gente.

»Sí, en el París del siglo XIX floreció un grupo de científicos y de intelectuales extraordinarios, pero todos ellos le deben mucho al gran Víctor Hugo. Él fue quien marcó el camino y el símbolo. Cuando en 1831 publicó *Nuestra Señora de París*, convirtió al canónigo Frollo en un alquimista que había instalado su taller con su atañor y su hornillo en una de las torres de la catedral.

—Pero entonces, Víctor Hugo consideraba a los alquimistas como malvados —puntualizó Carter.

—Relean la novela, y allí encontrarán muchos mensajes que luego otros siguieron.

»Tras Víctor Hugo apareció Viollet-le-Duc, que restauró una catedral en ruinas y

casi perdida. Y lo llevó a cabo como lo hubiera hecho un verdadero alquimista. ¿Sabían que el gran científico Pasteur fue amigo de Viollet-le-Duc? ¿Y qué hizo Pasteur, sino una obra alquímica al descubrir tantas vacunas en su laboratorio? Y Lesseps, Eiffel, los Curie... un grupo de sabios irrepetible en una ciudad mágica —Lefèvbre parecía como en trance—. El mundo debe mucho a esta ciudad, a esos hombres y a ese tiempo. En 1622 los rosacruces colocaron en las calles de París unos pasquines anunciando que habían llegado para liberar a los hombres de siglos de errores; y no es casualidad que a los rosacruces se les atribuya el conocimiento de cuatro sublimes secretos: los pasos para la transmutación de los metales, la facultad de prolongar la vida, la visión de lo que ocurre en lugares lejanos y la capacidad de descubrir objetos escondidos. Es decir, lo que en cierta medida persigue la alquimia. De alguna manera, el grupo de Fulcanelli era un colectivo de rosacruces.

—¿Todavía existe el grupo? —preguntó David.

—De vez en cuando aparecen noticias sobre Fulcanelli: una mujer dijo haberlo visto en Sevilla hace un par de años, un escritor aseguró hace unos quince años que era el mismísimo Fulcanelli, el FBI y la CIA lo andan buscando todavía, según se dice. Los americanos buscaron a Fulcanelli porque creían que había logrado definir cómo se podía construir un reactor nuclear.

»Dios fue el primer alquimista. Adán fue creado a partir de tierra roja, y lo creó como un alquimista, transmutando la arcilla en carne, sangre y huesos, e insuflando en su interior un soplo divino de vida. Su hijo, Jesucristo, hizo algo semejante. El Grial contenía vino, pero Cristo lo convirtió en su propia sangre, el elixir de la vida eterna.

—Entonces, tengo razón. La Iglesia no ha hecho sino manipular una tradición de milenios en la que los sacerdotes eran iniciados en los misterios más profundos y secretos de la vida humana: alcanzar la vida eterna y el supremo conocimiento. Y, consciente de ello, alteró el mensaje originario. Fue san Pablo el primer gran manipulador. Fue él quien fundó la nueva Iglesia basada en la idea de que Cristo había resucitado porque era hijo de Dios y a la vez Dios mismo. En la *Primera carta a los corintios*, san Pablo habla de la existencia de una sabiduría misteriosa de Dios que ha permanecido oculta, una sabiduría que los príncipes no han entendido. Y san Pablo reclama para él y los demás apóstoles la interpretación y la aprehensión de esa sabiduría, porque habían recibido el don de Dios. San Pablo hizo de la resurrección de Cristo la esencia fundamental de la razón de ser de la Iglesia. Sin el misterio de la Resurrección, la Iglesia no hubiera podido asentar su doctrina y no hubiera recogido la herencia de Jesucristo. La creencia en la Resurrección era esencial para fundamentar la Iglesia predicada por san Pablo; sin ese dogma, los cristianos hubieran sido una secta más de las muchas que surgieron en el Imperio romano. San Pablo, un hombre tan inteligente como fanático, lo sabía, y puso toda su fuerza en la defensa de ese misterio, en hacer de él el pilar sustentante de toda la legitimidad divina de la Iglesia. Y una vez que se asentó así, ya no hubo más remedio que

continuar con el engaño —concluyó Michelle.

—Señorita Henry, está usted acusando a la Iglesia de falsedad y estafa, y eso no se lo puedo consentir.

—Padre Lefèvbre, usted es un científico.

—Antes soy sacerdote católico.

—En ese caso, busque la verdad, como aconsejó el propio san Pablo.

—La verdad está en la fe y «la fe cristiana nos hace libres»; San Pablo, *Epístola a los colonenses*, 2, 16.

—Entonces ¿por qué tantos mensajes ocultos, padre?

—La Iglesia no puede controlar a todos sus hijos. Algunos se han salido de su custodia y desviado de su doctrina, incluso valiéndose de la buena fe de los católicos y de las autoridades cristianas. La alquimia no sólo consiste en transmutar plomo en oro, también significa la transmutación del hombre presente en el hombre espiritual puro. Para Fulcanelli la alquimia no es sino la cadena del conocimiento que nos une a civilizaciones desaparecidas.

—Es decir, que la muerte de Cristo en la cruz no es sino la imagen de un jeroglífico alquímico donde el crisol es la cruz y Cristo la materia prima que se transforma —añadió Michelle.

—No intente malinterpretarme, señorita Henry. Cristo es el hijo de Dios y su muerte en la cruz fue su forma de sacrificio para redimir a toda la humanidad del pecado.

—Es lo mismo que hacían los alquimistas, con la diferencia de que no llamaban a la maldad pecado, sino simplemente el mal. Los alquimistas inspiraron a los escultores que tallaron en las fachadas de Notre-Dame su mensaje alquímico en piedra, en un lenguaje simbólico que sólo los iniciados fueron capaces de interpretar. Luego vino la Revolución y destruyó muchas de esas imágenes. Viollet-le-Duc no supo o no quiso interpretar correctamente esos mensajes del siglo XIII en la restauración del XIX y los alteró. Pero ahí están los doce medallones al lado del gran pórtico de la catedral con los doce elementos de toda operación alquímica, el caballero con la armadura que protege el atanor, el horno de cocción donde se obtiene la piedra filosofal, el compás, que en la alquimia significa el límite justo en la relación con los demás, el cuervo, símbolo de lo putrefacto y de la separación entre lo puro y lo impuro, y el anciano esculpido en la torre norte, rodeado de quimeras, cubierto con su gorro frigio y acariciándose la barba. ¿Quién es ese personaje sino el alquimista que contempla su obra?

—Se equivoca, profesora Henry —replicó Lefèvbre.

—¿Dónde está el error?

—En que la alquimia no es una sola, ni uno solo el modelo de alquimista. Existen al menos tres tipos de alquimistas, el químico, que trabaja a su vez con varias categorías de materiales como el antimonio, el plomo o el mercurio, en cuya versión tradicional el propio alquimista es parte esencial del proceso; el mental, para quien el

hombre es el verdadero atánor donde se funde la materia y se produce la sabiduría y la transmutación del universo; e incluso el sexual, el que busca a través del orgasmo transmutar la voluntad humana en la de un ser eterno semejante a Dios.

—Este tercer tipo lo desconocía, pero me recuerda mucho a las creencias de los cátaros —intervino David.

—Usted lo ha dicho, profesor Carter, usted lo ha dicho. La alquimia existe desde el origen del mundo. Desde entonces, los alquimistas han intentado imitar la obra divina de la creación; han buscado separar las partes luminosas de las tenebrosas con ayuda del fuego y de la inteligencia, pero no han conseguido siquiera acercarse a la obra de Dios. Los que más cerca han estado han sido los físicos nucleares con su teoría del Big Bang, que por cierto descubrieron los alquimistas al imaginar que el mundo tal cual lo conocemos tuvo su origen en un huevo cósmico, que al estallar produjo el universo. Ya ven, siglos antes de que Einstein, Sagal o Hawkins analizaran el origen del Universo, alquimistas como Arnaldo de Vilanova en el siglo XIII o Alain de Lille en el XVI ya sabían que todo el cosmos tuvo su origen en un núcleo primigenio que estalló.

—Ese huevo es la imagen de la primera piedra filosofal, ¿no es así? —preguntó Carter.

—Algunos así lo interpretan, pero la verdadera piedra filosofal es de color rojo, tiene una alta densidad, es traslúcida y fusible a baja temperatura, y lo que se consigue con ella es alcanzar el oro o el sol, es decir, el final del camino. De este modo se logra obtener el estado último de la materia, el espíritu universal, la vuelta a la pureza del principio. Y ahí es donde los cristianos creemos que está Dios. La imagen de la transmutación del plomo en oro es un símbolo del hombre carnal transformándose en un ser espiritual puro; ése es el fin último de la piedra filosofal, la consecución de la eternidad, del triunfo inmortal del alma pura fundiéndose en el universo con la esencia de Dios mismo —explicó Lefèvbre.

—En ese caso, padre, ¿qué es lo que en verdad se oculta bajo el altar de Notre-Dame? —preguntó Carter.

—Para conocer ese secreto deberán esperar un poco más —respondió el sacerdote.

* * *

A la salida de la entrevista con el padre Lefèvbre, los dos amantes se pusieron a caminar sin rumbo, uno junto al otro, comentando las revelaciones del sacerdote.

—Creo que tu amigo el cura está como una regadera. Se cree miembro de una guardia secreta de un misterio conservado en Notre-Dame desde 1940, una especie de corporación elitista y muy selecta de hombres que han alcanzado un estado de consciencia superior. Habla como un iluminado —dijo David.

—Pero no puede haberse inventado todas esas cosas; sería demasiado fantástico, sobre todo para la imaginación de un sacerdote católico —supuso Michelle.

—¿Y por qué no? Un cura tiene mucho tiempo para pensar, y existen gentes que suelen confundir su propia imaginación con la realidad. A mí me ocurre contigo; cada vez que te hago el amor no sé si está ocurriendo de verdad o lo estoy soñando.

—¿Eso es un piropo o una ocurrencia?

—Pretendía ser un piropo excelso, pero no ha resultado eficaz, supongo.

De pronto se dieron cuenta de que estaban frente al gran obelisco; habían caminado hasta la plaza de la Concordia, en el inicio de los Campos Elíseos. Eran las doce del mediodía y el cielo de París comenzaba a cubrirse con algunas nubes. Decidieron cruzar hacia la calle Royal, en una de cuyas afamadas tiendas observaron a un potentado árabe fumar ostentosamente, pese a la prohibición de hacerlo en el establecimiento, mientras su esposa compraba bolsos y zapatos carísimos, y almorzaron en los alrededores de la iglesia neoclásica de La Madeleine. Tras el almuerzo, pasearon por la calle Saint-Honoré, donde se estaban ubicando nuevas tiendas de lujo. David le regaló a Michelle una agenda de cuero rojo que compró en la *boutique* Cassegrain y luego entraron en la pastelería Les Délices de Manon, de aspecto popular y sin lujos pero donde Carter decía que elaboraban los mejores pasteles de trufa del mundo. Como dos adolescentes, siguieron paseando abrazados hacia la plaza Vendôme, comiendo sendos pasteles de trufa y besándose sin cesar.

VIII La solución del secreto

Capítulo 21

PARÍS, 6 de septiembre de 2007

Aquella mañana de finales del verano hacía mucho calor y la sensación de bochorno era todavía mayor debido al elevado grado de humedad. David estaba en su despacho preparando la lista de calificaciones de los exámenes de septiembre de su asignatura cuatrimestral, Arte Medieval Europeo.

—Hola, ¿tienes un momento? —Michelle se asomó al despacho de Carter, cuya puerta casi siempre estaba entreabierta.

—Claro.

Michelle se sentó y le tendió a David un sobre abierto.

—Léelo, por favor —le dijo.

Carter sacó del sobre una cuartilla escrita a mano, y leyó:

Estimada señorita Henry:

Espero que el manuscrito que le envié hace un año le haya sido de utilidad. Tengo nuevas noticias para usted que me gustaría comentar en persona. La espero el viernes a las cuatro de la tarde en el café de la calle Rivoli, esquina Pyramides. Sabrá cómo reconocirme.

—¿Se trata del donante anónimo del manuscrito inédito de Fulcanelli?

—Creo que sí. La letra es la misma que la de las notas anteriores, incluyendo la que me dejó en el hotel de Sevilla. Nadie, salvo tú y el padre Lefèvre, sabe que poseo ese manuscrito.

—Ten cuidado, puede ser una trampa. Hay mucho obseso por ahí suelto. No acudas.

—Ese tipo, quienquiera que sea, me conoce, sabe quién soy y dónde trabajo, tal vez incluso dónde vivo.

—En ese caso llama a la policía; puede tratarse de un acosador.

—¿Un acosador que nunca me ha acosado y que me escribe para verme un año y medio después de haberme enviado un manuscrito? Un poco raro, ¿no?

—¿Vas a ir a esa cita, verdad?

—No me queda más remedio si quiero conocer a quien me ha enviado el manuscrito y al autor de tan misteriosas notas.

—Puede ocurrirte algo...

—La cita es en un café en el centro de París a las cuatro de la tarde. ¿Qué me puede pasar?

—¡Un momento! El matasellos del sobre donde venía el manuscrito era de Sevilla, ¿no?

—Sí.

—Este sobre no tiene sello ni matasellos.

—No; alguien lo dejó en el buzón interno de la Facultad.

—Entonces el autor de esa carta ha estado aquí, hoy.

—O ayer por la tarde.

—El año pasado te lo enviaron desde Sevilla y este año te visita en París... humm. Es muy extraño. Lo siento, no te puedo dejar sola, te acompañaré.

—Si el donante anónimo me ve contigo, no se identificará y no sabré quién es.

—En ese caso, iré antes y me sentaré en un discreto rincón desde donde pueda vigilarte.

—Si me conoce, tal vez también te haya identificado a ti. Será mejor que no vengas. Estará vigilando y si me ve aparecer contigo seguro que no se dará a conocer.

—Iré disfrazado. Me pondré una perilla postiza, unas gafas de sol y una gorra.

—Vale, y un cartel colgado a la espalda que ponga «Hola, donante anónimo, soy el profesor Carter y voy vestido de camuflaje».

—No me reconocerá, te lo aseguro.

—Iré sola; pero no te preocupes, no me ocurrirá nada.

* * *

El viernes a las tres y media de la tarde, Michelle Henry cogió la línea 7 del metro en la estación de Poissonnière dirección Mairie d'Ivry y descendió cinco paradas después. Salió a la superficie en la avenida de la Ópera y recorrió los trescientos metros de la calle Pyramides hasta el cruce con Rivoli. El café era uno de esos típicos parisinos, con sillas de perfil metálico dorado forradas de terciopelo color burdeos y mesas pequeñas de patas de hierro y superficie de mármol blanco vetado en negro. Una vitrina estaba repleta de succulentos pasteles y bizcochos, si bien un cartel rezaba que allí se servía el mejor chocolate caliente de todo París.

Michelle se había vestido de manera discreta, con unas sandalias cómodas, un pantalón tejano descolorido y una sencilla camisa blanca. Se sentó en una sillita y pidió agua con gas. Mientras intentaba identificar a su comunicante anónimo, recorrió con la vista a cuantos clientes estaban en ese momento en la cafetería; apenas había una docena. En la barra, dos caballeros con aspecto de ejecutivos conversaban con sendas tazas de café en la mano; dos parejas de turistas de edad madura, cargados con bolsas y cámaras fotográficas, devoraban generosas raciones de tarta de fresas y café con leche en enormes tazones; tres jóvenes de aspecto nórdico cotejaban una guía de París ante un plano desplegado; una elegante señora, parisina sin duda, estaba sentada hierática como una estatua egipcia, delante de una taza de té, con los ojos clavados en

la calle por la que pasaban decenas de turistas; un señor mayor, de pelo canoso, leía un periódico a la vez que fumaba sin parar; y en un rincón, un hombre de cabellera y perilla amarillos, casi albino, con enormes gafas de sol, tomaba un café *espresso* mientras hojeaba un libro de bolsillo. Cuando lo vio, Michelle no pudo evitar dar un respingo.

«Será cabrón», pensó al reconocer a David Carter, que disfrazado de semejante guisa hacía como que leía una novela, aparentemente ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. El camarero le sirvió el agua con gas, de una conocida marca francesa, y le sonrió amable; Michelle le dio las gracias y antes de dar un sorbo consultó su reloj de pulsera; las saetas marcaban las cuatro y siete minutos. Volvió a mirar a Carter, que seguía enfrascado en las páginas del libro, como si nada de aquello fuera con él, y se sintió segura.

A las cuatro y diez minutos pocas cosas habían cambiado; los tres jóvenes nórdicos se habían marchado, las dos parejas de turistas habían pedido otros cuatro cafés con leche y los dos ejecutivos habían pasado del café a dos copas de coñac; habían entrado tres clientes más pero ninguno de ellos le pareció su comunicante anónimo, y una pareja de unos treinta años con un niño muy pequeño. Carter seguía allí.

«Lo ha reconocido, pese a ese disfraz lo ha reconocido y se ha marchado», pensó Michelle.

Consultó de nuevo el reloj: las cuatro y quince minutos. Estimó que ya había esperado demasiado y llamó al camarero para pedir la cuenta. En ese preciso momento entró en la cafetería un hombre de aspecto señorial, elegantemente vestido con un carísimo traje italiano de lana fría en color gris oscuro con finísimas rayas rosadas, zapatos de cuero marrón nuevos y limpiísimos, camisa gris de seda y corbata en tonos rosa palo con rayas diagonales grises y blancas; en el bolsillo superior de la chaqueta asomaba un pañuelo rosa con pequeñas flores de lis grises.

—Señorita Henry, buenas tardes; creo que teníamos una cita.

El camarero trajo el tíquet con la cuenta y la dejó en una bandejita encima de la mesa. Michelle estaba tan asombrada que ni se enteró de aquello.

—¿Es usted...?

—¿Me permite? —dijo aquel hombre indicando una de las sillas.

—Claro, perdone. Siéntese, por favor.

—Gracias. Ruego disculpe mi retraso.

—Ya me iba a marchar.

—¿Tomará algo el caballero? —preguntó el camarero.

—Un café solo; ¿desea usted alguna otra cosa? —le preguntó a Michelle.

—Otra agua con gas, por favor.

El camarero tomó nota y se marchó. Al otro lado de la cafetería Carter seguía inmerso en su libro, pero sus ojos, ocultos por las oscuras gafas de sol, no perdían de vista a Michelle y a su nuevo acompañante.

—Me presentaré: soy Fulcanelli.

—¿Cómo... cómo dice? —balbució Michelle.

—Imagino que no esperaba esto.

—Pues si le soy sincera, claro que no.

—¿Sorprendida?

—Un poco. No había imaginado encontrarme con un ser humano de más de cien años y de aspecto tan elegante.

—Gracias, pero mi edad es algo menor; tengo setenta y ocho años.

—Aparenta usted muchos menos.

—Gracias de nuevo.

El camarero regresó con las bebidas, las sirvió y enseguida se marchó.

—Pero, en ese caso, usted nació en... 1929. Usted no puede ser Fulcanelli; el alquimista está muerto —dijo Michelle.

—Fulcanelli nunca ha muerto —replicó el hombre.

—¿Qué dice?

—Fulcanelli es un colectivo que se ha plasmado en la alquimia, pero que en realidad lo que pretende es alcanzar la felicidad y el bien para los seres humanos. Los que integramos este colectivo en la actualidad seguimos velando para que el mal no triunfe en el mundo; pero, como podrá comprobar, no siempre tenemos éxito.

—¿Cuántos son ustedes? —le preguntó Michelle.

—Pocos, apenas veinte.

—¿Y entonces, el Fulcanelli de *El misterio de las catedrales* y de *Las moradas filosóficas*?

—Ahora lo entenderá. Este colectivo existe desde la Edad Media, pero ha sufrido diversos altibajos. Los grandes alquimistas como Roger Bacon, Ramón Llull, Nicolás Flamel o Paracelso lo mantuvieron vivo y boyante, pero a finales del siglo XVI, tras la Contrarreforma de la Iglesia, estuvo a punto de desaparecer. De nuevo floreció a finales del siglo XVII, pero la avaricia de oro de algunos príncipes europeos casi acabó con los integrantes de nuestra sociedad secreta; por ejemplo, en 1700 uno de los nuestros, el alquimista Alejandro Sheton, fue torturado por el elector de Sajonia para que confesara el secreto de la conversión del plomo en oro. Brandt, que descubrió el fósforo, y Newton fueron miembros de nuestra sociedad.

A través de ellos se ha mantenido nuestra llama hasta hoy, y gracias a su sacrificio la ciencia ha avanzado notablemente.

»Somos una sociedad hermética porque estamos convencidos de que no todo el mundo está preparado para recibir y entender el conocimiento; no somos nosotros los que elegimos ser miembros de la sociedad, sino que es la sociedad la que nos elige, aunque algunos de los elegidos nos han fallado.

—¿Por ejemplo?

—Ha habido varios. Leonardo da Vinci, o el gran Napoleón, entre otros. Pero, como le decía, la sociedad estuvo de nuevo a punto de desaparecer con los envites

revolucionarios de fines del siglo XVIII. Fue nuestro peor momento, pero ahí apareció Víctor Hugo, y en torno a él se consolidó de nuevo. En el siglo XIX París acogió a los miembros más relevantes de la sociedad, entre ellos a los grandes ingenieros e intelectuales de la época. Y así, a principios del siglo XX se fundó el grupo de Los Vigilantes, que tenía su sede en la librería del Maravilloso, que regentaba Dujols. En esa librería se encontraron libros de alquimia y de sabiduría hermética, guardados en secreto durante siglos. En la trastienda de la librería, en la calle Rennes, se reunían Pierre Dujols, el dueño del establecimiento, Henry Cotton, Celli, Schwaller y Jean Julien Champagne. Las reuniones de este grupo se extendieron a lo largo de varios años, pero lo sucedido en la Primera Guerra Mundial los abocó a una profunda crisis.

—¿Dujols era el jefe del grupo?

—Dujols lo financiaba. La verdad es que era un gran erudito; sabía griego, latín y mitología, además de practicar la alquimia. Era el que los aglutinó a todos; Pierre Dujols era el líder. Tras la disolución de Los Vigilantes en 1921, Dujols creó otro grupo, que se denominó los Hermanos de Heliópolis, al cual se adhirieron algunos de los Vigilantes y otros jóvenes. Dujols falleció el 19 de abril de 1926. Casi un año antes de su muerte el grupo había preparado dos libros; uno, al que titularon *El misterio de las catedrales*, lo firmó Fulcanelli, que no era una persona concreta, como usted adivinó.

—¿Es cierto que sólo se editaron trescientos ejemplares de la primera edición?

—Lo es. El colectivo no tenía grandes recursos económicos, y es todo lo que pudieron hacer. El libro apenas causó impacto.

—Pero en el prólogo de 1925 Canseliet afirma que el autor ya no estaba con ellos y que desapareció cuando se produjo una señal.

—Fue un truco; lo que se pretendía era exculpar al colectivo de cualquier problema editorial.

—Pero era un libro que no tuvo problemas con la censura, no era necesario ocultar nada, y además, apenas se distribuyeron ejemplares de la primera edición —alegó Michelle.

—Los Hermanos de Heliópolis eran una sociedad secreta y debían mantenerse así. No había campo para la individualidad; de hecho, cuando murió Dujols, los miembros del colectivo siguieron actuando como antes.

—¿Fue entonces cuando Champagne se hizo con el control del grupo?

—En efecto. Tras la muerte de Dujols, en el grupo había dos personalidades muy destacadas: Jean Julien Champagne y René Adolphe Schwaller. Champagne era más ambicioso y tenía un mayor ascendiente sobre los jóvenes del grupo. Se habían conocido en 1913, y fueron muy amigos desde entonces. Como miembros de Los Vigilantes, ambos habían asumido el lema «Jerarquía, Fraternidad y Libertad», que cumplieron hasta el fin.

»Champagne fue quien se inventó a Fulcanelli. Cuando llegó a París, trabajó en la librería de Dujols y allí descubrió los manuscritos alquímicos, especialmente uno en

el que se explicaba la manera de fabricar los vidrios de la catedral de Chartres.

—Esos vidrios no se han podido reproducir, ni siquiera en la última reforma que se ejecutó en el siglo xx de las vidrieras de Notre-Dame —dijo Michelle.

—No, claro que no, porque se trata de un secreto que nadie ha revelado, todavía.

—Entonces, ¿Champagne era un impostor?

—Era el líder de los Hermanos de Heliópolis, el jefe del grupo de alquimistas, pero no era el más brillante. El propio Dujols o Schwaller eran mucho más inteligentes, pero Champagne ejercía un mayor magnetismo y emanaba una gran autoridad.

—¿Y qué ocurrió a la muerte de Champagne?

—Que nadie quiso asumir de momento el liderazgo del grupo. Dujols había muerto y Champagne también; el sucesor natural debería haber sido Schwaller, pero éste había tenido algunos problemas con Champagne. En el año 1930 Champagne y Schwaller paseaban por el callejón de los Filósofos de París. Schwaller le recriminó a Champagne que éste hubiera publicado sus dos libros, *Los misterios de las catedrales* y *Las moradas filosóficas*, dejando creer que eran su obra, cuando en realidad los había escrito todo el grupo. Volvieron a quedar al año siguiente, en un pequeño restaurante de Montparnasse; para entonces Champagne estaba enfermo y su situación económica era bastante precaria. Schwaller decidió pasarle una cantidad fija al mes y Champagne se instaló en el número 59 de la calle Rochechouart, que usted conoce bien.

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó Michelle.

—Luego, profesora Henry, luego.

»Champagne se fue debilitando y, cuando se dio cuenta de que podía morir, llamó de nuevo a Schwaller. Este acudió y se encontró con Champagne en el apartamento de Rochechouart. El Maestro agonizaba a causa de un tumor canceroso que tenía en una pierna. Fue entonces cuando le entregó a Schwaller el gran secreto, la piedra filosofal.

—¿La había descubierto Champagne?

—No, Fulcanelli no logró encontrarla, pese a los numerosos intentos por lograrlo. Esa piedra filosofal era la que se había guardado en Notre-Dame desde el siglo XIII, y que en el XVIII se llevó a Chartres.

—Perdone, señor Fulcanelli, pero no entiendo nada.

—Es simple, señorita. La piedra filosofal sólo se ha conseguido hallar en una única ocasión; lo hizo Guillermo de Auvernia, obispo de París, a comienzos del siglo XIII. La piedra se buscó en los talleres de vidrieros de Chartres y de París, y dieron con ella los alquimistas parisinos. Lo lograron en 1220, y lo hicieron durante el proceso de fabricación de vidrio para las ventanas de la catedral.

—Guillermo fue un obispo muy controvertido, si no recuerdo mal.

—Lo fue, en efecto. A comienzos del siglo XIII París era el referente intelectual del mundo cristiano y su universidad era el centro educativo más famoso de

Occidente. Guillermo de Auvernia fue maestro de teología y de filosofía en la universidad de París; como responsable de la universidad, tuvo que hacer frente a una huelga de estudiantes y profesores que duró más de dos años, entre 1229 y 1231. Guillermo dirigió las obras de las grandes portadas de Notre-Dame, y ordenó que en ellas se escribiera un mensaje secreto: nada más y nada menos que la fórmula para lograr la piedra filosofal.

»Además, ordenó construir un pequeño hueco bajo el altar mayor, una pequeña cámara secreta donde esconder la piedra filosofal ya conseguida.

—¿Y sabe usted si todavía sigue ahí? —preguntó Michelle haciéndose la tonta.

—Claro que lo sé, y usted también lo sabe, se lo reveló el padre Lefèvre.

Michelle se quedó sorprendida, pero empezó a relacionarlo todo.

—El padre Lefèvre es uno de los suyos, ¿no es así?

—Sí. Cuando usted apareció por el arzobispado pidiendo permiso para estudiar Notre-Dame, pensamos que era usted una más de las jóvenes investigadoras que inician un trabajo académico, pero nos llamó mucho la atención el espíritu tan abierto con el que abordaba su investigación. Y decidimos apoyarla.

—¿Decidieron?, ¿quiénes decidieron? —inquirió Michelle.

—Fulcanelli, por supuesto, los que formamos el grupo actualmente.

—¿Siguen siendo alquimistas y hermetistas?

—Así es. Continuamos la tarea de Bacon, Flamel, Paracelso...

—¿Y siguen buscando la piedra filosofal?

—Ciertamente. Lo seguimos intentando desde el siglo XIII. A veces casi hemos estado a punto de lograrlo, aunque entre tanto hemos obtenido notables avances. En el siglo XVII descubrimos el fósforo; Pierre y Marie Curie hallaron el radio; Champagne ideó el primer gran reactor nuclear; poco antes de la Segunda Guerra Mundial logramos destilar agua fuerte, el primer paso hacia la energía atómica, y así otros muchos avances.

»En el camino nos hemos topado con numerosos problemas y nuestros mejores hermanos o han caído o han sido perseguidos y represaliados, pero aquí seguimos.

—Pero ustedes son muy pocos...

—No son éstos buenos tiempos para la alquimia. La mayoría estamos en París y el resto está disperso en Nueva York, Ciudad de México, Montevideo, Madrid, Barcelona, Granada, Roma y Estambul.

—Y en Sevilla.

—¡Ah!, se refiere a Heliópolis.

—Sí, claro. ¿Por qué me animaron a ir a esa ciudad española? Jugó usted conmigo como el gato con el ratón para no darme ninguna pista, ni siquiera en la nota que me dejaron en el hotel —demandó Michelle.

—Era una etapa necesaria para su formación, y nada le podíamos revelar hasta que estuviéramos seguros de su adecuación a nuestra hermandad.

—¿Mi formación?

—Sí, su formación. Usted ha sido elegida para formar parte de nuestra sociedad.

—Perdone; ¿cómo dice?

—Usted es la primera mujer en la historia que formará parte de los Hermanos de Heliópolis. Así se ha decidido.

—No han contado conmigo para eso.

—No se negará; nadie se ha negado jamás a pertenecer a nuestra sociedad.

—¿Y si mi caso fuera el primero?

—Si usted se niega, entonces no podrá ver la piedra filosofal. Hemos pensado en que el próximo martes, al amanecer, se abra la caja de cristal de cuarzo y pueda ver la piedra filosofal. Usted ha sido elegida para ello, pero sólo si acepta pertenecer a la sociedad. Usted decide.

—Estoy un poco confusa. Esto que me está contando es propio de las sectas, y yo abomino de ellas —se explicó Michelle.

—No somos ninguna secta, sólo guardamos un secreto. Además, le garantizo que la sola contemplación de la piedra filosofal tiene efectos extraordinarios.

—No me diga que rejuvenece.

—Así es; ya le he dicho mi edad; juzgue usted misma.

Fulcanelli sonrió y, en efecto, parecía mucho más joven de los setenta y ocho años que había confesado.

—¿Cuál es el verdadero nombre del grupo?

—Los Hermanos de Heliópolis, claro está, pero nos gusta llamarnos la Fraternidad Blanca. Nuestra misión es muy simple: facilitar la evolución de la humanidad y luchar contra el mal.

—Y usted es el maestro actual.

—Así es. A la muerte de Champagne y ante la negativa de Schwaller a sucederle, tuvo que hacerse cargo de nuestra sociedad Canseliet.

—Pero entonces, ¿su viaje a Sevilla en 1953?

—Fue una estratagema. Ya le ha contado el padre Lefèvbre que la piedra filosofal está oculta bajo el altar mayor de Notre-Dame. Allí ha estado desde el siglo XIII y hasta su traslado a Chartres en el siglo XVIII. En 1932 se sacó de allí para intentar curar el cáncer de Champagne; se llevó al apartamento del número 59 de la calle Rochechouart, pero no se consiguió la curación. Schwaller se quedó con ella porque estimaba que era el legítimo heredero de su custodia. Canseliet se reunió varias veces con él para demandarle la devolución; solían quedar para conversar en un café llamado La Closerie des Lilas, en Montparnasse. Durante varios años Canseliet y Schwaller actuaron como si los dos fueran Fulcanelli. Schwaller había viajado al norte de África en 1922 y allí recibió la inspiración de la sabiduría de los sufíes musulmanes; fue entonces cuando cambió su nombre para pasar a denominarse Aor.

»Hasta entonces se había tragado su resentimiento hacia Champagne por quitarle el protagonismo y permitir que se le identificara con Fulcanelli. Schwaller era un tipo muy peculiar; en 1919 había sido investido caballero según un viejo ritual medieval

tras una noche de ayuno y meditación. Lo hizo un amigo suyo, un aristócrata lituano llamado Oscar Wenceslao de Lubicz-Milosz, que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores de esa república antes de su incorporación a la URSS, y que también formaba parte del grupo de los Vigilantes.

»En las conversaciones con Canseliet, Schwaller le aseguró que los dos libros firmados por Fulcanelli eran obra suya, y que suya era también la interpretación de la catedral como un texto alquímico. Un tanto frustrado, decidió estudiar los jeroglíficos egipcios, y se marchó a Egipto con su esposa Isha, a la que quiso introducir en nuestra sociedad.

»Sólo entonces devolvió Schwaller la piedra filosofal, que en 1934 se ocultó de nuevo en Chartres hasta que, poco antes de la invasión nazi de Francia, se decidió que estaría más segura en Notre-Dame, aunque aquí pierde parte de su poder al no recibir la influencia de la luz filtrada por las vidrieras originales góticas.

En su rincón, aparentemente ajeno, David seguía atento a la conversación entre Michelle y el extraño que se había identificado como Fulcanelli. Simulaba leer una novela y de vez en cuando levantaba la vista y miraba con aspecto distraído por los ventanales hacia la calle Rívoli.

—Y en cuanto a usted, ¿cuál es su verdadera identidad? —le preguntó Michelle.

—Ya se lo he dicho; soy Fulcanelli.

—Me refiero a su nombre y su ocupación; y no me tome el pelo, por favor.

—Nunca lo haría, señorita Henry. Si se refiere a mi identidad censal, mi nombre es Nicolás, Nicolás Champagne.

—¿Champagne? ¿Es usted pariente de Jean Julien Champagne?

—Soy su hijo.

—No sabía que Jean Julien se hubiera casado —Michelle estaba sorprendida.

—Casarse no es necesario para tener hijos, pero no, no se casó. Yo nací en Sevilla en 1929.

—¡Ah!

—Ahora lo va entendiendo.

—Usted vive en Sevilla.

—Sí. Yo vivo allí una parte del año y otra parte aquí en París. Mi padre viajó a Sevilla en 1926, y allí estuvo tres años, trabajando en la preparación de la Exposición Internacional de 1929. De él surgió la idea de construir un barrio nuevo al que logró que el ayuntamiento sevillano diera el nombre de Heliópolis. Su idea era que se estableciera la base de la hermandad de los Hermanos de Heliópolis, y desde Sevilla sentar las bases para un hombre nuevo. Allí se enamoró de una joven sevillana...

—... su madre...

—... mi madre, sí, Dolores Virto.

—¡Virto, claro! La mujer que declaró que Fulcanelli estaba vivo y vivía en Sevilla se llama Casimira Virto. La busqué, pero no di con ella.

—La buscó en Sevilla, pero ella vive en Córdoba. Es pariente de mi madre, una

sobrina. Tiene casi noventa años, y algunos consideran que tiene demencia senil por las cosas que dice, pero son ciertas. Ya lo ve. Mi padre enfermó de cáncer y regresó a París, dejándonos a mi madre, soltera, y a mí, un recién nacido, en Sevilla. Murió en 1932, pero antes le legó su tercer libro, *Finis gloriae mundi*, a mi madre, con el encargo de que si le pasaba algo buscara a Eugène Canseliet. En 1953 murió mi madre. Yo tenía veinticuatro años y estaba al corriente de todo esto. Fue entonces cuando llamé a Canseliet, y él vino a Sevilla.

—Y al verle a usted, le confundió con su padre...

—No. Todo aquello fue un montaje. Mi padre había logrado diseñar un reactor nuclear, que no llegó a ponerse en marcha por falta de dinero y de recursos. Los nazis primero y los rusos después lo buscaron desesperadamente, y era imprescindible mantener oculto ese diseño.

—¿Y existe?

—Claro. Está guardado en Notre-Dame, junto a la piedra filosofal que descubrió el obispo Guillermo de Auvernia en el siglo XIII. Ahí están los dos grandes secretos de los alquimistas: la piedra que da la eterna juventud y el reactor que genera energía limpia, barata e inagotable.

»El mensaje de mi padre se contiene en su segunda obra, *Las moradas filosofales*, que nadie ha entendido. Allí expone que la alquimia es la ciencia de la sencillez, pero que para alcanzar esa sencillez es necesario recorrer un largo camino. El alquimista sólo puede conseguir su fin con la paciencia y el trabajo; para lograrlo debe manejar la materia hasta lograr una verdadera fusión con su espíritu, hasta que alcance la comprensión total del Universo. Y créame, esa capacidad está al alcance de muy pocos; por eso la alquimia es una ciencia hermética y oculta, y así debe seguir siendo. Los maestros sólo pueden revelar los secretos a un pequeño grupo de elegidos, y usted ha sido elegida.

»Ahora sólo queda que pueda contemplar el secreto. Creo que ya está preparada.

—¿El martes?

—El próximo martes, 11 de septiembre, a las 7 de la mañana, en Notre-Dame. No falte; estará el padre Lefèvre. La esperaremos en la puerta Roja.

—¿Tengo que ir sola?

—Su... amigo, el profesor Carter —Nicolás Champagne señaló con la cabeza a David Carter, que seguía disimulando con la novela entre las manos—, ¿es de fiar? Al padre Lefèvre le ha caído bastante bien, y eso no es frecuente.

—Estoy enamorada de él.

—No me refería a eso.

—Sí, es de fiar. Me apoya en todo lo que hago. Pero ¿cómo ha sabido que aquel cliente era él?

—El disfraz es bueno, pero no lo suficiente. Sí, dígame que puede venir.

—¿Cómo sé que todo esto no es una broma, o un engaño?

—Sabe que no lo es. Usted ha transitado por el camino, y lo sabe. Ahora, si me

permite, tengo algunas cosas que hacer. El martes va a ser un día muy intenso.

—¿Y por qué el martes? —demandó Michelle.

—Ese día hay luna nueva.

Fulcanelli, Nicolás Champagne, tomó la mano de Michelle y la besó elegantemente.

—Por cierto, ¿qué significa Fulcanelli? —preguntó Michelle.

—Lo siento, el Maestro manifestó su voluntad de que su identidad permaneciera en la sombra, y con ello se refería precisamente al origen de ese nombre.

—He leído que puede ser una recomposición de la expresión *L'écu final*, «el escudo final».

—No, no es eso.

Champagne se despidió con un «hasta el martes» y salió de la cafetería para perderse entre el gentío que paseaba por las estrechas aceras de la calle Rívoli.

En cuanto Champagne salió de la cafetería, David se levantó y se acercó a Michelle.

—Hola.

—Te ha descubierto.

—Si no me conoce, y además el disfraz es perfecto.

—No tanto. El tinte es exagerado y llama la atención leer en el interior de una cafetería con las gafas de sol puestas.

—¿Y bien, quién era ese tipo? —demandó David.

—Fulcanelli, claro, ¿quién iba a ser si no?

—¿Lo dices en serio?

—Jamás he hablado tan en serio en toda mi vida.

* * *

Salieron de la cafetería y se dirigieron al apartamento de la joven dando un largo paseo. Michelle alegó que necesitaba caminar un poco, a pesar de que la tarde era calurosa. Recorrieron la calle de Cambon hasta el palacio de la Ópera, y desde allí pasearon por la calle Lafayette hasta Poissonnière. Por el camino, Michelle puso a David al corriente de la conversación que acababa de tener en la cafetería con Nicolás Champagne.

Ya en el apartamento se dieron una ducha e hicieron el amor.

—Podíamos intentar llegar al orgasmo de manera alquímica, como nos dijo el padre Lefèvre —propuso David mientras se colocaba su pantalón de lino.

—Yo creo que está bien así, a mí me gusta —replicó Michelle.

—Tal vez sea interesante.

—Ambos somos ateos, y creo que el coito alquímico busca el orgasmo a través del encuentro con la divinidad, o algo parecido.

—Tienes razón, está bien, muy bien, así.

—¿No estás impaciente? —le preguntó David.

—¿Te refieres al martes?

—Sí.

—Impaciente tal vez no sea la palabra, digamos que tengo curiosidad por ver qué se oculta bajo el altar de Notre-Dame.

—Ya lo sabes, la piedra filosofal y el diseño de un reactor de energía inagotable.

—¿No lo crees? —inquirió Michelle.

—Tengo mis dudas. Sinceramente, creo que todo eso es obra de un par de chiflados. Tal vez ese tal Nicolás sea hijo de Jean Julien Champagne, de Fulcanelli, y que la historia de su nacimiento en Sevilla de madre soltera también sea cierta, pero ambos están como una regadera, y no quiero que su locura te perjudique.

—Pues Champagne hijo me aseguró que a Lefèvbre le caes bien.

—No tengo esa misma percepción, pero si quien lo dice es el mismísimo Fulcanelli...

Capítulo 22

*ABADÍA de Les-Vaux-de-Cernay,
en Dampierre-en-Yvelines,
8 de septiembre de 2007*

Michelle y David pasaron el fin de semana en Dampierre-en-Yvelines, una pequeña localidad de poco más de mil habitantes a escasos kilómetros al oeste de París. Se instalaron cerca del pueblo, en las dependencias de una abadía medieval restaurada como hotel, en un espacio natural en el que abundan los pequeños lagos, las cascadas y los bosquesillos.

Entre las ruinas de la iglesia abacial, el único edificio del complejo monacal que no se restauró en el siglo XIX, los dos profesores se plantearon la cita del martes.

—Todo parece cierto. La historia de Champagne es conmovedora, y yo le creo — asentó Michelle.

—Esta historia parece el guión de una película de serie B o de un folletín romántico: un intelectual francés que viaja a Sevilla, que se lía con una española, que la deja embarazada, el niño que nace sin conocer a su padre, la muerte de éste delegando en un amigo... —dijo David.

—Todo encaja ahora. Champagne, Schwaller y Canseliet fueron el trío depositario de los secretos alquímicos de los Hermanos de Heliópolis que patrocinaba Pierre Dujols. Schwaller fue orillado por Champagne, que prefirió a Canseliet, abandonó el estudio del arte gótico y se dedicó a Egipto, combinando así el mundo medieval con el del antiguo Egipto como si tuvieran algo que ver. Champagne viajó a Sevilla, allí se enamoró, o al menos se acostó, con una sevillana llamada Dolores Virio y tuvieron un hijo, Nicolás. Jean Julien Champagne dejó a su amante sevillana el manuscrito de su tercer libro, que fue el que yo recibí en París.

—Pero el libro está fechado en 1953.

—Claro, es el año en el cual lo copió Nicolás. Entonces llamó a Canseliet y éste acudió a conocer al hijo del que consideraba el gran maestro. Y al verlo creyó estar viendo a Jean Julien rejuvenecido. Nicolás le aclaró todo, y para mantener el secreto, Canseliet inventó entonces una historia poco creíble, de ahí su inconsistencia.

—Lo que supones es más lógico, pero ¿por qué te eligieron a ti? ¿Por qué te han confiado sus secretos?

—Nicolás Champagne vive parte del año aquí en París, y conoce bien a Lefèvre.

—¡Jean Ricard, claro!

—No, ya te dije que no tiene nada que ver.

—Por supuesto que tiene que ver. Él fue tu amante, te conoce bien; creo que es uno de los «iniciados». ¿En verdad que dejasteis lo vuestro de mutuo acuerdo? ¿Te

habló alguna vez del orgasmo alquímico? —David estaba demasiado excitado.

—Sí; cuando hacíamos el amor me hablaba de ese tipo de alquimia y del enorme placer que él sentía. Hablaba de la unión alquímica de nuestros espíritus y de la convulsión cósmica que yo le producía en cada orgasmo. Todo aquello me inquietó mucho y le propuse romper nuestra relación, y él accedió.

—Perdona, no debí presionarte, no tengo derecho a comportarme así contigo.

—Hablaré con Jean.

Michelle cogió su teléfono y marcó el número del profesor Ricard.

—Michelle, hola, buenas tardes, ¿qué ocurre? —contestó Jean.

—Hola. ¿Puedes atenderme unos momentos?

—Por supuesto, tú dirás.

—He tenido una reunión con Fulcanelli.

—No te entiendo.

—Vamos, no te hagas el tonto, lo sé todo.

—¿Qué sabes?

—Fulcanelli me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado quién?

—Me ha dicho que tú le diste mi nombre para que me eligieran como una más de ellos.

—No sé de qué estás hablando, Michelle.

—Por favor, no me mientas, estoy ya bastante confundida como para que me mientas.

—De acuerdo. Yo le di tu nombre. Fue hace tres años y medio, cuando comenzaste a trabajar en la tesis. La hermandad se está agotando por falta de miembros adecuados. El último en ingresar fui yo, hace muchos años. No llegamos a veinte y la mayoría son muy ancianos. Creí que tú podrías incorporarte. Tenías el inconveniente de tu sexo, nunca ha habido mujeres en nuestra hermandad, pero te aceptaron. El maestro dio su visto bueno cuando te conoció.

—¿Quién es el maestro?, ¿Lefèvbre?

—No. Es Champagne, Nicolás Champagne.

—Pero nos hemos conocido hoy, no sabe cómo soy.

—Hace tiempo que él te sigue. Ha estado en algunos de los congresos en los que has participado y ha escuchado tus ponencias, y el padre Lefèvbre y yo le hemos informado periódicamente.

—Eran aportaciones científicas.

—Para el maestro fue suficiente. Cree que tienes el don.

—Gracias, Jean, pero tendrías que haberme contado todo esto mucho antes.

—Lo siento, no debí mezclarlo en todo este asunto.

—No importa.

—Perdóname, pero sabes que estuve muy enamorado de ti, y eso lo cambió todo.

—Gracias de nuevo.

—¿Sigues con Carter?

—Sí. Estamos pasando el fin de semana en la abadía de Les-Vaux-de-Cernay.

—Ese Carter es el hombre más afortunado del mundo. ¿Lo amas?

—Eso es cosa mía, Jean.

—Perdona de nuevo.

—¿Y tú, continúas con Louise Lazard?

—Sí, seguimos juntos.

—Adiós, Jean, nos veremos el lunes en la Facultad.

—Un beso, Michelle.

Y cortaron la comunicación.

—Tenías razón, David, fue Jean quien me metió en todo esto. Él es uno de los «iniciados». Me ha dicho que pertenece a la hermandad. Debería haberme dado cuenta antes.

—A veces no percibimos lo obvio, y no nos damos cuenta de lo que está ocurriendo delante de nuestros ojos.

Michelle abrazó a David y se recostó sobre su pecho, como buscando protección entre sus brazos. El aroma del perfume de la joven penetró en la nariz de Carter, que acarició su cabello suave y delicado. Y fue entonces cuando no tuvo duda de que la amaba.

Capítulo 23

PARÍS, 11 de septiembre de 2007

Se despertaron a las seis de la mañana, se dieron una ducha rápida y desayunaron un café, zumo y galletas. Un taxi los recogió a las seis y media en el 59 de la calle Rochechouart y los dejó veinte minutos después en la plaza del Parvis.

Cuando se presentaron ante la puerta Roja, en el lado norte de Notre-Dame no había nadie.

—Todavía faltan cinco minutos —comentó David a la vista del nerviosismo de Michelle, que no paraba de mirar su reloj.

A las siete en punto, como si se tratara del segundero de un reloj suizo, apareció el padre Lefèvbre.

—Buenos días, amigos. ¿Qué tal se encuentran? —El clérigo estrechó la mano a Michele y a David.

—Muy bien, gracias, padre. Usted tiene mejor aspecto que la última vez que nos vimos. ¿Va superando la muerte del cardenal? —dijo Michelle.

—Nunca la superaremos, pero hay que hacerse a la idea de que jamás estará entre nosotros, al menos en esta vida. El cáncer se llevó su cuerpo mortal, pero su alma ya está con Dios. Vayamos dentro, el Maestro nos espera.

Entraron en Notre-Dame por la puerta Roja, un privilegio reservado en la Edad Media a los canónigos del cabildo catedralicio. Lefèvbre se santiguó bajo el umbral, se detuvo y miró a los dos profesores como indicándoles que debían hacerlo mismo. Ambos, a pesar de no ser creyentes, hicieron con su mano derecha sobre el cuerpo la señal de la cruz.

Avanzaron bajo las bóvedas de las naves laterales hasta el altar mayor; allí, delante de la gran cruz que corona el grupo escultórico de *La Piedad*, apenas iluminada por las primeras luces del alba, estaban Nicolás Champagne y Jean Ricard.

—Bienvenidos a Notre-Dame. Ya conocen al profesor Ricard. Buenos días, Michelle, y encantado de conocerlo, profesor Carter —dijo Champagne.

David Carter y Jean Ricard se miraron y se saludaron con un leve movimiento de cabeza.

—Buenos días, señor Champagne; hola, Jean —dijo Michelle.

—Buenos días, señores —añadió David.

—Ya saben qué nos reúne aquí. En el siglo XIII el obispo Guillermo consiguió dar con la piedra filosofal, y luego decenas de alquimistas lo hemos intentado durante ocho siglos sin conseguirlo. En 1922 mi padre estuvo a punto de hacerlo, aunque fracasó en el último intento. Pero fruto de sus trabajos fue un descubrimiento extraordinario: la fórmula para la consecución de una fuente de energía inagotable y

barata a partir de la fisión nuclear en frío. Nosotros tres —Champagne señaló a Ricard y a Lefèvre— somos los últimos depositarios del secreto.

—Usted dijo que eran unos veinte —se sorprendió Michelle.

—Sí, pero todos tenemos alrededor de ochenta años o más. El más joven de nosotros es Jean Ricard, y tiene sesenta y cinco.

—¡Sesenta y cinco! —Michelle quedó atónita al oír la edad de su antiguo amante, treinta y seis años mayor que ella—; pero si apenas aparentas cuarenta... ¡Dios mío!

—Lo siento, Michelle, no quería que mi edad fuera...

—Dejemos ahora eso, amigos —terció Champagne—, y centrémonos en lo importante. La Hermandad de Heliópolis necesita nuevos miembros, y usted, profesora Henry, y tal vez usted, doctor Carter, puedan ser la savia rejuvenecedora que precisamos. Hace tiempo, más de treinta años, que no ha ingresado en la hermandad ningún «elegido». Nos fijamos en usted, Michelle, porque creímos que reunía todas las condiciones para ser miembro, salvo la masculina, por supuesto, pero ese inconveniente, permítame que lo defina así, ya ha sido solucionado.

—Permítame que dude... —dijo Michelle.

—Para conocer hay que dudar —la interrumpió Champagne.

—Palabra de Aristóteles y Descartes —terció David.

—Y la alquimia, doctor Carter. Para alcanzar el conocimiento y la luz, han de darse varias condiciones, entre ellas que la situación cósmica sea la adecuada. Hoy tenemos luna nueva, ésa es una condición óptima porque la radiación lunar es uno de los elementos herméticos, pero además, el alquimista es parte del proceso y debe haber recibido el don de Dios para alcanzar su objetivo.

»Somos los últimos herederos de una ciencia muy antigua, de un tiempo que ya no existe y de una civilización de la que apenas quedan sombras de recuerdos. Nuestro fundador fue Hermes Trimegisto, a quien los antiguos consideraron un dios. Nuestra ciencia nació en Egipto y allí se desarrolló durante centurias. Aprendimos a conocer, descubrimos que lo que está arriba, en el cielo, es como lo que está abajo, en la tierra, y todo lo que ocurre en el cielo ocurre aquí en la tierra. Tuvimos que mantener nuestros conocimientos ocultos, porque sólo pueden ser entendidos por los iniciados. La ignorancia y la maldad destruyeron miles de libros de alquimia y de sabiduría hermética que se guardaban en las grandes bibliotecas; el emperador chino Cheu-Hoang-Ti ordenó en el año 213 antes de Cristo quemar todos los libros de alquimia que se conservaban en las bibliotecas de su imperio, y algo similar ocurrió en las bibliotecas de Alejandría, Pérgamo, Menfis, Jerusalén, Bagdad y Córdoba, y muy recientemente en Sarajevo. Perdimos mucho, pero hemos logrado transmitir una pequeña parte de todo aquel enorme bagaje durante milenios, hasta hoy.

»Hemos logrado prolongar la vida, transmutar los metales y hemos conseguido la fusión controlada del átomo, pero ahora nuestra hermandad está al borde de la desaparición, y tenemos que evitar que eso suceda. Somos los últimos guardianes del secreto.

Champagne hizo una señal y Lefèvbre sacó del bolsillo de su sotana una especie de mando a distancia. Marcó unos números y el frontal de bronce dorado del pedestal del grupo escultórico de *La Piedad* se abrió como si se tratara de una sofisticada caja fuerte.

Lefèvbre se colocó unos guantes y extrajo una caja muy pesada que parecía de plomo. La abrió y de su interior sacó una urna de cristal de cuarzo que tenía una tapa del mismo mineral. Dentro de la urna había un material rocoso, del tamaño de una naranja mediana; era un cuerpo cristalino, diáfano, de color rojo aunque con tonos amarillos dorados según cómo incidía en él la luz, de aspecto denso y a la vez carnoso.

—¿Es la piedra filosofal? —preguntó Michelle.

—En efecto. La piedra que consiguió Guillermo de Auvernia, obispo de París, en la primera mitad del siglo XIII. Esta catedral se construyó para custodiarla.

—Pero las obras de Notre-Dame son anteriores; comenzaron a mediados del siglo XII, en 1163 —alegó David.

—Esa catedral era diferente. La que ideó el obispo Sully en 1160 tenía menos luz y el plan constructivo era menos brillante. Guillermo cambió las bóvedas, el sistema de sustentación, y sobre todo modificó los programas iconográficos de las esculturas de las portadas. Los historiadores del arte han supuesto que se labraron nuevas esculturas porque las que se habían tallado años antes, en previsión de colocarlas en su lugar adecuado, se habían desechado porque habían quedado antiguas. No fue así. Los nuevos programas escultóricos se diseñaron teniendo en cuenta el mensaje hermético que el obispo Guillermo quería transmitir a los «iniciados». Durante siglos, desde mediados del XIII hasta finales del XVIII, el mensaje estuvo a la vista de todo el mundo que contemplaba Notre-Dame, pero sólo los elegidos sabían interpretarlo. Luego cambió todo. El ignorante arquitecto Soufflot destruyó la portada principal en el siglo XVIII, los bárbaros revolucionarios derribaron la galería de reyes y arrancaron esculturas y relieves, los brutos ilustrados destruyeron las maravillosas vidrieras para colocar cristales que dejaran pasar la luz del sol en vez de la luz alquímica, acabando con todos los efectos que se habían conseguido en el siglo XIII, y dedicaron el templo a la diosa Razón, en contra de la propia razón.

»Afortunadamente, no destruyeron la piedra filosofal. Hela aquí.

Champagne cogió la urna de cristal y la acercó a la vista de Michelle y de Henry. Contenía una roca roja inerte, pero muy extraña, de un material como nunca antes habían visto.

—¿Ésta es la fuente de la eterna juventud? ¿Por eso parecen todos ustedes veinte años más jóvenes de lo que en realidad son? ¿O se trata de una broma pesada?

—La piedra filosofal tiene ese efecto, pero sólo en determinadas condiciones, y desafortunadamente, aquí en Notre-Dame, no se dan, porque faltan las vidrieras originales. Hace cincuenta años colocamos unas nuevas; se buscó al mejor artesano del vidrio de Francia en la restauración que se inició en 1960; se cambiaron las

vidrieras que había colocado Viollet-le-Duc en el siglo XIX, se intentó imitar los vidrios medievales de Chartres, que, como saben, muchos de ellos son originales, pero fracasamos. Incluso vinieron algunos miembros de la logia Fulcanelli de la ciudad italiana de Arezzo, donde se utilizaron en la época romana métodos alquímicos para fabricar la cerámica sigilata aretina, la más delicada jamás lograda hasta entonces, pero no pudimos dar con la fórmula para obtener vidrios como los que se fundieron en el siglo XIII. Fallaron los productos utilizados o fallamos nosotros, o tal vez ambos. Lo cierto es que la piedra filosofal sólo provoca su efecto, y no completo, en el interior de la catedral de Chartres, bajo la luz filtrada por los vidrios fundidos en el siglo XIII.

—Eso significa que ustedes, los «iniciados», la han llevado allí varias veces después de 1940 —supuso Carter.

—Sí, cada vez que un miembro nuevo se ha incorporado a los Hermanos de Heliópolis, acude a Chartres con el guardián, el padre Lefèvbre, y recibe los beneficios de la piedra filosofal bajo la luz de las vidrieras de esa catedral. El último en hacerlo fue Jean Ricard en 1977.

—¿Saben?, todo esto me parece absurdo —alegó Carter.

—Mírenos, doctor Carter. Yo tengo setenta y ocho años, el profesor Ricard sesenta y cinco y el padre Lefèvbre acaba de cumplir los cien. ¿Cree que nuestros respectivos aspectos físicos responden a la edad de nuestras tarjetas de identidad? —inquirió Champagne.

—Hay mucha gente que parece más joven de la edad que indica su partida de nacimiento.

—En nuestro caso, somos todos.

—Sí, pero mueren como los demás, tal vez en mejor estado aparente, pero no son inmortales. Y en cuanto al segundo secreto...

—Aquí está. —Champagne sacó del interior del altar un viejo cuaderno repleto de fórmulas y dibujos—. Es el diseño del reactor nuclear que inventó mi padre entre 1922 y 1925, y que nunca se llevó a la práctica. Durante años se confundió con la piedra filosofal; era lo que tan afanosamente buscaron los nazis y los estadounidenses entre 1936 y 1942. Al fin, la hermandad decidió entregar las fórmulas y el diseño a los yanquis; no podíamos consentir que cayera en manos de Hitler.

—Si es así, hicieron bien.

—Revelamos una parte del secreto, pero fue por una causa justa, aunque los estadounidenses la emplearon contra los japoneses, y eso causó una enorme disputa en la hermandad, pues la destrucción y las decenas de miles de muertos en Hiroshima y Nagasaki son efectos que detesta nuestra hermandad. Nacimos para la paz y la vida, no para la muerte y la destrucción.

—Ha dicho que revelaron una parte, ¿hay más? —preguntó Carter.

—Revelamos la mitad de este manuscrito, en la que muestra el diseño de la construcción de un reactor nuclear; falta la otra mitad, que jamás se ha enseñado. En

esa parte se explica la fisión en frío, la producción de energía barata, inagotable y no contaminante. Dos ingenieros nucleares de nuestra hermandad van a trabajar con el Gobierno francés y la Unión Europea para investigar en el diseño de un gran reactor que consiga generar por fusión en frío una energía limpia y barata. El proyecto se pondrá en marcha en el sur de Francia, cerca de Montpellier, el año que viene.

—¿Y qué van a hacer ahora con nosotros? —preguntó Michelle.

—Usted, profesora Henry, es la persona adecuada para mantener el secreto; debe aceptar nuestra propuesta de formar parte de la hermandad. Y usted también, doctor Carter; ahora conoce el secreto, no puede negarse —asentó Champagne—. Si aceptan, recibirán el beneficio de la piedra filosofal en Chartres, a finales de la próxima primavera, en la primera luna llena de junio.

—¿Y si no aceptamos?

—En ese caso, que dudo que ocurra, deberán prometer cumplir lo que ordena el código hermético, y que se contiene en el llamado «papiro *Harris*»: «Cerrad las bocas».

Capítulo 24

PARÍS, 21 de septiembre de 2007

Aquella mañana del último día del verano, David había invitado a Michelle a almorzar. Poco después de mediodía salieron de la Facultad y se dirigieron caminando hacia el Sena, hasta el Quai de la Tournelle. En el número 15 de esa calle que bordea la orilla izquierda del río Sena, frente a la isla de San Luis, permanece abierto desde finales del siglo XVI La Tour d'Argent, el que a mediados del siglo XX fuera reconocido como el mejor restaurante del mundo, que ya visitara el rey Enrique IV en 1586, el primer Borbón en el trono de Francia, para degustar su exquisito paté de garza.

El restaurante había estado cerrado por reformas desde el 16 de junio y lo acababan de abrir cuatro días antes. Su mítico dueño, Claude Terrail, había fallecido en junio de 2006, con más de ochenta años de edad, tal vez apenado porque la *Guía Michelin* de ese año lo había desposeído de la segunda estrella. Hasta fines del siglo XX había mantenido las famosas tres estrellas durante más de medio siglo y de manera ininterrumpida, una auténtica proeza, pero perdió la tercera y luego la segunda, quedando con una sola en la edición de 2006.

David se detuvo ante la puerta del restaurante.

—Hoy almorzaremos aquí.

—La Tour d'Argent. Es un restaurante mítico, pero dicen los expertos que ya no es lo que fue —comentó Michelle.

—Sí, eso dicen algunos. Pero acaba de ser remodelado y su nuevo dueño quiere volver a situarlo en lo más alto de la gastronomía mundial. Mis padres suelen venir a comer aquí cuando visitan París; yo lo he hecho varias veces con ellos. Recuerdo sus manteles de color amarillo dorado y las mejores vistas que existen de Notre-Dame. ¿Sabes que tiene una bodega con casi medio millón de botellas y cerca de quince mil referencias de vino de todo el mundo? He reservado mesa para dos, junto a una ventana desde la que se contempla Notre-Dame. Hace días que anhelo tomar unas espinacas a la crema, un pato a la sangre y una deliciosa crema de vainilla; ¡ah!, y un *merlot grand cru* Château Pavie de 1987, de Saint-Emilion. Se trata de una excelente añada que ahora comienza a estar en su mejor momento, y que lo estará durante siete u ocho años más.

»¿Tomarás una copa conmigo?

—¿No prefieres un Carter *pinot noir* del 2004, del valle del Napa, en el norte de California? —ironizó Michelle.

—El pato a la sangre de La Tour d'Argent requiere un *gran cru* de Saint-Emilion; los californianos lo entenderán y sabrán perdonarme.

—En ese caso, no hay más que hablar.

Los dos profesores entraron en el restaurante cuando sobre las aguas del Sena comenzaban a caer unas gotas de fina lluvia desde unas altas nubes grises que parecían anunciar que aquél era el último día del verano.

París, calle Rochechouart, septiembre de 2007

Nota del Autor

ESTA novela es una obra de ficción, y buena parte de cuanto en ella se cuenta no ha de ser tomado como histórico. La novela se desarrolla en escenarios reales y algunos personajes son históricos, pero en su caso siempre han sido tratados como secundarios y sin pretender torcer ni alterar su biografía.

Eugène Canseliet (Sarcelles, 18 de diciembre de 1899 — Savignies, abril de 1982), fue discípulo de Fulcanelli; recibió de su maestro los manuscritos de sus obras *El misterio de las catedrales*, del cual escribió los prólogos a las tres primeras ediciones, de 1926, 1957 y 1964, y *Las moradas filosofales*. En 1953 viajó a España; estuvo en Salamanca, Madrid y Sevilla. En esta última ciudad dijo haber visto a Fulcanelli disfrazado de mujer. Escribió varios libros de alquimia, entre otros *La alquimia explicada con los textos clásicos*, *Las doce llaves de la Filosofía* o *La erótica de la alquimia*. Fue enterrado en Neuville-Vault el 22 de abril de 1982, junto a su amigo, el poeta Philéas Leberque.

Jean Julien Champagne (Villiers-le-Bel, 23 de enero de 1877 — París, 29 de agosto de 1932) es identificado por algunos como Fulcanelli. Se instaló en París en 1905. Pintor y alquimista, trabajó en una librería de Antigüedades y en una fábrica de gas al norte de París. Schwaller le ayudó económicamente con el envío de una suma mensual. Amigo de Pierre Dujols, es probable que se hiciera con algunos de sus manuscritos, que entregó a Canseliet para publicarlos con el seudónimo de Fulcanelli. Murió en una boardilla de la calle Rochechouart en Paris en 1932.

Pierre Dujols (22 de marzo de 1862 — Paris, 19 de abril de 1926). Alquimista parisino, fue propietario de la librería del Maravilloso, donde se reunía el grupo de Fulcanelli. Era considerado como uno de los maestros del grupo. Gran erudito, sabía griego y latín, tenía conocimiento de mitología clásica y de alquimia. Escribió el libro *La alquimia explicada sobre sus textos clásicos*. Algunos lo consideran el verdadero autor de los manuscritos de Fulcanelli.

Jules Gabriel Viollé (Langres, 16 de noviembre de 1840 — París, 12 de septiembre de 1923) es identificado por algunos como Fulcanelli. Estudió física y la fusión nuclear. Determinó en 1875 en el Mont Blanc las primeras mediciones de la constante solar. Propuso una medida para la intensidad de la luz, llamada en su honor «violle». Impartió clases en las universidades de Grenoble y de Lyon y en el conservatorio de Artes y Oficios en París. Fue uno de los fundadores del Instituto de Óptica teórica y aplicada y de la Escuela Superior de Óptica y fue nombrado miembro de la Academia de Ciencias en 1897.

René Adolphe Schwaller de Lubicz (Estrasburgo, 7 de diciembre de 1887 — 7 de diciembre de 1961). Hijo de un farmacéutico de Estrasburgo, se fugó de casa para no cumplir el servicio militar. Se estableció en París, donde estudió pintura con Matisse.

En 1913 conoció a Jean Julien Champagne en París, al cual identificó con Fulcanelli. Ese mismo año ingresó en la Sociedad Teosófica, donde permaneció hasta 1919. Escribió en la revista *El teósofo*. En 1914 trabajó en un laboratorio del ejército francés. Asistió a las tertulias de la librería del Maravilloso con Pierre Dujols y Jean Julien Champagne. Fundó el grupo de los Vigilantes. En 1919 el noble lituano Oscar Wenceslao Lubicz-Milosz lo nombró caballero según el rito medieval. En 1922 visitó el norte de África, donde tal vez recibió la inspiración sufí; pasó a llamarse Aor. En 1927 publicó *Adán, el hombre rojo*. En 1927-1934 se trasladó a Suiza y Provenza, donde experimentó con los vidrios de colores para las vidrieras de Chartres. Entre 1934 y 1936 vivió en Mallorca, estudiando la obra de Ramón Llull, con su futura esposa Isha; la Guerra Civil española interrumpirá sus trabajos. Entre 1936 y 1952 viajó varias veces a Egipto, donde se dedicó al estudio de los jeroglíficos junto a su esposa, quien en 1950 publicó *Contribución a la egiptología*. En 1957 editó *El templo del hombre*. Su hija, Lucía Lamy, continuó sus trabajos, y en 1981 publicó *Misterios egipcios*.

Oscar Wenceslao de Lubicz-Milosz (Lituania, 28 de mayo de 1877 — Fontainebleau, 2 de marzo de 1939). Poeta y diplomático. Ferviente cristiano. Miembro de la familia aristocrática Lubicz-Bozawola (Bozawola significa voluntad de Dios). Príncipe de Luzasia y conde de Lahunovo. Su familia se trasladó a París en 1889, donde estudió asirio y hebreo. Fundó una revista poética desde la que luchó por la independencia de los tres países bálticos. Publicó sus primeros poemas en 1894. En 1899 publicó su libro *El poema de las decadencias*. Schwaller lo ayudó en París y a cambio Lubicz lo nombró caballero según el rito medieval. En 1920 fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Lituania.

Jean Marie Lustiger (París, 17 de abril de 1926 — París, 5 de agosto de 2007). Hijo de una emigrante judía polaca, fue llamado Aaron, como su abuelo paterno. Tras la invasión nazi de Francia, en 1940 fue trasladado a Orleáns, donde a los catorce años se convirtió al catolicismo. Su madre fue asesinada en 1942 en el campo de concentración de Auschwitz. Fue ordenado sacerdote en 1954. Fue capellán en la Universidad de La Sorbona de 1954 a 1959, director del Centro Richelieu entre 1959 y 1969 y vicario en París de 1969 a 1979. Juan Pablo II lo nombró obispo de Orleáns en 1979 y arzobispo de París en 1981. Fue elevado al rango de cardenal en 1983. Aquejado de una grave enfermedad, dimitió como arzobispo de París en febrero de 2005. Fue ingresado en abril de 2007 en un hospital de París. El 10 de agosto se celebró en Notre-Dame de París un gran funeral al que asistió el presidente de la República Francesa. Es considerado el gran impulsor del acercamiento entre los judíos y los cristianos y su nombre sonó como uno de los posibles candidatos para sustituir a Juan Pablo II al frente del papado.

Joseph Alois Ratzinger (Marktl am Inn, Alemania, 16 de abril de 1927). Hijo de un policía alemán, estudió en el seminario y fue reclutado por los nazis para combatir en la Segunda Guerra Mundial. Estudió Teología y en 1951 fue ordenado sacerdote.

Fue profesor de la Universidad de Bonn y en 1977 fue nombrado arzobispo de Munich y cardenal. En 1981 Juan Pablo II lo nombró prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe y en 2002 decano del Colegio Cardenalicio. El 19 de abril de 2005 fue elegido el papa número 265 de la Iglesia católica con el nombre de Benedicto XVI.

Las catedrales de Chartres y de París y los detalles que de ellas se ofrecen son tal cual aparecen descritas en la novela, aunque en la de París se ha fantaseado sobre la existencia oculta en ella de la piedra filosofal, que se recoge en una leyenda, probablemente del siglo XVI.

El hospital de la Caridad, en Sevilla, guarda los dos cuadros de Juan de Valdés Leal a los que se alude en la novela, y es cierto que existe en esa ciudad española un barrio denominado Heliópolis, que fue construido entre 1926 y 1953, sin que se sepa exactamente a qué responde ese exótico nombre, que coincide con el de la hermandad de los seguidores de Fulcanelli; cuya verdadera identidad sigue siendo un misterio.

~ *FIN* ~